



*El Barrio de las
Casas Baratas.*

*Para Hortensia, Marta y Laura,
Con todo mi amor y gratitud.*

Marzo de 1996

El Barrio de las Casas Baratas.

1ª Parte



1. Gorriones y tebeos.

Las cuatro de la tarde de un luminoso día de Julio. El calor es sofocante. En la calle, debajo de una acacia, cuatro o cinco chiquillos con los tirachinas en la mano miran a la copa del árbol buscando entre las hojas un gorrión nuevo que pía llamando a los padres.

— ¡Lo veo! —grita uno de ellos—. Mete una piedra en la badana, estira bien las gomas y ¡¡¡ZZZZSSS!!! El pájaro cae muerto en la acera.

— Desde luego Isidro, no fallas uno. ¡Que puntería tienes! ¡Y ya llevas cuatro!

Isidro, un muchacho regordete de unos doce años, de pelo anillado y ojos marrones, arrostrojado de verano y calle, coge el pájaro y se lo mete en un bolsillo del pantalón.

— Podíamos ir al corralón, a las acacias grandes, seguro que allí hay tordos nuevos —dice Luís.

— Sí, para que luego te enganches, como siempre, a tirar piedras a los cristales de las ventanas de los patios y salgan los vecinos pegando voces y tengamos que salir corriendo. Yo me voy a mi casa que mis padres se creen que estoy acostado a la siesta leyendo tebeos y, como se levanten y no me encuentren..., se van a cabrear.

— Pues nosotros —dice Javi— nos vamos a los tordos, ya verás cómo matamos alguno.

Isidro se mete el tirachinas en el bolsillo y le da los pájaros a Javi.

— Toma, llévatelos tú. A mi madre le dan lástima. Dice que si por lo menos fueran palomas.

— Vale pero, seguro que cae algún tordo. ¡Anda, vente con nosotros!

— No, me voy a mi casa a leer tebeos. Me ha dejado "el Chato" uno de Hazañas Bélicas. Luego nos juntamos a las siete o por ahí en las cuatro esquinas.

No se ve a nadie por la calle. El barrio está precioso. Las casas tan blancas contrastan con el verdor de las higueras y albaricoqueros de los patios. Todo el mundo tiene frutales. Si el año viene bueno al menos el postre del verano está asegurado.

Me gusta el barrio. Eran casas baratas que hizo Sindicatos en las afueras de la ciudad, rodeado de huertas. Casas de dos plantas, con mucho patio, calles muy anchas donde los chiquillos pasábamos el día jugando en invierno y verano sin más peligro que los carros y bicicletas que muy de tarde en tarde pasaban.

Con su colegio, el "San Fulgencio", y su Iglesia de "Fátima" con torre y todo, y su salón parroquial.

En las canaleras de zinc de los tejados criaban los gavilanes y los vencejos; y cuando llegaba mayo, pasaba las horas muertas viendo a los padres ir y venir con bichos en el pico a darles de comer a los pollos. Y al atardecer el perfume de las acacias y las madre selvas de las vallas de los patios, hacían del barrio un paraíso de lujo para gente humilde que había dejado atrás la habitación realquilada, con derecho a cocina y se había embarcado en pagar cuarenta duros al mes y una hipoteca a treinta años, con la esperanza, más que la certeza de que algún día la casa fuera suya gracias a Dios, a Franco y a la Obra del Hogar.

2. Víctor.

Los mayores decían que el verano de 1960 estaba siendo caluroso como él solo. Eso a nosotros nos daba igual. Tanto para mí, como para mi primo Andrés, o Paco "El sepia", después de haber aprobado Segundo de Bachiller en el Instituto, lo que tenía que hacer era mucho calor para bañarnos, cazar pájaros, leer tebeos y que el día durara cincuenta o sesenta horas para que tuviéramos tiempo de jugar al fútbol y echar pedreas contra los del Barrio de "La Calera", que estaba cerca de las Casas Baratas, camino del paseo de la Feria; o contra los de la "Banda del Medio Mundo" de la calle de Torres Quevedo, camino del parque y del Instituto.

Y ya vendría el invierno y Dios, que era muy listo, haría que el día durara muy poco para que los chiquillos a las seis de la tarde, que era de noche, se fueran a estudiar a sus casas y aprobaran el curso. Bueno, al menos eso decía mi primo Andrés que era muy astuto.

Yo era el mayor de cuatro hermanos y mis obligaciones en verano, después de aprobar el curso, se limitaban a hacer los recados que mi madre mandara y cuidar de mi hermano Nano, que era el más pequeño. Mari Reme y María Eugenia, mis hermanas, le ayudaban en las cosas de la casa.

—Isidrn, coge la cacerola, ve a la tienda y tráete medio kilo de tomate de bote. Pero dile a Deogracias que no te eche caldo. Date prisa y ten cuidado al cruzar.

Cogía las dos pesetas y la cacerola y salía corriendo a la tienda que estaba al final de la calle. Daba igual que Deogracias pusiera, o no, caldo en el tomate, que de seguro que lo pondría para que pesara más; ya me encargaría yo, por el camino, de sorbémelo. Estaba delicioso y llegaría a casa, como de costumbre, con dos tomates pelados en la cacerola, más secos que el ojo de la tuerta.

—¿A dónde vas? —Era Víctor—

—A la tienda, ¿te vienes?

—Bueno.

—Oye Isidro, ¿vamos a ir mañana, por la mañana, al río a bañarnos?

—No sé. A ver si viene mi primo Andrés y "El Sepia" esta tarde y a ver que acordamos: igual nos llevamos la caña de pescar a ver si sacamos algún lucio o a por cangrejos, no sé, ya veremos.

—Oye, ¿me vas a hacer un tirachinas?

—Si te buscas las gomas. Yo tengo una horquilla de palo que corté en los alibustres del parque y que ya está seca.

—¿Y la badana?

—Vamos a la zapatería y le pedimos al "zapa" una lengüeta de zapato.

—¡¡¡Víctor!!!!... ¡¡¡Víctor!!!

—Es mi madre, me voy. Luego nos vemos en las cuatro esquinas.

—Adiós.

Las cuatro esquinas era el sitio de reunión de todos los chiquillos del barrio. Estaba justo al lado de mi casa y cuando alguno de nosotros quería buscar a los demás de la banda, bastaba

con sentarse allí, en la acera, debajo de una acacia, recostado contra la valla de los chalets y esperar a que, poco a poco, fueran llegando el resto. Siempre había chiquillos en aquel lugar.

Allí conocí a Víctor, cinco años antes, cuando todavía no vivía nadie en el barrio.

Estaban recién terminadas las casas y aún no habían entregado las llaves a los propietarios; mi padre y yo íbamos todas las tardes a regar nuestro jardín. Era el mes de abril, sacábamos el agua del pozo que había en una huerta cercana y, en cubos la llevábamos hasta la casa; teníamos geranios, rosales y claveles.

Aquella tarde mi padre estaba terminando de regar y yo jugaba en la puerta de la casa con un balón de badana. Por las calles recién asfaltadas no se veía a nadie.

Le di una patada fuerte al balón y fue a parar cuatro o cinco casas más adelante. Cuando iba a por él, vi al fondo de la calle a un chiquillo más o menos de mi edad. Era Víctor.

—¡Hola!, ¿me chutas?

—Bueno.

Estuvimos jugando hasta que casi no se veía. Al final nos despedimos y quedamos en buscarnos cuando viniéramos con los padres que casi todas las tardes andaban por allí haciendo planes sobre la nueva casa. Nos veríamos donde nos habíamos conocido, "en las cuatro esquinas".

En lo sucesivo, muchas tardes, nos juntábamos y jugábamos al balón; le enseñé a cazar pájaros con tirachinas y cambiábamos papeles de caramelos de esos brillantes. Al fin y al cabo éramos los primeros pobladores de una nueva ciudad; "El Barrio de las Casas Baratas".

Luego fueron apareciendo más chiquillos. Hijos de los nuevos colonos; Javi Trincherías, Gerardo y Paco, "El Chato" Castillejos, Carmona, Carlos y Abraham, El Choni, Rafa Guillen y su hermano Julio, Manolo Luna, Pablo, Manolo Lamata, Jose Manuel Fresno y Joaquín "el pelirrojo", Virgilio y, por supuesto Paco "El sepia", Rodolfo " El pava" y mi primo Andrés. Con ellos compartí infancia, juegos y colegio.

3. *Morciguillos.*

—Mamá, ¿qué hay para cenar?

—Patatas fritas y tajadas de tocino; anda, Isidrín, dile a la Mari Reme que ponga la mesa que son las nueve y media y tu padre va a venir de un momento a otro y tú no te vayas a la calle otra vez.

—¡Si estoy ahí fuera en la puerta! Cuando vea entrar a papá me paso con él.

—Sí, pero que no te tenga que llamar, que luego estoy chillando en la calle como una pregonera, ¡me has oído!

—Vale mamá estoy ahí afuera.

Me salgo a la puerta de la casa y me siento en el poyo de la verja. Hay chiquillos jugando y hace una noche de verano preciosa. En las cuatro esquinas no hay nadie de los míos, y alrededor de la bombilla que ilumina la calle hay morciguillos volando.

—¿Cómo podría yo pillar un bicho de esos? Dicen que son como ratones pero con alas y que no tienen ojos. Además dice Javi que si les pones un cigarro encendido en la boca, se lo fuman. ¿Se lo fuman? ¿Cómo va a fumar un pájaro? ¡Si pudiera coger uno! Cuando venga mi padre le voy a preguntar cómo se cazan. Él de cazar sabe mucho. Seguro que cuando era zagal, en el pueblo, cogió alguno.

—¡Hola papá!

—Isidro, venga para adentro a cenar. ¿Qué has hecho toda la tarde?

—Pues... nada.

—Seguro que has estado haciendo cepos, tirachinas y leyendo tebeos.

—Bueno...

—Anda tira para adentro.

—Papá... ¿cómo se cazan los morciguillos?

—Yo que sé. Dicen que con una caña. En la punta se ata una boina o un trapo negro con vinagre y se pone por la noche junto a la luz de la bombilla por donde ellos vuelan y dicen que el olor del vinagre los emborracha y se caen al suelo, pero debe ser una tontería. Nosotros, en el pueblo, los cogíamos por el día, cuando estaban dormidos boca abajo colgados de los palos de la cuadra de las caballerías. La verdad es que son bastante feos. ¿Y para que leches quieres tú un morciguillo?

—Pues para verlos y ponerles un cigarro en la boca y ver como fuman.

—¡Cómo te vea yo con un cigarro te voy a dar!. Anda vamos a cenar.

Mi padre abrió la puerta de la verja y cruzamos el patio. Después subimos los dos escalones que había para pasar al porche y entramos en la casa.

—¡Mamá!, ya está aquí papá.

Comíamos y cenábamos en el comedor. Allí es donde hacíamos vida. Era la mayor habitación de la planta baja y estaba separada por unas puertas de corredera, de las de fuelle, del salón que era el lugar santo al que solo se entraba cuando venía visita; y que olía a nuevo, a limpio y a mantecados, sí, sí, a mantecados.

En el salón había un tresillo, dos sillones y una mesita baja que tenía una encimera de mármol gris y negra que mi madre había decorado con una tabaquera, un cenicero de alpaca y un jarrón con flores secas.

En una de las paredes, debajo de un gran espejo con marco dorado, había un mueble aparador con tres puertas, allí estaban. Ése era el sitio donde cada Navidad, mi madre guardaba bajo llave aquellas deliciosas tortas de manteca y los dorados mantecados de naranja y almendra y los de vino blanco. Los hacía en el horno de María Juana y luego, en lebrillos tapados con manteles de cuadros blancos y rojos, los traía a casa.

—¡Dios, que ricos estaban! Esos eran los únicos dulces que los chiquillos comíamos en todo el año. Bueno, miento, y los caramelos de Semana Santa y las fritillas y los rollos dulces y los rellenos.

Estas dos habitaciones, el salón y el comedor, quedaban a la izquierda del pasillo. Al frente estaba el cuarto de baño y la cocina y a la derecha, junto a la puerta de entrada, la escalera que subía a la planta de arriba, donde estaban los dormitorios.

—¡Mamá, mamá!, papá ya ha venido.

La mesa estaba puesta para cenar. Con su hule de cuadros blancos y azules, con los cortes que los chiquillos les habíamos hecho jugando con los cuchillos.

En el centro, sobre un salvamanteles de hierro, mi madre había puesto una enorme sartén llena, hasta arriba, de patatas fritas a lo pobre, doradas y tiernas; un moje de tomate y pepino, la panera con la barra de pan y la pringuera, donde se adivinaban las tajadas de tocino en la parte de arriba, con la corteza bien frita y el tocino pasado y en la parte de abajo la pringue para merendar, una tarde sí y otra también, pan y pringue.

Además la jarra del agua para nosotros y para mi padre una botella de vino a granel, de la bodega, que duraba una semana y el sifón.

—Buenas noches, Amalia; mi padre saludaba a mi madre con un beso.

—¿Cómo ha ido el trabajo Laureano?

—Bien, cansado, en la Fiscalía, como siempre, cuatro papeles. En casa de D. Juan José toda la tarde dándole a la máquina de escribir. A las ocho, cuando ya nos íbamos a venir, han asomado con una escritura sobre una herencia de tierras, que era urgente, y nos hemos puesto hasta las nueve y media que la hemos terminado. ¿Y los chiquillos?

—Bien, dando guerra.

Mis hermanas se sentaban junto a mi madre y yo entre mi hermano Nano y mi padre.

—Isidro, pon la radio que oigamos las noticias.

—Sí, papá.

Era la hora oficial de cenar en todas las casas de España, las diez de la noche y todas las radios estaban encendidas para oír el "Diario hablado de Radio Nacional"

La verdad es que a mí esas cosas me daban igual, no las entendía, pero a juzgar por la atención que ponían los padres debía de ser algo importante.

A continuación mi madre servía en platos las patatas y, en silencio, empezábamos a cenar.

Las conversaciones en la mesa, a la hora de las comidas, eran más bien pocas. Si acaso algún comentario sobre lo que los chiquillos habíamos hecho o dejado de hacer durante el día y poco más.

—Mamá, ¿me puedo salir?

—¿Has terminado de cenar?

—Sí

—Lo que diga tu padre.

—¿A dónde vas?

—A jugar a la calle papá. Me está llamando Víctor.

—Bueno, pero a ver que hacéis, no se os ocurra ir a la Huerta del mudo a coger panochas, que al "manco" se le pone mala leche y un día de estos os va a dar un susto. Además por la noche deja los perros sueltos.

—Vale papá. ¿Me puedo ir?

—Bueno, pero no te vayas largo.

—No papá.

A mí no tenían que decirme si me lo había comido todo, ¡hasta los clavos! y había dejado el plato más limpio que una patena.

Echaba a correr y conforme cerraba la puerta de la casa oía, como siempre, la última recomendación de mi madre.

—¡No cruces la carretera!, ¡y no te vayas largo!, que luego tengo que estar llamándote como una pregonera.

¡A las cuatro esquinas!

Allí estaba Víctor, Javi, Carlos y Luna, los demás irían llegando conforme terminaran de cenar.

La verdad es que, tanto las comidas como las cenas duraban más bien poco. No por otra cosa, sino porque no había mucho que comer; y además nuestras hambres a esa edad y después de estar todo el día jugando al fútbol y trotando por ahí, no tenían límites.

—¿Qué hacéis?

—Pues nada.

—¿Jugamos al "pirulo"?

—Vamos a esperar un poco, a ver si vienen los demás, ¿no?

—Bueno... Oye Manolo, ¿tienes tebeos para cambiar?

—No, los que me compró mi padre el domingo todavía no los he leído.

—Cuando los leas, a ver si me dejas el de Roberto Alcázar y Pedrín.

—¿Por qué no vamos esta noche a la huerta del mudo a por panochas? —era Javi.

—No. Mi padre me ha dicho que el manco está harto de los chiquillos y que por las noches suelta los perros.

—Pues entonces vamos al huerto de D. Jesús a por almelondrucos.

—Ea, si queréis. Pero es más peligroso que ir a la huerta del mudo; hay que subirse a la tapia y coger las almendras sin ver nada. Es mejor por la tarde, aunque esté el "Tío botas". Lo más que nos puede pasar es lo que a Paco, el de Gerardo. ¡Eh, Paco!

—Calla, calla..., aún me escuece el culo del tiro de sal que me pegó.

Poco a poco, se va juntando gente en las cuatro esquinas, llega "El Chato" y su hermano; y César y Jesús.

—Bueno que, ¿hacemos algo? —dice César.

—Podíamos echar una "firolesa"

—¡Venga!

Y durante más de dos horas, los doce o catorce chiquillos jugaríamos a la firolesa; uno amaga y los otros le saltan mientras cantan con monotonía.

Allá, arribica, arribica,

había una montaña

en la montaña un árbol,

en el árbol una rama

en la rama un nido,

en el nido, cinco huevos

cogí el blanco y me quedé manco

cogí el negro y me quedé ciego.

Después, a las doce y media, o la una de la madrugada, cuando ya empezaba a refrescar, nos sentábamos en los poyetes de las vallas de los chalets hasta que empezaban a salir las madres a las puertas de las casas y a llamarnos para acostar.

—¡Isidrííííínnnn!...

—¡Víctor!...

—¡Jaaaaaviiiiii!...

En cinco minutos no quedaba nadie en las cuatro esquinas. Los planes para el día siguiente ya estaban hechos y nadie iba a salvar al "Manco" de que le quitáramos quince o veinte panochas, que luego asaríamos en el corralón de las acacias.

Los morciguillos siguen dando vueltas alrededor de la luz de la calle, cazando mosquitos.

—¿Cómo cogería yo un bicho de estos?

—Venga, a dormir.

—Sí, mamá. ¿Puedo leer un tebeo?

—Bueno, pero apaga pronto la luz que mañana tu padre tiene que trabajar. ¡Y no hagas ruido!, que tu hermano está durmiendo.

—Sí, mamá.

Escaleras arriba; me metía en la cama y cogía un tebeo del Capitán Trueno, con las tapas mugrientas de tanto manosearlo, seguro que había pasado por las manos de veinte chiquillos. Me lo había dejado Manolo Luna que tenía la colección completa y que quería, de mayor, ser dibujante de tebeos. Era emocionante cuando cogía un lápiz y una hoja de libreta y te decía:

—¿Qué quieres que te dibuje?

—Píntame a Sigrid, la novia del Capitán Trueno.

Se ponía a hacer rayas y en menos de cinco minutos, como por arte de magia, aparecía Sigrid; y es que ¡se salía del papel!, ¡Qué maravilla! Ahora es profesor de dibujo en un Instituto.

Su padre le compraba todas las semanas tres o cuatro tebeos. Del Capitán Trueno, de Roberto Alcázar y Pedrín, del Pequeño Héroe, de Mendoza Colt, del Guerrero del Antifaz; y le animaba a pintar.

Ir a su casa era, para nosotros, como ir al castillo misterioso. Nos enseñaba los barcos de madera que hacía su padre, su colección de sellos y de tebeos; no creo que nadie en el mundo tuviera más tebeos que él; si los conserva todavía, seguro que valen una fortuna.

—Apaga la luz, Isidrín, que son las dos de la mañana.

—Sí, mamá.

En la portada del tebeo, Goliat le pegaba un puñetazo a un moro, mientras gritaba. ¡Por el gran Batracio Verde!

Ángel de la Guarda, dulce compañía, no me desampares ni de noche, ni de... Y el Capitán Trueno le da un beso a Sigrid, y Goliat y el Ángel de la Guarda cazan morciguillos con una boina negra empapada en vinagre y Crispín.

4. *Las palomas.*

—¡Isidrín, levántate ya, muchacho!

—Espera un momento, mamá, si no tengo nada que hacer.

—¿Cómo que no tienes nada que hacer? Venga levántate y tira a por el pan. ¡Muchacho que son las nueve! Y va a pasar el del hielo. ¡Venga arriba, que yo me voy a la plaza!

—¡Me cago en la leche! Siempre me toca a mí.

—¿Qué dices, nene?

—Nada, nada mamá, que ya voy.

—¡Y ten cuidado de tu hermano, que está en el taca!

—Ya voy, ya voy.

Los pantalones cortos, la camisa, las sandalias y escaleras abajo.

—Anda, lávate y péinate. Al lado de la placa tienes un vaso de leche.

—Sí, mamá.

—Y cuando desayunes, coges la bolsa del pan y te traes tres barras y le dices a la María Juana que te las apunte hasta que cobre tu padre. Mientras tanto que la Mari Reme cuide del Nano, y si viene el del hielo que te dé una peseta y lo pones en el librillo.

—Sí mamá...¡(todo me toca a mí, todo me toca a mí)!

—Isidrín, mira a ver el Nano, que está llorando, ponle el chupete.

—Sí, mamá. Y tú cállate, toma el chupete y chupa.

Mi madre salía por la puerta de la calle y yo, como una bala, al jardín a ver si había caído algún gorrión en los cepos.

—Nada. Si es que la moya de pan estaba muy blanda y el muy canalla ha estirado y la ha sacado de la agujeta sin saltarlo. Pero a la próxima no le vale porque voy a poner granos de trigo en agua y cuando estén blandos los voy a pinchar en la agujeta del cepo y cuando se sequen no los va a arrancar ningún gorrión ni con alicates; y me iba a echarles de comer a las palomas.

El verano anterior, cuando habíamos estado en el pueblo de mi padre, en casa de mi abuela, una vecina nos había regalado una pareja de palomas laudinas a mi prima Reditos y a mí, para cuando terminara el verano nos las lleváramos a nuestra casa. Pero, ¿qué iba a hacer yo con un palomo solo?; si al menos tuviera la pareja podrían criar.

La fortuna quiso que unos días antes de terminar las vacaciones, mi padre, con el que salía a cazar todos los días, alicortara una paloma Zurita. La llevé viva y, sin que nadie se enterara, la curé y la subí a la solana de la casa, donde estaban los atrojes con el trigo, las habas y la cebada para echarles de comer a los animales que se criaban en la aldea.

Traté por todos los medios de convencer a mi prima, que era algo mayor que yo, para que me diera su paloma, pero no hubo forma.

El día de la despedida, cuando ya nos veníamos, cada uno llevaba en una caja de zapatos, con la tapa agujereada y bien atada para que no se abriera, su paloma. Sonreímos maliciosamente

los dos, ella porque había conseguido no darme su paloma y sabía que eso me hacía rabiar, y yo porque imaginaba la cara que pondría cuando abriera la caja en Murcia y se encontrara que su palomita era zurita y no laudina y que, además tenía una herida en la punta de un ala que le impediría volar durante bastante tiempo.

¡Qué hermosas eran! y que gusto daba verlas volar por el barrio. Se iban a las nubes y cuando menos te catabas, bajaban como un rayo y se paraban en el pico del tejado de la casa y se ponían a rumbiar; las llamaba y bajaban a comer en la mano.

Un vecino, que era albañil hizo, en el patio de atrás de la casa, un palomar que parecía de juguete. No tendría más de seis metros cuadrados. Era un cubierto de malla que tenía dentro una casita de obra para que criaran. En menos de un año tenía una docena de palomas.

Y empezó el problema. ¿Qué hacemos con las palomas?

—Pues lo que se hace con las palomas; ¡cocido! —decía mi padre.

—¡Ni pensarlo! —Y me enganchaba a llorar— ¡No matéis mis palomas!

—Pero bueno, si luego vamos al campo y nos liamos a tiros con ellas.

—Sí, pero estas las hemos criado nosotros.

—¿Y las otras? ¿Alguien las habrá criado, no?

Y yo venga llorar.

—Se crían en los palomares, en el campo y sus dueños no las conocen, ni les ponen nombre.

—Bueno —intervenía mi madre—. Las venderemos a otras personas que quieran tener palomas vivas.

—¡Vale!, pero mamá prométeme que no las van a matar.

—No, venga. No llores más.

Anda, que como sobraba la comida en aquellos tiempos. No me explico como mi madre tenía tanta paciencia conmigo.

Y se iba a casa de Tomás, en recovero y todos los meses cambiaba una o dos parejas de pichones por huevos o embutido.

De todas maneras, cada vez que comíamos cocido, al tiempo que escarbaba en el plato, lo hacía también en mi memoria, tratando de recordar cuando había sido la última vez que mi madre había llevado palomas a vender.

—Isidro, el Nano está llorando —Era la María Eugenieta.

—Pues ponle el chupete. ¿No ves que les estoy echando a las palomas? Y la Reme, ¿qué hace?

—No sé.

—Bueno, ya voy.

Y luego a por el pan, a la tienda y a por el hielo a la fábrica, si no venía el sifonero que traía un carro con una mula y vendía hielo y sifones. Y a las once a dormir al Nano.

—Isidro, duerme al Nano.

Y lo cogía en brazos y empezaba a mecerlo y a cantarle en voz baja, casi susurrando.

"Estas son las mañanitas... Soy minero..." y unas veces había suerte y a base de coplas y "mece-mece" conseguía dormirlo y meterlo en el "moisés" y otras me desesperaba porque el muy canalla, en vez de dormirse, como era su obligación, empezaba a grajear y se espabilaba más.

—¡Mamá!, no quiere dormirse

—¡Aguanta!, que tiene que dormir.

—¿Me lo subo a la habitación?, ¡a la cama!

—Sí.

Escaleras arriba, nos tumbábamos en la cama, bajaba la persiana, le ponía el chupete mojado en manzanilla, le mecía y le cantaba.

"Con ese lunar que tienes..." No quería ni mirarlo, sabía que estaba con los ojos entornados, casi dormido. Eso significaba que tendría libre hasta la hora de comer para cortar unas gomas nuevas para el tirachinas, que se habían roto, y para ir a casa del "Chato" a cambiar tebeos. "No se lo des a nadie, cielito lindo, que a mí me toca".

Efectivamente, se había dormido. Ahora todo era cuestión de levantarse de la cama, sin hacer ruido y bajar despacio la escalera, decirle a mi madre "mamá, ya se ha dormido, me salgo al patio" y luego.

—¡Buaaaaaaaaaaaaaaaa! ¡Buaaaaaaaaaaaaaaaa!

—¡Me cago en la leche! "¡Ay, ay, ay, ay..., canta y no llores...". El Nano tenía los ojos como platos, lloraba y lloraba, y yo estaba a punto de llorar también. Y así, hasta que al final se dormía "Porque cantando se alegran, cielito lindo los corazones..." Chin-pon.

—Mamá, el Nano se ha dormido, me salgo al patio.

—Está bien, pero no te vayas muy largo, que luego...

—Sí, estás como una pregonera.

—¡Oye, Isidrín, no me hagas burla!

—No, mamá.

5. *La bici.*

Era negra como un tordo. Las llantas relucían como si fueran de plata y en los guardabarros tenía pintadas dos rayas doradas. Era de media carrera. El sillín, de cuero negro, llevaba una cartera colgada con desmontables y pegamento y parches por si pinchabas; tenía timbre, farol, bomba para darle aire y portamantas. ¡Cuántas veces había soñado con ella!

Hubiera dado todos los tebeos que tenía y las chapas de las gaseosas y el casco de jugar a la taparuja y hasta la colección de estampas de "Armas de guerra" de Hazañas Bélicas, por haberla conseguido.

Ahora estaba delante de mí, desafiante, ¡Móntame si te atreves! Mi padre me la había regalado.

—Bueno, Isidro, ya puedes venir a cazar conmigo todos los domingos sin tener que llevarte en el portamantas de la "colorá", a ver si la cuidas.

—Sí papá, gracias.

La "colorá" era la bicicleta de mi padre. Lujo de pobres en aquellos tiempos y que había comprado en la "Ciclería Clodo" de segunda mano. Con ella nos íbamos a cazar todos los domingos en cuando se abría la veda de la codorniz, al "Palo", que era un río que estaba a unos cuatro kilómetros de la ciudad y donde, en verano, íbamos andando los chiquillos a bañarnos y a pescar carpas con una caña de río, un trozo de nailon y un anzuelo enrobinado que algún viejo pescador nos había dado para que le dejáramos en paz.

De "la colorá" guardaba yo malos recuerdos. Apenas tenía seis años cuando mi padre, que me llevaba sentado en el cuadro, me pilló el pie con los radios de la rueda de delante. Llevaba de calzado unas sandalias y chillaba y chorreaba sangre como un gorrino.

Ahora tenía mi propia bicicleta. Podría irme al campo cuando quisiera a poner la red a coger pájaros. Allí donde iba "el zapa", que decían que había cogido diez docenas entre pardillos, colorines y verderones, en "la cerca de los Llanos" y que se veían bandos que tapaban el sol. Además podría echar carreras con Víctor y con mi primo Andrés y con "El sepia", que hacía tiempo que tenían bicicleta.

En un alarde de imaginación la bauticé como "La negra". Me pasaba las horas muertas limpiándola. Le puse unas mechas de mechero de "chisque" en los ejes de las ruedas para que al andar se fueran limpiando y mi madre, que cosía muy bien, me hizo una funda para el sillín. Ahora, cuando nos juntábamos en las cuatro esquinas ya podía, como los demás, dejarla con el pedal apoyado en el bordillo de la acera y contemplarla como si fuera mi caballo.

6. *Cantar.*

—Mamá, ¿me puedo ir mañana por la mañana con el primo Andrés y con "el sepia" a pescar al Palo.

—Díselo a tu padre cuando venga. ¿Y quién va a hacer los recados y a dormir al Nano?.

—La Reme.

—Bueno, ya veremos.

Era por la tarde. Estábamos sentados en el patio y mi madre cosía. Estaba con unos pantalones viejos de mi padre, tratando de arreglarlos para mí. Yo me entretenía con una caja de zapatos y las tijeras haciéndole a la Reme y a Maru una casa de muñecas.

Muchas tardes de verano, cuando bajaba el sol, mi madre sacaba la costura al patio, a la sombra del albaricoquero. Acudían las vecinas con sus labores; la Consuelo y la Josefina y charlaban y veían a la gente pasar por la calle. Mientras los chiquillos jugábamos o las escuchábamos hablar.

—Amalia, dile al chiquillo que cante —era Josefina.

—Sí, sí, canta nene —insistía Consuelo.

—Anda —decía mi madre— canta algo Isidrín.

—Pero me tienes que dejar que me vaya mañana a pescar, ¿eh mamá? (empezaba el chantaje).

—Bueno, tú canta, que yo trataré de convencer a tu padre.

No recuerdo mejor sensación en mi vida, que la de cantar cuando era crío, fue un regalo que Dios me hizo cuando nací y que me quitó, al menos en parte, cuando cambié la voz. Tenía la sensación y creo que así era, de poder cantar y cantar sin cansarme. Era tan fácil abrir la boca y dejar que mi voz hiciera lo mismo que oía sonar dentro de la cabeza, yo mismo me asombraba.

—¿Qué quieres que cante, mamá?

—Lo que tú quieras.

—"La campanera" —decía Consuelo.

Y durante un buen rato cantaba. Canciones de las que sonaban por la radio; de Joselito, de Pedro Infantes, yo que sé, de Antonio Molina...

Luego a luego, se hacía corro en la valla del patio y la gente aplaudía. La Consuelo se echaba a llorar, ¡cómo no tenía hijos!

Yo cantaba porque me encantaba y me hacía sentir bien. Nunca olvidaré la sensación de ir en "la negra" por el campo, cuando tenía quince o dieciséis años y venía de cazar. Oía dentro de mi cabeza la música de las canciones. "El sorbito de champán" o Lola, de Los Brincos ,y me enganchaba a cantar. Era maravilloso.

—¡Isidro! —era Víctor.

—Mamá, ¿puedo irme?

—Bueno, pero no te vayas largo.

—Qué, ¿te vas a ir mañana al río?

—Yo creo que sí.

—En la era de las "cagarrutas" están jugando al fútbol, ¿vamos?

—Venga. Te echo una carrera a ver quien llega antes.

La "era de las cagarrutas" estaba junto a la casa de Víctor. Era un bancal sin cultivar que nosotros habíamos convertido en campo de fútbol. Estaba liso como la palma de la mano y lo habíamos bautizado con ese nombre por la cantidad de excrementos de cabra que había.

Desde allí se veía la huerta del mudo, que estaba fuera del barrio y a donde solíamos hacer excursiones para robar panochas, espigas de cebada o zanahorias, según la época del año; y para sentir la emoción de ver de cerca al "mudo" que era el aniaguero; o al "manco", que tenía una mano seca desde que un mulo le mordió hacía años y le cortó los tendones y era el dueño; oír sus improperios y amenazas, confiando siempre en la rapidez de nuestras piernas y en el dicho de que "perro ladrador poco mordedor". Además estaban tan buenas las panochas asadas en el corralón y en invierno las zanahorias moradas, tan frías recién sacadas de la tierra. ¡Cómo crujían al morderlas!

Estaban jugando contra los de "Las Grilleras", que era un barrio de casas baratas, muy pequeñas, que había al otro lado de la carretera de circunvalación, al que le pusieron ese nombre por lo parecido, en su tamaño, a las de los grillos. Además íbamos perdiendo por siete a tres.

—¡Isidro, ponte de portero! —era Miguel, el hermano de Víctor— y tú Víctor, ponte de defensa que ellos son nueve y nosotros cinco nada más.

—¿Es que no sabíais que teníamos desafío?

—No sabíamos nada.

Siempre jugaba de portero. Estaba regordete pero me hacía estiradas y todo; y llevaba las rodillas deshollejadas y llenas de pupas de tanto porrazo.

Estuvimos jugando hasta que ya no se veía y nos metieron la trocha. Quedamos doce a seis. Al final, como siempre, las cosas terminaron mal. Que si ha sido gol, que si sois unos marranos jugando, que lo que pasa es que sois unos mierdas. Total, la pedrea. Y a voces desde las esquinas, quedamos emplazados para el día siguiente, en el mismo sitio, para resolver con el balón o con el tirachinas lo que habíamos dejado a medio.

Sudando como pollos llegábamos a las cuatro esquinas, nos sentábamos en la acera y empezaba el repaso de la tarde.

—¡Vamos que la hora de asomar de estos dos! —decía "El chato", refiriéndose a Víctor y a mí.

—Ea, si no sabíamos nada.

—Seguro que habéis estado cazando pájaros.

—¡Que no! leche, que no sabíamos nada.

—Bueno, pues a ver si no se os olvida para mañana por la tarde. Ya habéis oído, ¡a las seis!

—¡Vale!

—Oye, ¿vamos esta noche a la huerta del mudo a por panochas?

—Vale. A las once quedamos aquí, ¿eh?

—¿Ya estáis sujetando la esquina? No he visto críos más gandules que éstos. Todo el día se lo pasan echados como los perros —era el abuelo Julio, "El gruñón", que vivía en uno de los chalets de las cuatro esquinas y que siempre se estaba metiendo con nosotros.

—¡Que no, abuelo, que no!, que venimos de jugar al fútbol y estamos descansando.

—¿Descansando? y se marchaba renegando.

—¡Víctoooooor...!

—¡Javiiiiiiiiiii!

—Me voy, que mi madre me llama. ¡A las once aquí!

7. "El Palo"

El camino de "El palo" era estrecho. Recorría el quijero del río y estaba bordeado de olmos. Era una maravilla ir en bicicleta por la mañana temprano y oír el crujir de las ruedas en las chinias.

Se veían volar las tórtolas entre los árboles y en los bancales, a orillas del río, los trigueros con su cantar de chicharra anunciaban que en los alrededores tenían el nido.

Pasamos por la Huerta de la Anselma, donde el camino hacía una bajada de montaña rusa que te ponía un nudo en las tripas y llegamos a la compuerta, donde controlaban el caudal del río. Allí paramos. El embalse estaba hasta arriba y el agua quieta como un espejo.

—Andrés, ¿nos quedamos a pescar aquí, o nos vamos más arriba a los cangrejos?

—Si asoma la guardia civil, al primer sitio que viene es aquí, así es que vamos más arriba.

Y seguimos en fila india, porque el camino no daba para más. Primero Andrés, después el Sepia y luego yo.

De entre el carrizo se levanta graznando una polla de agua, asustada.

—¡Será tonto el pijo del pajarraco!, menudo susto me ha metido.

—¡Calla Sepia!, que a ti te asusta una barra de pan metida en un talego.

—¡Si es que ha salido cuando yo pasaba!

—Calla y tira, zamarro.

Que bien rula "la negra". Andamos otros diez minutos. El camino se pierde entre los juncos y el agua casi no se ve, tapada por el carrizo que nace dentro del río.

—¡Este es el sitio! Esconder las bicicletas entre los juncos que luego brillan con el sol y la guardia civil tiene muy buena vista.

Mi primo, que hacía de jefe de la expedición, había estado otras veces por allí con su padre, mi tío Esteban, cogiendo caracoles y almorzando. Era un zagal estupendo y nos queríamos a rabiar. Siempre estábamos juntos. Su madre, que era hermana de la mía, vivía en las Casas del Instituto Nacional de Previsión, que eran unas casitas bajas como en la que yo vivía, con patio y todo, que estaban por donde el parque, camino del Instituto, donde estudiábamos los dos.

En su casa se hacía la matanza para las dos familias y ese día era para los chiquillos poco menos que fiesta nacional.

Cuando llegaba el santo de mi primo, San Andrés, coincidiendo con algún fin de semana, que los padres no trabajan, se organizaba el tiberio. El pobre gorrino, que habíamos comprado pequeño y que vivía en la gorrinera que había en el patio, pagaba el pato. Para mí que se lo barruntaba.

Ese día, temprano, asomaba el matachín y entre los padres y algún vecino que ayudaba, lo subían a la mesa.

Yo me metía en el último rincón de la casa y me tapaba los oídos para no oír chillar al pobre bicho. Mi primo se reía de mí y decía que era un gallina, pero yo solo salía cuando no oía gritos y calculaba que todo había terminado y del gorrino no quedaba más que lo que me gustaba ver; las salchichas, los chorizos, los jamones y todas las delicias que, a lo largo del

año, las madres, muy cautamente, administrarían. Tenía que durar hasta el año siguiente por las mismas fechas.

Mi primo disfrutaba horrores. Estaba en medio del fregado, ayudando a quemar el pelo del animal o a sujetarlo para que se estuviera quieto mientras el matachín hacía su labor. Le gustaba ver como lo descuartizaban y luego me lo contaba para darme miedo. Yo creo que ya se vislumbraba lo que sería de mayor; médico, aunque no cirujano como él hubiera querido.

Era tan alto como yo, pero muy delgado y llevaba gafas. Compartíamos la afición por el campo, los pájaros, la pesca, el fútbol y luego, cuando fuimos algo mayores, la música.

Pasábamos juntos temporadas en casa del uno o del otro. Yo le quería mucho y sentía una gran admiración por él, porque era muy inteligente.

Habíamos conocido a Paco "El sepia" el año anterior, un día que andábamos cazando pájaros por el barrio. Era de nuestra edad y estaba jugando con su hermano Pepe a la taparuja de papeles de caramelo. Nos acercamos y enseguida hicimos amistad. A partir de entonces, los tres haríamos buenas migas y prácticamente iríamos juntos a todas partes.

El "sepia" fue quien nos enseñó a hacer arillos de alambre para coger cangrejos.

—¡Venga muchachos, que los cangrejos no esperan! Mi primo había escondido la bicicleta debajo de unas cañas secas y sacaba los aparejos.

Era emocionante. Por aquella zona el río tendría unos tres metros de ancho y no más de uno de profundidad y estaba cubierto de carrizo.

—¡Mira Andrés! —era "El Sepia", que se había asomado al río. —¡Qué bicharraco!

Nos asomamos los dos a la vez. El agua estaba transparente como el cristal y en el fondo, junto a una piedra, había un cangrejo como la horquilla de un tirachinas. Tragamos saliva.

—¡La Virgen, que gordo!

En un santiamén, ensartamos las lombrices en el arillo, lo atamos con una cuerda y a una piedra para que hiciera peso y lo dejamos caer delante de los bigotes de aquella fiera.

En cuanto el arillo con las lombrices tocó el fondo, el cangrejo dio una espantada y nadando de culo desapareció.

—¡Me cago en la leche jodía!, Sepia. Tenías que ponerle el arillo un palmo delante de los bigotes. ¡No escalarlo!

—¡Mira, mira!, ya se asoma otra vez.

Se me salía el corazón de la caja. De entre la ova y las piedras del fondo, empezaban a salir cangrejos. Unos más grandes y otros más chicos. Era emocionante verlos echar carreras por engancharse con las pinzas al arillo de lombrices para comer.

—Despacio, Sepia, despacio, que hay cinco enganchados, Andrés susurraba casi al oído de Paco.

—Que sí, que sí..., que los vamos a sacar todos a la vez, Isidro, coge el cazo.

—Aquí está, venga tú súbelos despacio que yo los saco.

El Sepia tiraba suavemente de la cuerda para arriba y los cangrejos subían como una ristra de ajos hacia la superficie, dando vueltas, pero sin soltarse del cebo.

Yo metía en el agua, por debajo de los cangrejos que subían, un cazo que habíamos hecho con una bolsa de malla de plástico de los limones, que nos habían dado en la tienda, a la que habíamos puesto un aro de alambre recio y un palo de mango.

—¡La Virgen, si son seis!

—Despacio, Sepia, que se sueltan y tú Isidro no muevas mucho el agua. Así, así...¡Ya está!

Habíamos sacado los seis. Cuatro gordos, entre ellos el galafate que habíamos visto al principio y dos más pequeños.

Los cangrejos trataban de salirse del cazo de malla que yo había puesto sobre la hierba del ribazo, mientras le gritaba a mi primo.

—¡Andrés!, saca el almuerzo del talego que metamos los cangrejos.

—¿Y qué hacemos con el bocadillo?

—Pues que vamos a hacer, si son ya las nueve de la mañana, ¡comérmolo!

—¡Pues vale! Venga Sepia, echa otra vez el arillo y trae los cangrejos que los meta en el talego y vamos a almorzar.

Nos comeríamos el bocadillo, de tajadas de tocino, de medio metro y nos darían las dos de la tarde cogiendo cangrejos. Sigilosos como indios. Con un ojo en el agua y el otro en el camino por si, en cualquier momento, se veía brillar un tricornio.

Luego, con cuatro o cinco docenas de cangrejos en el talego, como mucho, levantaríamos el campamento y con un sol de justicia, le daríamos fuerte a las "bicis". Por el quijero del río adelante, la compuerta, la Huerta de la Anselma; otra vez el vértigo en el estómago, a salir a la carretera y a las dos y media en el barrio. Repartiríamos los cangrejos en la puerta de Paco y, a las tres de la tarde "congestionao perdío", en casa.

—Isidrn, ¿de dónde vienes, así?

—Del río, mamá.

—Da gracias que no ha venido tu padre porque si te ve así, la tenemos.

—Si es que por no llegar tarde hemos venido de prisa. Mira mamá lo que hemos pescado- y abrí el talego del almuerzo mojado.

—¿Cangrejos?

—Sí, me han tocado quince.

—Anda, ponlos en agua y lávate la cara a ver si se te pasa el sofoco.

Le puse el tapón al lavabo, lo llené de agua y eché los cangrejos dentro. Al mirarme en el espejo no me asusté porque estaba acostumbrado a verme así. Tenía la cara como la grana y un calor como si me hubieran puesto la plancha enchufada.

Los cangrejos estaban todos vivos y nadaban. Mari Reme se asomaba y metía la mano tratando de cogerlos.

—Amalia, ya estoy aquí.

—Hola Laureano.

—Hola papá.

—Isidro, ¿qué has estado haciendo?

—Nada, he ido con el primo Andrés y el Sepia a pescar al Palo.

—Y ¿qué has pescado?

La Reme arrancó a llorar y salió, pasillo adelante, con un cangrejo enganchado en el dedo.

—¡Buaaaaaaaaa!

—Unos pocos cangrejos

—La mesa está puesta. ¡A comer!

8. *El Instituto.*

El verano había pasado deprisa. Parecía que había sido ayer cuando, después de los exámenes finales de Junio, habíamos ido a recoger las notas y con los nervios metidos en el estómago, esperamos en el andén de la planta baja, delante de la Secretaría, a que el bedel saliera y empezara a entregar los libros de calificaciones. Era Septiembre y otra vez estábamos aquí.

Colas de estudiantes, con el libro de calificaciones, la instancia solicitando ser admitidos a curso, las fotos y las pólizas esperábamos, delante de la Secretaría, para sacar la matrícula.

Era mi tercer año. Había llegado al Instituto después de haber aprobado libre el examen de ingreso y la verdad es que me gustaba. Era enorme. Tenía dos plantas y más de treinta aulas.

Atrás quedaba el "San Fulgencio" el colegio del Barrio, donde mi padre me apuntó cuando nos fuimos a vivir a las Casas Baratas y donde D. José, de la 5ª, se desgañitaba para enseñarnos primero a multiplicar y luego a resolver operaciones con quebrados y a hacer regla de tres simple.

Todo el saber de nuestro tiempo estaba en la Enciclopedia Álvarez de tercer grado que, una y otra vez, abríamos ahora por Religión, para ver en un dibujo a Abraham en el momento culminante de sacrificar, con un enorme cuchillo, a su hijo Isaac; o por la Historia de España, donde Felipe II asistía a la derrota de su "Armada Invencible" y donde, en letra cursiva, se podía leer : "Yo no mandé a mis barcos a luchar contra los elementos".

Habían sido tres años de San Fulgencio, de babi a rayas azules y blancas y cuellos de pico redondeado. De leche en polvo de los americanos en el recreo de por las mañanas y trozo de queso amarillo por la tarde para merendar, que por cierto, yo no me comía y lo llevaba a mi casa, intacto, para mis hermanas. De jugar a las bolas en invierno en el patio, con los mocos colgando y de cantar salves a la Virgen en el mes de mayo, delante de la imagen que, en una hornacina, presidía la ostentosa escalera principal que llevaba a las clases de la segunda planta.

El Instituto nos hacía sentir mayores. Ya no llevábamos babi y aunque no fuéramos juntos a clase, allí había chiquillas.

No es que me fijara mucho en ellas, porque a esa edad yo tenía cosas importantes que hacer, como cazar pájaros o jugar al fútbol, pero a los mayores del curso les gustaba reunirse en corrillos durante los recreos y cuchichear acerca de ellas que, más pícaras, los miraban y rompían en risotadas que a más de cuatro hacían salir los colores.

Yo, que por aquel tiempo era un chiquillo regordete, tirando a gordo, cada vez que las oía reír levantaba la cabeza y si por casualidad estaban mirando en dirección a donde yo me encontraba, me ponía rojo como un tejo. Mucho me temo que ya empezaba a sentir complejo de gordo. Un complejo, que no me abandonaría hasta pasados bastantes años.

Como estudiante era bastante discreto. Había sacado los dos primeros cursos del bachiller con algún notable en Matemáticas y Religión, el resto aprobado.

La cola no andaba ni a tiros.

—Hola, Isidro ¿Y tu primo Andrés? —era Toledo, un compañero de curso.

—No sé, no creo que tarde, he quedado con él aquí, para sacar la matrícula.

—¿Tienes un cigarro?

—No, no fumo.

Toledo, que llevaba gafas de "culo de vaso", era un misterio. Todo el mundo se preguntaba cómo podría estudiar ¡Si no veía!

—Bueno, pues voy a ver si alguien me da un "ideal".

Por aquel entonces ya empezaba la gente del curso a fumar, pero nadie tenía para comprar tabaco, salvo los cinco o seis hijos de familia con dinero que estudiaban con nosotros y que siempre llevaban alrededor una nube de menos pudientes que esperaban sacarles algún cigarro que otro.

Me llamaba mucho la atención eso de tener un profesor para cada asignatura. Matemática D. Juan (Potaje), de Religión D. Jesús Álvarez (El cura), Ciencias Naturales D. Luís Morcillo; y el hecho de tener una clase para cada asignatura. Terminaba una clase, a coger el abrigo, la cartera y ... ¡Hala, a otra aula!

—Hola Isidro —era mi primo Andrés.

—¿Qué pasa, primo?

—Pues nada, a sacar la matrícula, ¿desde qué hora estás aquí?

—Desde las once y son ya casi las doce.

—Iba a venir antes, pero me he juntado en el parque con Miguel, el hermano de Víctor y hemos estado hablando de la música. Tiene una guitarra y no veas como toca.

—Pero ¿una guitarra de verdad?

—¡Vaya un pijo!. Oye primo, ¿y si le diéramos el follón a las madres para que nos compraran una?

—No digas tonterías, Andrés, eso tiene que costar mucho dinero.

—Pues tenemos que inventarnos algo para tener una guitarra. Mi vecino, Casimiro, el hijo del ciego, tiene una y se pone en el balcón a cantar rancheras y a tocar y si le oyes...

—Ya me gustaría a mí, pero...

—Pues ,con lo bien que cantas, nos lo íbamos a pasar de miedo.

—¡Calla, calla! Y venga, que nos toca a nosotros.

Se acababa de abrir la puerta y había salido un chiquillo con los justificantes de la matrícula hecha.

Pasamos a Secretaría. Había allí dos o tres mujeres que eran las empleadas que tramitaban los papeles y D. Francisco Pérez (menos Uno), que era profesor de Matemáticas y, además, Secretario del Instituto.

—A ver, el libro de calificaciones.

—Tenga usted.

—¿De qué curso te vas a matricular?

—De tercero

—¿La póliza?

—Tenga usted.

—¿La instancia?

—Tenga usted

—¿El dinero de las tasas?

—¿Cuánto es?

—Familia numerosa; 87'50 pesetas.

A buscarse en el bolsillo.

—Tenga usted.

—¡Joder, primo, con ese dinero dábamos la entrada para la guitarra!

—Sí, ¿y estudiábamos el qué?

Se oía poner sellos en el libro de calificaciones.

—¡Ya está!, el siguiente.

Y vuelta a repetir la misma "cancamusa" con mi primo.

Diez minutos después estábamos con Miguel, en el parque, viéndole tocar la guitarra.

Se nos caía la baba. Me imagino que no sabría mucho de tocar, pero tenía una guitarra con sus cuerdas y sus clavijas de madera, de color marrón.

—Venga primo, vamos para la casa que son casi las dos.

—Espera un poco más, si hasta las tres no vienen los padres de trabajar.

—No, yo me voy ya, que vivo más largo.

Y mientras me alejaba y oía la guitarra, iba cantando la letra de lo que Miguel tocaba. "De piedra ha de ser la cama, de piedra la cabecera..." y me prometí a mí mismo que, algún día tendría una guitarra como la de Miguel.

9. Problemas.

Había pasado en otras ocasiones, pero yo, o no me acordaba, o no quería acordarme. Mi padre y mi madre habían discutido. No sabía cuáles eran los motivos, pero ésta vez la bronca había sido más fuerte de lo habitual.

Fue en casa de mi tía María Eugenia, durante las navidades del sesenta y uno. Mi madre y mi tía siempre han estado muy unidas. No tenían más familia, cada una, que a la otra y todos los años, por Navidad, nos juntábamos en Nochebuena y Nochevieja en su casa las dos familias.

Aquel año, las madres habían ido al Horno de María Juana y habían hecho tortas de manteca y mantecados; y con la matanza recién terminada había comida, si no exquisita, al menos abundante.

Para los chiquillos las fiestas de Navidad eran la locura. Comida, dulces y sobre todo follón que era lo que más nos gustaba. Todo el día jugando los primos. Después de cenar, mi tía, que tenía muy buen humor, sacaba la cascaruja de castañas, higos secos, frutas escarchadas y la zambomba que habíamos hecho con un bote de tomate de los de cinco kilos y la "pezorra" del gorrino, y la escoba para rascarla en una puerta y nos poníamos a cantar villancicos.

Aquella noche, no sé lo que pasó pero en medio de toda la algarabía de chiquillos y canciones, se oyó la voz de mi padre que gritaba.

—¡Mira Amalia que te pego un sifonazo en la cabeza que...!

Todos los chiquillos nos callamos de una y se hizo un silencio sepulcral. Miré, y mi padre tenía agarrada a mi madre por el cuello y con el sifón en alto la amenazaba.

Mi madre se puso a llorar, mi tía también y mi tío Esteban trató de separarlos. Allí se acabó la fiesta.

Mi madre se quedó a dormir con mis hermanos en casa de mi tía María Eugenia y mi padre, mi primo Andrés y yo nos fuimos a dormir a mi casa.

Aquella imagen jamás se ha borrado de mi cabeza. Es una fotografía que el tiempo no deteriora y que cuando cierro los ojos y pienso en ella, aún sin saber cuáles fueron las razones, me hace llorar.

10. Mis padres.

La situación económica en mi casa fue siempre la de una familia de clase baja, pero nunca fue desesperante. Debíamos en la tienda, pero ¿y quién no?

Mi madre cosía hasta las tantas de la noche para arreglar la ropa que se quedaba pequeña a uno y adaptarla al siguiente en tamaño, ¿y en qué familia no pasaba eso? Y en la comida de aprovechaba hasta el rabo de las zanahorias y guisaba como nadie. Hacía un ajoaceite con rellenos de ajo, unos potajes de calabaza y nabo, una coliflor rebozada y frita, unos cocidos, una olla, unas migas ruleras con pan, y no sé cuántas cosas más ¡Vamos, para reventar comiendo!

La verdad es que se mataba a trabajar en la casa, como todas las madres.

La placa de carbón de bolas, en que guisaba, estuvo, durante cinco años funcionando como la caldera de un tren, a pleno rendimiento, hasta que un día mi padre llevó el hornillo de petróleo a casa. Aquello fue la pera. Ya no había que levantarse a encender la placa con astillas de madera y carbón, además- decía mi madre- ¡Era de limpio!

Y si no, cuando Rodolfo "El Pava", que trabajaba en una tienda de electrodomésticos, convenció a mi madre de que tenía que comprar una lavadora eléctrica. El día que la instalaron se pasó más de una hora sentada en una silla, viendo como daba vueltas el tambor y se lavaba la ropa sola.

Mi padre trabajaba como un negro. Por la mañana se iba a Aviación, a la Base Aérea. Estaba en las oficinas de Intendencia y se venía a las tres a comer. Por la tarde se iba a las cuatro a la Fiscalía de Tasas donde estaba hasta las seis; y de allí al despacho de D. Juan José García Carbonell, que era abogado, a darle a la máquina de escribir hasta las diez de la noche que llegaba a casa, justo para oír "El diario hablado de Radio Nacional de España".

Mi madre se quedó huérfana, sin más familia que mi tía María Eugenia en el año cuarenta, con doce años. Perdió a cuatro hermanos y a sus padres. Yo creo que la trastornó la guerra. Cuando había tormenta y éramos pequeños, nos metía en la cama con ella y decía: "No moveros que vienen los aviones y van a bombardear" Decían que era cosa de los nervios. Ha sido siempre muy lista y muy tierna. ¡Mamá, te quiero mucho!

Mi padre se crió en el Sur. Sus padres, tenían tierra, mi abuelo era muy trabajador y criaban uva de mesa.

Dejó la tierra para ser funcionario y tener un sueldo seguro del Estado, que es lo que quería mi abuelo. Es muy trabajador y muy serio. A veces tiene mal carácter. Tiene buenos sentimientos, pero no sabe expresarlos. No sabe decir "te quiero". ¡Por favor papá, quiere mucho a mamá, anda! Yo te quiero.

No sé que pudo pasar aquella noche de Navidad, y algunas otras veces.

II. ...y la química.

El cuarto curso se me atragantó. No podía con la Química. Nos daba clase D. Andrés Masiá, director del Instituto; un hombre serio e inflexible, perfectamente vestido y de aspecto patibulario, cuya sola presencia imponía.

Las clases eran mixtas y estar con las chicas me aturdí. No estaba acostumbrado a convivir con ellas, y cada vez que me sacaban a la pizarra lo pasaba mal.

Don Andrés tenía un bloc de tapas negras con una hoja dedicada a cada estudiante. Cuando empezaba la clase lo sacaba y empezaba a pasar lentamente las hojas. Automáticamente todos pegábamos la cara al libro como si el “Ángel Exterminador” se estuviera paseando, volando sobre nosotros, con su espada y fuera a cortar la cabeza de aquel que no estuviera agachado.

—A ver, Isidro Martínez.

Un latigazo recorría el cuerpo del afortunado, que se retorció con los dolores de la muerte, mientras en clase se oía un ¡Aaahhhhhhhhhhhhhhh! de alivio. Entonces las cabezas se levantaban. El suplicio había terminado. Solo faltaba que el reo se supiera la lección para aguantar el tiempo que duraba la clase, porque solo sacaba a uno por día.

Yo, era uno de los pocos a los que todavía no había preguntado en lo que iba de curso y llevaba cinco días estudiándome la lección. Había conseguido aprenderme "Los Hidrocarburos Saturados", con formulación incluida, de memoria.

—A ver, Isidro. ¿Qué nos puede usted decir de los Hidrocarburos Saturados?

—Los Hidrocarburos Saturados...

Totalmente en blanco, en blanco y bloqueado. ¡Silencio!

—Sí, hombre, los Hidrocarburos Saturados. Ojeó el libro y amablemente me dio el pie de cómo empezaba el texto.

—¡Ah, ya!

Fue como si le hubiera dado cuerda a un despertador a punto de sonar. ¡Rinngggggg!

Desde la primera palabra de la lección comencé el relato. Azarado, pero como una ametralladora. De vez en cuando, D. Andrés, me cortaba para hacer alguna aclaración. ¡Me mataba!. Ahora tendría que darme otra vez el pie para seguir.

¡¡¡Rinngggggg!!!, y seguía.

Así hasta la última frase de la lección. No le cité los corolarios porque no me lo pidió, si no lo hubiera hecho también.

—Muy bien, Isidro, muy bien. ¿Y ahora, puede usted decirme que es un Hidrocarburo Saturado?

¡¡¡No, otra vez no!!!

—¿Empiezo otra vez?

—No, es suficiente. Está claro que ha estudiado usted, y mucho, pero también está claro que no sabe lo que son los Hidrocarburos Saturados y, me temo que no lo sabrá en la vida.

—Es que...

—Déjelo.

Estaba delante de su mesa y vi como me ponía un seis, pero D. Andrés y yo sabíamos que en los exámenes finales de Junio, delante de un ejercicio a base de formulaciones, valencias y demás no aprobaría. Y así fue.

12. El gordo Sotoca.

—Mamá, me voy a acostar, que mañana tengo que levantarme a las seis a estudiar.

—Bueno. Pon el despertador y levántate cuando suene, que luego te tengo que estar llamando y despertamos a todo el mundo. ¡Y no hagas ruido!

—Vale, mamá.

Escaleras arriba y a la cama.

"Animicas benditas del Purgatorio, levantarme mañana a las seis. Padre nuestro que estás en los cielos..." A ver si el domingo no lloviera y pudiéramos ir a la punta la cerca para poner la red. Con el colorín nuevo de cimbel y el pardillete de reclamo, el "zapa" dice, que cogieron allí seis docenas el domingo pasado y nosotros haciendo el zorro en "el pinar del cuchillero"; todo el día para coger dos verderones y un pardillo. Tanto pasar frío para nada. En cuanto cumpla los dieciséis me saco la licencia de caza y le digo a mi padre que me compre la escopeta. ¡ Tócale al cimbel, Andrés que viene el bando! Animicas benditas del Purgatorio; Padre nuestro que estás en el...

—¡Isidro!, ¡nene!, mira que todos los días igual; ¡muchacho que hace ya media hora que ha sonado el despertador!

—Ya voy mama, ya voy, ¡Joder y que frío, vaya un invierno!, escaleras abajo ¡pues como se haya pasado el brasero! Ah, pues aún quedan algunas lucecicas y venga a darle vueltas con la badila. La verdad es que entre la Química y las Matemáticas. El Sotoca este ¡Miasimemuriera!

Las cosas de memoria siempre se me habían dado bien. La Literatura, la Historia, el Latín, la Religión; incluso el Francés, pero las de razonar.

Nos daba Matemáticas D. José María Sotoca, que se pasaba la clase quejándose del sueldo que tenía como profesor y contando chistes. Saber, no sé si sabría, pero enseñar desde luego no. Yo no sé si es que le había tomado manía a las Matemáticas o a él. Únicamente, había una cosa, que me gustaba y era que estaba más gordo que yo. ¡Qué barbaridad de tío!

Dice mi madre que le va a comprar una guitarra a la Reme y a mí una bandurria. ¿Y para qué quiero yo una bandurria?, si eso es de la tuna; y dice que hay un muchacho que sabe tocar y que podía venir a casa a enseñarnos.

—¡Isidro! —Era la Reme.

—¿Qué pasa? Me había quedado transpuesto.

—¿Y para qué te levantas tan temprano?

—Porque tengo exámenes de Navidad.

Mi hermana Reme era la perfección absoluta en todo. Estudiaba en el Santo Ángel, con las monjas y era el orgullo de la casa. Sacaba sobresaliente hasta en Urbanidad e Higiene. Yo no sé qué asignaturas serían esas, pero nada ¡sobresaliente!

La verdad es que daba gusto verla con el uniforme del colegio. Era negro, con una banda de color rojo en la cintura, con su esclavina, su capa, y con un sombrero como el de los Obispos, negro también, con una cinta roja.

Llevaba forrados con papel azul hasta las libretas y cuando se iba para el colegio iba cargada de libros. Yo me reía de ella, diciéndole que pronto necesitaría un carrillo de mano para llevar tanto cacharro.

Había sido mi compañera de juegos. Le llevaba tres años y jugaba conmigo a la lima, yo a cambio, le hacía casas de muñecas, con cajas de zapatos. Era una cría muy inteligente. Hizo la carrera de Magisterio y luego sacó plaza en una oposición para Funcionaria del Estado.

13. ¡Salta!

—¡Salta, Isidro!

—¡Que no puedo saltar el plinto, D. Antonio, que me voy a matar!

Y los compañeros de curso venga a reír.

—¡Pues si te matas, uno menos!

Y allá que iba otra vez. Y ésta vez me mataba. Salían atacando los cajones y la colchoneta y formaba el estropicio del siglo.

—¡Pues ya veremos cómo apruebas la gimnasia!

Don Antonio, más seco que el humo, fumando como un carretero y oliendo a coñac; con el pito colgado del cuello empezaba a ¡piiiiiiiiiiiiiii, piiiiiiiiiiiiiii, piiiiiiiiiiiiiii!

—¡Los del equipo de balón volea al patio, a correr!. Los demás, aquí en el gimnasio con D. Luís, a hacer la tabla de gimnasia.

—D. Antonio, ¿por qué no juego yo a balón volea?

—Pues sí podías jugar, Isidro, por lo menos bulto sí que haces. ¿Tienes ficha?

—No, pero me la hago.

—Pues háztela y a entrenar.

—¿Y entonces me aprueba?

—Según como juegues; se reía.

—Bueno, pues me hago la ficha.

No me hacía mucha gracia, todos los sábados por la mañana ir a jugar en los campeonatos entre colegios, pero al menos durante las clases de gimnasia estaría entrenando con el equipo y no tendría que aguantar el cachondeo que se formaba cada vez que tenía que saltar el plinto. Además no creía que hubiera mucha diferencia entre ser portero de fútbol y de balonmano.

14. Las notas.

—¿Han salido las notas, Toledo?

—Sí, a mí me han cargado el Francés y la Química.

Ya sabía yo que habían salido. No había más que ver a los estudiantes que bajaban las escaleras de mármol del Instituto, con el libro de calificaciones en la mano.

—Pedro, ¿me da usted el mío?

—¿Curso?

—Cuarto

—¿Nombre?

—Isidro Martínez

—Toma.

Religión : Notable

Latín : Aprobado

Lengua : Aprobado

Geografía : Aprobado

Matemáticas : Suspenso

F. y Química : Suspenso

E. Física : Aprobado

—¡Me cago en la leche!

Era la primera vez que me suspendían. La verdad es que lo esperaba.

Los exámenes finales con D. Andrés y con Sotoca no habían sido precisamente brillantes; y el "Virgen Santa, Virgen pura, haz que me aprueben esta asignatura", que había escrito en la contraportada de los libros de texto, no había surtido el efecto esperado.

Mi primo Andrés había aprobado todo y, además, con buenas notas. Eso suponía que, si además, aprobaba la Reválida, al año siguiente ya no estaríamos juntos en el Instituto, y yo no me veía con fuerzas para sacar en Septiembre las dos que me habían quedado y la Reválida entera.

Allí nos separaríamos; en lo sucesivo, el iría un curso por delante de mí y sólo nos veríamos los domingos, cuando fuéramos a cazar pájaros. ¡Joder y que negro lo veía todo!

Me pasé el verano en la academia de D. Sebastián Cutillas, que era profesor de Física y Química y Matemáticas. Hice con él más problemas que "el tostao" y aprendí en un verano todo lo que no había aprendido en el curso.

En septiembre aprobé las dos que tenía pendientes, pero la Reválida tuvo que esperar hasta junio del año siguiente.

No pude cazar pájaros como hubiera querido, ni bañarme, ni leer tantos tebeos como me hubiera gustado, pero así tenía que ser. ¡Joder que mal sabor de boca me habían dejado aquellos suspensos!

15. La "Sonik"

Era una "Sonik", verde con el golpeador negro, dos pastillas y vibrato. Me temblaban las manos de emoción cuando, ya en mi casa, la saqué del estuche. Eran las dos de la mañana y acabábamos de venir de Valencia, de la casa de música, "Guillermo Lluquet".

Mi primo Andrés, se había traído una "Star Rocking", de color verde, modelo Galanti, para puntear, Narciso un bajo Jomadi, rojo, con el golpeador blanco. Además habíamos comprado un "Juvesonic" de 18 vatios para enchufar las dos guitarras, un amplificador marca "la cabra" para Narciso y una batería, "ni se sabe" para Ramón, "el Gaficas".

Se había producido una explosión "Nuclear-Musical" en el mundo y sus efectos, aunque con algunos años de retraso, habían llegado hasta Albacete.

Miguel Núñez, el hermano de Víctor, del Barrio de las Casas Baratas, fue de los pioneros. El año anterior, cuando nadie tenía una guitarra eléctrica, el sí, una "Teddy".

Habíamos estado en su casa viéndola. La enchufaba al "fono" de la radio y, aunque a veces, daba la corriente. ¡Dios como sonaba!

Él, y Jimmy Lomas, que le acompañaba tocando el bajo, habían actuado en el San Fulgencio en las fiestas del Barrio y había sido la locura. Cantaban aquello de:

" Con solo barro los formó,

en su creación perfecta.

Y así fue que la creación

ha llegado a su culminación,

ha creado al hombre y a su fiel

compañera, una mujer,

oh, oh, oh,...una mujer."

A Jimmy le gustaba Eva, la hermana de Miguel. Miguel, Jimmy Lomas, el Raya, el Choni, los Anélicos, los Clochard, Los Jabelc, fueron la avanzadilla. Detrás, la caballería completa; los Trasgos, los Star, los Ronnys, los Tercos, los Nijar, los Chicos y yo que sé cuantos más.

Era Octubre, del sesenta y cuatro y ya no me gustaba coger pájaros, aunque iba algunas veces con "la negra" y la escopeta a las perdices a "Los prados", en las afueras de Albacete, camino de Balazote, con mi padre.

El año anterior, en Junio, había aprobado el quinto de bachiller entero, con notable en gimnasia, mientras, aprendía a tocar la guitarra española que mi madre le había comprado a la Reme. Mi primo Andrés tenía otra y pasábamos horas y horas, juntos en casa, tocando y soñando con hacer un conjunto.

Ahora hacía Sexto Oficial en el Instituto y sonaban las guitarras eléctricas y las voces metálicas de los micrófonos enchufados en el Jovesonic. Estaba Satisfecho-Bailando el Twist And Shout; en la Casa del Sol Naciente. ¡Válgame la Macarena!

Definitivamente. ¡Estaba loco por la música!

16. Los Nijar.

—Oye Miguel

—¿Qué pasa, Isidro?

—Nada, que hemos hecho un conjunto. Nos hemos comprado guitarras eléctricas y un bajo. Venía a ver si podías ir un día al ensayo y nos enseñabas a afinar el bajo.

—Vale. ¿Dónde ensayáis?

—En casa de mi primo Andrés, en la calle Collado Piña, 56, en una cocinilla; si quieres el domingo por la mañana.

—De acuerdo. ¿Quién vais?

—Mi primo de solista, Narciso de bajo, uno que se llama Ramón, que es carnicero y toca la batería y yo, de guitarra rítmica.

—¿Y de cantante?

—No tenemos. Si te enteras de alguien que quiera meterse, nos lo dices.

—¿Y para cuando pensáis...?

—Pronto, si encontramos cantante. De momento estamos montando instrumentales, pero tenemos que pagar los cacharros. Las letras, las ha firmado el padre del batería y para el mes que viene nos llega la primera de ochocientas y pico.

—¿Es que habéis comprado todo el equipo?

—Bueno, falta lo del cantante.

—Pues nada, el domingo por la mañana, sobre las once nos vemos en el ensayo.

—Oye, ¿cómo os llamáis?

—Aún no tenemos nombre.

Todas las noches, a las diez, había ensayo en casa de mi primo. No teníamos tocadiscos, ni discos. Andrés se ponía a puntear "Apache", yo hacía el acompañamiento, el batería se enganchaba a porrazos y hacía la "ametralladora" en los redobles y Narciso con su bajo pues eso; "bajeaba". No creo que sonara bien pero, para nosotros, aquello era tocar el cielo con la punta de los dedos.

—¡Andrés métele vibrato!

—Tú calla "Gaficas" y no hagas la ametralladora en los redobles. Isidro, eso es "do mayor"...¡Coño, no hagas ahí "re"!

—Vale.

—Y tú Narciso, hasta que no venga Miguel, afina el bajo como si fueran los bordones de una guitarra normal y si no; pues más vale que te calles.

Mi primo es el que más sabía de acordes y estaba terminando de montar los de "La Casa del Sol Naciente", de los Animals.

—¿Cómo te llamas?

—Pepe

—¿Te sabes "Válgame la Macarena"?

—No, yo canto por Antonio Molina, pasodobles y eso.

—Pues entonces no. ¿Has oído hablar de los Beatles, de los Rollings Stones, de los Lone Star o de los Mustang?

—¿Quién son esos?

—Va, déjalo, nosotros buscamos alguien que cante música moderna.

—No, de eso no.

A los ensayos, de la cocinilla de Collado Piña, acudían cada noche chavales de nuestra edad, que se habían enterado que andábamos buscando cantante, con la "golica" de entrar en el conjunto.

—Yo tengo un micrófono.

—¿Quién ha dicho eso?

Los cuatro del conjunto nos miramos con los ojos abiertos como platos. Era verdad, aquel muchacho llevaba un micrófono en la mano. Era blanco, plateado y parecía bueno.

—¿Cómo te llamas?

—Rodolfo.

—¿Te sabes "Válgame la Macarena"?

—Sí, y también "La casa del sol naciente"; tengo discos de los Cheyenne y de los Brincos.

Mi primo, que era el encargado de interrogar a los candidatos, al puesto de cantante, empezó a acompañar la canción de los Animals. Rodolfo, sin pensárselo dos veces, enchufó el micro en el Jovesonic y empezó a cantar.

"Oh, madre..., di a tus hijos que no vivan como yo. Una vida triste y mísera ... en la casa donde nace el sol..."

Nos quedamos entusiasmados. Rodolfo, al que luego pondríamos de apodo "El Pava" y al que le gustaba que le llamaran Johan, era el cantante que habíamos estado buscando. Sabía cantar, tenía buena pinta, micrófono y discos y para colmo, era del Barrio de las Casas Baratas.

En la misma cocinilla, donde unos años atrás se salaban los jamones de la matanza y donde, afinando el oído, aún se podía oír chillar al gorrino cuando el matachín, mi tío y mi padre lo subían a la mesa. Allí donde aún resonaban las risas y las carreras de los chiquillos en tan magna celebración, solo que limpia y con olor a guitarra eléctrica nueva, ahora sonaba "La casa del sol naciente", con arpegios de Star Rocking y ritmeo de Sonik, mientras se cruzan el bombo del "Gáficas" y el bajo desafinado de Narciso el Joyero y en un micrófono "Ronete plateado", "el Pava" se desgañita y afina. Eran "Los Nijar".

Nunca más, mi primo y yo volveríamos a tocar juntos en otro grupo, a pesar de que estaríamos muchos años en la música, pero siempre recordaríamos, entre bromas y veras, pero con agrado, aquellos tiempos. La explosión "Nuclear-Musical" que se había producido en Inglaterra había llegado a España y, poco, muy poco tiempo después, a la cocinilla de Collado Piña 56, con pelos largos y pantalones campana y todo.

17. "El mosca".

El baile estaba hasta arriba de gente. En la puerta, en una pizarra, escrito con tiza, se leía:

"Hoy sesión de baile a las diez de la noche.

Actuación de "El Cojo de Madrigueras"

Y el conjunto Músico-Vocal "Los Nijar" (cinco músicos).

El cartel nos daba ánimos. Era la primera vez que veíamos nuestro nombre escrito en alguna parte.

—Rodolfo, ¿Tú crees que nos dejarán actuar?

—Que sí, que sí. Yo hablé el jueves con "El mosca", que es el empresario y el contrato era, que tocábamos esta noche y que nos pagaban setecientas pesetas. Estaba un poco preocupado, porque "El cojo", que es el que toca el acordeón en este baile desde toda la vida, decía que él no se bajaba del escenario, para que subieran cuatro "ye-yes" maricones que no saben música a hacer ruido y a quitarle el pan, pero que ya hablaría con él y lo arreglaría.

—¡Madre mía, Narciso, esto está hasta arriba de gente!

—Pues mejor, Isidro, mejor ¡ y de chavalas!

Pasamos por la puerta principal con nuestras guitarras eléctricas en las fundas. La gente mayor nos miraba con recelo y los jóvenes nos saludaban como si nos conocieran de siempre.

Era la primera vez que iba a un baile, pero nunca olvidaré aquel olor a sudor y compañerismo.

—¡Eh, vosotros!, ¿dónde vais?

—Somos los músicos.

—¡Ah!, pasar, pasar. Y voceando —¡D. Pedro, que ya han venido los músicos!

El tal D. Pedro, alias "El Mosca", era un hombre de cerca de cincuenta años, casi calvo y coloradote, de ademanes campechanos, que más que hablar voceaba.

—¡Hola, Rodolfo!

—Aquí estamos, D. Pedro. ¿Cómo van las cosas?

—Bien, bien. Venid conmigo. Y nos hizo una señal para que le siguiéramos.

Nos paso a su oficina, que no era otra cosa que el almacén donde guardaba las bebidas.

—Bueno, bueno. ¡Oye, vais muy elegantes!

—¡Qué!, ¿le gusta nuestro uniforme?

—Ya lo creo.

Llevábamos pantalones azules, de campana, como los de los marineros, pero en un azul casi eléctrico. Mi primo decía que parecíamos los representantes del "azulete"; unas chaquetas de color beige, a cuadros y camisa blanca con "golillas" y un lazo de pajarita de color granate.

—Es que somos un conjunto; decía Rodolfo, que era nuestro manager a la vez que cantante, mientras, se daba la vuelta para que "El Mosca" pudiera ver que, aunque llevábamos el pelo un poco largo, íbamos arreglados.

—Oiga usted, —pregunté yo— , ¡y el ambiente en el pueblo!, ¿cómo va?

—Hay mucha expectación. Sois el primer conjunto que viene a tocar aquí. La gente mayor dice que si no le gusta vais a parar al pilón, que todos los músicos modernos sois maricones; pero bueno, vosotros no hagáis caso. Hay mucha gente joven que está deseando ver cómo suena esto, dijo señalando las fundas de las guitarras, de las que no nos separábamos, ni a sol, ni a sombra.

Vosotros quedaros aquí y tomaros lo que queráis que aquí tenéis de todo, dijo señalando las cajas de "Mirinda y Coca-Cola" que había visto al entrar en la habitación. Yo os avisaré cuando tenéis que salir y subir al escenario. Y sin más aviso, salió y cerró la puerta.

—Rodolfo, ¿qué es eso del pilón?

—Nada, Andrés, burrerías de la gente de los pueblos. Vosotros no os preocupéis, ya veréis como aquí triunfamos.

—¿Cuándo monto la batería? —preguntó Ramón.

—Yo que sé —contestó mi primo—. A ver que dice "El mosca", además tenemos que sacar los amplificadores.

Habíamos ido al pueblo en dos coches. Ramón, Rodolfo y los cacharros en la furgoneta que conducía el padre del "Gaficas", y Andrés y yo con Narciso en el "Goggomóbil" del padre de Narciso. Además habían venido amigos y gente de las Casas Baratas a vernos actuar.

El pueblo estaba muy cerca de la ciudad y teníamos nuestros seguidores incondicionales que allá donde íbamos a tocar, acudían. Para ellos era rentable, porque las muchachas del pueblo los veían con nosotros, que éramos los músicos, y eso facilitaba las cosas a la hora de sacarlas a bailar.

La puerta se abrió y "El mosca" asomó la cabeza y sonriente se dirigió a Rodolfo.

—Bueno, cuando queráis. Hemos hecho un descanso para que la gente vaya a la barra a consumir y mientras, vosotros, montáis los cacharros. ¡Ah!, y por el "cojo" no preocuparos, que ya he hablado con él y no hay problema.

—Pues nada —dijo Rodolfo—, vamos a la furgoneta, traemos la batería y los amplificadores y empezamos a montar.

Cuando íbamos para la puerta la gente creyó que nos marchábamos del baile y empezó el abucheo. Rodolfo, que estaba acostumbrado a tratar con ellos porque era representante de electrodomésticos y andaba siempre por los pueblos, enseguida solucionó el asunto. Se subió al escenario y a voz en grito, porque allí no había micrófono ni nada, dijo:

"Queridos amigos, vamos a por los instrumentos que los tenemos en la furgoneta y dentro de unos minutos estaremos con todos ustedes. ¡Muchas gracias!"

¡Mano santo! Enseguida se hizo un pasillo entre la gente; y los chavales jóvenes nos ayudaron a subir los trastos al escenario. En un cuarto de hora estaba todo conectado y Rodolfo volvía a dirigirse a la gente, en medio de aplausos.

—Probando, uno, dos, tres... ¡Siiiiiiiiiii!

Que buen vendedor era. ¡Tenía más cara que un saco de perras!

—¡Buenas tardes queridos amigos! y muchas gracias por vuestra compañía. Con todos ustedes. ¡Los Níjar!

Como ya lo teníamos ensayado, cuando Rodolfo decía eso, empezábamos a tocar "Dos Cruces", que era una versión instrumental moderna de una canción muy antigua, que la gente mayor conocía.

La locura. En cuanto empezaron a sonar las dos guitarras y el bajo a "toa castaña" y la batería, la gente se despepitaba. Los chavales jóvenes, al principio, ni bailaban ni nada. Estaban embobados mirando todo aquel follón que metíamos en el escenario.

En el repertorio no teníamos más de diez canciones, pero eran suficientes. Estaban bien ensayadas y hasta hacíamos algunos pasos de baile y todo.

De vez en cuando, mirábamos a la pista, estaba llena a rebosar. Los mayores callaban y en las caras reflejaban sorpresa o ironía, pero los jóvenes chillaban y empezaban a bailar después de haber estado cuchicheando entre ellos mientras nos miraban y se reían.

Cuando Rodolfo empezó a cantar "Válgame la Macarena", fue la apoteosis. Los jóvenes empezaron a aplaudir y abajo, delante del escenario, las muchachas más "marchosas" del pueblo bailaban y le miraban entre descaradas y provocativas. Definitivamente, como él había pronosticado, "habíamos triunfado" en Madrigueras.

En mitad de la actuación subió "El Cojo", con su acordeón y a empujones llegó hasta el micrófono y empezó a tocar. Su estancia fue breve. Un abucheo general y los gritos desde la pista de D. Pedro "El mosca", le hicieron desistir.

—¡Cojo, tengamos la fiesta en paz, la gente quiere ver al conjunto!

Se bajó, y se puso delante del escenario con el acordeón colgado, mientras se reía con sorna y nos miraba con desprecio.

Seguimos tocando y, cuando terminamos la actuación con el "Twist And Shout" de los Beatles nos bajamos del escenario, fuimos a la barra a tomar algo y Rodolfo, buen comerciante, se acercó a él y le invitó a un "cuba-libre". Después se vino con nosotros al almacén de bebidas y estuvimos hablando.

—Hombre, no está mal la música que hacéis, pero, ¿dónde se ponga un bolero!

Antonio, "que así se llamaba El cojo", y que además iba un poco puesto, le dijo mi primo Andrés: a nosotros nos gusta el bolero, el pasodoble y la cumbia; pero ¿Qué quieres que hagamos?, también nos gusta el rock y si tuvieras los años que tenemos nosotros, también tocarías rock.

—Sí, pero. ¿Qué hago yo ahora? ¿No voy a tocar eso con el acordeón!

—Yo que sé; decía Rodolfo.

A mí, me daba un poco de pena. La juventud, como siempre era cruel. Cruel e ignorante porque "El mosca" se había escabullido y ¡allí no asomaba nadie a pagarnos!

A las dos de la mañana nos envió un emisario diciendo que ya le pagaría a Rodolfo uno de estos días.

El padre del "Gáficas", como persona mayor y de mundo, vio la jugada.

—Vamos a coger una caja de "Mirindas" y otra de Coca-Colas, por si acaso y nos las llevamos. Cuando nos pague ya se la devolveremos.

Cuantos "Moscas" más nos quedaban por ver a lo largo de los dos años de actuaciones que duraron "Los Níjar". Pero ya llevábamos en la sangre el veneno de la música y los escenarios. Eso, en las venas de gente joven, era; ¡dinamita!

18. ... más notas.

—Pedro, ¿me da usted el libro de calificaciones?

—¿Curso?

—Sexto

—¿Nombre?

—Isidro Martínez

—Toma.

—¡Me cago en la leche! Otra vez la misma cantinela, Matemáticas y Física y Química.

El año había transcurrido entre ensayos en la cocinilla y actuaciones en los pueblos; entre festivales de conjuntos en el cine Teatro Circo y algún baile entre exámenes poco estudiados y miradas furtivas a las muchachas del Instituto.

—¿Me das una foto de tu conjunto?

—Toma

—Anda, dedícamela.

—¿Cómo te llamas?

—Pepita

—"A Pepita con cariño "Isidro".

Era el agradable tributo que había que pagar por tener dieciséis años y estar entontinado con la música.

19. ... en el patio.

—¿Qué piensas hacer ahora?

—No sé papá. Estudiar éste verano, tratar de sacar las dos que me han quedado y la Reválida, en Septiembre.

—¿Y la música?

—Pues no sé. Tenemos ensayo por las noches; si estudio todo el día.

—¡No te quiero ver con la guitarra en la mano! ¿Me oyes? ¡Y de cazar, nada! ¡Estoy de la música hasta las narices. Para lo único que ha servido es para que suspendas! ¡Como no apruebes en Septiembre te pones a trabajar con los albañiles! ¿Me has oído?

—Sí, papá.

—Bueno, Laureano, tampoco es el fin del mundo —intervino mi madre—. El chiquillo hace lo que puede, ha estudiado, pero ha tenido mala suerte en los exámenes.

—¡Amalia, cállate!, que tú eres peor que él.

Mi madre me estaba echando un capote, como siempre. Gracias a ella había conseguido que mi padre cediera a que tuviera una guitarra y estuviera en el conjunto.

La verdad es que a ella le gustaba más que andara en lo de la música que en el campo, con mi padre, matando animales. Se ilusionaba, pensando que quizás el día de mañana podría vivir de la música. Muchas veces, cuando estaba yo solo tocando la guitarra en casa, ensayando y cantando, se acercaba y me decía.

—Que bien cantas, hijo mío.

—Que va, mamá.

—Que sí, que te lo digo yo que tengo buen oído. A lo mejor el día de mañana puedes ser cantante.

—Es muy difícil; hay muchos y muy buenos.

—Sí, sí, pero tú lo haces muy bien.

Mamá ilusa, mamá niña, tierna y lista. Mamá, toca la pandereta, que he hecho un villancico nuevo para ver cómo queda mientras yo canto y toco la guitarra.

Es una tarde preciosa de julio. Mi madre está cosiendo debajo del albaricoquero del patio. La Reme y la Maru están leyendo tebeos y el Nano juega con una pistola de madera que le he hecho dibujándola primero en una tabla y luego recortándola con un cuchillo de la cocina.

Yo toco la guitarra en el porche y canturreo la última canción que hemos sacado en el conjunto, es de "Lone Star".

"Soñaba que vivía en el ático de un rascacielos.

Estaba tan contento, entre nubes, sin casi ver el suelo.

Desde allí yo le hablaba a la luna, al sol y a las estrellas

y veía los pájaros volando en infinitas vueltas

y digo... ¡eh!, ¡eh!, tú te puedes marchar,

*y de mi nube bajar; porque yo quiero sólo estar
aquí en mi nube"*

20. *Aquí, en mi nube.*

—Tenemos cogidos todos los domingos de este mes.

—¿Qué dices, Rodolfo?

—Que sí, que sí. Y además el día 23, 24 y 25 en el Provencio, que son las fiestas.

—¡Joder!, pues ya que hemos pagado los cacharros, a lo mejor, podíamos comprar un equipo de voces nuevo ¿no?

—¡Calla, calla, Isidro!, de comprar ni una púa, que estoy de letras hasta las orejas, mi primo Andrés no estaba por hacer más inversiones. ¿Y cuánto nos pagan?

—Tres mil pesetas, los tres días, tarde y noche, nos dan la comida y la cama.

—No está mal —dijo Narciso—. Y el domingo que viene al güisqui Club. Ahí si tengo yo ganas de tocar, que se pone aquello de chavalas.

—¿Y tu novia qué, Narciso?

—Se va a Valencia, con sus padres.

—Como se entere eres hombre muerto.

—Si no se lo decís vosotros, no tiene porqué enterarse.

—¡Serás golfo!

—Bueno —cortó mi primo—. Vamos a ensayar.

Un día, al poco tiempo de entrar en el conjunto, Rodolfo, asomó al ensayo con un tocadiscos pequeño, de los de maleta, y algunos discos de los últimos que habían salido al mercado. ¡Ovación y vuelta al ruedo!

Trabajaba en una tienda de electrodomésticos del Paseo de José Antonio y los tomaba prestados, según decía él, con el permiso de su jefe. Los oíamos, sacábamos las canciones, los devolvía a la tienda, y luego eran vendidos.

Ahora sonaba "Aquí en mi nube" de Lone Star. La versión original de los Rollings Stones no llegaba a España.

—A ver, Rodolfo, prueba tono.

—En el disco está en Re —decía Andrés—, ¿te viene bien?

—A ver, toca.

Rodolfo tenía un timbre de voz bastante alto y estaba cómodo en esa tonalidad.

"Soñaba que vivía en el ático de un rascacielos!"

—Sí, sí, vale. Me va bien.

Mi primo, que había tenido el disco varios días en su casa, había sacado los acordes y el bajo y ya habíamos probado la música unas noches antes.

—¿Y tú "Gaficas", la has cogido?. Puncha, puncha, puncha, puncha, tara-tara-ta- puncha ¿eh?

—Vale.

—Pues. ¡Arriba!

Ramón, golpeaba una baqueta contra la otra, para contar.

—Un, dos, ... un dos y...

Y sonaban los Rollings, a "toa castaña" en la cocinilla, por los Nijars, una y otra vez; un, dos, un dos y... "puncha-puncha-puncha-puncha-tara-tara-ta-puncha..."

—"Gaficas" no te cruces, Isidro bájale a la guitarra, Narciso eso es sol mayor, muy bien Rodolfo, esto suena bien. ¡El domingo en el Güisqui-Club, vamos a armar el taco!

—Bueno, muchachos, hasta mañana sábado a las diez, como siempre.

—Vale.

—Oye Rodolfo —era mi primo—. No te lleves todavía el disco y así sacamos la cara B, que está bien.

Salimos a la calle. Hace una noche de Julio estrellada, preciosa. A Narciso le gusta hablar más que comer con los dedos y le tengo miedo.

—Espera, Isidro, que me voy contigo para las Casas Baratas, voy a ver mi novia.

—Vale, ¡ya está! —pensé—. Ahora llegamos a la puerta de mi casa y se tira dos horas hablando. Y con la pachorra que tiene. Siempre se está quejando de todo. Mi primo le ha puesto de mote, aunque él no lo sabe, "el cagalástimas". Es un buen chaval, muy educado y correcto, pero un poco cansino.

—Suena bien la canción ¿eh?

—Vaya que sí. Oye Narciso, tú tienes novia. ¿No?

—Sí. Y tú no tienes porque no quieres. Con todas las chavalas que andan siempre alrededor del conjunto.

—Bueno, de momento no tengo las cosas claras. Lo que quería preguntarte es... ¿por qué, si tienes novia, estás pensando en tontear con otras el domingo en el Güisqui Club?

—Hombre, tampoco es una cosa del otro mundo. Ya sabes lo que dice el refrán —y se echó a reír— "A las mujeres... ¡palos y mala vida!"

—Venga, Narciso, no fastidies. ¿Y si se entera?, ¿qué pasaría?

—Pues nada, unos días de morro y luego, se le pasa.

—¿Y si te deja y se va con otro?, ¿no te importaría?

—Hombre, yo la quiero y eso y me molestaría, pero tampoco pasaría nada. Hay muchas mujeres en el mundo.

—¿Crees que algún día te casarás con ella?

—Mira, Isidro, yo le digo siempre, en broma, a María José, "Pórtate bien y tendrás novio para muchos años". Bueno, la verdad es que si las cosas siguen así, pues igual nos casamos.

—¿Y os lleváis bien?. Me refiero a que si discutís y os enfadáis y eso, ya me entiendes.

—Pues lo normal, de vez en cuando.

—Pero vamos, que lo mismo te da casarte con esta que con otra. ¿No?

—¡Hombre, tampoco es eso!. Oye, ¿qué manía se te ha metido esta noche con lo de las novias y el casorio?. ¡Que no se va a enterar!, no sufras. Y si se entera, no llegará la sangre al río.

—Llegar, no sé si llegará, pensé, pero puede que venga ya barranco abajo.

—Bueno, chico, cascando, cascando hemos llegado. Estábamos en la puerta de mi casa ¡hasta mañana Narciso!

—¡Hasta mañana, Isidro!

Lo veo alejarse, calle adelante, en dirección a casa de su novia, tarareando." Soñaba que vivía en el ático de un rascacielos..." Hay morciguillos volando alrededor de la luz de la calle, cazando mosquitos. Los chiquillos juegan en las cuatro esquinas a la "firolesa".

*Allá arribica, arribica,
había una montaña,
en la montaña un árbol,
en el árbol un nido...*

El barrio huele a madreSelva y jazmines. Está precioso.

©isidromartínezpalazón

El Barrio de las Casas Baratas 1ª parte (2)

21. La Bolera.

—¿Dónde te duele, Andrés?

—¡Joder, aquí! —se señalaba el lado derecho de la tripa.

—¿Y qué hacemos?

—Que vamos a hacer, ¡pues salir a tocar!

—¡Pero cómo, si no puedes ponerte derecho!

—¡Venga, venga!, vamos para afuera que son las siete y la sala está hasta arriba de gente.

El Güisqui Club era una sala de baile al aire libre, que estaba en lo que hacía tiempo había sido una bolera. Tenía unos hermosos jardines y una pista de cemento fino que se utilizaba, cuando no había baile, para patinar. Estaba rodeada de grandes plataneras de hoja ancha bajo cuya sombra habían puesto veladores de mármol, donde se sentaban las parejas a tomar refrescos mientras hablaban.

—Buenas noches, amigos, con todos ustedes... ¡Los Nijars! —anunció el presentador.

Y salimos nosotros, con las guitarras colgadas, desde una puerta que había detrás del escenario, mientras la gente aplaudía.

—¡Joder, Andrés, si no puedes ponerte derecho!

—¡Venga, calla y enchufa la guitarra!

—Queridos amigos—empezaba Rodolfo—. Bienvenidos al Güisqui Club. Vamos a hacer que pasen una tarde deliciosa bailando con la música de... ¡Los Nijars!

La gente se agolpaba delante del escenario, las parejas de novios se levantaban de las mesas y se dirigían a la pista. Sonaban las guitarras eléctricas y Rodolfo, "Johan" para las admiradoras y para nosotros "El pava", cantaba...

"Si necesitas de mí, nunca me olvides..."

Sabes que vivo de tu recuerdo...

Si te hace falta amor...

Yo rogaré... solo por ti..., solo por ti...

Y la gente bailaba y bailaba. Y yo, "soñaba que vivía en el ático de un rascacielos-Satisfecho-con un Sorbito de champán..."

—¿Bailas?

—Bueno.

—¿Cómo te llamas?

—Juani.

—¿Estudias o trabajas?

—Trabajo

—¿En dónde?

—En una fábrica de confecciones. En López Vera, ¿y tú?

—Soy mecánico.

—¡Ah!

—¿Has venido sola?

—No, con unas amigas.

*"La última noche que pasé contigo,
quisiera olvidarla, pero no he podido.*

*La última noche que pasé contigo
hoy quiero borrarla por mi bien..."*

—¿Cómo estás Andrés?

—¡Jodío!

—Bueno, amigos, con ésta canción nos despedimos de vosotros, esperando que hayáis pasado una tarde agradable bailando con... ¡Los Nijars!. Hasta la próxima.

—¡Andrés! ¡Coño que te pasa!

—¡Joder, primo, que me duele mucho!

Si no lo sujeto se cae al suelo. Estaba más blanco que la cera.

—¡Rápido, Rodolfo!, ¡échame una mano, vamos a llevar a mi primo a su casa! Mira que eres cabezón, teníamos haber suspendido la actuación, ¡leche!

—Y que no nos hubieran contratado más. ¡Venga, ayúdame a ponerme derecho y vamos para la casa! Vosotros recoger el equipo y llevarlo al ensayo. ¡Coño, como me duele!

Cuando salimos de la sala, Narciso nos esperaba en la puerta con el coche en marcha.

—¡Venga, subir, que nos vamos echando virutas!

Llegamos a casa de mi primo y cuando nos vieron aparecer el susto fue de órdago.

—Tía María Eugenia, el primo está malo.

—¿Qué pasa?. ¿Qué le pasa a mi Andrés?

—No sé. Antes de tocar decía que le dolía mucho la tripa. Le dije que nos viniéramos a casa, pero no ha querido.

—¡Hijo mío, qué te pasa! ¡Esteban, Esteban! Vámonos para la Residencia que el chiquillo está malo. ¡Ay, Dios mío... ay, mi Andrés!

Se fueron en el coche de Narciso. Mi tía lloraba como una magdalena y en la calle, bajo un cielo de Julio repleto de estrellas, Rodolfo y yo nos quedamos solos mirándonos asustados.

—¡Me cago en la leche! ¡Si le pasa algo a mi primo...!

22. *Apendicitis.*

Era la primera vez que entraba en un hospital y tenía miedo.

Olía a desinfectante, había gente con batas blancas y pasillos largos con habitaciones a los dos lados. Algunas puertas estaban entreabiertas y se veía a gente en las camas con pijamas azules.

Las manos me sudaban y tenía la boca seca como el esparto y más amarga que la retama.

—Está en la habitación 328 —decía mi tío Esteban.

—¿Y dónde es eso? —preguntó mi madre.

—Al final del pasillo, la última puerta de la izquierda. No os preocupéis que está bien. Sólo ha sido el susto, gracias a Dios no llegó a peritonitis.

—Tío, ¿y qué es eso de peritonitis?

—Pues una perforación de estómago.

—Y si no es peritonitis. ¿Qué ha sido?

—Apendicitis, Isidro.

—Entonces. ¿Qué le han hecho al primo?

—Operarlo. Le han quitado el apéndice.

—Ya...

Al fin llegamos a la puerta 328. Estaba entreabierta. Yo esperaba encontrarme a mi primo hecho un trapo, con los ojos cerrados y poco menos que muriéndose. Mi tío Esteban empujó la puerta y yo estuve a punto de cerrar los ojos.

—¡Hola primo!. Allí estaba Andrés, incorporado en la cama, tan telendo y hablando con mi tía María Eugenia.

—¡Pero si estás bien!

—¿Y qué creías que estaría muerto?

—Muerto, no sé, pero anoche tenías una cara...

—¡Ná!, no ha sido ná. Me han hecho una raja en la barriga con un cuchillo como el de los matachines, me han quitado un trozo de tripa y me han dado ciento veinte puntos y ya está. Mira, ¿quieres verla?

—¿Ciento veinte puntos? ¡Maldito zamarro!, ya empezaba a asustarme con sus barrerías de siempre; pero me alegré, porque era señal de que estaba bien.

—¿Y cuándo te vas a tu casa?

—Mañana por la mañana. Y dentro de siete u ocho días me quitan los puntos y ya está.

—¿Y vas a poder tocar la guitarra? ya sabes que tenemos muchos contratos y ...

—Pues claro. Dile a la gente que pasado mañana, por la noche hay ensayo como siempre, a las diez.

—Primo, me alegro mucho de que estés bien. Si te llega a pasar algo ¡me cago en la leche!

Cuando salimos del Hospital, miré al cielo. Allí estaban las mismas estrellas que la noche anterior. Mi madre no se dio cuenta, o disimuló para no ver cómo me limpiaba las lágrimas.

Vi volar un mochuelo que se paró encima de un poste de teléfonos y empezó a cantar ¡Muiu! ¡Muiu!...

Si le llega a pasar algo...¡me cago en la leche...!

23. ...Adiós.

—Mañana te examinas, Isidro.

—Ya lo sé, papá.

—Y que, ¿Cómo vas de preparado?

—Yo creo que bien.

—Bueno, ya veremos.

La verdad es que había estudiado más bien poco. El verano había pasado muy deprisa. Física y Química y Matemáticas por la mañana, algún que otro baño en la Piscina de Educación y Descanso y ensayos todas las noches en la cocinilla. Los sábados y domingos a tocar.

Habíamos recorrido todos los pueblos de la provincia. Terrazas de verano con el mismo ambiente de siempre, parejas de novios, madres vigilantes sentadas estratégicamente par ver con quien bailaba su hija; camorristas en las barras de los bares, algún cuba-libre que otro y empresarios que hacían a los músicos las mismas advertencias de siempre.

—Bueno, empezáis el baile a eso de las siete menos cuarto y mientras que esté entrando gente no hagáis ningún descanso. Luego, a eso de las ocho y media paráis un poco para que la gente vaya a la barra a consumir; y luego allá ¡a las nueve menos cuarto! Volvéis a tocar hasta las diez y media, que anunciáis el baile de la noche y cortáis.

—Vale—decía Rodolfo—, como siempre.

—"¡Y si no apruebas en septiembre, te pones a trabajar con los albañiles!

—¡Joder con aprobar!. Como si no hubiera nada más importante en la vida que la Física y las Matemáticas. ¿Y tocar la guitarra hasta que se te pongan los dedos como escobas, te duelan y se hagan callo. ¿Y bañarse en las balsas, en pleno agosto, a las cuatro de la tarde con el agua como el hielo? ¿Y hablar con las chavalas y ver que distintas son de nosotros en todo?, en la piel, en los ojos y en ese no sé qué, que tienen, que ¡Ay, ay!... Solo de pensarlo se me ponía la carne de gallina. ¿Y cantar canciones y ver como se le ponen los ojicos y se sonríen de aquella manera picarona? ¿Y escuchar música de los Beatles? y leer a Miguel Hernández y a Machado y darse cuenta de que tenemos dentro algo más que la chicha. ¿Y sentarse, en septiembre, por la noche, en un banco del parque bajo un pino, y fumarse un cigarro con los amigos y que te den las cuatro de la mañana hablando de lo divino y de lo humano?. ¿Y subirse a lo alto de un cerro y tumbarse panza arriba a ver las nubes correr, y ver como se pone el sol?...¡¡¡Eh...!!!.¡Eso que!. ¡¡¡PERO PIJO!!!, SABES LO QUE TE DIGO. ¡¡¡QUE LE DEN MORCILLA A LA QUÍMICA!!!.

Pero al que le dieron morcilla fue a mí. Aprobé las dos que tenía suspensas pero me cargaron dos de los tres grupos de la Reválida y tuve que chuparme todo el año siguiente estudiando en la academia de D. Asclepiodoto hasta que, por fin en Septiembre, tuve el honor de ser condecorado con "la cruz de corcho al mérito estudiantil, con cintajo verde y colgajo azul, chapado en chapa, por el Instituto de Enseñanza Media de Albacete como ¡Ta-ta-chiiiiiiin!...¡Bachiller Superior!

El libro de calificaciones tiene las tapas de color marrón. Reválida de 6º, calificación definitiva 5'7. ¡Aprobado!

A mis espaldas, desde el fondo del pasillo de la segunda planta del Instituto, D. Andrés Masiá, con su aspecto serio y elegante de siempre le dice al " gordo" Sotoca que nunca entenderé lo

que son los Hidrocarburos Saturados, mientras D. Luís Lapiedra filosofa con "el Chocheras" sobre la Historia de España.

—Oye Isidro, me dedicas una foto de los Nijars.

—Sí, claro. "A Juanita, con cariño, de Isidro."

24. ¿Y ahora?...

—¿Qué piensas hacer ahora?

La frase me resultaba familiar. Cuando había que tomar una decisión sobre algo que me afectaba, mi padre siempre empezaba la conversación de la misma manera. Y yo contestaba de la misma forma.

—Pues no sé.

—En Madrid hay una residencia, para hijos de militares y personal civil de Aviación. Podrías estudiar perito agrícola y vivir allí. Son tres años de carrera, eso sí, apretando.

—Ya, pero...

Yo sabía muy bien, que la economía de mis padres no podría soportar los gastos de un estudiante fuera de casa y, además, eso de "périto", como decía yo, no me entusiasmaba.

—Tu verás —continuó mi padre—. Nosotros podemos hacer el sacrificio, si quieres seguir estudiando, y si no, pues preparas unas oposiciones para el Estado como hice yo. A mí no me ha ido tan mal.

Por la forma de hablar de mi padre, estaba claro que había llegado el momento de decidir. O empezaba una carrera o me ponía a trabajar.

—Bueno, pues déjame que lo piense.

—Bien, pero estamos en Septiembre y hay que tomar la decisión cuanto antes para no perder el año.

—Vale, papá.

—¡Eso, y encima con prisas! ¡Y yo que sé lo que quiero hacer! No hay dinero para estudios, a mí, perito agrícola no me gusta, lo que de verdad me gusta es la música. Pero, ¡ya sé!, que de eso no voy a vivir, me lo has dicho cuarenta veces ya ; y menos ahora que Narciso se ha ido a la mili y el conjunto se ha deshecho. Yo que sé, yo que sé...

—Me voy a dar una vuelta.

—No vengas tarde, Isidro.

—Vale, mamá.

25. Los pobres y...

Mi primo Andrés estaba preparando oposiciones a Hacienda, a Contadores del Estado o algo así. Daba clase con D. Manuel Valero, Jefe de Negociado de Hacienda; un hombre de mediana edad, pelo cano, bajito y de aspecto bondadoso que vivía en la calle de la Feria; y que aprovechaba las tardes libres para sacarse algunas pesetillas, enseñando lo que había aprendido, durante sus muchos años de experiencia, como funcionario.

Andrés andaba en eso desde que aprobó la Reválida de sexto, hacía ya un año, esperando que se convocaran oposiciones para presentarse. Bueno en eso y en un conjunto, bastante extravagante, que había montado. Se hacían llamar "The Pobres & The Miserias."

Mi primo, por aquel entonces, tenía su época rara. Le gustaba ir por la calle vestido normalmente pero con unas zapatillas de estar por casa, de esas de paño, a cuadros, quemadas y hechas mixtos, que le dejaban todo el pie al aire.

Para colmo se había juntado con "Cuchiche", un muchacho alto y seco como él, de aspecto extraño, que llevaba gafas negras todo el día, incluida la noche, un pañuelo negro al cuello que no se quitó jamás; vestido todo de negro y que olía a tigre a diez metros de distancia. Decían que dormía vestido y todo ¡Ah!, y que cantaba. El bajo era el "Cucaracho", media melena estilo Seattle, aplastada como una boina, que brillaba como una cucaracha en la noche y daba la sensación de ser de una pieza. El batería era el "Girlopa" por su profesión de carpintero; y de guitarra rítmica Pepe Robles, que era cuchillero; un muchacho de aspecto aseado que no pegaba ni con cola con el grupo y que había construido con sus manos, la "Asadora", una guitarra eléctrica que sonaba como no he oído otra en toda mi vida.

Ensayaban en el " Callejón de los gatos", por la plaza de las Carretas y hacían una música tan extraña como ellos.

*"¿No es verdad, madre, las flores
que en el cementerio están,
que cuando el viento les da,
para mí que se menean?"*

—Pasa, pasa. Isidro.

—¡Hola muchachos!, ¿qué hacéis?

Andrés nos presentó.

—Mi primo Isidro. Estos son Pepe Robles, José Antonio "Cuchiche", Antonio "Girlopa" y Juan "El Cucaracho".

—Encantado.

—Siéntate, primo, que vas a oír al conjunto. Estamos montando una cosa nuestra "Las Flores del Cementerio", para el Festival del Teatro Circo.

—Estupendo.

Era la primera vez que veía a mi primo tocar con un grupo en el que yo no estaba y la verdad es que me daba un poco de envidia.

Aquello de tan raro, sonaba bien. Era una mezcla de Jimmy Hendrix y... no sé, digamos soul.

No era, la cocinilla de Collado Piña, pero hacía casi tanto frío como allí. No se oía al gorrino chillar, pero sonaba la "Asadora", y mi primo seguía dirigiendo. Era un líder nato ¡Cucaracho, súbele al bajo"! ¡Pepe, eso es la menor, no mayor! ¡Girlopa que te cruzas! ¡Cuchiche, no me jodas que te vas de tono! " No es verdad, madre las flores..." ¡Ahora va bien! ¡Quítale graves a esa guitarra. "Que cuando el viento les da... (distorsionador)." Para mí que se menean...! Mañana nos vemos aquí otra vez a la misma hora y ¡POR LOS AGUJEROS DE LA ZAPATILLA DE MI PRIMO SE LE VE EL CALCETIN! ¡POR HOY VALE! ¡APAGA ESE AMPLIFICADOR!

—Qué, ¿vamos al Candil a tomar un vino?. ¿Tú vienes Isidro?

—Vale, no tengo nada que hacer.

—Pues vamos.

No sé si hacía más frío en la calle o en el ensayo. La noche era hermosa. Estaba como "ojo grillo" y había un cielo limpio, cuajado de estrellas.

—¡Vaya día va a hacer mañana para coger pájaros!, ¿eh, Isidro? ¿Nos vamos a poner " la rede" a la punta la cerca?

—Calla, calla, que bastante frío hemos pasado.

—Mire... —oye, Pepe—. ¿No conocías a mi primo?

—No.

—Es el mejor músico del mundo. Si lo ves tocar la guitarra, te cagas.

—No seas bestia, Andrés, y vosotros no hacerle caso que es un exagerado.

—No, si ya lo vamos conociendo. Llevamos dos meses con él y nos cuenta cada historia. Dice que antes de lo de la música era pirata y no sé qué de los indios.

Mi primo y yo teníamos nuestro humor particular. Habíamos convivido muchos años y nos conocíamos bien, y estaba contando a aquellos muchachos nuestras bromas, y claro, no las entendían. La verdad es que le gustaba hacerse el loco y el raro.

—Ya verás, Girlopa, ahora llegamos mi primo y yo al Candil, nos bebemos mil litros de vino cada uno y nos comemos un bancal de ajos y salimos tan "telendos".

—¡Joder primo, ya estás como siempre!

—¡Soy el pirata! ¡No es verdad madre las flores...!

Y se ponía en medio de la calle a hacer como si estuviera punteando con la guitarra.

—¿Oye, Pirata?

—¿Qué, Pepe.?

—Yo creo que el nombre de Los Pobres y los Miserias es un poco raro para un conjunto. ¿No?

—¡Que va!, si nos viene al pelo, no ves la pinta que tenemos

—Ya...

—Pues eso.

"El Candil", en la calle Concepción, en pleno centro de la ciudad, estaba hasta los topes de gente joven. Se había puesto de moda y no cabía ni un alfiler. Estudiantes y trabajadores iban allí, a eso de las ocho de la tarde y hasta las doce o la una estaban charlando y tomando vinos. Con una botella de vino peleón y un plato de aceitunas o altramuces, una pandilla pasaba dos o tres horas; y luego a tres pesetas por barba. No había manera de llegar a la barra.

—Yo me voy, —era el Cucaracho—, esto está hasta la bandera. Me voy a casa a cenar y a encamarme, que mañana tengo que trabajar.

Los demás secundaron la idea y dijeron que se marchaban.

—¡Pues veros a la mierda toos! Primo vámonos tú y yo a la Higuérica a tomarnos un vino.

—Vale y de paso hablamos que tengo que contarte unas cosas.

—¡Hala!, mi primo y yo nos vamos a bebernos mil litros de vino cada uno y a comernos una gabardinica a la Higuérica. ¡Y vosotros mañana a las nueve ensayo! ¿eh?

—Vale, Pirata, allí nos vemos. ¡Tampoco estás loco, ni ná!

Cogimos la calle adelante, hasta la plaza Mayor y de allí, por la de Zapateros, a la Higuérica.

El bar estaba tranquilo, prácticamente estábamos solos y nos sentamos en una mesa.

—¡Danos una botella de vino y dos gabardinas!

—¡Marchando!

—Yo no tengo más que cinco duros, Andrés.

—Pero tengo yo. Mi madre me ha dado cincuenta pesetas. Con eso tenemos bastante.

—Oye, ¿cómo vas con lo de las oposiciones?

—Ná, eso es una pérdida de tiempo. Allí estamos con Valero dando clases. Es una cansinería. Me estoy empollando los ochenta temas de la Función Pública y haciendo ejercicios de Cálculo Mercantil y de sumas y restas. En el primer ejercicio te ponen un cuadrante con más de cincuenta sumas y restas y al final tienes que poner el resultado sin poder hacer ni una operación en ningún papel. ¡Ná, una tontuna! y para más "inri" a mí eso no me gusta; lo que de verdad me gusta es Medicina.

—Ya, y entonces, ¿por qué estudias lo de Hacienda?

—Pues porque algo tengo que hacer, ¿no?, ¿y tú, que vas a hacer ahora que has terminado el bachiller?

—¡Yo que pijo sé! Mi padre dice que me vaya a Madrid a estudiar Perito Agrícola, pero a mí eso no me gusta y, además si tienen que mandarme dinero no sé de qué van a comer en mi casa.

—Esa es la canción.

—Aquí tenéis, una botella de vino y dos gabardinas.

—Vale.

—¡Qué!, ¿te gusta el engendro de grupo que hemos hecho?

—Suena raro, pero bien.

—¿El qué?, ¿el nombre o el grupo?

—Las dos cosas.

—¡Ea!, para hacer el zamarro un rato, no está mal. ¿Y tú, no haces nada?

—No, de momento, no. A ver si más adelante sale gente y hacemos algo para sacar unas perras.

—Si quieres, vente a tocar con nosotros. Lo que pasa es que no creo que éste conjunto, dure mucho. Es una música muy rara y no sirve para tocar en los bailes de los pueblos. Cuando pasen las Navidades, si quieres, hacemos algo juntos.

—Ya veremos. En cuanto a lo de estudiar, no sé qué hacer.

¡—Joder!, pues apúntate con Valero. Para el año que viene dice que va a haber oposiciones. Estudiamos juntos lo de Contadores y si aprobamos ya tenemos un trabajo seguro y por las tardes, que las tenemos libres, hacemos un conjunto bueno y tocamos por ahí, y...

—¿Y qué? Todo lo que no sea dedicarse a la música es apretar en muchos sitios y no hacer fuerza en ninguno. A mí lo que de verdad me gustaría es cantar, si alguien me enseñara...; y a escribir canciones. Me gusta mucho lo que está haciendo un tío catalán que se llama Juan Manuel Serrat y hay más, Víctor Manuel... O eso, o hacer un conjunto bueno con cacharros buenos, no eso de Los Pobres y los Miserias. Algo así como los Trasgos que ahora se van a Madrid a tocar y seguro que luego graban un disco.

—¡Eso es una tontuna!. La música buena se hace en Inglaterra o en Estados Unidos, aquí vamos más atrasados que la cola de un galgo. Seguro que a los Trasgos se les pelará "el galillo" de hambre.

—Si yo no digo que sea fácil, pero trabajando y aprendiendo. Podíamos ir al Conservatorio a que nos enseñaran.

—¡Ná, ná, de Conservatorios nada! Tu hazme caso, primo, apúntate con Valero y mientras preparamos las oposiciones hacemos algo de música y luego ya veremos si nos vamos a correr mundo o ponemos una tienda de ultramarinos.

—¡Ya estás con tus burrerías! La verdad es que no sé que hacer.

—¿Oye?, están buenas estas gabardinas ¿eh?

—Sí.

26. ¿Contadores...?

—Buenas tardes a todos, ¡hombre, pero si tenemos un alumno nuevo!

—Buenas tardes, D. Manuel. Me llamo Isidro y venía a ver si podía prepararme para lo de Contadores del Estado.

—Pues claro que sí. Usted es primo de Serrano, ¿no?

—Sí.

—Pues nada, nada, si es muy fácil. Yo le daré los temas que se tiene que estudiar y... ¿cómo anda usted de cálculo mercantil y de contabilidad?

—Pues me temo que mal. Bueno, la verdad es que ni bien ni mal, no tengo ni idea de que es eso.

—Nada, nada, no se preocupe que ya irá aprendiendo. Fijaos en Luís, solo lleva un año y ya domina todas las materias del examen; en cuanto se convoquen oposiciones, saca plaza ¡seguro! El sueldo es bueno y el trabajo, más seguro no puede ser, que es el Estado el que paga. Así que nada, a animarse y a estudiar. Bueno, pues bienvenido y vamos a corregir los ejercicios de ayer y a repasar los temas.

—¡Ah!, perdón, no le he presentado a sus compañeros. Luís Serrano, Juan Cutillas, Antonio Gómez, a quien llamamos cariñosamente "Heráclito el Oscuro", por su saber.

Se oyó el timbre de la puerta de casa y...

—Perdón, ¿quién falta? ¡Ah, sí! —y D. Manuel salió de la habitación, para regresar unos minutos después acompañado de una chica.

-Y, perdón otra vez, porque las señoritas son primero. Cristina Villarías y, por supuesto, a ese chico con esas patillas que ya conoce, su primo Andrés.

Se me tuvo que notar, estoy seguro, porque sentí un calor sofocante en la cara.

Allí estaba otra vez aquella muchacha. Como estaba, aunque ella no se acordara, cuando en 6º curso D. Andrés Masiá, en clase de Química, llegó a la conclusión de que yo, nunca en la vida sabría lo que eran los Hidrocarburos Saturados; y cómo también estaba con sus padres, en el andén del Instituto, el día que fuimos a recoger las notas de Reválida.

Pero también estaban allí otros muchos que siempre habían estado. Mi timidez de muchacho gordo, acoirazado; " mañana le digo que como se llama y aprovecho para hablar con ella." De todas maneras yo no me voy a casar, porque eso es una cosa que siempre trae complicaciones."

Papá no le chilles a mamá y no discutáis más. Mamá no llores. "Igual ni le gusta la música; papá, dile a mamá que la quieres." Aunque no merece la pena, porque seguro que ella, ni siquiera sabe que existo. ¿Es que te han suspendido, Cristina? ¡Pues no hagas ni caso, porque los profesores son imbéciles. Como se han atrevido a suspender a una chavala como tú. Y ahora tú, chico fino, que estudias Contadores del Estado. ¡Porqué te empeñas en decirle todas las noches, al salir de clase, que si quiere la invitas a un té con limón, si el té con limón no le gusta a nadie que tenga dos dedos de frente y menos a ella que es delgada y alta y tiene el pelo largo y rubio, y unas piernas que... y unos ojos verdes, con unas manchitas pequeñas de color marrón, preciosos, y huele tan bien y una boca grande y unos dientes blancos y unas palas

grandes y una sonrisa que contagia, ¿eh?...¡eh! ¡Eeeeehhhhhhhhhh!... ¡PERO PIJO,
CUANTOS COMPAÑEROS DE VIAJE!

27. *Don Jesús.*

—¡Oye!, Laureano, que va a haber oposiciones para botones de la Caja de Ahorros. Dile a tu chiquillo que se presente.

—¿Y cuando son, D. Jesús?

—Para el quince de enero, dentro de un mes, más o menos.

—¿Y qué tiene que preparar?

—Pues poca cosa, con que sepa el franqueo que lleva una carta y los horarios de los trenes y autobuses es suficiente.

—¿Y de máquina de escribir y eso?

—Hombre, si sabe máquina y tiene el bachiller que se presente también para auxiliar. De todas maneras, tú dile que vaya mañana a la Caja y que pregunte por mí, que ya le diré yo lo que tiene que hacer.

—Pues muchas gracias, D. Jesús.

—Nada, nada.

D. Jesús Sánchez Ajofrín vivía en el chalet de al lado de mi casa. La verdad, es que teníamos poco trato como vecinos. Eran gente de buena posición y tenían hasta coche, un "Dahupine". Él era muy alto. Serio de trato, pero educado y atento; y su mujer era una señora que se notaba que venía de gente bien. Tenían cinco hijos, a cuál de todos más pequeño. Mi madre decía que cabían todos en un puño.

Un día que estábamos en casa y llovía a mares, oímos a un crío llorar en la calle como si lo estuvieran matando.

Como el llanto se convertía en barraquera, me asomé al porche y me llevé un susto de muerte. En casa de D. Jesús, enganchada por la ropa, en un rosal trepador a dos metros del suelo estaba una de las hijas que se había caído, desde la ventana de la primera planta y que, no había llegado al suelo gracias al rosal. Allí estaba, mojada, arañada y llorando como una magdalena colgando del rosal como un gorrión nuevo que se hubiera salido del nido antes de tiempo.

Llamé a mi madre y salimos corriendo los dos. Gracias a Dios y a que la puerta del jardín estaba abierta, bajé a la chiquilla del rosal mientras mi madre llamaba a la puerta de la casa.

Cuando abrió D.^a Irene, la mujer de D. Jesús, por poco se muere del susto.

Era Septiembre y con la lluvia, el Barrio de las Casas Baratas olía a madreSelva, a Jazmín, a geranio y a gorrión mojado.

28. ...¡Ya!

¡Joder, como pesa la Underwood! parece un muerto. Cuando llegue yo a las "Graduadas José Juncos" no voy a poder hacer el examen. Seguro que ya no tengo riego sanguíneo en la mano. Nada, que el brazo lo pierdo. Total para ciento veinticinco pulsaciones que doy, mal dadas. Más vale que me presentara solo a botones, lo de auxiliar, sin saber contabilidad ni cálculo mercantil. Pero ¡tú preséntate que no pierdes nada! ¡El no, ya lo tienes! ¡Joder, pues de momento voy a perder la mano, y no tengo más que dos!. D. Jesús dice que lo intentes y a ver que pasa. ¡Joder, otra vez, como pesa este cacharro!. En ésta máquina aprendió tu padre y se da cuatrocientas pulsaciones, es buenísima, de acero puro, dura toda la vida y además está suavizada. ¡Dónde es eso de las Graduadas!, que no llego.

—¡A ver señores!. Vayan tomando asiento y guarden silencio, que va a comenzar la prueba de botones para la Caja de Ahorros. Ahora les harán entrega de su hoja de examen. Pongan sus datos personales y no miren las preguntas. Cuando yo les avise pueden comenzar. Tienen cuarenta y cinco minutos.

¿A qué hora sale "el chaco" para Madrid? ¿Cuánto franqueo lleva una carta que pasa veinte gramos del peso normal?. ¿Cuánto cuesta un certificado a Madrid de un paquete que pesa 125 gramos?. Doce sumas, diez restas, regla de tres simple, un dictado. Ahí en la puerta hay un hombre que dice ¡Ay! Multiplicaciones, Divisiones, Horario de los trenes hasta Madrid y regreso. ¡Me lo sé!, ¡me lo sé!. Esto está chupado, cuarenta y cinco minutos. A los quince había terminado. No debía presentarme a auxiliar, voy a hacer el indio. Si no apruebo botones esta vez, no apruebo en la vida. ¡AMEN!

—¡A ver señores! Vayan tomando asiento y guarden silencio que va a comenzar la prueba de Auxiliares para la Caja de Ahorros. Ahora, les harán entrega de un folio para que puedan probar las máquinas de escribir.

—¡Basta ya de pruebas!. Ahora les harán entrega de la hoja de examen y un folio con el texto boca abajo. Cuando yo les indique, darán vuelta al folio y empezarán a copiar. Es la prueba de mecanografía. Es preferible escribir menos y sin faltas. Las vueltas de carro, están consideradas como dos pulsaciones. Tienen diez minutos, empiecen...¡YA!

¿Desde cuándo pasa el tren por las Graduadas José Juncos? ¡Y con tantos vagones! CEREDO AMUGOO TE ESCRIBO ESTAS LATAS PARA QUE SISA QUE ESOYYY BIEN Y ME ACUERDO DE TI. ¡Qué paren el tren! ME ALEGARE QUE ESTES BIEN CUANDO REEDITAS ESTRÁS LATAS...¡La Virgen cuantos vagones!, ¡paren!, ¡paren!, ¡paren!

—¡Paren ya!. El ejercicio ha terminado.

—¡GRACIAS A DIOS!

29. "Botones"

—Isidro, que ha dicho D. Jesús que has sacado el número uno, para botones. Tienes que presentarte en la Caja el día quince de febrero. ¡Enhorabuena, hijo mío!

—Gracias, papá.

—¡Ay, hijo mío, que contenta estoy!. Gracias a Dios. ¡Enhorabuena!

-Gracias, mamá.

—¿Y ahora qué vas a hacer?

—Pues no sé, papá

—No, si digo de Contadores.

—¡Ah!, pues no sé.

—Yo creo que debías de presentarte. Ha salido ya la convocatoria de mil plazas. De todas maneras no pierdes nada y si apruebas, bueno ya sabes. El Estado siempre es más seguro.

—Vale.

"Adiós música. Adiós Otis. Ha sido un placer conocerte Juan Manuel, hasta nunca Víctor Manuel. Lo siento, primo, no puedo irme contigo a recorrer mundo y tocar con Diana Ros. Perdona Aretha no puedo ir a llevarte las últimas canciones que te he escrito, pero es que, verás... HE APROBADO PARA BOTONES EN LA CAJA Y TENGO QUE ENCERRARME AQUÍ, PARA SIEMPRE, HASTA JUBILARME, A CAMBIO DE LA PAGA SEGURICA DEL MES..."

—Me voy a dar una vuelta.

—No vengas tarde, Isidro.

—Vale mamá.

30. ¿Contador...?, ¡no!

—Joder, primo!, lo tuyo ha sido llegar y besarla dormida.

—Bueno, ha sido cuestión de suerte.

—¿Y ahora qué vas a hacer?

—¿Te he dicho alguna vez que tienes las mismas preguntas que mi padre?. ¿Pues qué voy a hacer? ¡Trabajar!.

—Pues yo voy a preparar el Preuniversitario y cuando lo apruebe me voy a estudiar Medicina.

—Me alegro. Te tendrás que ir fuera y dejaremos de vernos, pero me alegro por ti.

—¡Joder, primo, no te pongas triste!. Aún falta un año para eso. Ahora, como tú has aprobado vamos a celebrarlo, porque lo celebraremos, ¿no?.

—¡Pues claro!

—¡A la Higuera! Un kilo de vino y dos gabardinas para el Pirata y su primo. ¡Atacando!

—Oye Andrés, que zapatos mas chulos llevas. ¿Qué ha pasado con las zapatillas tan preciosas que tenías?

—Ná, que se han roto, pero no te preocupes pronto robaré otras viejas. ¡Soy El Pirata Drake! Hemos deshecho The Pobres & The Miserias. Tengo que estudiar, voy a ser "matachín". Voy a abrir barrigas y a arreglar mondongos, tripas y sesos. Entonces seré el doctor Mac Cabra.

"No es verdad madre las flores,

que en el cementerio están

que cuando el viento les da...

para mí, que se menean..."

—¡Madre mía! Si ahora está loco, ¿qué pasará cuando se meta en la cabeza cientos de libros?. No sé yo. De todas maneras estoy convencido de que si quiere será un buen médico.

31. *La Caja.*

—Aquí tiene usted la Cartilla de la Seguridad Social. Pátese por la consulta de D. Cayo del Amo, que está en la calle de la Feria, en el número 5, para que le haga el reconocimiento médico, y como le corresponden diez días de vacaciones de este año, pues se las toma ya, y se presenta a trabajar el día 7 de marzo, a las ocho de la mañana. ¡Ah, y enhorabuena!

—Muchas gracias.

La oficina estaba en la calle Isaac Peral, junto al Teatro Circo. Era un local pequeño con unos ventanales grandes, que daban a los jardines de la Diputación por los que entraba la "Gracia de Dios", a montones.

Aquello era, para mí, sorprendente y extraño. ¿Y qué se hace en una oficina como esta?

"Llévale este papel al Interventor. Suena el teléfono, cógelo. Caja de Ahorros, dígame. Tráeme un café del Milán, vete al estanco y cómprame un cartón de Record. ¿Isidro!, si no hay Record me compras Rex. Vaya chavala mas despampanante ésa de Ahorro "La Pepa" —esto no cuadra, Isidro—, has vuelto a meter la pata en los negociables del Servicio Nacional del Trigo—Vitaliano viene. Vamos a almorzar que es la hora; dile a Felipe, del Archivo, que si ha liquidado los Seguros Sociales del mes, pasa a máquinas y dile a Paco Muñoz que te dé la "ficha roja" de los préstamos de maquinaria de laboreo. Adiós Víctor Manuel. Adiós Patxi Andión, ha sido un placer, pero tengo que archivar los préstamos populares y liquidar los no negociables del SENPA. Yo venía a abrir una libreta de ahorro.

32. ...a Madrid.

—Yo no sé si presentarme a lo de Contadores, Juan. Los temas de Legislación, más o menos, pero lo del cálculo mercantil y la contabilidad ¡cero patatero!

—Tú preséntate. Es cuestión de suerte. Mira hazte la cuenta de que nos vamos a Madrid a pasar dos días de cachondeo, a tomarnos unos vinos y por la noche a dar una vuelta por la calle "La Ballesta". Además, ¿a ti que más de te da aprobar que no, si ya tienes lo de la Caja de Ahorros?.

—Sí, visto así, la verdad es que...

—Pues claro hombre, ya verás que chavalas hay en Madrid. ¿Tú tienes novia?

—No, ¿y tú?

—En el pueblo. Bueno esa es mi novia oficial, aquí en Albacete estoy saliendo con una chavala, pero ya le he dicho que sin compromiso, ya sabes; para pasar el rato.

—Sí, claro... Oye, ¿y te piensas casar con ella?, ¿con la del pueblo, la oficial?

—Ya veremos. Gustarme sí que me gusta y es una buena muchacha. Se llama Pilar y somos novios desde hace mucho tiempo, lo que pasa es que hay que disfrutar de la vida, que son cuatro días y una cosa no quita la otra. Además ya sabes, a las mujeres palos y mala vida y si una se va, otra vendrá.

—Pero Narciso, digo Juan, si la quieres. ¿Cómo puedes darle palos y mala vida?

—Hombre es un decir. Yo lo que quiero decir es, que por salir con otra no le hago ningún daño. Ella está en el pueblo y no se entera. Luego, cuando tenga trabajo, pues igual me caso con ella.

—¿Y os lleváis bien?. Me refiero a si discutís y eso.

—No tenemos tiempo. Yo voy de vez en cuando al pueblo a ver a mis padres y eso, sobre todo para las fiestas y, cuando voy, ya sabes... ,tenemos que recuperar el tiempo perdido. De todas maneras la última vez que estuve, en Navidades, tuvimos morro porque alguien le había dicho que me habían visto con unos amigos en los bares de putas de " El Alto la Villa ", ya sabes, de cachondeo, y se cabreó, pero a los cuatro días la llamé por teléfono y se le había pasado. ¡Ná!, nunca llega la sangre al río.

—Sí, pero puede venir ya, barranco abajo.

—¿Qué dices?

—Nada, nada, que bueno, que sí, que nos vamos a Madrid a ver que pasa.

—¡Qué va a pasar?, pues que nos vamos a divertir de lo lindo.

33. Dro.

—¡Oye, Isi!, ¿a ti que te parece eso de las chavalas?

—Pues que son preciosas y extrañas. Es que, no sé cómo decirte.

—Pues explícate.

—Mira que son como nosotros. Sí, vamos, que son personas, que tienen dos ojos, una boca, dos orejas y en fin... piernas y todo lo demás; pero al mismo tiempo... no sé..´.

—¡Te explicas de maravilla, chico!.

—¡Oye!, que no es fácil ¿eh?, no me jodas.

—¿Qué no es fácil? ¡Facilísimo!, que están buenísimas y que ya sabes.

—¿Sí?, no me digas. Eso ya lo sé, pero no vas a estar todo el día acostado con ellas. ¡Vamos digo yo!. Tendrás que saber como son, que piensan, que quieren, que les gusta; que esperan de la vida...

—¡Ahí va este!. ¿Es qué te crees que mean Pese-cola?

—Yo no he dicho eso. ¡Imbécil!

—Sí, Isi, que te conozco.

—No seas estúpido. Lo que quiero decir es que no son como nosotros. Tú has visto la piel que tienen y las manos; hasta los ojos y la manera de mirar son distintas. Huelen de otra manera hasta cuando sudan. Eso por fuera, con que por dentro...

—Pues tripas, como todo el mundo.

—¡Me estás cabreando, eh!. Me refiero a sus pensamientos, su inteligencia, sus sentimientos. ¡Joder que pareces gilipollas!

—¡Bah, tonterías! Las mujeres son para acosarse con ellas y ya está.

—Y dale. Lo que trato de decirte es, que habrá que saber cómo se convive con una mujer. En fin, que se hace con ella cuando no se está acostado.

—Pues nada, te hace la comida, te plancha las camisas, te lava la ropa, te espera en casa mientras tú te vas de caza o de cachondeo con los amigos, y tú a cambio la llevas al cine, de vez en cuando, o a tomar el aperitivo los domingos, después de misa.

—Pues es una lástima desperdiciar una cosa tan buena, en eso. Lo suyo es estar con ella todo el día, hablando de las cosas que le gustan y de proyectos para hacer juntos.

—¿Juntos? ya está, ¡la cama!.

—Desde luego lo tuyo es pelar la naranja y comerse las cáscaras. ¿Tú crees que las mujeres saben distinguir un gorrión de una gorriona? ¿Y sabrán apreciar el gusto que da bañarse en las balsas, con el agua como el hielo, a las cuatro de la tarde en Agosto?, ¿o si se les saldrá el corazón de la caja cuando claven una trucha de un kilo con una mosca falangista, en un corrental? O eso que te da, cuanto no te lo esperas y te sale de los pies una perdiz diciendo "pijo-pijo". O tumbarse en el monte, debajo de un pino y ver correr las nubes y disfrutar de oír como canta el aire en la "juma", o pasear cuando llueve fino, sin paraguas y que te dé el agua en la cara. Y ver el viento y sentirlo cuando escuchas "Una noche en Monte pelado", o fumarse un "cigarro laaargo y negro" mientras se está en una buena conversación y pegarse

con cualquiera por defender una idea o, entender porque una guitarra a veces hace llorar y otras reír, siendo la misma. ¿Sabrán quiénes son los Beatles? ¿O roscarse, como un piojo, bebiendo cerveza y comiendo patatas bravas? y de cantar, cuando surge, hasta quedarse ronco burreando, o de hablar y hablar, hasta las cuatro de la mañana, de lo divino y de lo humano y de paso arreglar el mundo o, pasar las horas muertas, delante del mar, sin hablar, pescando sin anzuelo ni cebo, por el placer de ver el agua y el cielo. O llorar a moco tendido o de hacer el amor a destajo, a todas las horas, hasta cumplir los noventa y morir de gusto? ¿TU CREES QUE SERAN ASI, DRO?.

—¡Ah!, te refieres a eso.

—Sí.

—Pues, no sé.

—Yo creo que si encuentras una mujer así, merece la pena juntarse con ella para siempre. Sería como encontrar un alma gemela. No digo que le gustaran exactamente las mismas cosas, aunque sería lo ideal, sino que tuviera la misma manera de verlas, la misma actitud ante la vida. ¿Me entiendes?

—Ya te estás liando, Isi.

—No me estoy liando. Escucha, lo que quiero decir es que sus mundos fueran muy parecidos, al menos en lo esencial.

—¿Sus mundos?, ¿qué mundos?. ¡Ves cómo te lías!, ¿cuántos mundos crees tú que hay?. Tú estás mal de la cabeza. Mundos no hay más que uno ¡El mundo!, el de siempre, la bola esa redonda que veíamos en clase de Geografía.

—¡No digas mas tonterías, Dro!. Me refiero al mundo en que uno vive cada día, el que está habitado por sus ideales, sus sentimientos, su trabajo, sus gustos, sus ansias, sus miedos, sus problemas y su forma de resolverlos, sus ambiciones, sus caprichos, sus necesidades, sus creencias, su valoración de cada cosa que le ocurre. SUS, SUS, SUS, SUS, COSAS, DE SU MUNDO. ¡ENTIENDES AHORA!

—O sea, que según tú, cada uno vive en un mundo.

—¡Por supuesto!. No digo que no nos afecten las cosas que pasan en los mundos de otras personas y las que pasan en el mundo ese de la bola de Geografía. ¡Claro que nos afectan!, pero a cada persona en "su mundo" le afectan de manera distinta, según los habitantes que tenga su mundo particular.

—Ya.

—Dices que ya, pero... a ver si me entiendes. No te va a afectar a ti la escasez de tomates un año, por la sequía, como a la persona que vive exclusivamente de plantar, cuidar y vender su cosecha de tomates ¿o sí?, sobre todo si tú, además ¡ODIAS LOS TOMATES!

—No, claro.

—Pues a eso me refiero. Lo que digo, volviendo a lo de las mujeres, es que lo ideal, para juntarse con una de ellas para siempre, es que su mundo particular y el tuyo sean muy semejantes, o que entre los dos creen "un mundo nuevo" en el que se sientan tan cómodos, o más, que en el que tenían antes, aprendiendo del otro y dejándose enseñar por el otro. ¡Ya está, Dro!, sería eso. Bueno, creo que aún no lo tengo muy claro, pero que por ahí van los tiros, más o menos.

—No sé, Isi, tú sabrás. Esa es tu parte, pero a mí eso de "tanto mundo".

—La verdad es que tiene que ser difícil, lo reconozco, porque yo veo muchas parejas que son como tú dices, pero para eso no creo que merezca la pena atarse a nadie para toda la vida. En todo caso, para un rato de vez en cuando, ¡Ja!, ¡Ja!

—¿Ves, lo que yo te decía?, ¡la cama!

—Fuera de bromas, te imaginas Dro, encontrar a una mujer así para toda la vida, para compartirlo todo, con la piel tan suave que tienen y lo bien que huelen, con los ojos tan así. Yo creo que para que salga bien tiene que intervenir el Cielo, no andar zascandileando de aquí para allá, preguntándole a todas ¿eres tú?. Vamos que no hay que correr detrás de ellas, sino solo esperar a que, delante de alguna, oigas. ¡MUCHACHO, ESTA ES LA TUYA!

—¡Estás como una cabra!. "Los mundos", "la naranja".

—¡Calla, so zorro!, que llevamos dieciocho años juntos y algunas veces no te aguanto ni yo. Además tú que sabrás de naranjas. Primero, se ven y se huelen, luego se pela, después se disfruta de lo que hay dentro y... con la corteza se hace arroz con leche, ¡para que lo sepas!

—¡O pólvora!

—¡Cállate, maldito idiota!. Lo que yo haga con la corteza es asunto mío.

—¡Y mío!, ¿no?

—Es inútil discutir contigo, siempre quieres quedar por encima, como el aceite.

34. Fichas.

—De momento vas a préstamos, con Guillén.

—Vale, ¿y qué tengo que hacer?

—Pues lo que él, te diga.

Era un señor mayor, como de treinta y cinco años, el que me acompañaba al negociado de préstamos, a donde me habían asignado para trabajar.

—Guillén, este es Isidro, el botones que te prometí de los que aprobaran la oposición. A ver si ahora se pone al día el archivo. Ha sido el número uno así es que te traigo el mejor.

—Gracias Vitaliano.

Luís Guillen era un hombre alto y muy serio, que se reía de manera burlona, casi socarrona diría yo, por debajo de un poblado bigote.

—Esto no es un botones, ¡es un botonazos!

—¡Ea!. Estaba acostumbrado.

Por aquel entonces, medía un metro ochenta y pesaba noventa kilos; así es que resultaba fácil saber a que venía el comentario irónico.

—Pues mira, Isidro, ahí tienes ese montoncico de fichas de préstamos para clasificar por número y después ponerlas, ordenadamente, en ese archivador. Cuando acabes ya te daré otra cosilla.

—Vale.

¡La madre que me parió! Allí había más de mil fichas de préstamos, de cartulina dura y satinada, con los bordes afilados como navajas, que no cabían ya en el fichero y que me estaban dejando los dedos como si me hubieran pasado por encima de la mano el trillo de la era. El mil trescientos ochenta y uno, ¡Guillén, maricón!, bien podías hacer esto tú, en vez de estar cascando con la Pepa. ¡Me está bien empleado por aprobar- mil trescientos noventa y uno ¡ya quedan pocas!, y el mil quinientos veinte. ¡Guillén, ya he terminado, que te creías!.

—Ya he terminado, D. Luís.

—Muy bien, me imagino que las habrás ordenado como Dios manda ¿no?

—Sí, señor.

No sabía yo que Dios mandara ordenar los préstamos por números, ni meterlos en un archivador, ni que tuviera que ser a base de cortarse los dedos y despellejarse los nudillos, pero en fin, como yo tampoco había leído mucho la Biblia, pues podía ser que...

—Pues ahora, abrió la puerta de un mueble que había a espaldas de donde estaba sentado, ya solo quedan estos dos montoncicos más.

¡La madre que me parió!. Si tiene más fichas escondidas, seguro que aquí no se ha guardado una ficha en su sitio desde que abrió la Caja. Me cago en la leche, Guillén, eres un canalla! podías haberme dicho que tenías más. Seguro que todos los armarios que hay en la oficina, y había lo menos diez, están llenos de fichar por archivar. ¡Fichas, fichas, fichas...!

—No te he dicho que había más para que no te desmoralizaras, pero la verdad es que éstas son las últimas.

—¿Seguro?

—Sí, sí, son las últimas.

Pues nada, Santa Ficha Bendita, que en el cielo estás inscrita, en armarios guardadita tan preciosa, tan bonita; hasta que he llegado yo, con mi sangre y mi dolor, a meterte, sin piedad, ¡en este maldito archivador!

Tres días tardé en guardarlas todas; fichas de posición, fichas índices, verdes, azules, rojas, más chicas, más grandes. ¡Fichas!, ¡fichas!... y ¡Claro que había más!" En aquel cajón hay otras poquitas, en esa caja de cartón, creo que guardé unas cuantas, voy a ver si quedan más por allí dentro. ¡Fichas!, ¡fichas!. COMER FICHAS, SOÑAR FICHAS... Todo en la Caja de Ahorros se hacía en fichas, y todas, todas.. Todas las guardé yo en su sitio. Bueno, ¿en su sitio?

—¡Venga, déjate ya las fichas y vamos a almorzar, que son las diez y diez.! Hola, soy Luís Picazo.

—¡Hola!, pues vamos.

—¿Te has traído el bocadillo?

—Sí, lo tengo en el armario ropero.

—Pues, ¡hala!, tira a por él y ahí, en el jardín nos vemos. Es costumbre salir a desayunar en dos turnos, unos a las diez y diez; y otros a las diez y media.

—Vale.

Ya me había traído, dos días, el bocadillo que mi madre me preparaba por la noche, pero no me lo había podido comer. Nadie me había dicho cuando tenía que salir a desayunar, ni siquiera Guillén y ya pensaba yo, si allí únicamente desayunaban los veteranos.

—¿En qué negociado trabajaría Picazo, que llevaba una bata blanca?. Parecía un enfermero.

—Estoy en máquinas. Donde se registran todas las operaciones que cada día se hacen en la caja. Luego se resumen en un parte y se pasan a unas fichas.

—¿A unas fichas?. ¡Joder, pero si hay mas fichas!. ¡Oye! tu cara me suena.

—Y a mí la tuya. ¿Tú no andas en lo de la música?

—Sí, con los Nijar.

—Claro, pues de eso. Yo estoy en los Star.

—¡Ah, pijo!, tu eres el cantante.

—Sí.

—Pues, os suena bien el conjunto.

—Sí, estamos contentos.

—Y tú ¿no haces nada?

—No, ahora no. He estado preparando oposiciones y no he tenido tiempo. Ahora, que tengo las tardes libres, igual me meto en algún grupo a ver si saco unas perras y de paso me entretengo.

—Bueno, vamos ya, que es la hora. Pues, ya sabes dónde estoy, para lo que necesites. Adiós.

—Adiós y gracias. Es majo el Luís este.

35. "Color caña".

Lo llevaba guardado como un gorrión en el bolsillo, cogido con la mano para que no se escapara.

—Mira mamá, ya me han pagado en la Caja. Toma; me temblaban las manos, cuando le di el sobre de color caña.

—¡Tu primer sueldo!. ¿Qué, estás contento?

—La verdad es que sí. No es mucho, pero algo ayudará en casa.

—Sí, es mucho, son quinientas treinta y cinco pesetas. Ya verás que contento se va a poner tu padre.

Estaba emocionado. Era mi primera paga y eso de trabajar no estaba mal del todo, aunque echaba más horas que "el tostao". Me iba de mi casa a las ocho menos cuarto y volvía a las tres y media. Comía y volvía a la Caja a las cuatro y media y algunas noches nos llevábamos la cena y salíamos a las cuatro de la mañana, sobre todo los finales de mes, liquidando Negociables del Servicio Nacional del Trigo o repasando Seguros Sociales con Felipe, el de archivo. Luego los relacionábamos para mandarlos al instituto Nacional de Previsión y de horas extraordinarias nada.

Era duro, pero el ambiente de trabajo era bueno y aprender a trabajar me producía una extraña y excitante satisfacción. Definitivamente había caído en la trampa de sentirme mayor por el hecho de trabajar.

Además, muchos de los casi treinta empleados eran gente joven, de mi edad más o menos y pronto hice amistad con ellos. Isaac, que estaba en máquinas con Luís, Oscar y Samuel; Emilio Panadero, que estaba en ahorro, Valentín, al que le gustaba cantar, y lo hacía bien, Segundo Moreno y su hermano Paco, Juan Larrey, Blas Garví. Era como una pequeña familia, aunque suene a tópico; D. Jesús Sánchez Ajofrín, que era interventor, D. Vicente, el subdirector, D. Diego el Director, que me recordaba mucho a D. Andrés Masiá, porque era de su estilo. ¡Ah! Josefina, La Pepa, toda una institución, exuberante, provocativa en el vestir e inteligente como ella sola; Vitaliano, que era el Jefe de Contabilidad; D. Javier, el Asesor Jurídico; Pepe López y Faustino, un gran hombre, honesto, algo maniático y enamorado de la música clásica, Luís Guillén, Luís Duque, que había entrado cuando yo, y una chica cordobesa que se llamaba, "no me acuerdo" y que dejó la Caja y se marchó para su tierra al poco tiempo de entrar yo.

El escenario en el que se había de desarrollar mi vida profesional estaba servido. Allí pasaría una media de doce o catorce horas diarias, durante los siguientes veinticinco años, salvo épocas en que mi vida tomaría otro rumbo. Serían conatos de escapada, tratando de ir a ver a mis amigos Víctor Manuel, Juan Manuel Serrat o a Nuestro Pequeño Mundo, para decirles: "Esperar que voy a ver si cuadro los Seguros Sociales y en seguida vengo."

36. Cristina.

—¡Hola, Isidro!

Supongo que primero me puse blanco, luego rojo y después de todos los colores a la vez. ¡Madre mía! y que flojera de piernas.

No solamente estaba cuando lo de D. Andrés Masiá y lo de los Hidrocarburos; y en el andén del Instituto, cuando recogíamos las notas de Reválida de 6º; y en casa de Valero, cuando lo de Contadores. ¡Ahora, estaba también aquí, en la Caja de Ahorros!

—¡Hola Cristina!

—¿Sabes Isi?, yo creo que para que salga bien tiene que intervenir el Cielo. No andar zascandileando, de aquí para allá, preguntándole a todas. ¿Eres tú?. Vamos que no hay que correr detrás de ellas, sino solo esperar a que Dios te la ponga delante y te diga. "Muchacho, esta es la tuya".

—¡Cállate, Dro!, ya lo veo, pero no es momento de coñas. Además yo no he oído ninguna voz. Además, seguro que enseguida se va.

—Pero, Isi, es por la tarde. No ha venido a abrir una libreta, ni a pedir un préstamo. ¿Es que no oíste decir, el otro día, a Vitaliano que iba a entrar gente nueva a trabajar en la Caja.?

—¿Qué dices?. Tú por aquí.

—Pues ya ves, que a lo mejor trabajamos juntos.

—¿Lo ves, Isi?

—¡Calla!

—Estupendo, me alegro de veras.

—Bueno, solo he venido a entregar la instancia y ya me voy. Me alegro de verte, adiós.

—Adiós y que tengas suerte.

—¿Has visto como huele, Isi?. Sigue igual de rubia como siempre, y tiene los ojos verdes con manchitas marrones, como siempre; y la boca grande, como siempre, y las palas grandes, como siempre, se ríe y se le hace un hoyuelo en la cara como siempre. Isi, ¿seguro que no has oído ninguna voz de allá arriba?

—Isi, Isi, Isi... ¡Y si te callas y me dejas en paz!

37. Vitaliano.

—¡Ya estoy harto, Isidro!. No hay manera de sacar partido de ti.

—Sí, D. Vitaliano.

—¡Hombre, por Dios!. ¡Bueno está que no cuadres los Negociables !, ¡bueno está que tengas atraso en las transferencia a CECA!!, pero es que, esta vez, no cuadra el parte del día de Intervención.¡ ¡Porque Isidro ha perdido un cheque de la Mutualidad Agraria, que después de abonarlo en cuenta a un cliente y de estar todos sus compañeros buscándolo! ¡HA APARECIDO EN UNA PAPELERA¡ ¡ISIDRO, ME TIENES HARTO!

—L-o-s-i-e-n-t-o.

Menos mal que ya habíamos cerrado al público y no había clientes. De todas maneras me quedé más corrido que una mona. Todos mis compañeros estaban mirando y yo sentía como el dedo acusador de Vitaliano se me "hincaba, una vez más, en los sesos".

Bronca mil quinientos trece, de la mañana, Vitaliano, le falta a usted echar espuma por la boca, lo siento, pero aunque llevo ya cuatro meses trabajando, aún soy novato, esto es bastante complicado para alguien que no ha trabajado nunca; pongo todo el interés que puedo ¡Maldita sea mi estampa!. Quien me mandaría a mí, no me chille más que me va a sacar loco ¡Joder con la mutualidad, negociable, agraria, el recibico de la mierda, a este hombre cualquier día le va a dar un ataque y yo voy a tener la culpa. Vitaliano, eres como la gaseosa, luego se te pasa y no eres nadie, cualquier día de estos me echan a la calle por inútil, no sé cómo no estoy acostumbrado si todos los días me echa, por lo menos dos o tres mil broncas.

—Bah, no te preocupes, Isidro, Vitaliano es así con todo el mundo.

—¡Pijo, Juan! Si es que parece que la ha tomado conmigo.

—Ná, Tu no hagas caso y fíjate. Es preferible que te cunda menos el trabajo, pero que lo hagas bien. Y por las broncas no te preocupes. Si te cuento las que me echaba a mí cuando entré.

—Pues vaya consuelo.

38. Alemañy.

—Me llamo Paco Alemañy

—Isidro. Encantado.

—Pues nada, que me dicho D. Vitaliano que me ponga a echarte una mano a cuadrar las fichas de los bancos y a liquidar negociables.

—Estupendo. ¿Qué pasa, que has entrado a trabajar ahora en la Caja?

—Sí. Creo que han contratado a seis o siete personas. Como esto está creciendo tan deprisa.

—Ya. Pues nada. Bienvenido. Mira, tienes que comprobar que los cálculos que han hecho las oficinas, que han pagado los Negociables a los agricultores, tantos kilos de cebada, o de trigo, al precio que dice en esta casilla, pues es el total que dice aquí abajo, en este recuadro, y si está bien, pues lo punteas y lo dejas aparte y luego, con todos los que están bien, haces una relación y los mandas al Servicio Nacional de Cereales, con una carta de cargo en cuenta y ya está.

—Pues, parece fácil ¿no?

—Sí, sí, es fácil. Lo que pasa es que hay formularios de estos a sacos y cuando llevas comprobados dos o tres mil ya no sabes si se multiplican los kilos por las pesetas, o por el número de calle donde vive el cliente, en fin, abre el armario ese y coge unos pocos y empieza a comprobar.

¡Ahora, abre el armario y se le atiran los diez millones de negociables, que hay pendientes de liquidar y se lo comen vivo. Toma este montoncito de aquí y luego, cuando acabes, ya te daré otros poquitos. No sabe este que todos los armarios de la Caja están llenos de Negociables, si, si, fácil, se multiplica del número de teléfono del cliente por el de la calle donde vive y si te da el número de su carné de identidad, pues está bien o si no, réstale a la matrícula de su coche el del número de los ciegos que juega esta semana y si te da su nombre, pues está bien y si no, vuelta a comprobar. ¡Negociables, Negociables, Neeeeegoociiiiiaabbbllleeeeeesssss!

—Oye Paco. ¿No sabes quién más va a entrar a trabajar en esta hornada?.

—Pues no, creo que tres hombres y dos mujeres.

—¡Ya está, Isi!

—¿Dónde me siento?

—Tráete la primera silla que pilles por ahí y siéntate.

—Vale.

—¡Isidro!, esto no puede ser. Ahora resulta que...

—¡Joder, no! Otra vez no, Vitaliano. ¿A quién he matado esta vez?

—Dígame usted.

—¡Pues que falta dinero en el frigorífico!. Tu eres el encargado de reponer las Coca-Colas y de pagar las facturas. Hemos hecho las cuentas y faltan ochocientas pesetas. ¡ERES UN DESASTRE!

—Pero, yo no hago más que coger dinero de la caja de puros que hay encima del frigorífico y pagar las facturas cuando las traen. Como no sea que alguien se las bebe y no las paga.

—¿Estás acusando a tus compañeros de ladrones!

—Vitaliano yo no digo nada, solo que...

—¡Pues se lo voy a decir al Director, esto no puede ser!

Bronca diez millones quinientos veinte mil de hoy. Ahora resulta que o soy un desastre o me llevo los cuartos. A este hombre le va a dar un infarto, a mi me parece que esta vez echaba espuma por la boca, vaya castigo, la leche que me han dao. Ahora viene Juan y me dice que no me preocupe, que no es peligroso, que no muerde.

—Ya he encontrado una silla. Oye, ¿qué le pasa a Vitaliano?

—Yo que sé, que faltan perras en el frigorífico.

—¿Y eso es grave?, porque se ha puesto.

—Ná, no pasa ná. Es que por cualquier cosa se cabrea y chilla.

—Ya. Oye, ¿en que armario dices que están los negociables pendientes de liquidar?.

—En ese que tienes delante.

—¡Joder!, dice riéndose al abrir el armario. ¿Con qué unos poquitos, eh? ¡La leche!. No habrá más por ahí, ¿eh?

—Que va, que va...

39. "El ratón"

—¿Has visto como sí, Isi?

—Ya lo veo, no hace falta que insistas, tan rubia como siempre y tal.

—Y la han puesto en ahorro, a abrir libretas, ya sabes, imposiciones, reintegros. Oye, ¿todavía tendrá los ojos...

—¡Sí, verdes! Las personas no cambian de color de ojos cada quince días ¿no?

—Bueno, bueno, me creía que te habías alegrado de verla.

—Si no es eso, es por lo del frigorífico.

—Ya..

—Buenas tardes, Isidro. Menos mal que se ha aclarado lo del frigorífico ¿no?

—Hola, Paco. Pues sí, ya me tenía jodido ese asunto.

—Es que no es para menos. Menuda jugada la del chaval ese. Como no le daría miedo, entrar por la noche, por la ventana del jardín, por ochocientas pesetas; se podía haber matado.

—Ahí, el que ha estado astuto como un cepo ha sido D. Jesús, que se "olió la tostá" desde el principio. Primero puso polvos de talco en todos los poyos de las ventanas, como en las películas, y cuando vio que había huellas de zapatos, le pidió a un amigo suyo, policía, que se quedara por las noches hasta las tres de la madrugada; y a la cuarta noche picó el pájaro. Lo siento por sus padres, menudo disgusto tenían.

—¡Si es que los chiquillos son la leche!. Oye, ¿te ha dicho algo Vitaliano?

—Sí, que siente las broncas que me echa, incluida la del frigorífico. Que la verdad es que he mejorado bastante y dice, riéndose, que el día de mi santo promete no echarme ninguna, como regalo. Es un buen hombre y trabajador como él sólo.

—¿Has visto las chavalas que han entrado nuevas?

—Sí, son majas.

—¡Coño, que te has puesto colorao!. Alguna te gusta, ¿eh pillín?

—Pues...

—La rubia, ¿a que sí?

—No, es que la conocía de antes.

—¡La rubia!

Paco Alemañy era seis años mayor que yo, los suficientes para darse cuenta, por los colores que me habían salido, de que " la rubia" como él decía, me gustaba.

Paco fue mi primer amigo de verdad. Era de mediana estatura, tirando a bajito. Tenía el pelo rizado y le gustaba vestir bien, dentro de sus posibilidades. Antes había trabajado en la oficina de una fábrica de confección de camisas y dominaba la cosa de la contabilidad y el papeleo. Tenía sensibilidad para la poesía y la música y tocaba la guitarra y cantaba muy bien. Aunque su aspecto era el de un hombre serio, su sentido del humor y su afición por la pesca y la caza hicieron que pronto congeniáramos y naciera una buena amistad.

40. Con los Trasgos.

—Entonces, has aprobado "el preu".

—Sí, primo, y en septiembre me voy a Zaragoza a hacer la matrícula, para estudiar medicina.

—Me parece muy bien, me alegro.

—Pero antes. "¡El Pirata se va a tocar con los Trasgos a Tarragona este verano. ¡Ja!, ¡ja!, ¡ja!

—¡Qué dices!

—Lo que oyes. Ayer estuvieron en mi casa "El Lobo" y "El Kocsila" para hablar conmigo. Estuvimos tocando la guitarra un rato y me voy con ellos.

Ahora sí que me daba envidia. Con los Trasgos a Tarragona, éste verano, todo el verano. En salas de fiestas. ¡Primo, maricón!

—Por lo que se ve, se marcha Adrián "El Aceitunero".

—Pero si estaban en Madrid, ¿no?

—Pues sí, chico, pero han discutido o yo que sé y ha dejado el grupo. Así que ¡el Pirata Morgan se va a tocar con los Trasgos a la playa! ¡Temblad, mujeres!, el pirata os hará prisioneras y os...

—¿Pero no eras el pirata Drake?

—Sí, pero ahora he ascendido de categoría.

—¿Y con qué guitarra vas a tocar, si la tuya la vendiste?

—Con la "Asadora" de Pepe Robles. Ya he hablado con él y me la deja.

Estábamos, como era lógico, en la Higuerica, donde solíamos ir a celebrar algo de vez en cuando o simplemente a celebrar "que no teníamos nada que celebrar"

—¡Un kilo de vino!, o mejor. ¡Dos jarras de cerveza y unas gabardinas, para el pirata Morgan y su primo, que es casi verano y hace muuuunncha calor!

—¡Marchando!

—¿Y quién paga, primo?

—Pues quien va a pagar, tú que para eso trabajas en la Caja de Ahorros, y si no pagas tú, lo saco de mis muchos tesoros, para que te crees que abordo galeones en alta mar.

—¡Caiga!

—¿Y cuándo os vais?

—Vamos a empezar a ensayar mañana y a primeros de Julio, a Salou.

41. El puente "La gorda".

—Bueno, Isidro, yo me voy por la otra orilla. A eso de las dos y media nos vemos en "El Puente la Gorda", ¿eh?

—De acuerdo. Antes de irte, déjame una cucharilla blanca de hoja de roble, que la última vez que salimos perdí las tres que tenía y ayer fui a casa de García y ya estaba cerrado.

—Pues, toma y daca. Déjame tú un tiro de mosca que lleve una negra ahogada, para cuando apriete el calor.

Empezamos a escarbar los dos en la caja de los aparejos y después de unos minutos habíamos hecho el cambio de cebos.

—Bueno, Paco, a las dos y media.

—A las dos y media. Hasta luego.

El Guadalquivir estaba hermoso en Junio, Habíamos llegado el sábado, a media tarde, a Villa Carrillo, con el tiempo justo de pescar un rato, en "Los Bidones", que le llamábamos nosotros, aunque sin mucha fortuna. Yo había clavado una pequeña, que devolví al río intacta y a Paco se le había soltado unas, más que regular.

Después de cenar en la fonda y dar una vuelta por la "Casa de las Palomas", lugar de más que dudosa reputación, donde habíamos tomado un güisqui, nos fuimos a dormir, porque a la mañana siguiente nuestras amigas "las pintonas" nos esperaban en el río y, a esa cita, no se podía faltar.

Ahora, a las seis de la mañana, entre dos luces, con la carne de gallina por el fresco de la amanecida, la verdad es que me parecía estar en el Paraíso.

—Voy a poner esta cucharilla del dos, de hoja de roble, que con el hilo del veinte, va bien y, en cuando toque el agua y la vea la trucha ¡zasssss! Se atira como un chiquillo a un pastel y con que sea palmerota me conformo. Prepárate, bonica, que voy a por ti. ¡Allá va!. Ojo que no se enganche en las piedras, que cada cucharilla vale treinta pesetas. La última vez perdí tres, dos de ellas en el tronco de un chopo casi en la orilla. Parece que no hay más que llegar y besarla dormida, pero son mas listas que el hambre. En este lance no, pero al siguiente seguro que pica.¡¡¡Ahí está!., ya lo sabía yo, y parece buena por cómo tira. ¡El corazón se me va a salir de la caja! ¡Me cago en la leche que es gorda! ¡No a la corriente no! ¡Si se suelta,... me da algo! ¡No, joder, debajo del tronco no!. Suéltale hilo poco a poco, Isidro, pero sin aflojar que te va a romper, así, así, hasta la orilla. ¡Ya está!. ¡"Menuda temblaera patas"! ¡Jódete Paco, que ya tengo una!, y por lo menos pesa medio kilo. ¡Menuda cara vas a poner en el puente, si es que voy, porque como sigan picando, de aquí no me mueve ni la guardia civil. Buenos días, bonica. Un beso en el morro y al zurrón."

Ya ha amanecido. El pájaro negro ha echado por lo menos veinte viajes, de la higuera al zarzal, donde me apuesto algo que tiene el nido. Cuanto debe costarle sacar los pollos adelante.

Después de andar, por lo menos cinco kilómetros río abajo, cambiando de cucharilla y sin ninguna picada, decido poner mosca. Parece que boquean, negra ahogada falangista y ésta amarilla limón, que ya no tiene ni alas, ni plumas ni ná, con ésta saqué cinco truchas hermosísimas en Riópar. Claro, así quedó ella.

A las dos y veinte en el Puente La Gorda. Allí está Paco.

—¡Qué!, ¿cómo se ha dado?

—Una buena y dos pequeñas. Algo es algo, ¿y tú?

—Ná. ¡Una de kilo y cuatro palmeras!

—Paco, ¡maricón! —se reía como un chiquillo.

Almorzamos en la casa hundida, junto al puente, en lo que alguna vez fue un molino. Allí, imaginaba yo, alguna familia habría sacado adelante a sus hijos, como el pájaro negro, echando viajes, moliendo y moliendo pero, quise pensar que, felices de estar junto a un río tan hermoso y donde además había pintonas.

¿Habrían unido sus mundos?, o habrían creado uno especial para ellos. Quizás seguía cada uno en el suyo, ajeno al otro. ¡Papá!, ¡no le chilles a mamá!, anda, dile que la quieres.

—Oye, Paco, tú que estás casado. ¿Cómo se convive con una mujer?

—Pues conviviendo.

—Ya, pero digo que, ¿cómo es eso...?, ¿que si es difícil?

—Hombre, difícil es, porque con las mujeres no hay quien conviva.

—¿Y eso?

—Porque son muy raras. No les gusta pescar, ni cazar, ni cantar, ni beber cerveza.

—¡No jodas!

—Lo que oyes, y si no pregúntale a "la rubia".

—Entonces, ¿cómo se convive con ellas?

—Pues eso.

—Explícate.

Isidro, la vida es bastante rara. Las cosas son como son y no hay que darles vueltas. Uno conoce a una chavala y cree que ha encontrado "la piedra filosofal", que no hay otra mujer como esa. Sales con ella y te enamoras, porque tienen ese "no sé qué" que las hace diferentes de nosotros y te quedas prendado. Luego, te casas y te das cuenta de que es una mujer, simple y llanamente una mujer.

—¡Claro, no va a ser una cabra!

—¡Calla, que estoy inspirado!. Lo que quiero decir es que tú creías que los demás no habían tenido la suerte que tú, que tú sí que habías encontrado la mujer ideal. Cuando descubres que es una mujer normal.

—¿Qué?

—¿Lo ves, Isi?

—¡Calla Dró!

—Pues que se rompe el encanto y te das cuenta de que te pasa lo que a los demás. No tiene arreglo, las cosas son así y ya está.

—¿Y entonces?

—Pues que te pasa lo mismo que al principio.

—¿El qué?

—Pues que ves en las demás lo que al principio viste en la tuya.

—¿Y entonces?

—Pues una de dos, o te resignas y te limitas a vivir o te buscas otra.

—Para qué, si al final te volvería a pasar igual.

—Pues porque mientras repites el proceso...

—Ya, vuelves a engañarte y así una y otra vez, ¿hasta cuándo?

—Hasta siempre.

—Ya. Y, ¿no sería mejor tratar de conocerse de verdad y hacerlo todo juntos?

—¿Conocerse?, ¿juntos?, me miró extrañado

—Sí. Me refiero a tratar de mostrarse cada uno como es hasta en las cosas más íntimas, más pequeñas, los gustos, los miedos, las experiencias, en fin, ya sabes y luego con todos esos materiales coger los más comunes y sólidos y construir, entre los dos, a base de amor y compañerismo los cimientos de un mundo donde cada cual viva para el otro, que en definitiva es vivir para uno mismo. Cada vez me miraba más raro, porque el mundo que estás haciendo es para los dos, no sé, ¿me entiendes?.

—Y entonces viene El Espíritu Santo, en forma de paloma y se para en el tejado de la casa y empieza a rumbar como una zurita. No sé, Isidro, suena a cuento de hadas.

—Ya lo sé, pero ¿y si no?.

—Pues eso, convives. Además luego vienen los hijos y los problemas y la monotonía y, yo que sé. Si fuera tan fácil y tan bonito todo el mundo sería feliz y no habría gente que discutiera y se separara. ¿O acaso piensas que todos somos idiotas menos tú?

—Yo no digo que sea fácil, ni que no haya que discutir. Claro que hay que discutir y pelearse con el otro por ver que es mejor para los dos, es más, creo que lo que falta es discusión. ¡Hablar!. Lo que no se le puede decir al otro es "yo llevo razón, tú te callas. Tú que sabrás de esto. Lo que pasa es que eres un egoísta. más tonto y más borde eres tú, "si ya me lo decía mi madre", a que te doy un guantazo, y aquí las cosas se hacen así porque lo digo yo. Aquí mando yo, y no hay más que hablar, basta, no hay quien te aguante-me tienes hartos; a ti no hay quien te entienda; cualquier día, doy un portazo y me voy. ¡YO, YO, MI! . No es, mi, yo, yo, tú, tú, tú... , es ¡NUESTRO!

Creo que con eso lo que se está haciendo es destruyendo el mundo común del que, quizás muchas veces no hemos intentado ni siquiera hacer los planos juntos; sin darnos cuenta de que es nuestro mundo el que estamos dinamitando, no el del otro. ¿Me entiendes?. Lo siento, no sé explicarme mejor.

—Tal vez somos todos un poco, bastante egoístas.

—¡Oye!, que no pretendo llevar razón. Quizás hablo así por ignorancia, porque es muy fácil teorizar, tratar de ganar algo sin arriesgar nada. A lo mejor si estuviera casado vería las cosas como tú. No sé, es hablar por no callar, pero es que se juega uno mucho, ¿no?

—No lo sabes tú bien, pero lo sabrás algún día; y si no prueba a decirle a "la rubia" que si quiere coles, que como te diga que sí "te vas a enterar de lo que vale un peine". —Se levantó de la piedra en la que estaba sentado.

—Y menos charla que las truchas están saltando. ¿Ves para que sirve, ni siquiera, hablar de mujeres. Para perder el tiempo; ya podíamos llevar el zurrón lleno, lo que pasa es que ¡están tan buenas!, que...

—¿Quién?, ¿las mujeres o las truchas?

—¡Las dos, amigo mío, las dos!

El sol caía a plomo y hacía un calor de mil demonios. Bajamos, otra vez al río y, diez minutos después del primer lance, las truchas dejaban de mosquear, las comunes, ya se sabe, y decidimos bañarnos. El agua estaba fría como la muerte. Luego, volvimos a tentarlas y, estuvimos pescando hasta el oscurecer.

Una cerveza en el pueblo y de vuelta a casa en el ochocientos cincuenta de Paco. Habíamos pasado el fin de semana fuera y el lunes, en la Caja, nos esperaban, a los dos, millones de "negociables" por liquidar y seguir metiéndole mano a la cuenta corriente del Banco Central, que no cuadraba ni a tiros. Además a mí, que no era mi santo, me esperaban las broncas de Vitaliano.

42. Escarceos...

—¿Qué, cómo va el trabajo?

Había hecho acopio de todo mi valor y, con una voz que apenas la oía el cuello de mi camisa, me había atrevido a preguntarle cómo le iba.

—Bien. Un poco monótono, pero bien.

—Oye me ha dicho Valentín que, ha dicho Conchi, que el domingo que viene, podíamos ir a su huerta a pasar el día.

—¿Conchi?. Y, ¿quién iría?

—No sé, me imagino que ella, Valentín, tú si quieres, (me puse rojo como un tomate) y no sé, yo y algunos más de la oficina.

—No sé, ya veremos. ¿Y por dónde está su huerta?

—Muy cerca, por el cementerio.

—Pues vaya sitio de tener una huerta. Y me dejaba descolocado, como siempre. Tenía esa virtud.

—¿Y van más chicas?

—No sé.

—Bueno, luego hablaré con Conchi —y se reía—. Otra vez descolocado.

—Bueno, me voy a mi sitio.

—Has estado muy bien, Isi. Muy natural, ni nervioso, ni nada.

—Ya sé que no tengo mano izquierda, pero es que, es hablar con ella y me pongo a cien. La miro a los ojos y no sé lo que digo y cuando me contesta, me descoloca.

—Pues tú sigue así. Además ha habido uno, en la oficina, que creo que no se ha enterado de que has estado hablando con ella y de que te has puesto "más colorao que un tejo". ¡Chico!, no sé cómo te las gobiernas pero, todo el mundo sabe que te gusta, menos ella.

—Bueno, Dro, déjalo ya. ¿Vale?

—No, no, si yo lo dejo, pero...

—¿Pero qué?

—Pues que así no vas a ningún sitio. Esto está lleno de chavales y cualquier día te enteras de que algún elemento de estos le ha pedido que salgan juntos. ¡Pero mira que eres zorro, Isi!

—¿Y qué quieres de haga?, que le diga: "Oye Cristina, que ya estoy harto, que si quieres salir conmigo, que tienes unos ojos verdes, con manchitas que; nos vamos a bailar o, al cine, lo vamos a pasar pipa; que soy un tío estupendo que sabe tocar la guitarra, que boca más bonita tienes y que pelo más largo y mas rubio y además, además, además. ¡No sé, que además decirle!. Lo único que quiero es que salgamos juntos y hablemos.. A ver que piensa y, sí, Dro, ¡conocer su mundo! La corteza de la naranja me gusta, pero quiero pelarla y ver que hay dentro.

—Isi, te estás poniendo rojo otra vez y ahora estás solo.

—Dró, mira que si además por dentro está dulce.

43. Valentín.

—Isidro, he hablado con Manolo, de Radio Popular y me ha dicho que esta tarde a las cinco nos espera.

—Bien. ¿Le has dicho que es solo para oír unos discos y copiar la letra de algunas canciones?

—Sí. Dice que no hay problema, que lo que queramos.

—Pues, entonces, como te pillas de camino, te pasas por mi casa a las cuatro y media y nos vamos para la emisora.

—De acuerdo, ¿cómo llevas lo de la última canción?

—Bien, ya tengo terminada la letra, me falta ajustarla con la música. En cuanto la tenga terminada la ensayamos.

—Vale, hasta luego.

—Adiós.

A Valentín, le gustaba la música y cantaba bien. Vivía por la carretera de Barráx, cerca de las Casas Baratas. Era un chaval muy majo, tiene una voz potente y modulaba bien.

Nos conocimos cuando entré a trabajar en la Caja. Le gustaba el mismo tipo de música que a mí y eso hizo que pronto nos hiciéramos amigos. Habíamos empezado, medio en broma, medio en serio, a cantar juntos y parecía que la cosa iba bien. Yo componía las canciones, le hacía voces y tocaba la guitarra. Nos pasábamos en mi casa las horas muertas cantando cosas de Víctor Manuel, Serrat, Adolfo Celdrán, Aute, Donovan, Peter Seeger, Dylan... y en general de todo aquello que sonaba a Folk, a Nova Cancó, y a canción protesta.

Casi todas las tardes íbamos a Radio Popular a oír discos de los que mandaban de promoción las casas editoras a las emisoras de radio. Muchos de ellos ni siquiera saldrían al mercado porque la censura los prohibía, alegando que contenían mensajes políticos subversivos, lo que le daba a la cosa " más enjundia".

La verdad es que no sé cómo nos aguantaban. Nos pasábamos allí la tarde entera oyendo música, copiando letras o sacando los acordes y las voces de las canciones para, luego en casa, montarlas nosotros y, poco a poco ir incorporándolas al repertorio.

Algunas veces, con la gente de la Caja, nos íbamos a beber cerveza al Candil, al Vidal o al mesón del Pollo. Empezábamos cantando cosas nuestras y cuando el ambiente se calentaba, Paco Alemañy y cogía la guitarra y empezaba a cantar cosas de María Dolores Pradera o de los Panchos y nos "quedábamos con la gente" del bar; que luego a luego se sentaban con nosotros y se ponían a cantar y se metían en el lío.

44. ¿...Y si no quiere?

—Tienes que tomar una decisión, Isidro.

—Ya lo sé, Paco, pero...¿qué hago?

—Pues lo que se hace en estos casos, decírselo.

—No sé, me da cosa.

Estábamos trabajando en la Caja, cuadrando la cuenta con la CECA. Yo iba cantando cantidades de la ficha de registro de la Caja y él las iba punteando en el extracto, de color rosa, de la Confederación.

—Y si no lo tienes claro, prueba a salir con otras tías a ver que pasa. A lo mejor estás obsesionado. De todas maneras así no puedes seguir, vas a salir loco, llevas así casi un año.

—Locos vamos a salir del calor que hace aquí. ¡Joder con el veranico de los...!

—¿Cuántas veces has estado con ella, a solas, para hablar tranquila y claramente?

—Nunca.

—Pues de toda la vida, cuando alguien quiere estar con alguien, va y le dice: "Oye, Cristina, quiero que salgamos juntos, a pasear, a merendar, a coger caracoles o a ver si llueve, porque tengo que decirte una cosa, que para mí es importante y a lo mejor para ti es una tontería, pero por lo menos haz el favor de escucharme. Y quedas con ella y os vais a donde sea, habláis y le dices lo que tengas que decirle ella te dice que sí o que no, y aquí paz y después gloria. Y si te dice que sí, tan ricamente, y si te dice que no, pues adiós, buenos días señora. Pero haz el favor de tomar una decisión, porque vas a pegar un trueno como el lagarto Jaén, y ella no va a perder nada, tú vas a perder la vida y yo un amigo. ¡ME OYES, CAPULLO!

—Mensaje recibido, pero me da miedo, porque y si me dice que no quiere salir conmigo, ni a ver si llueve, ni a ver el arco iris, ni a la esquina a comprar castañas, y que, qué me he creído; y que quien soy yo para querer saber, si debajo de la corteza de naranja, de su pelo largo y rubio y de sus ojos verdes con manchitas marrones y de su boca grande, sus palas y su hoyuelo hay un mundo. Y que en todo caso el mundo es suyo, y a nadie le importa, y menos a mí, que soy un gordo y me quedo sin saber si es dulce o agria ¿eh?, ¿eh?. ¿Qué hago yo entonces? porque estoy convencido de que por dentro es aún mejor que por fuera, aunque no quiere que se le note, por miedo a que le saquen las pepitas y se las echen a los buitres, si es que no se lo han hecho ya, porque hay algo triste en esos ojos verdes, ¿eh?, ¿eh? y entonces que hago yo. ¡SO ENTERAO!

—Isi, tu no tienes ningún derecho a pedirle a nadie que te enseñe, y menos aún que comparta contigo su mundo, si no quiere hacerlo.

—¡Tú te callas, que contigo no estoy hablando! ¡Me oyes!

—La verdad es que, cuando te pones así, da gusto hablar contigo.

45. *La corbata.*

—Toma esta corbata de punto que te he hecho- y se rió- para que te la pongas cuando vayas al baile a las fiestas de tu pueblo.

—La segunda parte de la explicación sobraba, señorita, ¿a que sí, Isi?

—¿Quién yo?, ¿es para mí?

—Sí hombre, para ti.

—¿Y eso?

—Pues nada. Que he comprado un poco de lana y como no tenía nada que hacer he dicho." Como ahora están de moda las corbatas de punto, pues ¡voy a hacerle una a Isidro, para que se la ponga cuando vaya al baile de las fiestas de su pueblo!

—Otra vez descolocado, Isi, ¿a que sí?

—¡Totalmente, Dro!

—Muchas gracias, Cristina, pero este pueblo es el tuyo también, ¿no?

—No. Yo no soy de aquí. Estoy aquí porque me han traído, pero no soy de aquí. Además yo no quería venir.

—¿De dónde eres?

—Del norte. De donde las vacas.

—¿De Asturias?

—No, de Santander.

—Ah, aquello es muy verde ¿no?

—Sí.

—Bueno, pues muchas gracias.

—Isi, te está abriendo una rendija para que veas su mundo, eso es que quiere.

—¿Qué?

—Nada, nada, que la conozcas.

—Ah...

46. *¿Por fin...?*

El mes de abril estaba siendo lluvioso. El Barrio estaba precioso. Con las fachadas de las casas recién encaladas que deslumbraban de blancas. Se veía a los gorriones con briznas de hierba en el pico, metiendo nido; y los gavilanes planeaban en la torre de la Iglesia de Fátima, riñendo con los tordos por la teja donde criar. Las acacias ya estaban casi vestidas, lo mismo que los albaricoqueros y las higueras de los patios. Con la lluvia, olía a madreSelva y a jazmín.

—Oye, Dró, ¿estás dormido?

—Casi, ¿qué quieres?

—Nada..., hablar un poco. ¿Cómo estás?

—Bien. Un poco cansado por el ejercicio, pero bien. La verdad es que me siento mejor estando más delgado.

—¿Cuántos kilos te has dejado en el gimnasio?

—Exactamente veintidós. ¡Veintidós kilos en setenta días!

—Te has quedado hecho un dandi. El otro día en la calle mayor ni los amigos te conocían. ¿Te acuerdas cuando nos cruzamos con "El rana", el de los Trasgos?.

—"Oye, ¿tú no serás Isidro?; perdona que no te haya saludado, pero es que no te había conocido... te has quedado hecho un figurín."

—¿Qué hora es?

—El despertador va adelantado diez minutos, pues las dos y cinco.

—Oye que mañana hay que madrugar.

—Espera. ¿Cómo ves tú lo de Cristina?

—Pues no sé. Sigue levantando barreras, muros, empalizada, en fin, todo lo que puede para que no sepamos, en realidad, como es.

—Ya me doy cuenta. Bueno, al menos, has conseguido que salga contigo, ¿no?

—No es mucho después de dos años.

—Si, pero...

—¿Te acuerdas como empezó todo?

—Sí, con lo de la corbata.

—Entonces tú le regalaste un frasquito de perfume, aunque de ese asunto prefiero no hablar, porque fue un desastre.

—¿Porqué?

—¿No te acuerdas, o es que no quieres acordarte?. Primero, para no dárselo delante de todo el mundo, lo pusiste en el armario, donde dejaba el abrigo, encima de su bolso y con una notita. "Para ti. Isidro", y luego a la hora de salir, con todo el mundo cogiendo sus abrigos, va ella y pregunta de quién es aquello que había en su taquilla. Todo el mundo volvió la cabeza y pudieron asistir al brillante espectáculo de oírte decir: "Es para ti, te lo regalo yo". Risas y carcajadas de los asistentes y sonrojo tuyo. La verdad es que no eres muy hábil.

—Luego, durante el verano, conversaciones furtivas en la oficina, sobre temas intrascendentes, y por fin lo de la Feria de tu pueblo, Septiembre. Aquello estuvo bien, ves tú. Ahí si estuviste astuto.

—Bueno, surgió solo.

—¿Solo? Pero si estuviste dándole el follón a Maruja, la telefonista, que entonces empezaba a salir con su novio, para ver si convencía a Cristina y os ibais los cuatro a bailar.

—Yo solo se lo sugerí.

—¡Calla, canalla.!

—¿Y cuándo, ya en la Caseta de los Jardinillos, por fin, aceptó ante tu insistencia y la de Maruja, a salir a bailar?

—Aquello si fue la pera. No sabía cómo cogerla, me daba miedo.

—Sí, hombre, ¿por si se rompía?

—Bueno, es que como soy tan grande. Tiene la cintura como el cuello de un azulón. ¡Que noche!

—Y luego subimos en la noria, ¿te acuerdas?

—¿Qué si me acuerdo?. ¡Joder!, lo que no me acuerdo es de haber pasado más miedo en mi vida.

—¿Y lo del traje?

—¡Ah, sí!. Ella llevaba un echarpe blanco y yo un traje azul marino, con una rayita roja, que se puso de pelillos blancos, del echarpe, hasta arriba.

—Y luego le dijiste a tu madre que no lo cepillara hasta que tú se lo dijeras.

—Es verdad, pues cosas de ...

—¿De qué?

—Cosas mías, ¿vale?. Oye Dró, lo que preocupaba entonces y me sigue preocupando ahora es que no hay manera de saber como es.

—Ya me doy cuenta, ya.

—Parece como si tuviera miedo de que alguien supiera cómo es en realidad. Empiezas una conversación normal y, en seguida, se vuelve reticente, irónica y ves como, poco a poco, empieza a levantar barreras. Al principio de palos y cañas, que solo te permite ver entre las juntas, te hace "cuca-monas" desde el otro lado; como queriéndote decir: "Anda, chico entrometido, atrévete a entrar en mi mundo. ¡Ah, sí!, ¿con que quieres seguir intentándolo?, pues ahora otra barrera de piedra y luego otra de hierro, y luego unas planchas de acero. Hasta que te cansas y, entonces, la conversación se vuelve tensa, casi insostenible y te dan ganas de decir. ¡Pues anda y que te zurzan, niña rara!

—Yo solo quiero saber cómo eres en realidad- si tú quieres- y lo estoy intentando mostrándome como soy.. Si mi corteza de naranja no te gusta, ahora me pego setenta días sin comer y de gimnasio y me hago una nueva! Una y otra vez insisto y una y otra vez, picando en esta barrera de cemento, a ver si consigo abrir un agujerito y ver algo.

—¿Y porqué tanto insistir, Isi?

—Porque sé, mejor dicho intuyo, que dentro hay una mujer sensible, inteligente y soñadora.

—Puede ser, pero también bastante sádica porque lo de la otra noche, en la puerta de su casa...

—¿El qué?

—Lo de que ella no valía para nada y que hacía una noche tranquila y preciosa para dejarse caer por el balcón. ¡Joder, Isi!, decirle eso a un tío que sabe que la quiere.

—¡Bah!..., ¿pero todavía no te has dado cuenta, Dro? Eso son barreras, amenazas. ¡Chico atrevido, si intentas romper esta barrera, que es una de las últimas, moriré como un bonzo!

—Pero, Isi, no puedes obligar a nadie, si no quiere, a compartir su mundo y su vida contigo. Te lo he dicho mil veces, pero no haces caso a nadie. Además, para que salga bien, según tú, tienes que oír una voz de arriba.

—¿Qué voz?

—¡Vaya, que olvidadizo eres cuando quieres!. ¿Qué voz, qué voz.? A ver si te suena esto;

"Muchacho, ahí la tienes, esta es la tuya..." o algo así, vamos.

—¡Ah, ya! Pero lo que no sé es cuando tengo que oírla, igual es más adelante.

—¡Vaya, hombre! Tan tonto como eres para tratar con los demás y lo hábil que eres para tratar de convencerme a mí. Pues yo de tonto no tengo ni un pelo. ¡Habrás visto, el pájaro!.

—Bueno, vale.

—Lo que tienes que hacer es intentar lo de la música en serio y dejarte de gaitas. A ver si de una vez podemos dedicarnos a lo que nos gusta a los dos, a cantar y a ver mundo.

—No te creas que no lo pienso, Dro. Sobre todo desde que salimos en televisión en el mes de Enero. Desde entonces todo el mundo empieza a tomarnos un poco más en serio. La Caja nos compró el equipo de sonido y a organizarnos recitales por los pueblos donde hay oficinas. La verdad es que a la gente le gusta. A ver que pasa ahora con el Festival del Trabajo el día dieciocho de Julio. Si ganáramos. Podríamos pensar en irnos a Madrid para intentar grabar un disco. Un disco sería el primer paso.

—Lo de los recitales está bien. Eso fue cosa de Ángel Díaz, que tiene buenas ideas. Claro, como él hacía publicidad en la Radio. Parece majo. ¡Oye Isi y toma nota! ¿Has visto la novia que tiene?. ¡Eso es una novia! A donde vais vosotros a tocar, sea de día o de noche, va Ángel y donde va él, ¡allá que va ella!. ¿Cuántas veces ha ido Cristina a un recital tuyo?. No me lo digas, a ver si lo acierto... ¡Ninguna!.

—Pero nosotros no somos novios, Dro.

—¿Ah, no?

—Pues yo creo que no. Ella ha aceptado salir conmigo durante tres meses, a partir de ahora, pero yo creo que es para ver si me aburre y lo dejo. Lo que no sabe es que voy a intentar con toda mi alma, romper las barreras que me ponga hasta saber cómo es, y después, cuando vea de que color tiene el corazón, si me gusta y ella quiere y si oigo la voz.

—¿Dro?, ¡Dro!... Se ha dormido.

47. El festival...

La Piscina de Educación y Descanso, de las Casas Baratas, donde se iba a celebrar el Primer Festival de la Canción del Trabajo, estaba engalanada.

Habían montado un gran escenario junto al agua y a aquella hora, las diez de la noche, el movimiento de músicos y técnicos era grande. ¡Y los nervios, también!

Valentín, con una camisa de color rosa y pantalón negro, canturreaba por "lo bajini" la canción obligatoria para todos los participantes. "Las tres de la noche", de los Iberos; y yo en medio de aquel "giry-gay", trataba de afinar la guitarra que había comprado en Madrid, en la calle Arenal, y estrenado en el programa de televisión "Musica-3".

La gente empezaba a entrar y a tomar asiento, formando ese murmullo, que tantas veces en los recitales, Valentín y yo, habíamos oído y que servía para rompernos los nervios haciéndonos pensar. "¡Cuanta gente!. ¡Madre mía, mira que si se nos olvida la letra, o los acordes... o si no nos oímos bien y salimos fuera de tono...!"

Yo había hecho, para ese festival, una canción que hablaba de marineros y pescadores, de lo difícil que era su vida y del valor que había que echarle para salir a pescar, estuviera el mar como estuviera. Se llamaba "José el pescador".

La verdad es que tenía puestas todas mis esperanzas en ella. Si ganábamos aquella noche, Valentín y yo habíamos decidido dar el salto a Madrid buscando la oportunidad de grabar un disco y dedicarnos a la música. Sabíamos que era muy difícil, pero estábamos dispuestos. No le había dicho nada a Cristina, que por cierto tampoco había ido esa noche, pero si las cosas salían como teníamos planeado estaba dispuesto a arrasar Madrid en unos cuantos años, costara lo que costara; y volver y decirle. "Aquí tienes, lo he hecho para ti y para mí, para los dos". Si quieres es la ocasión de hacer un mundo nuevo entre los dos y reventar de gusto, viviéndolo. Para entonces esperaba haber roto las malditas barreras que ponía, y que dentro hubiera lo que yo creía que había.

—¿Qué, Valentín, tranquilo?

—Pues no, para que te voy a decir otra cosa. Aquí hay muchos grupos y gente buena y...

—Tranquilo que esto es lo de siempre, gente, gente y gente. Al final sabemos que lo que tenemos que hacer es cantar para nosotros, como si estuviéramos solos y disfrutar. Además, si sabemos como acaba siempre todo esto. Empezamos, suena de maravilla, nos crecemos y... ¡a por todas!

—¿Y si se nos olvida la letra?, ¿y si no nos oímos y salimos fuera de tono?

—Pues paramos, volvemos a empezar y listo.

—¿Tú has visto la gente que hay?

—Mejor. Ya sabes, si sale bien a Madrid, si no...

—¡Hola, Isidro!, Era "El Pira", un guitarrista de primera que tocaba con su conjunto.

—¡Hola Pepe!, ¿qué?

—Pues aquí, a echar un rato.

—¡Venga, palante!

Eran las once menos cuarto. Los zapatos, de estrena, me apretaban y seguía llegando gente. Llevaba puesto el pantalón azul, con una rayita roja, del traje que se llenó de lana del echarpe blanco y una camisa amarilla y blanca a listas. "La verdad es que me he quedado hecho un fideo; las once, se apagan las luces, luz sobre el escenario, sale el presentador, salen los primeros a cantar. ¡La madre que me parió!, quien me mandaría a mí meterme en estos fregaos, pero la verdad es que me gusta estar aquí, más que comer con los dedos. ¡Dios que adrenalina!, mira que si se rompe una cuerda de la guitarra, al primer acorde, mira que si nos vamos de tono, mira que si hacemos el indio. Pues eso es la música, querido, o es que te crees que esto es fácil —pues lo hacen bien estos, suena bien el equipo. Sale un solista —este es flojete—, aplausos —nos toca a nosotros..."

Sale el presentador, —¡Isidro y Valentín!. ¡Dos amigos!, aplausos.

—Valentín, nos toca, ¡arriba!

—Buenas noches y muchas gracias.

Empiezo a tocar la guitarra. Una versión de la canción obligada, adaptada para hacerla a dúo, casi a capela. Suena limpio el punteo, lo oigo por monitores, esto está chupado, empezamos a cantar a dúo, suenan bien las voces, empastadas...

"Las tres de la noche han dado, corazón y no dormís.

Mis recaudos os desvelan viendo que a Dios ofendí...

Si no duerme el agraviado, que Dios no puede dormir;

mal dormirá quien le agravie, si no está fuera de sí...

—Para cerrar, José el Pescador...¡Joder que bien suena!, no veo a la gente.

...Y tú lo sabes, José, que por las madrugadas.

Coges tu barca y tu red y te haces a la mar...

¡Y tú lo sabes José!

Aplausos, aplausos, ¡aplausos...!

—Muchas gracias.

—¡Hemos armado el taco, Valentín!

—¡Totalmente, Isidro!, ¡ha sonado de muerte!

—¡Enhorabuena, muchachos, de verdad. Me ha gustado mucho.

—Gracias, gracias.

—¡Joder como has cantado, Valentín!

—¿Te ha gustado?

—Mucho

—La verdad es que la canción es preciosa.

—Me alegro que te guste.

—A ver ahora quien sale, estos son buenos. A ver si la vamos a liar —es igual que sea lo que Dios quiera, ¿cuántos quedan por salir?. Tres conjuntos, dos solistas y otro dúo.

—¿Porqué me gustará a mí esto?, me aprieta el zapato. ¡Si te pasas la actuación sufriendo!, bueno, disfrutando, bueno, yo que sé, ya se ha terminado. Sale el presentador —esto se acaba, a ver que pasa!

—Isidro, si esto sale bien, nos vamos ¿eh?

—¡No lo dudes!

—Bueno amigos. El jurado, después de escuchar a todos los participantes, va a tomarse unos minutos para cambiar impresiones y procederá a emitir su veredicto.

Nervios, murmullos, ahora viene cuando la matan a ella. Esto está hasta los topes, ya parece que viene el cabecilla del jurado. Sube al escenario con el presentador, que por cierto lleva la pajarita torcida. Cierro los ojos y pienso en "la rubia".

—El Jurado, después de deliberar, ha concedido los siguientes premios...

Dilo ya hombre, que nos va a dar algo. Todos los participantes estamos juntos detrás del escenario, todos nos conocemos, muchos hemos tocado juntos en grupos anteriores.

—No pasa nada, gane quien gane... ¿pero quieres decirlo?

—Premio a la mejor interpretación... ¡Isidro y Valentín!

—Nosotros, Isidro, ¡nosotros!

—Premio a la mejor composición...¡Isidro y Valentín!

—¡Ahora si hemos arrasado. Enhorabuena, Isidro!

—Enhorabuena, Valentín..

Aquello se venía abajo. En el escenario los dos, con más miedo que vergüenza. Nos echa la mano el cabecilla del jurado. Aplausos. Mira allí está fulanita, ¡enhorabuena Isidro!. ¡Cantas como quieres Valentín! —Era el Pira—, lo habéis hecho muy bien, me alegro, de verdad. Abrazos de otros músicos. Ahora nos entregan el premio (diez mil pesetas) eso está bien.

—¡Qué nos vamos a Madrid, Isidro!

—¡Qué nos vamos!. ¡Cómo me hubiera gustado que estuvieras aquí, "rubia"!

—¿Qué dices, Isidro...?

—Nada, que sí,... que nos vamos.

48. Y, ¿ahora...?

—¡Ahora que hago, Dro!

—Pues lo que teníamos pensado, ¿no?, irnos a Madrid.

—¿Y cómo se lo digo a mis padres?

—Con la boca. Tu madre lo sabe y te apoya. Papá que tu hijo quiere irse a Madrid, a buscar fortuna, que es qué, el nene, quiere dedicarse a la música, a grabar discos y a vivir dando tumbos toda su vida, como los titiriteros. Que el Estado es muy seguro y la Caja de Ahorros también, pero él va y dice que lo mejor es ser músico, que es su vida, que lo que de verdad le gusta es eso. Y deja todo colgado, incluso la mili, que se iba voluntario a Aviación, y esta es mi vida, y quiero vivirla como yo quiero. Además en la Caja me dan la excedencia. Total que si sale mal me incorporo al mismo puesto. Adiós, ya escribiré. Además Madrid está aquí al lado, ¡Ah!, y le dices eso de que la música es fundamental en tu mundo y todas esas cosas raras que, de vez en cuando, me cuentas a mí. ¿VES QUE FÁCIL ES, ISI?

—Ya. ¿Y la Caja?

—Pues la misma música, pero cambias algo la letra. VERÁ USTED, SEÑOR DIRECTOR: resulta, yo considero... la Caja ha sido fundamental en mi vida para darme cuenta del valor del trabajo y me ha formado como empleado —Vitaliano, no te rías—, le estoy muy agradecido. Ahora archivas las fichas tú, Guillén, y te cortas los dedos, pero resulta que, después de mucho pensarlo, he tomado la decisión de dedicar todos mis esfuerzos al arte, y total... —por favor me conceda usted una excedencia—, que dice Faustino que tengo derecho, porque si no mi padre no me deja que me vaya y pierda el puesto. Que me voy a Madrid, que está aquí al lado, a tratar de grabar un disco. ¡Y YA ESTÁ!, con mucha educación, pero con mucha firmeza. ¿Ves, Isi, otro problema resuelto.

—Sí, Dro, pero...

—¡Ya!, Cristina. Ahí el que manda eres tú.

—Bueno, ya veremos...

—Pero, nos vamos a Madrid, ¿eh, Isi?

—Que sí, hombre, que sí.

—¿Porqué no?

—Hola Cris.

—Hola. No iba a venir, pero.

—¿Porqué?

—Porque no estoy de humor.

—¡Vaya!

—Eso de que salgamos juntos es una tontería.

—Isi, descolocado.

—No digas eso, mujer. Paseamos un rato, hablamos, tomamos algo y...

—Si es que no vamos a llegar a ninguna parte.

—Pero, ¿por qué?. Lo único que trato es de nos conozcamos, que pasemos un rato agradable juntos. ¿Es que no te gusta salir conmigo?

—Si no es eso.

—Pues entonces...

—Nada, déjalo. ¿A dónde vamos?

—A donde tú quieras. Te apetece que tomemos un café con leche y charlemos.

—Bueno.

¡Será posible!. Yo que llevo media hora delante de la puerta de su casa, esperando que salga. Que vengo a verla como el que va a Lourdes, con una sonrisa de oreja a oreja. ¡Qué guapa está!. Cuando se enfada le aletea la nariz de una manera muy graciosa. Y que traigo pensadas más de cien salidas para cuando me diga lo que me ha dicho hace un momento, y nada, ¡descolocado!. ¿Qué hago?, ¿que digo?. ¡Dro, échame una mano, maldita sea! —Cógele la mano, —¡Pues sí, buena está la cosa!. —Llévala a bailar. —¿A bailar?, ¡tú crees que la cosa está para bailes!.

—¿Qué te pasa?

—Nada, Isidro, que esto es una tontería, pero te has empeñado tanto en que salgamos que...

—Pero vamos a ver. ¿Por qué es una tontería? Muchas muchachas y muchachos lo hacen. Se van a pasear, a bailar, o al cine y hablan y discuten y se lo pasan bien. ¿Es que no estás a gusto conmigo? ¿O es que hay alguien con quien quisieras estar y yo te estorbo?. Si es así dímelo y me marchó.

—No, no hay nadie, no es eso. ¿Lo ves?. Estás tan contento con que habéis ganado el festival y con lo bien que han salido los recitales del verano, y con que te vas a Madrid a intentarlo en serio y es juntarte conmigo y te pongo de mal humor. El fallo es mío.

—Pero si a mí no me importa.

—Es que debería de importarte. Soy un incordio.

—No digas eso, ¿de verdad no hay nadie más?

—Que no, ¿vale?. Vamos a dejarlo.

—Descolocado, Isi, descolocado..., siempre estás descolocado.

—¡Y que lo digas, Dro!

—¿Nos sentamos aquí mismo?

—Bueno.

—¿Qué va a ser?

—Yo un café con leche, ¿y tú?

—Un vaso de leche.

—De acuerdo, señores, enseguida se lo traigo.

—Gracias.

—Si estás enfadada porque me voy a Madrid, no te preocupes. Te prometo que te voy a escribir todos los días. Además está muy cerca y vendré de vez en cuando.

—Dile que la quieres, Isi.

—Ya sabes lo importante que eres para mí, Cris. Yo te quiero.

—¡Muy bien, Isi, por fin se lo has dicho.

—¡Pues no deberías! Tú, en Madrid, lo que debes hacer es trabajar y no acordarte de mí.

—¡Eso es!.

—¡Nada!

—Aquí tienen, un café con leche y un vaso de leche.

—Gracias.

—Pero, ¿por qué eres así?

—¡Como tu deberías ser! —y me miraba desde sus ojos verdes, con manchitas marrones.

—Tienes unos ojos preciosos, Cris —y se reía—. ¿Quieres que no me vaya?. Si es eso lo que quieres, dímelo y no me voy.

—Para que te vas a quedar, ¿para verme todos los días con esta cara?

—Pues trata de cambiarla. Me da la sensación de que estás saliendo conmigo como si te hubieran condenado a hacerlo.

—No es eso. Es que sé que no vamos a llegar a nada.

—Pues entonces vamos a dejar de salir y así, por lo menos, te quitas una obligación de encima.

—¿No ves como soy un incordio?. Vamos a cambiar de tema.

—¡Descolocado, Isi!.

—¿Descolocado?. ¡Y a punto de salir loco!. ¡Pero porqué tengo yo que estar aquí, si podría estar con cualquier chavala hablando tranquilamente, divirtiéndome! O tocando la guitarra, leyendo, o con amigos, tomándome unas cañas y unas bravas, riéndome. O pescando, cazando, bailando, oyendo música, incluso... iba a decir una barbaridad. Pero no, tiene que ser ella. ¡Pica, pica, escarba, escarba! ¡Otra muralla! ¡Ahora voy a traerme el soplete, que lo que viene es de acero! No sé que fuerza me obliga a estar aquí, sus ojos, su boca. ¡No es cabezonería Dró! es algo superior a mis fuerzas, de verdad; como si algo me atrajera hacia ella, como un imán. ¡Oye, que no soy masoquista, eh!, no vayas a pensar que esto me gusta. Lo que de verdad me gustaría es cogerla de la mano y llevarla a bailar y sentir su cuerpo entre mis brazos y su cintura delgada, como el cuello de un azulón, y que me sonriera y besarla y hablar sin tensión; y que me dejara ver como es ella de verdad y cuáles son sus ilusiones y sus sueños, ¡ porque tiene que tenerlos, vamos digo yo!, y luchar, junto a ella, por hacerlos realidad y demostrarle que ahí afuera hay cosas bonitas que merecen ser vividas y disfrutadas, y, y, y... ¡Joder, Dro, algún buitre ha tenido que entrar antes en su mundo y sembrarlo de tanta tristeza, miedo y mala leche como me estoy encontrando!

—Yo no sé como podéis vivir en un sitio así, con tanto sol y sin montañas, ni vacas, tan llano —ahora sonreía de otra manera y sus ojos tenían un brillo distinto. Si vieras mi pueblo.

¡Entones quería morirme!. Asomaba la otra Cristina, la que me gustaba, por la que luchaba y a la que trataba de entender y sacar a flote para siempre, aún a costa de que, ella misma tuviera que matar con sus propias manos, para siempre, a esa muchacha cerrada, áspera y recelosa que aparentaba ser.

Durante un buen rato me contaría, con ilusión de niña, como era su pueblo; como vivía allí. Vería reflejado en sus ojos verdes, el verde fuerte de los campos de su tierra, y escucharía de sus labios, incluso con palabras dulces de niña traviesa, sus andanzas en el colegio. Y yo, hablador por naturaleza, callaría para disfrutar, por unos momentos, casi siempre breves, de ver a la muchacha que siempre había intuido que existía detrás de un montón de murallas que nunca sería capaz de derribar.

—Bueno, ya hemos llegado. Mañana te vas, ¿no?

—Sí, ¿me dejas que te coja la mano?

—A la vuelta lo venden tinto.

—¿Me das una fotografía tuya?

—¡Ni lo sueñes, Isi!

—Escoge la que quieras —y sacó lo menos veinte—. ¡Esa no!, que estoy muy mal.

—Pues entonces esta, y esta, y esta y...

—Tantas no, ¿o es que piensas regalarlas?

—No digas tonterías. Si no me dejas que te coja la mano. Déjame que te dé un beso de despedida.

—¡Aprovecha, Isi, que puede ser buen un buen momento.!

—A la vuelta.

—Si, ya sé, lo venden tinto. ¿Me escribirás?

—No sabré que contarte.

—Pues lo que quieras. Cosas como las de esta tarde.

—No sé, ya veremos.

—Adiós, Cris. Aunque me dijeras que no ibas a leer mis cartas, te escribiré todos los días.

—Adiós, Isidro.

©isidromartínezpalazón.

El Barrio de las Casas Baratas 1ª parte (3)

50. ¡Aquí estamos...!

—Pensión Velasco..., 2º piso. ¡Aquí es!

Estábamos en la calle de San Bernardo. Era ancha, como las de las Casas Baratas, pero en vez de acacias había enormes plataneras. Su sombra, grande y fresca, hacía agradable pasear por la acera aquel caluroso mediodía de Octubre.

El portal era amplio y oscuro, hasta parecer lúgubre. Subimos por una escalera, con peldaños de madera que crujía al pisar, con una barandilla de hierro y pasamanos de madera. Al llegar al rellano del primer piso se abrió una puerta y empezaron a salir chicas jóvenes, de aspecto agitado, que pasaron a nuestro lado riendo y bromeando entre ellas. Cuando la puerta se cerró, dejó ver el letrero "Pensión Velasco".

Empujamos la puerta y, en ese momento, una señora que parecía ser la dueña por la manera en que daba órdenes a otra chica joven, que asentía con movimientos afirmativos de cabeza a sus instrucciones, se dirigió a nosotros.

—¿Ustedes dirán?

—Pues, queríamos una habitación para los dos —contestó Valentín.

—¿Van a comer aquí?, lo digo por tenerles en cuenta a la hora de las comidas.

—No, no, comeremos fuera. Solamente para dormir.

—Bien, acompáñeme y les enseñaré la habitación.

Con paso firme echó a andar por un pasillo largo, con habitaciones a los dos lados, y hacia la mitad, se paró delante de una puerta. La abrió y nos invitó a pasar.

—Esta es la habitación. Dos camas, escritorio, con luz a la calle. Son trescientas pesetas diarias.

—Vale, nos quedamos.

—¡Ah!, si traen visitas, procuren no formar mucho jaleo, sobre todo hasta medio día; casi todos los huéspedes son artistas que trabajan de noche y duermen hasta la hora de comer. Esas chicas tan guapas que han visto ustedes salir, son del ballet de "Las Brujas" —dijo orgullosa—. ¿Cuánto tiempo piensan quedarse?

—Pues no sé —contesté—, en principio tres meses.

—¿Son ustedes músicos? —dijo mirando la funda de mi guitarra.

—Sí.

—Muy bien, aquí estarán estupendamente. ¿Me dejan sus carnets de identidad que tome nota, y ahora después se los devuelvo?

—Tenga usted.

Salió, cerrando la puerta. Cuando se alejaba, pasillo adelante, le oí decir: "Otros que vienen a conquistar Madrid".

Valentín y yo nos reímos. El cuadro era el que, imagino, había visto muchas veces.

Sí, allí estábamos los dos. Cada uno con su maleta, con dos jerséis, tres camisas, cuatro mudas, la guitarra y un millón de ilusiones y de direcciones y una cinta que habíamos grabado en Radio Popular.

"Señor Carpintero, ahora ha salido mejor, yo creo que ya vale. No, que aún se oye mucho ruido de fondo, vamos a grabarla otra vez y vuelta. Y tú lo sabes, José Amigos, me marchó, he andado muchos caminos, de Machado —¡Ahora ha quedado bien!. Son las cuatro de la mañana, porqué no lo dejamos ya. El "ferrograf " está que echa humo, mañana que la oiga Ángel Díaz y Paco de Aguilar o Manolo, que si os decidís a ir a Madrid, pues mi hermano Juan Pedro, que está muy metido allí en la radio y en el teatro, que vive por la Plaza de castilla, ha dicho que vayáis a verlo y os echa una mano en lo que pueda. Que os ha oído y que lo hacéis muy bien, ¿tú que opinas Manolo Jiménez? —puede valer. ¡PUES AQUÍ ESTAMOS Y, A VER QUE PASA!

—¿Nos vamos a dar una vuelta, Isidro?

—Vamos. Podíamos ir a ver a Juan Pedro, lo saludábamos y de paso que nos dijera por donde podíamos empezar. Aquí en la funda de la guitarra tengo su dirección.

¡Y a andar! Paseando, por Bravo Murillo a Cuatro Caminos, a Plaza Castilla, en un edificio moderno, de quince pisos.

—Aquí debe ser. Es en el número doce, apartamento 23. ¡Menuda pinta tiene esto, ¿eh?... ¿Qué hora es?

—Las nueve y media. Igual están cenando. ¡Vaya hora hemos escogido!

Abrió una chica rubia, con acento extranjero.

—¿Vive aquí Juan Pedro Aguilar?

—Sí, pasad, estamos cenando.

¡Estupendo!. Ahora nos dirá —vaya, ya están aquí los de mi pueblo, no podíais esperar hasta mañana. Es que hemos querido venir a verte para saludarte y de paso para ver que puedes hacer por nosotros; presentarnos a gente que esté metida en esto de la música y que nos oigan y eso, a ver que les parece, como tu estás muy metido, aquí en Madrid, en estas cosas. Y nos lo ofreciste ¡Pues nada, que estamos aquí y ya está!

Nos recibió con la mejor de sus sonrisas. La verdad es que era un tío simpático. Siempre tenía una frase agradable para con la gente que apreciaba. Con nosotros se portó estupendamente. En cuando nos vio se levantó de la mesa.

—Pasad, pasad, ¿queréis cenar?

—No gracias, ya hemos cenado.

—Os voy a presentar. Esta es Rebeca, americana de nacimiento y española de corazón; que es la compañera de Alberto, un amigo mío que es piloto de Iberia y que ahora estará volando por Inglaterra. Estos son Isidro y Valentín, dos muchachos de mi tierra, poetas y troveros, que componen y cantan una música preciosa. Dos artistas, sonrió.

—Encantada.

—Encantado.

—Encantado.

—¿Queréis tomar algo?. Venga, por favor, sentaos a la mesa que termino de cenar y hablamos.

—No, si nos vamos enseguida.

Hasta las cuatro de la mañana. Menos mal que los de la pensión trabajan de noche y cuando lleguemos no molestaremos a nadie, ¡vaya apartamento! Es una monería. Con que Rebeca y Alberto son compañeros, y tú, Juan Pedro estás aquí viviendo con ellos. Pues muy bien, a mí no me extraña nada, pero bueno, lo mejor es no preguntar. Tú dinos con quien podemos hablar o mejor preséntanos a alguien que pueda echarnos una mano en lo de la música y te lo agradecemos.

—Pues yo, mañana, —decía Juan Pedro—, tengo grabación en Radio Intercontinental. Estamos haciendo un programa de teatro para la radio y voy a estar con José Luís Pécker, si queréis quedamos a las nueve de la mañana y os lo presento, seguro que os oirá y si le gusta, que le gustará, puede echaros una mano. Lo hacéis muy bien. ¿Habéis traído la cinta que, me dijo mi hermano que, estabais grabando?.

—Sí, —dije—. La verdad es que en Radio Popular se han volcado con nosotros. Carpintero y tu hermano nos han ayudado mucho.

—Nada, nada, pues en eso quedamos y ¡adelante!, que ya veréis como lo conseguís.

—Muchas gracias, Juan Pedro, mañana nos vemos en la Radio.

Hacía fresco en la calle. El cielo estaba cuajado de estrellas como cuando salimos corriendo del Güisqui Club, con mi primo Andrés, porque le dolía la tripa. Apenas se veía gente por la calle.

Cogimos la Castellana abajo, andando deprisa. Al día siguiente, a las nueve de la mañana, teníamos nuestra primera cita con gente importante en el mundo de la música y antes había que dormir un poco.

—No está mal para ser nuestro primer día en Madrid ¿eh, Valentín?, nada menos que José Luís Pecker.

—Desde luego, como le guste ya hemos dado un paso importante. Yo tengo confianza. Estoy seguro que cuando oigan José el Pescador o el Óyeme Señor. —Y se puso a cantar.

¡Óyeme Señor, escúchame!

¡Atiéndeme, Señor, óyeme!

necesito tu ayuda,

es preciso cambiar..

Y yo miraba al cielo y se me saltaban las lágrimas, como la noche que hice esa canción para ella, después de darme cuenta de que no había sido buena la idea de salir con aquella muchacha, menuda y simpática, que se llamaba María Amelia, para tratar de olvidar a Cristina.

—Anda, Isi, que te estás poniendo triste, ¡pero si solo es una canción!

—Ya.

51. ¡Primer asalto...!

—Hemos quedado aquí con Juan Pedro de Aguilar a las nueve.

—¡Ná que se nos iba a hacer tarde!

—Pues ya no debe de tardar, tiene una grabación a las nueve. Si queréis podéis esperarle en la salita y yo os aviso cuando llegue.

La chica era morena, alta y guapa y más simpática que las pesetas.

—No, —dijo Valentín—, es igual, le esperamos aquí.

—Vale, como queráis.

Aquello si era una emisora de verdad. ¡Joder!, era grandísima. Había un montón de despachos, de los que salía y entraba gente, que ellos sabrían donde iban. Parecía la Puerta del Sol a las tres de la tarde.

—¿Dónde estarán los estudios donde graban los programas, eh, Valentín?

—Por allí, si queréis os los enseño.

Menudo oído tenía la morena. ¡Si yo había dicho aquello casi, en voz baja!

—Venid conmigo.

Y sin darnos tiempo a reaccionar, echó a andar, mientras nos iba explicando.

—Es que esto es enorme y si os dejo solos, a lo mejor, os perdéis. De todas maneras dentro de dos meses ya no estaremos aquí, nos trasladamos a los nuevos estudios en las afueras, porque estos se nos han quedado pequeños... Mirad, allí al fondo están las salas de grabación, ya llegamos.

—¡Joder!, si esto parece una ciudad, es casi tan grande como Televisión. Te acuerdas Valentín, con la etiqueta que nos pusieron para poder circular por allí, todo lleno de estudios enormes, cuando nos dijeron —mirad a la cámara, encima hay un piloto, cuando se ponga rojo empezáis a cantar y cuando se ponga nuevamente verde, es señal de que ha terminado la grabación. Pedro Meyer; focos y gente. Prado del Rey, ¡amigos hemos visto algo!, pero no todo, porque ahora va de verdad, aquello fue un ir y venir, aunque fue estupendo. Pero ahora no nos vamos a nuestro pueblo hasta que no nos llevemos un disco grabado debajo del brazo, bien grabado, con sus arreglos y todo. TOMA CRISTINA, PARA TI, ISIDRO.

—No hagáis ruido que están grabando —señaló el piloto rojo que había sobre la puerta del estudio—. Observamos durante unos instantes y nos hizo una señal para que la siguiéramos. Aquí es donde se guardan todas las grabaciones hechas en los tres últimos años.

—El archivo, vamos —dijo yo.

—Exactamente.

A través de una cristalera se veía una gran sala, con estanterías hasta el techo, donde había cajas con carretes de grabación a montones.

—Y aquí, la gente de administración. Otra gran sala llena de gente, trabajando en mangas de camisa, con máquinas de escribir, teléfonos y demás.

—Los chupatintas —dijo Valentín—. De eso entendemos nosotros que trabajamos en una Caja de Ahorros.

"Que trabajábamos, querrás decir —pensé yo —, porque como salga bien no volvemos.

Cuando volvíamos a recepción, Juan Pedro estaba hablando con José Luís Pecker. Al vernos, lo cogió por el brazo y se dirigió a nosotros con una sonrisa en los labios, como siempre.

—Buenos días, muchachos. Y dirigiéndose a Pecker. Estos son, José Luis; los dos guapos muchachos de mi tierra de los que te hablaba, ¡espera a oírlos cantar!

Era exquisito. Cuando hablaba parecía que estuviera escribiendo. Tenía un vocabulario preciso y se deleitaba hablando. Era más bien alto, ni flaco ni gordo, ni feo ni guapo, sino todo lo contrario. Cuando hablaba entornaba los ojos, como si estuviera haciendo memoria de algo. Su dicción era correcta y siempre utilizaba la palabra exacta; y siempre decía, exactamente lo que quería decir y sonreía de una manera natural.

—Traerán una cinta —dijo José Luís—, porque todos los que vienen de provincias la traen.

—Pues si —dije yo—, que no me separaba de ella ni a pié, ni a pata. —Aquí está.

—Entonces, si os parece bien, vamos al estudio y la oímos —dijo José Luís.

—Muchas gracias —dijo Juan Pedro—. Ya verás como cantan. ¡Son una maravilla!, tienes que echarles una mano, ¿eh?

—Lo mío —dijo Pecker—, ya sabes que es la radio, pero también conozco gente que puede ayudarles.

Cogimos el mismo pasillo por el que, unos momentos antes, Maite, que así se llamaba la morena de recepción, nos había llevado hasta las salas de grabación. José Luís y Juan Pedro iban delante hablando del programa que iban a grabar esa mañana. Detrás, Valentín y yo, comentábamos en voz baja.

—Ya veremos cómo suena ahora la cinta.

—Pues bien, Isidro, porque la hizo Carpintero en el "ferrograf" bueno de la Emisora.

Llegamos a la puerta del estudio. Pasaron ellos y detrás nosotros. Yo iba con el corazón encogido por el miedo y los nervios.

—Buenos días, Antonio, saludó Pecker. A Juan Pedro no tengo que presentártelo y estos son unos amigos que cantan, veníamos a oír una cinta.

—De acuerdo. Encantado, Antonio.

—Isidro.

—Valentín.

Nos estrechó la mano y le entregué la cinta.

—Haz el favor Antonio, pon la cinta tú que eres el técnico. Vamos a sentarnos —señaló unas sillas, alrededor de una mesa—, y a escuchar.

Antonio sacó la cinta de la caja de plástico y la puso en un magnetófono vertical y empezó a rebobinarla. No podía evitarlo, se me puso un nudo en la garganta. Valentín y yo nos mirábamos y Juan Pedro y José Luís cuchicheaban.

Localizó donde empezaba la primera canción. Se oyeron nuestras voces y paró, rebobinó un poquito y la dejó lista para escuchar.

—Esta cinta se ha grabado, por lo menos, por lo menos...en Albacete. Ese ruido de fondo, preparados. ¡Allá va!

Ruido de fondo había, pero cuando empezaron a oírse, primero la guitarra y luego las voces. ¡Aquello sonaba como el cristal!. ¡Uffff, menos mal!.

Se tragaron, en silencio, la cinta entera. Amigos, José el Pescador, El rompeolas. Una, tras otra las siete que había.

—¿No hay más?

—No, dijo Valentín- tenemos más canciones, pero solo hemos grabado estas siete.

—Pues eso suena muy bien, muchachos, —dijo José Luís—, ¡pero que muy bien!

—Ya te lo decía yo —intervino Juan Pedro—. Son unos trovadores. Cantautores del 69. Unos artistas. ¿Has visto que bonitas son las canciones? ¿Y las voces?.

Juan Pedro sonreía satisfecho y cantaba y bailaba.

"Y tu lo sabes, José

que por las madrugadas

coges tu barca y tu red...

y te haces a la mar..." Precioso... Precioso...

Valentín y yo nos mirábamos y no salíamos de nuestro asombro. Les había gustado.

—Bueno, lo que vamos a hacer, si os parece, es lo siguiente...

Todos miramos a José Luís, atentos a lo que iba a decir.

—Vamos a grabar una entrevista para que contéis a la gente quienes sois, como os llamáis, de donde venís y las aspiraciones que tenéis y después metemos dos canciones vuestras. Así la gente os va conociendo, y además,—¿Ah, pero había más? Os vais a ir a Radio Madrid, que allí hay unos amigos míos y os presentáis a fulanito de tal y le decís que vais de parte mía, que os haga otra entrevista y que meta dos canciones vuestras. Yo hablaré con menganito de cual, que está organizando un festival folk en el Cine No sé Cuantos, para que os ponga entre los participantes y, en fin si tenéis un poco de paciencia, lo conseguiréis.

—¿Has oído, Isidro?, dice que si tenemos un poco de paciencia lo conseguiremos. ¡Tiembla, Madrid, ya eres nuestro!.

—Bueno, Antonio, encárgate de la entrevista y, cuando la tengas grabada, me la das.

—Vale, José Luís.

—Muchas gracias Antonio, muchas gracias José Luís, muchas gracias Juan Pedro.

—Venid conmigo que vamos a preparar la entrevista. ¿Cómo os llamáis?

—Isidro y Valentín.

—Oye Isidro, cuando queráis pasaros por casa. Allí, sobre todo los sábados por la noche, nos reunimos gente de teatro, músicos, pintores y charlamos, recitamos, cantamos y, por supuesto, cualquier cosa que necesitéis ya sabéis, sin dudar...¿eh?

—¡Muchas gracias, Juan Pedro, ya nos veremos.

—¡Este Juan Pedro, si que es un artista!

52. *La carta...*

Madrid, 19 de Septiembre de 1969.

¡Hola Cris!

Ya estoy en Madrid, en la pensión que nos recomendó Juan Vicente, el amigo de Valentín. La verdad es que no está mal. Casi todos los huéspedes son artistas, músicos, bailarines y gente así. Nos han dado una habitación que da a la calle y está limpia.

Hemos estado en Radio Intercontinental de Madrid. Nos llevó Juan Pedro Aguilar, que trabaja allí y nos ha presentado a José Luís Pecker. Se han portado de maravilla con nosotros. Han estado escuchando la cinta que grabamos en Radio Popular y les ha gustado. Nos han hecho una entrevista y han puesto dos canciones nuestras, la de José el Pescador y Óyeme Señor. Dicen que si tenemos un poco de paciencia lo conseguiremos.

Además nos han dicho que vayamos a Radio Madrid, a ver a unos amigos suyos que nos harán otra entrevista y pondrán también dos canciones y que hablará con no sé quién. ¡Ah, sí! con el realizador del programa de Música 3, que está preparando un festival de música en un cine de aquí, para que actuemos. La verdad es que no está mal para empezar.

¿Y tú, como vas?. ¡Come!, que últimamente comías menos que un pájaro. Me acuerdo mucho de ti.

Por si quieres escribirme, la dirección es Pensión Velasco, Calle San Bernardo, 55-2º derecha, 02008 Madrid.

Hasta mañana, Isidro.

53. *¿El cuento de la lech...?*

—¿Cuánto tiempo llevamos aquí, Isi?

—Casi un mes.

—Pues ha pasado de prisa. ¿Verdad?

—Sí, pero es que no paramos. ¿Cuántas casas de discos hemos visto?

—Yo que sé, lo menos siete.

—Pero...

—¿Qué?

—Pues nada, que todas dicen lo mismo. Muy buenas palabras. "Déjennos la cinta y su dirección y ya les avisaremos."

—Es que las cosas funcionan así.

—Oye, este jardincito, enfrente de la pensión, no está mal. Da gusto sentarse aquí por las tardes, después de ensayar, bueno, cuando no andamos trotando por las emisoras o las casas de discos.. Te has dado cuenta, siempre vienen las mismas madres con sus hijos a darles la merienda y los mismos viejos a echarse un cigarro, para mí que no les dejan fumar en casa. Y pasa la misma gente, a la misma hora, en la misma dirección. Ves, ya viene otra vez esa señora con la cesta, seguro que son las siete.

—Menos cinco, hoy va adelantada.

—¿Te gusta Madrid?

—No está mal. Demasiado grande, demasiada gente.

—¿Te has fijado en sus caras?. Van siempre pensativos, como autómatas, y siempre corriendo.

—Porque llevarán prisa, vamos, digo yo.

—Mira Dró, esa se parece a Cristina.

—Es verdad. ¡Cómo que es ella! ¡Cris! ¡Ahí va, que chasco!. Perdón la he confundido. ¡Dró, no me lo vuelvas a hacer!

—Lo siento, chico, pero es que es exactamente igual, no me digas que no.

—¡Anda, ya!. Cristina es más alta y más rubia y...! ¡No me lo vuelvas a hacer!. ¡El otro día, en el Parque del Oeste, la misma faena.!

—Lo del otro día fue sin querer.

—Ya. ¿Oye que estará haciendo ahora?

—Pues mejor no lo pienses. A juzgar por sus cartas que, dicho sea de paso, son más bien pocas, las cosas están como antes de venir, o peor.

—No exageres.

—Bueno, lo que tu quieras, pero si fueras medianamente inteligente te darías cuenta de que lo que quiere es cortar. Son frías y ya no sabe que contarte; que si ha estado con Conchi dando una vuelta, que el trabajo es monótono, pero de lo que tú quieres que te diga nada y, en esto como en todo, lo que no va para adelante...

—¿Qué?

—Pues que va para atrás, Isi. Todo lo que no sea "Querido Isidro; dos puntos, tengo ganas de verte, ¿porqué no vienes?. O si no, mejor voy yo, y de paso me enseñas Madrid, que con los paseos que te das debes conocerlo como la palma de la mano, y me llevas a comer al Ritz y después a bailar a no sé dónde y me llevas contigo a las casas de discos y así cuando cantes en algún sitio estoy yo y te doy ánimos, no te preocupes que estoy bien. Y como mucho y estoy deseando que grabes un disco, con esas canciones tan bonitas que haces, y luego vengas para que estemos juntos y, y,...¡JODER, ISI, ES QUE NO TE DAS CUENTA! Todo lo que no sea eso, no es estar en tu mundo, ni gustarle siquiera, ni mucho menos compartirlo. ¡NO DICES TU ESO!

Sí, pero ya verás como todo cambia, porque...¡Ahora, llego yo! y resulta que grabo un disco, y se vende como churros, me hago famoso, escribo canciones para gente famosa, gano dinero y me voy a vivir a mi pueblo, pero antes me compro en Madrid, que seguro que venden, porque aquí venden de todo, una taladradora para el hormigón, otra para el acero, una pala excavadora, un montón de cartuchos de dinamita, un rayo láser y rompo todas las barreras que pone, y entonces sale, de debajo de tantas corazas. La Cristina tierna y soñadora, que yo sé que está ahí dentro y, y, y...¡JODER DRO, YA VERAS COMO SÍ!

—Isi, ¿te suena ¿... y me compraré una vaca y con la leche que me dé la vaca me compraré un ternero...¿A que sí? Además...¿Y LA VOZ?. Ya va para tres meses y de voces nada. ¡Yo por lo menos no he oído ninguna!

—¡Basta, Dró! ¡¡ Quieres callarte de una vez.!!

—Miento. Sí que he oído voces, pero no son de arriba precisamente.

54. *Juan Pedro.., o la Casa La Troya.*

—Buenas noches

—Pasad, pasad... ¿Qué decís?

—Pues nada, que no sabíamos dónde ir, y...

—Siempre sois bien recibidos. Mi casa es vuestra casa.

Y de todo el que llega, porque esto está siempre hasta los topes y además hoy hay gente nueva.

—Os presento. Didier, un maravilloso pintor. Ana, una bella y estupenda bailarina, a los demás ya los conocéis, mis amigos y colaboradores del teatro, y estos, para quienes no los conocen, son dos estupendos trovadores, compositores, cantantes y guapos mozos de mi tierra, Isidro y Valentín, de los que ya se comenta por Madrid que pronto triunfarán.

—Todos maravillosos, todos artistas, todos triunfadores... ¡Todos locos! Aquí el mejor artista eres tú, y el mejor amigo y el mejor anfitrión. No creo que haya nadie que quiera tanto a la gente como tú y, además de decirlo lo demuestre.

—Gracias Isidro, pero eso son cumplidos.

—No son cumplidos, Juan Pedro, es la verdad.

¡¡Aplausos de todos hacia Juan Pedro!!

—¿Habéis cenado, Valentín?

—Sí, y además muy bien.

—Bueno, pues cenar otra vez. Venga que después haremos una "queimada" con el ritual de la reina de las meigas y cantaremos y danzaremos.

—No, si nosotros vamos a estar solo un rato y enseguida nos marchamos.

Sí, sí. Las cuatro de la mañana, que gente más extraña y estupenda, que bien baila Ana —has visto los dibujos de Didier, que bien actúa Juan Pedro y como escribe. Me encanta el padre nuestro que nos ha recitado; ese si que llega, seguro y la zíngara que me ha leído la mano, dice que moriré viejo y de muerte violenta. Seguro que doblo el mandil joven y enfermo; son buena gente, da gusto estar aquí, que bien lo hemos pasado, si hubiera estado aquí "la rubia".

—Mañana Valentín, tenemos que ensayar por la mañana, que por la tarde es lo del festival en el cine ese, aunque sea nos bajamos al jardincico. Vámonos ya a dormir, que noche más buena hace. Bravo Murillo, Cuatro caminos, andando deprisa, menos mal que cuando lleguemos a la pensión no molestaremos a nadie porque trabajan de noche. Tengo que escribir mañana sin falta a mis padres, que hace una semana que no escribo, andamos flojos de dinero. Antes de ayer no comimos casi nada, un bocadillo de calamares, con razón anoche soñé con la tortilla de patatas del bar de abajo de la pensión y el jueves vamos a ir a Columbia que nos dijeron que tenía que oír la cinta el maestro Benito Lauret, que volviéramos el jueves que ya la habría oído y que nos dirían algo Juan y su grupo. Los Castillos, va a grabar en Columbia —eso dice Juan—, ya hemos llegado, que gusto la cama. Hasta mañana Valentín. Hoy tampoco he tenido carta. ¿Qué hará Cristina?, me gustaría verla por un agujerico dormir. Escríbeme anda y dime... Si Dios quiere. Amén.

55. ¡Cántala...!

—Vaya pinta tiene esto, Isidro.

—Parece que estamos en la piscina de las Casas Baratas, hasta los topes, como se nos dé como allí...

—¿Y por qué no?

Era un cine. En el escenario habían montado un equipo de sonido tremendo. Había micrófonos y cables por todas partes. Técnicos de sonido, músicos y público. Vamos que había todo lo necesario para un festival. El ambiente ya lo conocíamos y nos gustaba.

Subimos al escenario, donde no cabía ni un alfiler y una muchacha se acercó a nosotros.

—Hola, ¿vosotros venís a cantar?

—Sí, somos Isidro y Valentín.

—A ver que vea el programa.

—¡Ah, sí! Música 3. Vosotros vais detrás de Ricardo Cantalapiedra. Primero sale Fulanito de Coplas, luego Nuestro Pequeño Mundo, después Ricardo, luego vosotros; y después, el último Patxi Andión. No os vayáis muy lejos...¿eh?

—Vale. Oye, Valentín, voy a ver si puedo afinar la guitarra en algún sitio donde haya menos ruido.

—Sí, pero no te pierdas que ya has oído a la nena.

—Aunque sea me meto en los servicios, enseguida vuelvo.

—Oye, tú

—Dime, tú.

—¿Me vas a poder dejar la guitarra?. Soy Ricardo, Ricardo Cantalapiedra. Como salgo antes que vosotros, es que vengo de tocar en otro sitio y no me ha llegado la guitarra, ¿sabes?.

—Bueno, voy a afinarla y ahora vuelvo.

—No, déjamela y aquí mismo la afino yo.

—Pero hombre, con el follón que hay.

—Nada, sin problemas.

—Bueno, pues toma.

—Me la quedo y, cuando termine de cantar, en el escenario te la doy.

—Bueno.

"Ojo con la guitarra, no me jodas, que es buena y me ha costado un dinero y está nueva ¿eh? Sigue entrando gente, lo que yo te diga, hasta la bandera. Pues mejor, más gente nos ve, a eso hemos venido, ¿no?. Si es fácil, primero se pasan nervios, luego miedo, luego te toca salir y entonces nervios y miedo, luego suena y suena bien y se te pasan los nervios y viene la tranquilidad, la seguridad, disfrutas, la gente aplaude y ya está, hasta la próxima. Que bien lo hacéis, me ha gustado mucho. Y ya está. ¿Qué estará haciendo "la rubia"?, no tenía que haberle dejado la guitarra al "pájaro" ese, no me gusta.

—Isidro, ya está.

—¿El qué?

—Que me ha dicho la chica esa que organiza todo esto, que tres canciones. Le he dicho que José el Pescador, en el Rompeolas y Amigos.

—Pues muy bien. Vale, vamos para arriba y nos ponemos detrás del escenario para cuando nos toque, como en la piscina, en Albacete.

Sale el presentador y la gente se calla. Hay gente hasta en los pasillos. Como hace efecto el "Mayo Francés", aunque sea un año y pico después. Canción protesta; Patxi, y Cantalapiedra. Falta Paco Ibáñez que también iba a venir, pero anda de recitales por las Universidades. Yo no veo grises, serán secretas de la social. A ver cómo suena Nuestro Pequeño Mundo, antes he estado hablando con el del contrabajo. Son gente maja, muy sencillotes.

—Con vosotros. ¡Fulanito de Coplas!

La gente aplaude, a este tipo no le conozco, lo hace bien. Esto no es el pueblo, pero lo que de verdad me ha gustado son los de NP, Mundo, oh Zimmerman, me casó mi madre, chiquita y bonita, ay, ay, ay, que voces más bien empastadas, que Folk más bien hecho. Me recuerda a Joaquín Rodrigo, el muchacho ese que se ha recorrido media España por los pueblos para que los viejos le enseñen las canciones de su tiempo y ha hecho un disco con ellas. Como toca la guitarra Patxi, ese pelado que lleva, está haciendo la mili, que voz más gorda y más rara tiene, suena muy bien. A ver Cantalapiedra; ojo que la guitarra es mía. ¡Será maricón el tío! Es que no ves que no lleva golpeador para que no se apague el sonido y es buena que me ha costado un dinero en la calle Arenal, por Sol. ¡Córtate las uñas!, será... ¡me está arañando la guitarra!, este tío suena raro, la guitarra está desafinada. ¡Me cago en la leche que le han dao!. Ya termina menos mal...

—Como representantes de Música 3. ¡Isidro y Valentín!

Aplausos. Debían ser baratos, porque se los daban a todos. ¡Trae aquí la guitarra, maricón!— aquí la tienes, está desafinada. Yo creo que es que no es muy buena, ¡sabrás tú lo que es bueno, es una Ramírez y me la has arañado, no ves como se queja la pobre. ¡Cantalamierda! ¡Trae acá, so gilipollas!, ¡te parece sí lo que ha hecho con mi guitarra!

—Valentín, trata de entretener un poco a la gente, a ver si mientras consigo afinar, que el tonto el haba no sabe ni eso.

—Vale. Buenas tardes amigos, vamos a cantar para vosotros unas canciones, en las que tratamos de expresar como piensan y sienten dos muchachos jóvenes, que son amigos, a sus veinte años. (Aturullado total y nervioso, él y yo).—mi, mi...mi, la, re, sol, si, mi. La cuarta está baja, la quinta alta, no oigo las notas, la prima está baja; joder que desastre, sol un pelín más abajo. Ahora parece que medio. —No empieces todavía Valentín... ¡noooooooooooooooooo!

¡Y tú lo sabes, José,

qué por las madrugadas..!

¡Eso es, a todo trapo! y fuera de tono, porqué no se abre la tierra y nos traga a todos. Lo mejor es que se quede sordo todo el mundo. ¡Cantalamierda, me has matao!, un poquito arriba la prima, la quinta un poco abajo, ahora parece que medio suena. Es que no te das cuenta Valentín, bájate de tono, cuando tengas que subir se te van a reventar las venas del cuello. Dios mío que me muera ahora mismo, ahora, sobre la marcha a transportar toda la canción al tono en que está cantando, esto es mi menor, después era re mayor, luego ahora es do, ahora cojo las cadencia y listo. Gracias Dios. ¡Y tú lo sabes José! ¡CHIN PON! Se acabó. Aplausos.

Las otras dos canciones sonaron bien. Lo habíamos hecho mejor otras veces, pero en fin los nervios también cuentan y era la primera vez que actuábamos en Madrid, con gente de talla y ante tanto público.

—Me he puesto nervioso, Isidro.

—Y yo también. Como vea al pájaro ese de Cantalapedra, se va a enterar. No sabe afinar la guitarra y me la ha hecho mixtos.

—Menos mal que la segunda y la tercera han sonado bien. Me han dado ganas de cantar alguna más, pero.

—EA, que vamos a hacer, de todas maneras no ha quedado mal la cosa, para ser la primera vez..., a la próxima saldrá mejor.

Nos dieron, a todos los participantes, un obsequio como recuerdo. El nuestro era un cañón del siglo XVII, en bronce. Muy bonito.

56. ...mira a ver, anda.

Madrid, 20 de Octubre de 1.969

Amigo Ángel:

Ayer estuvimos cantando en un festival, con nuestro Pequeño Mundo y Patxi Andi6n, en un cine de Madrid.

AquÍ hay gente muy buena y eso nos puso un poco nerviosillos, y la verdad es que, cuando terminamos, un poco desmoralizados, nos fuimos y medio nos roscamos.

Es duro esto de Madrid, aunque a mÍ no me importa, yo sé que tarde o temprano tendremos nuestra oportunidad y grabaremos un disco.

El jueves tenemos que ir a Columbia. Estuvimos allí hace una semana a dejar una cinta y nos dijeron que volviéramos para el día 25 este mes y que nos dirÍan algo.

Tu, que tienes novia, sabes lo malo de estar un mes y pico sin verla. Yo, llevo casi diez días sin recibir carta de Cristina. Por favor habla con ella, como el que no quiere la cosa, y me escribes y me dices como está.

En cuando tengamos buenas noticias, te las haré saber. Gracias por todo cuanto nos has ayudado y animado.

Un fuerte abrazo. Isidro.

57. Pues...

—Buenas tardes, ¿está D. Benito Lauret?

—¿De parte de quién?

—Isidro y Valentín. Vinimos la semana pasada a dejar una cinta y nos dijo que volviéramos hoy jueves.

—Un momento, por favor.

Nos había atendido la misma muchacha que cuando vinimos la primera vez. Era bajita y delgada y no sonreía ni por una apuesta.

Estábamos acostumbrados al trámite, —pues verán ustedes ahora es que lo que se busca son grupos o solistas, los dúos también, pero cuando son algo excepcional, hay que invertir mucho dinero en un disco y si luego no se vende, pues ya saben ustedes. De todas maneras oiremos la cinta y ya les diremos algo.

—¡Amigos míos, pasad, pasad! Precisamente estábamos hablando de vosotros. Por favor sentaos y vamos a hablar.

—"Que pasa aquí —Valentín y yo nos miramos—. El maestro Lauret ha salido a recibirnos en persona ¿y este otro quién es?"

—Juan Manuel, Jefe de Producción. Isidro y Valentín, de Albacete. ¿Lleváis mucho tiempo cantando juntos?

—Pues va para dos años —dijo Valentín.

—Bueno la verdad es que está muy bien. El estilo es bueno y las voces también. ¿Tenéis más canciones?

—Sí, como veinte o así.

Yo dejé que Valentín llevara la conversación y me limité a escuchar y a asentir de vez en cuando.

—Todas vuestras, claro.

—Sí.

—Pues lo cierto es que estamos interesados. Hemos pensado que lo mejor es que hagamos un contrato por cinco años. Haríamos un LP cada dos años y sacaríamos, además, un EP todos los años. Vosotros tendríais un cinco por ciento de las ventas y lo que ganaríais de las actuaciones. La publicidad y los carteles y demás serían por cuenta de la discográfica. ¿Qué os parece?

¿Qué nos parece, Valentín?. ¡Qué nos parece!. Ya lo decíamos nosotros, tenías razón Juan Pedro. Ves Carpintero, gracias a tu grabación, que por lo menos está hecha en Albacete y tiene ruido de fondo, que la han oído los de Columbia y les gusta. Ahora nos ofrenden un contrato.

—Ves, Cantalapiedra, deja la guitarra que me la has jodido. Pues claro que queremos. Mamá, vamos a grabar un disco, gracias porque ya lo decías tú que algún día. Y vamos a dedicarnos a la música, aprenderemos lo que no sabemos y haremos buenas canciones. TOMA, PARA TI, "RUBIA"

—A mi me parece bien, si Isidro quiere.

—Sí, si yo creo que está bien. ¿Y nosotros que sabemos de esto?

—Escogeríamos —decía Benito Lauret—, cuatro canciones, de entre todas las que tenéis, yo haría los arreglos y en fin, que puede quedar un buen disco. El jefe de producción asentía con la cabeza. —Sois mayores de edad, ¿no?

—Sí, sí.

—Muy bien, pues si os parece, quedamos así (y miró el calendario que tenía sobre la mesa)
—Ahora estamos grabando unos programas de zarzuela para televisión y tendremos ocupados los estudios hasta... si, para el quince de noviembre, que habremos terminado, os venís por aquí, firmamos el contrato, escogemos las canciones y nos metemos en el estudio a hacer la maqueta del disco; hacemos los arreglos y a grabar. ¿De acuerdo?

—Lo que usted diga, D. Benito.

Se levantaron y nos acompañaron hasta la puerta de la calle.

—Hasta el día quince, muchachos.

—Adiós, D. Benito, hasta luego D. Juan Manuel.

Cuando nos quedamos solos, empezamos a chillar en medio de la calle como si estuviéramos locos.

—¿Has visto, Isidro?. ¡Somos los mejores!. Al mes y medio de estar en Madrid vamos a grabar nuestro primer disco.

—¡Un disco, Valentín..., un disco! Nuestro disco, redondo y todo y con un agujero en medio. ¡Somos cojonudos!

—¡Vamos a celebrarlo!

—Podíamos ir a casa de Juan Pedro a decírselo.

—No, esta noche no. Mañana vamos y se lo decimos. Ahora vámonos a cenar los dos y a bebernos unos vinos. ¡Nos lo merecemos!.

Eran, más o menos, las nueve y media de la noche y había empezado a lloviznar.

—Vamos a los mesones que hay detrás de Sol, a Ventura de la Vega y por ahí... ¿te parece?

—¡Pues vámonos!.

—Aquí hay más gente que en la guerra, ¿por qué no nos vamos a otro sitio?

—Y que más da. A las horas que son hay gente en todas partes. Vamos para adentro, a ver si hay una mesa libre, ¡mira allí hay un hueco!.

El mesón "Los Motivos" era el sitio al que solíamos acudir, muy de tarde en tarde, a tomar un vino y a hacer planes. Era zona de teatros y siempre había por allí actores que iban a cenar entre las dos representaciones que daban al día. Era curioso, ver a la gente famosa, por las pintas que llevaban.

Nos sentamos y pedimos unos pinchos de morcilla y unos vinos. Andábamos flojos de dinero, como siempre.

—Bueno, Valen, esto empieza a funcionar. Vamos a grabar un disco. ¿Te imaginas como sonarán las canciones con los arreglos, la orquesta y todo eso? ¡tiene que ser la leche!

Y—a, pero...

—¿El qué?

—Pues que..., como yo soy el que hace la voz principal, ¿cómo vamos a hacer un disco en que figuremos los dos en la portada si tú lo único que haces son voces y toca la guitarra?. Cuando hagan los arreglos y metan orquesta y eso, la guitarra no se va a oír y entonces... bueno...

—Ya... bueno, yo creo que eso debemos dejarlo que sea la casa de discos quien lo decida; a mí me da igual. Para mí es suficiente con que las canciones que se graben sean mías. Si quieres tu figuras como cantante y yo como autor. En fin, no sé... A ver que dicen los de Columbia cuando volvamos.

—No sé, pero este vino está agrio y la morcilla rancia. ¡A lo mejor es que no me ha sentado bien!

Cuando salimos a la calle todavía llovía. Andamos deprisa y en silencio y en quince minutos en la pensión.

—Señora, ¿sabe si he tenido carta?

—No, Isidro, hoy tampoco.

—Lo que faltaba... ¡Me cago en la leche!

58. ... y *mientras*...?

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—Pues no sé, Valentín. Si quieres nos vamos para la casa, damos una vuelta, vemos a los padres y les damos la noticia y descansamos unos días.

—¿Y si nos vamos a Barcelona?

—¿A qué?

—No sé, a ver el ambiente de la música por allí.

—Pero si ya tenemos un contrato para grabar. ¿Qué más vamos a sacar en Barcelona?

—¡Joder, Isidro!, aún nos queda algo de dinero, podíamos tomarnos unas vacaciones antes de volver a casa.

—Bueno, pues vale.

—Oiga, señora, ¿sabe si he tenido carta?

—No, ha venido el cartero, pero no hay nada para ti.

—Gracias. ¡Me cago en la leche!

"Yo lo que quería, o no quería. No lo sabía, era ir a Albacete y ver a "la rubia", para contarle todo lo que por carta le había dicho de las novedades, de lo del disco, pero no sabía lo que pensaba ella, porque no había vuelto a recibir carta suya". ¡A Barcelona!

59. Adiós, adiós...

—Caja de Ahorros..., ¿dígame?

—Hola, Maruja, soy Isidro.

—¡Hombre, Isidro! y se rió con esa risa, característica suya, que contagiaba. ¿Dónde estáis?, ¿y Valentín?, ¿cómo os va?

—Bien, muy bien. Estamos en Madrid, ¿puedes ponerme con Conchi?

—¿Con Conchi?. Será con Cristina, ¿no?

—No, no, con Conchi, por favor.

—Vale, te pongo, me alegro de oírte.

—Gracias Maruja.

—¿Dígame?

—Conchi, soy Isidro.

—Hola, Isidro, ¿qué dices?

—¿Cómo está Cristina?

—Pues hombre..., la verdad es que está fastidiada. Yo hablo con ella todos los días y salimos juntas. Trato de que se distraiga. Ya sé que no te escribe, pero es que está hecha un lío, dice que no quiere hacerte más daño, que en tus cartas tu vas a más y ella...

—Oye, Conchi, tienes que hacerme un favor.

—Lo que quieras.

—Mira, yo salgo para allí dentro de un rato, en el tren. Hoy me imagino que saldréis a dar una vuelta, ¿no?, ¿a qué hora?

—Pues como todos los días, a las siete.

—Bueno, pues, vas y la recoges como todos los días y os vais por la calle del parque hacia el centro; yo estaré donde la cafetería Herco, allí os espero. Trata de no faltar, ¿eh? y por supuesto no le digas nada.

—Vale, allí estaremos.

—Gracias, Conchi, adiós.

—Adiós, Isidro.

Había llamado desde una cabina de teléfonos, enfrente de la pensión. Cuando subí, Valentín me esperaba haciendo la maleta. Recogí mis cosas, nos despedimos de la dueña de la pensión hasta dentro de quince días y salimos a la calle.

—Bueno, Isidro, a casa. Vemos a la familia, descansamos, cogemos ropa limpia y el quince de noviembre otra vez a Madrid, a grabar nuestro disco.

—Vaya...

Estábamos saliendo de Chamartín. En tren se movía lento, casi cansino.

Había leído más de diez veces la carta. Hola Isidro, esta es mi última carta, no volveré a escribirte más, como ya te dije es inútil que sigamos porque sé que no llegaremos a ninguna parte, cuando tú dices si, yo digo no y al contrario. Siento mucho si esto te causa algún daño, he dado muchas vueltas antes de escribirte, pero he tomado la decisión. Creo que es lo mejor para ti, la culpa es mía, como siempre. Aunque no quieras reconocerlo soy un incordio. Que tengas suerte, adiós. Cristina.

60. ¡A la m...!

—¿Cómo estás, Isi?

—¿Tú que crees?, ¡jodido!

—Ya. Lo que pasa es que bebiendo no solucionas nada.

—Es igual, ¡ a ver si reviento!

—Pues vaya una solución. ¿Puedo hablarte?

—Haz lo que quieras.

—Si, pero si te hablo es para que me escuches, no para que me dejes hablar y hablar y al final, como siempre, me digas ¡Cállate, que me tienes harto con tanta monserga!

—Haz lo que quieras. Si quieres habla y si no, no hables, yo haré lo que me dé la gana.

—Bueno, voy a intentarlo otra vez. Mira, yo sé que todo lo que ha pasado el último mes te ha roto los esquemas, pero no es el fin del mundo. Es una putada, pero el mundo está lleno de putadas. Tienes que hacerte duro. Tú, no me mal interpretes, eres un iluso, te crees que los pájaros maman y sabes muy bien que nunca hemos visto un gorrión con chupete. Te lo he dicho muchas veces, todo eso de los mundos y de encontrar alguien con quien compartir el tuyo. La gente pone barreras ante los demás para que no le hagan daño y se esconde detrás de ellas, o por lo menos se agazapa, pero tú, volviendo a lo de los pájaros, andas siempre con la pechuga abierta y claro...

—¿Qué?

—No, decía que lo de los mundos...

—Ah...

—Lo de Cristina se veía de venir. La muchacha, por lo que sea, no quiere compartir su mundo con nadie. Ella, es como es y ya está. Te empeñaste, desde el principio, en verla como si fuera especial, casi sublime; y es una mujer normal y corriente, con sus virtudes y sus defectos, como todo el mundo. Nunca ha estado ilusionada con lo vuestro y jamás te dio la más mínima esperanza de nada.

—Si de verdad, crees en esa teoría tuya de los mundos y de compartir hasta el aliento, tienes que reconocer que, por mucho que tú le hayas enseñado el tuyo y le hayas ofrecido entrar en él , a ella tu mundo le da igual; y además o no ha querido enseñarte cual es el suyo, o no lo tiene. Ya te lo dije desde el principio. ¿Es que esperabas conquistarla con un disco?, ¿con dinero?, ¿con éxito...?

—No sé, Isi. Me refiero a que ella no tiene la culpa de que la hayas idealizado. Al menos tienes que reconocer que ha sido sincera desde el principio. No puedes considerarla culpable de lo que tú crees un fracaso amoroso, porque no ha habido nunca, por su parte, nada hacia ti. Además me extraña que no pienses en las consecuencias. Si por cabezonería o lástima, hubierais llegado a algo, el resultado ya sabes cuál es, lo has tenido muchos años cerca y tú mismo lo has sufrido y criticado. ¿O no te acuerdas?. "Por favor, papá no le chilles a mamá y dile que la quieres..." ¿Me entiendes, Isi?

—¿Qué?

—Es inútil, cuando no quieres escuchar.

—¡Te he oído!

—Pero no me has escuchado.

—¡Ya te lo advertí!

—Estaba apelando a tu sentido común. Mi misión es intentarlo. ¡Yo también lo sufro, imbécil!

—¡Allá tú!

—¡Eso es! ¡será tonto el pijo!

—Mira Dró, es la última vez que te lo explico. ¿Cuándo le he dicho yo a ella que no?- ¡Porqué dice que es un incordio?, ¡porqué me dio su fotografía! ¡porqué accedió a salir conmigo?. Por muy pesado que me pusiera, cuando uno no quiere, ¡no quiere y en paz!. ¡Porqué tiene esos ojos verdes tan preciosos con manchitas marrones que me vuelven loco!. ¡Porqué se le hace el hoyuelo cuando sonríe, porque tiene el pelo tan rubio y tan largo, porqué tiene esa cintura como el cuello de un azulón! ¡¡¡Porqué, porqué, porqué!!! ¿eh? ¿Quieres explicármelo? ¡¡¡PUEDES EXPLICARMELO TU, SO ENTERAO!!!

—Todas las cosas que me has dicho tienen una explicación muy fácil. ¡IMBÉCIL!. ¡ES UNA MUJER!. ¡Es un ser humano!, simplemente eso...¡¡CAPULLO!!.

—No es una diosa, ni nada por el estilo y tiene todo el derecho del mundo a vivir como quiera y con quien quiera. La culpa es tuya por idealizarla tanto y, a lo mejor, con eso, lo único que has hecho ha sido asustarla. Ha tenido miedo de tu reacción cuando, más adelante, te dieras cuenta de que es una mujer normal y corriente que va al baño y todo. Además, y ¡es la última vez que te lo digo!, si de verdad crees en eso de los mundos y en lo de la voz, de que tanto hablas, dime, de una jodida vez, ¿porqué te empeñas en que sea esa y no otra mujer, la que está destinada para ti?. O si, tal vez, no existe ninguna. Ya lo sé, ahora me dirás que es porque lo intuyes o porque lo de , "la voz de arriba", a lo mejor, tienes que oírla más adelante. Y yo, que, también tengo que oír esa voz, no he oído más que tus jodidas broncas. ¡Déjame en paz, de una puta vez, Dró!

—¡DEJAME EN PAZ, DE UNA PUTA VEZ, DRO!

—¿Lo ves? Pues sabes lo que te digo, que te vayas a la mierda, Isi.

—¡Vale!

—Oye, Tony, ponme otra ginebra con tónica.

—No bebas más, Isidro, que ya llevas seis.

—¡Otro enterao! ¡Ponme otra, coño!

—Bueno, vale.

—Ves tú, lo de Valentín es otra cosa. Ahí te doy la razón.

—¿No quedábamos en que me iba a la mierda?

—¿Qué quieres, que me quede cruzado de brazos, mientras tu te haces mixtos.? ¿Y yo, qué?. También estoy en esto, ¿no?.

—¡Allá tú!

—La verdad es que no me lo esperaba. Tanto con la música, tanto con lo de la amistad, tanto con el disco, en fin te digo lo mismo que con el asunto de Cristina, son cosas de humanos.

—¡No me jodas, Dró! Después de tener el contrato para grabar.

—Primero me asoma con lo de la portada del disco, ¡y trago!; y luego, cuando venimos a Albacete, dice su padre que su hijo está muy delgado, que ha pasado muchas calamidades por ahí y que eso no es vida, ¡qué de discos nada!, ¡y de Madrid, nada!; que a trabajar en la Caja, que eso sí es un sitio seguro, cómodo y confortable y con porvenir. Y Valentín dice que tiene razón su padre y ¡a la mierda el disco y todas las ilusiones!. ¡Ah y encima, va y le dice a Cristina: ¡oye bonita, que si quieres salir conmigo y "la rubia"! le dice que no, pues anda y que te zurzan, igualmente, adiós —Isidro—, me voy a trabajar a la Caja, que se acaba la excedencia. La culpa ha sido tuya por empeñarte en venir a Albacete, para ver a "la rubia", ¡pues toma rubia! —tú verás lo que haces—, ahí te quedas, tirado como una colilla. Se van hundiendo los pilares que sujetan el puente y ¡esto se cae! ¡el cebollazo va a ser de "anea"! ¡A QUE ME AGARRO, DRO! ¡ ME CAIGOOOOOOO!.

—Por si te sirve de algo, yo estoy aquí y, como puedes comprender, tengo interés en que salgamos para adelante. Siempre hemos estado juntos. Además, lo de la voz...

—Lo de la voz, me temo que es una gilipollez mía, como lo de los mundos y otras mil cosas más que tú y yo sabemos.

—A lo mejor no, Isi.

—Oye, Dró, ¿tú crees que las perdices tendrán un mundo como las personas?

—No sé, ¿por qué?

—Por saber que pasa cuando un cazador les pega un tiro.

—Pues me imagino que se hará mixtos y, el pobre pájaro, deja de existir, ¿porqué?

—¿Y ya no siente ni padece?

—Claro, si está muerto. ¡Oye!, ¿porqué dices eso?

—No por nada, cosas mías.

—Isi, no me jodas, que te conozco!.

61. La resaca.

El nuevo edificio de la Caja, en la "calle ancha", era bonito. Lo habían vestido de Navidad y, no sé porqué, aquello aún me ponía más triste. Trataba de no pensar. Llegaba por las mañanas a las ocho y me metía en el despacho de la tercer planta, donde me habían destinado y me enredaba con las fichas y los extractos de los bancos a tratar de cuadrarlos.

Al principio no salía a desayunar, así evitaba hablar con alguien y tener que contarle mi experiencia en Madrid y, lo que era peor, tener que escuchar. "Ea", al menos lo habéis intentado, que se le va a hacer..., aquí tampoco se está mal, ese mundo es muy difícil. Al fin y al cabo, aquí tienes a tus amigos y desde aquí también puedes seguir intentándolo.

Desde aquella tarde, cuando Conchi la había llevado hasta la puerta de Herco y, con un "bueno, Isidro, yo he cumplido, aquí os quedáis, buenas tardes" no la había vuelto a ver.

Ahora trataba, por todos los medios, de no encontrarme con ella en la Caja. Le huía y temblaba ante la posibilidad de dar vuelta a un pasillo y encontrarme con ella, cara a cara.

A Paco Alemañy lo habían destinado a la Urbana número uno. Nos veíamos casi todas las tardes. El muchacho, que sabía que yo estaba hecho un trapo, trataba de animarme y salíamos, unos días a cazar con el ochocientos cincuenta y otros a dar una vuelta y tomar unas cervezas en "Nuestro Bar". Al principio íbamos solos y luego con otros compañeros de la Caja. Aguantó a pié quieto tardes, e incluso noches, todas las llantinas, borracheras y charlas filosóficas sobre el amor, la música, las mujeres, la muerte y demás elucubraciones en que yo andaba zambullido en aquel tiempo; y siempre se portó conmigo como lo que era, un buen amigo. Quizás el único que había tenido hasta entonces.

—Juan, tráete unas cervezas y unas bravas.

Éramos habituales de "Nuestro Bar". Casi todas las noches nos dejábamos caer por allí. Nos conocían bien y, aunque nos poníamos un poco pesados, sobre todo yo cuando bebía, siempre éramos bien recibidos.

—Sabes, Paco, me han propuesto hacer un conjunto para tocar estas Navidades y sacar un dinero.

—Eso puede estar bien, ¿y con quién?

—Con Luís, "el Lobo, Juan "el Rana", Pepe Vergara; los de los Trasgos y "Pichi" un tío que toca el bajo.

—¿Tú crees que te vendrá bien volver a coger la guitarra?.

—Ná, será por poco tiempo, solo las Navidades. Hemos empezado a ensayar cosas de blues, improvisación y eso. Tocaremos solo en la discoteca Galaxi y cuando pasen las fiestas lo dejamos.

—No sé, tú verás. ¿Y guitarra?

—"La asadora", me la ha dejado Pepe Robles.

—Hombre, lo que me preocupa es que te metas otra vez en esas cosas, te van a traer recuerdos, pero en fin si tú crees que ya estás mejor.

—Si, lo voy a intentar. Lo que no puedo es estar toda la vida metido en un agujero, tendré que intentar salir, ¿no?

—¡Así me gusta que hables!, ¡Con dos cojones y un palito!, ¡Juan, tráete otras dos cervezas!.

—Gracias, Paco.

—¿Por qué?

—Porque me has echado un cable y te lo agradezco.

—Venga, Isidro, no me jodas, ¿es que tú no hubieras hecho lo mismo conmigo?

—Me imagino que sí.

—Pues por eso. Anda, calla y bebe.

62. Inevitable.

—No quisiste hacerme caso y... La habrías hecho voluntario en Aviación y, al mes, con el pase pernosta, a dormir a casa. Ahora, sin embargo, a Alicante. En fin de todas maneras, yo hablaré con el Coronel de la Base y a ver si, cuando jures bandera, puede conseguir que te traigan al Gobierno Militar o a la Caja de Reclutas.

—Gracias, papá.

—¿Cuándo tienes que incorporarte?

—Mañana a las doce, en la Caja de Reclutas.

—¡Ay, hijo mío!

—No te preocupes, mamá, si Alicante está cerca, seguro que dentro de quince días estoy aquí con permiso.

—Ten cuidado, Isidro.—Y lloraba.

—Venga, Amalia, que tampoco se va a la guerra.

—Ya lo sé, pero...

—¿Tú que opinas de esto de la mili, Dró?

—No está mal, a mi me gusta, vacaciones...

—¡Y una leche!, pues menudas hinchás a andar y hacer gimnasia. —¡Venga inútiles, arriba, que son las seis y media, dentro de un minuto formados ahí fuera en perfecto estado de revista, el toddy está malísimo, sabe a petróleo, el bollo está como un risco. Hacer instrucción, tú, que eres el más alto de la compañía, serás el guía, cualquier cosa que salga mal en la marcha será culpa tuya. ¡Alto! A cubrirse; a ver los de cabeza, no puedo estirar el brazo porque este está pegado a mí como una lapa, mi capitán yo no llego. La culpa es del guía. Bofetada para los siete de cabeza, y yo que sé, las botas me rozan, los pies me echan sangre. En el botiquín tienen una cosa; un líquido, que te lo echan en los pies y se te ponen como piedras. Cuando te eche esto ponte a correr, y cuando dejen de arderte, paras. —¡Joder que calor hace en Rabasa!—. Mayo, Junio, Julio, Agosto, ni por las noches se puede dormir, la última litera es la peor porque aunque entra un poco de fresco, se oyen venir los mosquitos en bandadas; como los cazas en la guerra. Esto es una gilipollez, ¡cómo vamos a recoger colillas de este descampado!, si eso es abono para la tierra, Nada, he dicho que ha recoger colillas y a recogerlas; mañana de marcha. Me duele la garganta, tengo anginas; me pongo un pañuelo al cuello. ¡A ver tú que pareces del ejército de Pancho Villa!, ¡tres kilómetros a Fontn-Calent a tirar tiros!. Eso me gusta; bocadillo de mortadela, y para el campamento. Las doce del mediodía—julio—, no cae agua en las duchas, a vestirse otra vez sudado y a comer. ¡Mosca no te comas eso que es mío!. Echan la ristra de morcillas en salsa de tomate hasta con la chapa, el chusco está bueno; voy a coger otro para la merienda. Esta tarde debajo de las moreras con los amiguetes de Albacete; una lata de mejillones y cerveza. ¡Es el mejor momento del día! —a formar; retreta, fulanico de tal, ¡presente!; mi sargento es que menganito, está en el botiquín. Ahora nos toca morirnos hasta mañana; en que volvemos a resucitar a las seis y media. En mi cama hay una tía imaginaria; tráeme el jarrillo para mear, ¡no os tiréis pedos maricones!, todos fuera a hacer el pato. Ya veréis como se os quitan las ganas de cachondeo, ya están aquí los mosquitos. ¡AMEN!

—Sí, Isi, pero no vemos a nadie, cambiamos de aires, por las tardes en las duchas viejas que están inundadas; porque se han roto las tuberías y dentro hay metro y medio de agua. Nos bañamos. ¿Te acuerdas de la balsa de la huerta del obispo?, el gustico del agua fría en la pechuga. Esta está igual o más fría si cabe y de paso no bebes, porque aquí no se puede uno roscar, que te meten en la prevención y además estás más flaco y eso es bueno, dentro de diez días juras bandera y si te vas a tu pueblo pues bien. No quisieron los boinas negras que te fueras con ellos. ¡Joder que manía con los cuerpos especiales!. El tuyo es especial, tienes el tobillo derecho torcido, te roza la bota y echas sangre como un gorrino, como cuando te pilló tu padre el pié con la colorá, ¿te acuerdas?, y además así no vas a Galaxi, que aquello se estaba poniendo peligroso con Mari Carmen, ni te bebes la ginebra como el agua y en fin que la mili es un chollo, que te lo digo yo, y ¡YA HEMOS TERMINADO!

63. ¡Sí, j...!

—¡Ay, hijo mío!, que guapo estabas vestido de uniforme.

—¿A que sí, mamá? —me reía.

—No te burles- A mí me ha emocionado lo de la jura de bandera, con los tambores y eso.

—He hablado con el Coronel de la Base y ha dicho que cree que sí. Le ha escrito a un Coronel, amigo suyo, de tierra y le ha dicho que va a hacer lo que pueda.

—Gracias, papá.

—¡Qué bien, hijo mío, así estarás ya en casa!

—Y podrás ir a trabajar a la Caja cuando no tengas guardia. ¿No decías que si haces cien horas al mes te dan la paga completa?

—Eso me dijo Vitaliano.

—Pues nada, a ver si hay suerte.

—Gracias papá.

64. *¿Más música...?*

—¿Te acuerdas de mí?

—¡Joder que si me acuerdo!. Rodolfo, Robert, Johan..., "El Pava".

Ese día me tocaba guardia. Había entrado por la mañana, a las doce y a las siete le había pedido permiso al Teniente, para acercarme a casa a por la cena.

Cuando iba a entrar al Gobierno Militar, Rodolfo me había visto. Llevaba sin saber de él desde lo de los Nijar.

—El mismo. ¿Qué haces vestido de militar?

—Tú que crees, debe ser la mili ¿no?

—¿Y dónde estás?

—Aquí en el Gobierno Militar.

—¡Vaya enchufe!

—Pues anda que el tuyo, porque alguien me dijo que la hiciste en la Caja de Reclutas, dos puertas mas allá de esto.

—¿Cómo llevas la música?

—Mejor que nunca, porque no toco.

—¿Hombre, algo harás?

—Sí, darle clase de guitarra a la hija del Teniente.

—No, si digo de conjuntos.

—Pues no.

—Entonces, ¿estás libre?

—Como un gorrión.

—Pues vienes que ni pintado, porque estoy buscando un guitarrista y un bajo. Tengo un batería en Pozo Cañada, Paquito, que es panadero y toca de maravilla y con el Botero que toca la trompeta y Juan que toca el saxo y el clarinete, queremos hacer un grupo, para tocar para bailes y eso.

—No sé, no sé. No tengo muchas ganas de meterme en músicas.

—¡Sí, hombre!. Mira, voy a hablar con Luís, "El Lobo", que toca la guitarra de muerte y, si quieres, tu tocas el bajo y ya está.

—¿Y de equipo?

—Yo tengo un equipo de voces de la leche, con eco Binson y todo.

—Pero yo no tengo equipo.

—Bueno, eso ya lo buscaremos. Voy a ver a Luís y con lo que me diga, te llamo esta noche al Gobierno. Si dice que sí, mañana por la noche, nos juntamos en el ensayo, que es en casa del Boti, el trompeta y hablamos, ¿te parece bien?.

—Bueno, aunque ya te digo que no tengo muchas ganas de música. Además, yo nunca he tocado el bajo.

—Es igual, como sabes tocar la guitarra, tampoco será muy difícil, digo yo.

—Dices tú.

65. La Banda.

—Pasa, pasa...

—Buenas noches muchachos, soy Isidro.

—Este es Pepe "El Boti", Juan y Paco... a Luís ya le conoces, ¿no?. —Rodolfo había hecho las presentaciones.

—¿Qué pasa "Lobo"?

—Pues nada, aquí el liante de Rodolfo, que dice de hacer algo para sacar unas perrillas.

Paquito, al que pronto llamaríamos "El Mada", porque se dedicaba a hacer magdalenas, era un chaval de nuestra edad. Como buen batería que se precie no dejaba de darle palos a la "Premier" y parecía que lo hacía bien.

Pepe "El Boti", que hacía botas de vino para exportar, y Juan, a quien bautizaríamos como el "Medicinas", porque era mancebo de farmacia; rondarían los cuarenta. Tenían un equipo de voces aceptable y un ensayo. El balance estaba hecho, podía haber grupo.

—Lo único que nos falta es un bajo para que lo toque Isidro. Y además tenían ganas, porque Rodolfo insistía.

—Hombre, yo nunca he tocado el bajo, pero puedo comprar uno de segunda mano y...

—Yo tengo equipo de cuando Los Tragos —dijo Luís—, y el amplificador para el bajo podemos pedirlo prestado. Se quien tiene el "Selmer" de Kocsila, a lo mejor nos lo dejan para probar, a ver cómo suena esto.

"Esto", iba a ser primero "La Banda" y después, cuando se marchó Rodolfo y entró Tony Arcos, "Los Brujos".

Durante los tres años siguientes, tocaríamos en todos los pueblos de la provincia y en los de Murcia y Alicante. Un grupo de baile que sonaba bien, sin más pretensiones, al principio, que tocar las canciones del momento para que la gente bailara y sacar unos duros, que buena falta nos hacían.

Para mí, aunque no quisiera reconocerlo, suponía una nueva oportunidad para volver a intentar la escapada.

No sé cómo no escarmentaba. Volvía a sentir la música metida en la sangre. No había vuelto a escribir una canción desde lo de Madrid, con Valentín, pero sentía deseos de hacerlo. Era marzo del 71.

Cuando salimos a la calle, como casi siempre que había emprendido algo en la música, no sé porqué, estaba llovisnando. ¿Por qué hará tanto frío en los ensayos?

—¿A qué te dedicas, Luís?

—Ahora mismo a nada. He terminado la mili y estoy buscando trabajo. ¿Y tú?

—Yo estoy haciendo la mili, me licencio en Mayo. Somos de la misma quinta, solo que tú del reemplazo de Marzo.

—Sí. Si te enteras de algún trabajo, avísame.

—Descuida. Bueno, Luís, mañana nos vemos.

—Hasta mañana, Isidro.

Conocí a Luís en las Navidades del 69, cuando hicimos aquél engendro que se llamó "La Cosa" y tocamos en Galaxi. En plena época negra.

El había intentado lo de la música con toda su alma en el 66, con Los Trasgos. Todos ellos dejaron trabajos y estudios y se embarcaron en la aventura. Lo tuvieron muy cerca cuando les apadrinaron "Los Brincos", pero las cosas no salieron.

Estuvieron en Madrid y luego, después de discutir con Adrián, en Tarragona con mi primo Morgan de solista.

Después se fueron a Canarias para tocar y buscar una orientación en la música que hacían. Cuando volvieron de allí, que sonaba el grupo de maravilla, lo dejaron todo por culpa de la maldita mili.

Ahora, Luís, que tenía novia, Mari Carmen, andaba loco por un trabajo fijo, para casarse y reorganizar su vida. ¿Porqué será que me sonaba aquella canción?, por lo menos algunas estrofas de la letra.

66 . Bueno, pues...

—¿Qué piensas, Isi?

—Nada, Dró. Mira ahí está la "Fiff".

Era mi gata. Me esperaba siempre subida en los machones de la verja de los primeros chalets de las Casas Baratas. Le había puesto un cascabel, con un lazo rojo y por la noche, cuando venía del ensayo, a las doce o la una de la noche, nada más llegar al barrio, oía el tintineo. Yo seguía andando, ignorándola y, luego a luego, se acercaba a mí. La tomaba, le hacía unas carantoñas y la echaba al suelo y, entonces se veía andando a mi lado hasta la casa.

—No suena mal "La Banda", ¿eh, Isi?

—No. Está bien. Da gusto tocar con esta gente. Son buenos chavales. Con quien mejor me llevo es con Luís. Debe ser porque le conozco de hace más tiempo y eso. Te acuerdas el otro día, cuando estaba tan morrudo y al terminar el ensayo nos juntamos en la puerta los dos y...¡Joder, Isidro!, que a las mujeres no hay quien las entienda, hoy hemos vuelto a tener otra enganchada, porque él es de Lugo. Mari Carmen y yo; que si no te pongas esa falda tan corta—pues me la pongo porque quiero—, que a ver si buscas trabajo, que no es tan fácil, ya lo intento. Hemos ido Isidro y yo a ver a un tío en Banesto que lleva lo del Hotel Los Llanos y nos ha dicho que ya veríamos. Y a una gestoría, pero las cosas no están fáciles, total que tú, que yo, que los dos, no hay quien las entienda Isidro. ¡A mí me lo vas a decir Luís!, que ahora resulta que aquello que te conté de "mi rubia". Ahora está saliendo con Ángel, que ha reñido con su novia, seguro que cuando estábamos en Madrid, Valentín y yo, ya le había tirado los tejos, si es que las tías son la leche. Vamos a hincharnos a vino y a roscarnos como piojos. ¡Ay, qué desgraciado soy Isidro!, porque Luís es de Lugo, pues anda que yo Luís. Así estaba yo como tú, cuando hicimos la Cosa, en Galaxi, pero a mí me habían dejado y estaba jodido, y a ti no. Porque aunque hayáis discutido, a ti la Maricarmen te quiere mucho. No seas zorro, ya nos hemos bebido una botella de vino, que nos traigan otra. Aquí no hay vino bastante para roscarnos nosotros, pero a mi Luís la cosa me la trae floja, yo creo que los mundos y la voz y la matraca y si no oigo la voz no me enredo con ninguna tía. Si pero tú tienes trabajo, pero oye Luís has oído la voz, ¿qué voz Isidro?, ¡tú estás como una cabra! y eso de los mundos... Joder estás más borracho que yo, que ya es decir. Ahora pillamos y lloramos, y luego nos reímos y contamos chistes. Paco me echó a mí una mano, ahora nos la echamos los dos y listo. Que no se puede consentir, que mañana voy y le digo a la Maricarmen, que si ha oído la voz y que lo del mundo es fundamental para que sigamos juntos y que si no, ¡¡Ay Isidro!! ¡¡Ay Luís!!, no está mal lo de la Banda. Hacemos un conjunto y nos vamos con la música, sí a otra parte. Ja,ja,ja, venga que van a cerrar, vámonos ya. Pues vámonos, adiós muchachos y que quede constancia que aquí no hay vino bastante, para roscarnos a nosotros. ¡HALA!

—Por cierto, Dró, que no se me olvide que tenemos que decirle a Luís que hay oposiciones para entrar en la Caja y que Vitaliano, en la academia, prepara a gente. Ya verás que alegría se va a llevar. Con lo metódico y lo astuto que es, seguro que aprueba.

—Seguro.

Había morciguillos volando alrededor de la luz de la calle, delante de mi casa, cazando mosquitos. Las acacias ya tenían hojas; y las higueras y los albaricoquero de los patios. Los chalets, recién blanqueados olían a cal, a jazmines y a madreSelva. El Barrio de las Casas Baratas se había vestido de primavera y estaba como siempre precioso.

67. No, no, quita...

—¿Es qué no piensas echarte novia, Isidro?

—De momento no, mamá.

—Y el conjunto, ¿cómo va?

—Bien, son gente muy maja. Estoy muy a gusto con ellos.

—Pues ahora, que ya has terminado la mili, podías buscarte una buena muchacha y casarte. Es lo que hace todo el mundo, ¿no?.

—Mamá, a mí lo que haga todo el mundo me trae sin cuidado. ¿Qué quieres, que busque una novia, una casa y me case, no?. ¡Eso es! Y que me meta allí todo el día con mi mujer, a ver la televisión y a oír llorar a los chiquillos; y los sábados al cine y los domingos, después de misa, a tomar el aperitivo ¿no?. Eso no es para mí.

—Pues es lo que hace todo el mundo. Tus amigos ya tienen novias y se han metido a comprar un piso y piensan en casarse y eso, ¿y el trabajo?

—Bien, muy bien.

Estaba claro. Mi madre no sabía cuáles eran mis pensamientos, ni mis proyectos y eso le preocupaba.

Cada vez que nos quedábamos solos, trataba de sonsacarme. Hábilmente empezaba una conversación de manera intrascendente y cuando me daba cuenta estábamos hablando de lo mismo. La novia, casarse... Lo único que sabía de mí es que no paraba en casa. Me levantaba, me iba a trabajar, venía a comer y ya no me volvía a ver hasta el día siguiente. Estaba preocupada.

El trabajo en la Caja iba bien. Había sustituido a César en el Negociado de Valores y desde la tercera planta, en el mismo despacho donde entré cuando volví de Madrid, me habían trasladado a la primera. Era un despacho muy bonito, con cristalera de colores y las paredes chapadas en madera, junto al de Subdirección y Secretaría.

El trabajo era mucho y, como me habían dado la oportunidad de pedir un compañero, llamé a Paco Alemañy, que andaba por urbanas, por si le podía interesar.

Paco había accedido y, ahora trabajábamos juntos. Nos pasábamos allí todas las tardes, incluidos algunos sábados y, yo hasta algunos domingos.

Cuando salíamos, a las siete o las ocho de la tarde, tomábamos una cerveza hasta las nueve o las diez y luego iba al ensayo, casa del botero y al terminar, sobre las doce, a casa.

Los sábados y domingo, si había contrato, a tocar por los pueblos con el grupo y, si no, con Paco, Luís Picazo, "El Gamba", César y, un muchacho de Badajoz, que trabajaba en la Central Contable de Banesto y, al que llamábamos "Veneno"; a pescar al Guadalquivir o a cazar perdices, todo dependía de la época del año y de la veda que estuviera abierta.

Cuando el trabajo no era tan agobiante nos juntábamos, a las cuatro y media de la tarde en "El Carmen", una cafetería de las Casas Baratas y jugábamos a los dados y proyectábamos la próxima pesquera del domingo. Luego, a beber vinos al Mesón del Pollo, o a Nuestro Bar.

Solíamos llevar la guitarra y, cuando empezábamos a cantar, hacíamos corrillo. La gente participaba y lo pasábamos bien. Terminábamos como siempre, en los bares de mala nota, y normalmente pasados de cucharadas.

Uno de los más liantes era yo. Trataba, por todos los medios, de no tener un minuto libre que me permitiera quedarme a solas con Dró.

Sabía que no le gustaba lo que estaba haciendo. Me había vuelto algo camorrista y frecuentaba un bar de alterne, en la carretera de Circunvalación, junto a la SEAT, donde algunos días me daban las tres y las cuatro de la mañana, burreando con las chicas de la barra. Más de una vez tuvieron que sacarme de allí, Paco o César, borracho como una uva, para que el chulo de turno no me rajara como a una sandía.

En Septiembre, después de la Feria había estado saliendo, durante algún tiempo, con Juanita, una chavala de Pozo Cañada que había conocido una vez que fuimos a tocar allí con la Banda. Me la había presentado Paco, el batería, que era del pueblo.

Pero mi manera de ver a las mujeres había cambiado. Ya no pensaba en otra cosa que ir a bailar o a divertirme con ellas y, cuando me hablaban de noviazgo, les confesaba abiertamente que eso no formaba parte de mis planes. No tenía ningún interés en conocerlas más a fondo ni, por supuesto saber si tenían un mundo y mucho menos conocerlo y participar en él. Solo me interesaba lo que estaba a la vista y lo que se adivinaba; lo demás eran inventos y gilipolleces mías que, como decía Dró, eran cosas de ilusos e ingenuos.

La ley del péndulo, como sabría después, había funcionado en mi vida, como en la de todos los seres humanos, a la perfección.

68. ¿Entonces...?

—¿Qué te pasa, Isi?

Era inevitable. Tarde o temprano tenía que suceder.

—Nada. Ya sabes que las Navidades me ponen triste, no lo puedo remediar.

—Eso no es malo. Es época de reflexión, y...

—Claro, por eso apareces tú, ¿no?

—Hombre para algo estoy aquí... ¡no te quejarás!, en el último año y medio te he dejado hacer digamos... tonterías, sin decir nada, aunque a veces, he estado a punto de saltar y...

—¿Y qué?

—Nada, nada, solo que..., en algunas cosas te has pasado.

—¿Cómo en qué?

—De sobra lo sabes. Has bebido como un cosaco y, lo de los mundos, te ha importado tres leches.

—¡Ya estamos! ¿Pues no habíamos quedado que eso era un tontería?, ¿a qué vienen los reproches?

—¿Y lo de andar, siempre, de gresca en lo de la SEAT?

—¡Bah, tonterías!. Yo no le he hecho mal a nadie.

—Tú no, pero has estado, un par de veces, a punto de que te rajen.

—Ná, exageras.

—Sí, sí. Bueno, solo quiero que sepas que sigo aquí y que, en lo que pueda ayudarte... En fin, me alegro de que haya pasado el temporal. Has estado un poco dramático y guerrillero y si llega a durar un poco más, reventamos.

—Quizás se me ha ido un poco la mano. Si te digo la verdad me daba miedo volver a encontrarme contigo.

—Pelillos a la mar. Oye, Isi, es buena gente esa de la Banda, de verdad, me gusta. Me ha alegrado un montón que Luís aprobara las oposiciones y entrara a trabajar en la Caja. Es un muchacho estupendo y su novia también.

—Hombre, alguna cosa buena tenía que sucederme en el tiempo que hace que no hablamos, y la amistad de Luís es de lo mejor que me ha pasado últimamente.

—Me alegro. ¿No te importa que haya venido, Isi?

—Al contrario.

—Entonces, ¿amigos?

—Amigos, Dro y esta vez, hasta la muerte.

69. *¿...clases de qué?*

—¿Isidro?

—Sí, dígame.

—Soy Eloísa. Igual no te acuerdas de mí. Estuvimos juntos dado clase de Matemáticas en la academia de D. Ascle.

—¡Ah, sí!, dime, dime.

—Pues nada, que unas amigas y yo, queremos aprender a tocar la guitarra y me he acordado de ti. Si quieres, nos podías dar clases y nos enseñas, nada, solamente a acompañar y eso, para cantar canciones cuando nos juntemos las amigas. ¿A ti qué te parece?

—Pues..., no sé. Nunca he dado clases a nadie, así en plan formal, pero bueno. ¿Cuántas sois?.

—Seis o siete.

—¡Hala!. Bueno, pues vale.

—¿Y dónde daríamos la clase?

—No sé, en mi casa mismo.

—¿Y de cobrarnos?

—No tengo ni idea.

—Hombre, a una amiga mía le cobraban trescientas pesetas al mes, por tres clases a la semana, de una hora, si te parece bien.

—Pues... bueno...

—¿Entonces?

—Hoy es viernes, pues el lunes si queréis empezamos, nos vemos en mi casa a las cinco de la tarde, tómate nota de la dirección.

—Dime.

—En el Barrio de las Casas Baratas, detrás de la Iglesia de Fátima, calle...

—Vale, ya sé donde es, el lunes a las cinco estaremos allí.

—Y llevaos las guitarras.

—¡Ah, claro!

—Adiós.

70. Si te sacas unas perrillas...

—¿Aquí en casa?

—Sí, si no te parece mal. Solo será una hora por la tarde, a las cinco y únicamente lunes, miércoles y viernes.

—¿Y dónde vas a dar la clase?

—En el salón. En el único sitio que se me ocurre.

—Vaya tiberio. ¿Y les vas a cobrar?

—Sí, trescientas pesetas al mes a cada una y son seis o siete.

—¿Y quiénes son?

—Yo que sé, mamá. Solo conozco a Eloísa, la que me ha llamado. Estudió conmigo en casa de D. Ascle, dice que son amigas suyas.

—Ya. Bueno, pues nada, si te sacas unas pesetas, bueno va.

La verdad es que a mí tampoco me volvía loco la idea de tener una obligación más. Estaba acostumbrado a terminar de comer y, con el último bocado, salir pitando. Suponía apartarme, un poco, del resto de los amigos. No podría ir a jugar la partida de dados a las cuatro y media a "El Carmen", pero bueno... ya me juntaría con ellos después, aún quedaba mucha tarde, si es que los pillaba porque, después de salir de la cafetería no sabíamos nunca donde terminaríamos, ni a qué hora.

La otra cosa que me preocupaba, era que nunca había tratado con tantas mujeres a la vez y no sabía si podría barajarlas y cómo hacer para que la clase no terminara en un "guiry-gay".

La actitud de mi madre, cuando le dije lo de las clases, me había dado la sensación de que no quería convertir su casa en un gallinero. En fin, me había comprometido y la única manera de saber lo que iba a pasar era, que pasara. Al fin y al cabo, si se daban mal las cosas, o no me veía capaz de seguir adelante, siempre podría inventar alguna excusa para cortarlas. Además, un dinerillo extra nunca venía mal a gente que, como yo, entregaba en casa, todo el dinero que ganaba.

71. *Isi, ¿has oído...?*

—¿Qué opinas tú de eso de las clases, Dro?

—Hombre, no está mal.

—Pues no lo dices muy convencido. Como si no te conociera. ¡Anda, habla!

—De verdad, me parece bien. Te sacas unas pesetillas, el ambiente es bueno. Algunas son un poco escandalosas, pero es normal, tantas muchachas juntas. ¡Ah! y las hay guapas y otras con dinero.

—¿Y...?

—Pues que son muchas, ¿no?

—¿Y qué?, ¿o es qué no domino la situación?

—Sí, sí. La verdad es que me has dejado sorprendido, no esperaba tanta eficacia.

—¿Entonces?

—No, sé, verás..., no sé como decírtelo sin que te enfades, ni te rías..

—¡Joder, Dro, me estás poniendo nervioso!. ¿Quieres decirme que es lo que te preocupa?

—Bueno, verás... ¿Te acuerdas del otro día, cuando volvíamos de trabajar, a las tres de la tarde, con un calor de justicia y...?

—¿Y qué?

—Y vimos a la rubita esa, que es delgada y tiene los ojos alegres como un gorrión y las piernas tan bonitas y sonrío a todas horas. Si, hombre, la que se sienta justo enfrente de tí, en las clases y que se pone nerviosa cuando le hablas y le salen los colores.

—Sigue.

—Y le dijiste..."Venga, que ya no puedes ni con los zapatos"... y se echó a reír.

¡No me digas nada, Dro.!

—Isi, ¿oíste lo mismo que yo?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué no me has dicho nada?

—Porque nunca pensé que, de verdad, algún día... oiría esa Voz.

©Isidro Martínez Palazón.1996

ÍNDICE

Capítulo

1. *Gorriones y tebeos.*
2. *Víctor.*
3. *Morciguillos...*
4. *Las palomas...*
5. *La bici.*
6. *Cantar.*
7. *El palo.*
8. *El Instituto*
9. *Problemas.*
10. *Mis padres.*
11. *La química.*
12. *El gordo Sotoca.*
13. *¡Salta!*
14. *Las notas*
15. *La "Sonik"*
16. *Los Nijar.*
17. *El mosca.*
18. *Más notas.*
19. *En el patio.*
20. *Aquí en mi nube.*
21. *La Bolera.*
22. *Apendicitis.*
23. *Adiós.*
24. *¿Y ahora?*
25. *Los pobres y...*
26. *¿Contadores?*
27. *Don Jesús*
28. *¡Ya!*
29. *Y "botones"*
30. *¿Contadores?*
31. *La Caja.*
32. *A Madrid.*

33. *Dro.*
34. *Fichas.*
35. *Color caña.*
36. *Cristina.*
37. *Vitaliano*
38. *Alemañy*
39. *El ratón*
40. *Con los Tragos*
41. *El puente la gorda.*
- 42 *Escarceos*
- 43 *Valentín*
- 44 *¿Y si no quiere?*
45. *La corbata*
- 46 *¿por fin?*
- 47 *El festival*
- 48 *Y, ¿ahora?*
- 49 *¿Porqué no...?*
- 50 *¡aquí estamos!*
- 51 *¡primer asalto!*
- 52 *La carta*
- 53 *¿el cuento de la lec... ?*
- 54 *Juan Pedro...*
- 55 *¡Cantala...!*
- 56 *mira a ver, anda...*
- 57 *Pues...*
- 58 *...y mientras...?*
- 59 *Adiós, adiós.*
- 60 *¡A la m....*
- 61 *La resaca.*
- 62 *inevitable.*
- 63 *¡Si, j...*
- 64 *¿mas música...?*
- 65 *La Banda*
- 66 *bueno, pues...*

67 *no, no, quita...*

68 *¿entonces?*

69 *¿clases de que?*

70 *Si te sacas unas p...*

71 *Isi, ¿has oído?*

El barrio de las Casas Baratas. 2ª parte

"Hoy y aquí...somos"



Pontevedra- Agosto 1974

A mi mujer y mis hijas, Febrero 1996

1. Riópar...

El agua estaba fría como el hielo y transparente como el cristal. Aunque no era muy caudaloso el río Mundo era ideal para la pesca de la trucha común.

Tenía correntales que, cuando estaban de picar la mosca amarillo-limón y la cucharilla blanca con pintas rojas hacía verdaderos estragos; y grandes pozas en las que, con lombriz y buenas dosis de paciencia, se sacaban algunos de los grandes ejemplares con que, de tarde en tarde, el río obsequiaba a sus incondicionales visitantes.

Había ido con Paco Alemañy y Antonio Yébenes. Yébenes era un amigo, alto como un pino, que tenía devoción por el baloncesto y una gran afición a la pesca, al que conocí haciendo la mili en el Gobierno Militar. Él fue quien me descubrió los libros de "Las Aventuras de Astérix", con los que pasábamos entretenidos las interminables horas de los días en que nos tocaba guardia.

El sol de mediodía caía a plomo sobre el río, encajonado entre montañas, y el calor era insoportable. Aquel domingo de Julio apretaba con ganas y, cansados de patear el río durante toda la mañana, intentando engañar a las pintonas, sin conseguirlo, decidimos comer a la sombra de las grandes plataneras que había junto a las ruinas de las Fábricas de Riópar, frente al Laminador.

—¿Entonces, Isidro, te vas a quedar el viernes? —me preguntó Paco envidioso.

—Sí. He pedido cinco días de permiso en la Caja y voy a disfrutar pescando. Ya no hace falta que vengáis más a pescar aquí, no voy a dejar ni una.

—Bueno, pues luego lo intentas en la poza de abajo, junto a la mimbrera, que allí se me ha soltado una buena galafata.

—Ya te la llevaré el viernes para que la veas.

—¿Y tú, Antonio, quieres que le dé recuerdos a alguna de tu parte?

—Sí, a los toros.

Aquella mañana, entre dos luces, cuando empezábamos a pescar, habían bajado los toros a beber al río. Antonio oyó ruido y se volvió y, cuando vio a su espalda al animal, a escasos tres metros, se lió a gritar, tiró la caña y cruzó el río en dos zancadas. El decía que no se había asustado, pero estuvo más blanco que la cera un buen rato.

—Pues nosotros comemos y nos vamos, ¿eh Antoñín? —dijo Paco.

—Sí, que a las siete juega el Real Madrid y la Juventus.

Tras la comida, nos echamos un cigarro y, después de una breve, pero reconfortante siesta, a la sombra de las plataneras, cogieron sus bártulos y se fueron. Vi, sin mucha pena, como el catorce treinta, marrón, de Paco se perdía en las primeras curvas de la carretera, camino de Albacete.

—Tienes para ti cinco días de sierra, río y truchas, ¿qué más puedes pedir, zamarro? —me había dicho Paco—, mientras ponía en marcha su flamante coche, ¡aprovéchalos! Y deja alguna para otro día, ¡no me jodas!

No sé si picaba más el sol o los mosquitos. ¡La madre que los parió! Espera que se hagan las siete de la tarde y verás..., te van a poner como un cristo.

Me levanté y cogí río abajo con la caña y la mosca. El calor era insoportable. Al llegar a la poza de abajo, donde el color verde oscuro del agua, decía que habría por lo menos tres metros de profundidad. Dejé la caña, con cuidado sobre los juncos, me desnudé y me metí en el agua.

—¡Dios, está que muerde! Es igual, si muerde ya soltará. ¡Qué maravilla, pasada la primera impresión!

Me tiré lo menos media hora dentro, recordando la balsa de la Huerta del Obispo. No se oía ni un alma. Solo, de vez en cuando, el toc-toc de un pájaro carpintero y su ¡¡Güili-güili-güili!!! chillón.

Cuando me hinché de agua, salí, me sequé un poco con la camisa y me vestí. ¡Nuevo!, ¡Me he quedado nuevo!. ¡Ahora veréis, queridas!

Puse una cucharilla, "meps", blanca, del dos, con pintas rojas y cogí aguas abajo pescando. Solo clavé una mediana que se soltó.

Cuando calculé que, volviéndome entonces, estaría al atardecer en el Laminador, di la vuelta.

Saludé a la araña, grande y verde, que tenía su tela en los juncos de la orilla y me crucé, lo menos tres veces, con el pájaro negro que, incansable, echaba mas viajes a por comida para los pollos de su nidada, que un tren de mercancías. Al atardecer, en el Laminador.

Era un anchurón en el río detrás de la compuerta de regulación del caudal, donde el agua reía. Tenía más de diez metros de anchura y un metro de profundidad. Si les daba por comer, esa era la hora y el sitio.

Cambié el aparejo a mosca y puse una amarillo-limón, volante; una falangista flotante y de ahogada una negra.

Una culebra de agua, de más de un metro, se me adelantó y vi como se llevaba una trucha palmera, que enseñaba su panza plateada, cuando trataba de zafarse de la bicha.

—¡Será borde! ¡Nada, qué se la lleva!

No se hicieron de rogar. Luego a luego empezaron a mosquear y aquello se convirtió en un festival.

Un lance; una trucha, otro lance, se enganchan dos y saco una. El tiro de moscas se hace un "burullo", casi no se ve, pero y qué más da; si se van a comer hasta la bolla, otro lance. ¡Ojo, ésta es grande!; total diez truchas pintonas y palmeras, una de ellas de más de medio kilo, con sus pintas negras y rojas. Ya no se ve; les daba un beso en el morro, según el rito de la "Peña deportiva de pescadores El zompazo", a la que me sentía orgulloso de pertenecer, y al bolso.

Ya oscurecido, sin prisas, caminico adelante, a la Venta de Abdón, donde había cogido habitación para cinco días. Arriba, un manto de estrellas me guiñaban los ojos queriéndome decir. ¡Vaya día, Isidro, no te verás en otro!

La Venta de Abdón, era una casa de huéspedes, a quinientos metros de las primeras casas del pueblo de Riópar. El dueño y su mujer hacían de comer y atendían el bar, que estaba en la planta baja. Comida casera y una cama limpia, completaban la oferta turística para gente que, como yo, quería pasar unos días viendo monte y río, pescar o leer y dar largos paseos que servían para hacer, además de necesaria, mas apetitosa la sabrosa comida que preparaban.

—Buenas noches Juan, aquí le traigo la pesquera de hoy. Haga usted el favor de meterla en la cámara, a ver si puedo juntar cuatro o cinco docenas de truchas que merezcan la pena, para cuando me vaya.

—¡Odo!, que hermosura. No hace falta preguntar si hoy estaban de picar, ¿le voy preparando la cena?

—Si hace el favor. Voy a dejar los bártulos en la habitación y a lavarme un poco y ahora bajo.

—Un huevo frito con patatas y un par de chuletas, ¿no?

—¡Apaña!

La habitación era pequeña, pero limpia. Las paredes, recién encaladas, le daban amplitud. Junto a la cama de cuerpo y medio, una mesita de noche, algo destartalada, y sobre el cabecero un crucifijo. Una ventana al este y en la otra pared un cuadro del año de Maricastaña, con frutas, ajos, una botella de vino y una perdiz muerta, hacían compañía a una escopeta de perrillos y un par de cartuchos de la Unión Española de Explosivos. Del techo colgaba una bombilla, pelada, que no lucía más allá de las diez de la noche, hora en que cortaban la luz.

Era lo necesario para alguien que, como a mí, le gustara el campo; más hubiera sido un lujo.

Bajé y atacué el huevo frito con patatas y chuletas. Estaba delicioso. Un vaso de vino tinto, casi negro y una pera de postre. Camino de la calle encendí un cigarro.

—Estaba buenísimo, Juan.

—Ná, Isidro, pero si es un huevo frito con patatas, tampoco es para tanto.

—Sí, pero hay que saber hacerlo. Voy a pasear un rato para bajar la cena.

—Muy bien, debajo del emparrado corre el aire y se está divinamente.

Afuera estaba más negro que la boca de un lobo, pero estaba acostumbrado a esa sensación tan hermosa cuando, después de unos instantes, las pupilas se dilatan y te acostumbras a la oscuridad. Se podía ver, con la luz de las estrellas y el resplandor de la luna llena, casi como si fuera de día.

En el cielo, raso como "ojo grillo", destacaba el lucero blanco y gordo como la pechuga de un palomo que durmiera en el pico de un tejado. De música de fondo el río, que estaba cantarín y un mochuelo que en la rama seca de algún chopo llamaba a su pareja.

¡Dios que grande eres! ¡Qué maravillas has hecho para que los hombres las disfruten!.
¡Gracias por este ratico!

Andando despacio eché carretera abajo en dirección contraria al pueblo y me senté en un mojón de la carretera.

—Hola, Isi.

—Hola, Dro, ya te echaba de menos.

—Sabes que, cuando hay gente, o andas entretenido, no me gusta molestar.

—No digas eso. Sabes que pasamos buenos ratos hablando de nuestras cosas mientras pescamos con lombriz en las pozas y la mirada se pierde viendo como navega el corcho.

—Sí, ¿y los sustos que nos da cuando se hunde y el hilo se tensa y corre? Tú te ríes, pero algún día se nos sale el corazón de la caja.

—Anda, pero si te gusta.

—Ya, pero...

—Oye, ¿qué vas a hacer? tienes cinco días para decidirte, es lo que acordamos ¿no?

—Sí.

—¿Te acuerdas de ella?

—¡Ná, que si me acuerdo! Todo el día la estoy viendo, delante de mí, con sus ojos pequeños y pardos. No sabía que se pudiera reír con los ojos, Dro.

—Ni yo, hasta ahora. A mí lo que más me gusta es que son tan limpios que parecen transparentes. Es como si hablara con ellos y te preguntara: ¿Quién eres? o ¿Qué quieres de mí?

—¿Y la boca? Es pequeña y jugosa... y sonrío a todas horas.

—¿Y el tipo que tiene?, que piernas más bonitas y que..., bueno mejor me callo.

—Sí, anda, cállate.

En el cielo, el lucero se estremecía. Ya no se oía al mochuelo en los chopos, seguro que ha acudido la hembra.

—Oye, Isi, ¿te acuerdas cuando cortaste las clases el cachondeo que se armó? Todas sus amigas sabían que era porque querías salir con ella y no sabías como decírselo. Te pusiste colorado como un tejo y empezaron a reírse, ¿y cuando la llamaste al trabajo para ver si quería ir con sus amigas al Parador, con Paco y contigo, para celebrar que tu amigo se había comprado el catorce-treinta?, casi no te salía la voz del cuerpo.

—El día del Parador me lo pasé pipa. Cuando me enseñó la pluma estilográfica, esa tan grande, yo no paraba de reír; y cuando me dijo que me la regalaba, oí otra vez la Voz, se me puso la carne de gallina.

—Y a mí. Yo también la oí. Es algo emocionante, ¿verdad?

—Ya lo creo... ¿y lo del charco?, ¿te acuerdas de lo del charco?. No se me olvidará en la vida. Menuda escena. Había llovido a cántaros y la calle de Caritas estaba de agua hasta los trenques, tú, allí, con la mano extendida, diciéndole que si la ayudabas a cruzarlo, y ella... "No, déjalo, si puedo yo sola." ¡Para mí que no se fiaba!

—Sí, pero cuando oí música celestial fue el otro día, cuando volvíamos de bailar de la Caseta de los Jardinillos, al llegar al jardín del Santo Ángel, ¡no he pasado más miedo en mi vida!

—Es que, ahí, nos la jugábamos.

—Lo venía pensando todo el camino. "En cuanto me atreva le cojo la mano." Fue como si hubiera tocado el cielo con la punta de los dedos. Estaba temblando pero, al mismo tiempo, lo deseaba con toda mi alma, ¡zas, ya está!, y que sea lo que Dios quiera. Si llega a retirar la mano, me da algo.

—Pero no hizo nada, Isi. Solo te miró, se puso colorada, sonrió y siguió con la mano cogida. ¡Ah!..., y ella también temblaba, ¿eh?, ¿te diste cuenta?

—Sí. ¡Dios, yo creí que me moría de gusto! ¿Tú crees que le gustamos?

—Yo creo que sí, por lo menos un poquito.

—Me da miedo tanta felicidad, Dro. Si sale mal...

—Pero, Isi, esta vez hemos oído la voz y, además los dos. Hazme caso, no seas cobarde, alguien ha atado allá arriba algo. Si él ha hecho su parte, hagamos nosotros la nuestra. ¡AHÍ ESTÁ, MUCHACHO, ESA ES LA TUYA!

—¿Tú crees que le gustarán las rosas?

—Seguro. Cuando reciba, cada día, media docena, ¡y rojas!...ja, ja,...

—¿De qué te ríes?

—Pues de que creo que estamos perdiendo el tiempo, me parece que no hay mucho que pensar.

—¿....?

—Sí. ¿No te das cuenta? Desde el momento que pensaste en enviarle las rosas, ya lo habías decidido. Me alegro, Isi, de verdad que me alegro, porque a mí también me gusta; nos gusta a los dos. ¡Ahí está muchacho, ésa es la nuestra!

Me acuerdo, como si fuera ahora mismo. Empecé a reír, con una risa contagiosa, que no podía detener. De pronto me quedé serio.

—¿Qué pasa, Isi?-Dro me miró asustado.

—¿Te imaginas si alguien nos viera, a las doce de la noche, en medio del monte, junto a la carretera, riendo a destajo y hablando solo; pensaría que estoy loco? ¡Ja, ja, ja!... y Dro empezó a reír.

—No. Y de pronto se puso serio. Se daría cuenta de que, por fin, has encontrado con quien compartir tu mundo y que estás enamorado.

—Pero Dro, ¿y si ella no quiere?

Se puso más serio que un badil y, mirándome fijamente a los ojos me dijo:

—Mira, muchacho, esos mundos de los que tanto me has hablado, existen. Yo sé que nunca has creído en el matrimonio. Es difícil, no digo que no, pero estás lleno de amor, de ternura, de comprensión y de respeto y, —aquí hizo un gesto, como si fuera a torear, ¡con dos cojones!, puedes conseguir ser todo lo feliz que se puede ser en este mundo. Ella es como tú y tiene mucho que compartir contigo. Si por cobarde la pierdes, ni yo ni la voz te lo perdonaremos nunca.

Arriba, el lucero titilaba dándole la razón. Cuando me quise dar cuenta estaba abrazado a él, llorando.

—Te prometo que lo voy a intentar con todas mis fuerzas; por mí no va a quedar.

2. ¡Dios, Dro!

—Delegación de Hacienda, ¿dígame?

—Buenos días, ¿me pone con Hortensia, por favor?

—Le paso.

—Gracias.

—¡Hola!, soy Isidro.

—Te había conocido. Tu voz es inconfundible. ¿Te lo estás pasando bien?. Oye te oigo muy bien, parece como si estuvieras aquí al lado.

—Sí, verás..., es que estoy aquí al lado, justo en la Cafetería de Bristol.

—¡Aquí! Pero si es miércoles. ¿Es qué pasa algo?

—No, verás; es que quiero hablar contigo. ¿Has salido ya a desayunar?

—No, todavía no.

—¿Quieres que desayunemos juntos?

—Sí, espérame que voy para allá

—Vale, hasta ahora.

El local estaba hasta arriba. Era la hora del desayuno y la gente que trabajaba en los alrededores iba a tomar un "tentempié" hasta la hora de comer.

Algunos curiosos se me quedaban mirando. ¿Es que nunca habían visto a alguien que venía de pescar?. ¿Pues entonces qué? El hecho de que fuera vestido de campo, con la caña en la funda y la cesta y el gorro y las botas de goma en la mano, a las once de la mañana, un día laborable, en una céntrica cafetería, tampoco era para tanto, ¡vamos, digo yo!

—De todas formas, Dro, creo que ha sido un acierto regalarle las truchas a Juan, el mesonero de la Venta de Abdón, porque si no...

—¿Qué?

—Pues que, además de mirar, olerían.

—Ya. Mira, ahí está.

Llevaba puesto el vestido blanco. El mismo que estrenó el día que fuimos a bailar a la Caseta y, al salir, le cogí la mano. Solo de acordarme se me ponía la carne de gallina y me entraba una cosa. Estaba preciosa, tan morena...

—¡Hola!, sonrió —siempre sonreía. ¿Qué pasa?, no te esperaba hasta el viernes.

—Pues que tenía que hablar contigo y... vamos, que no podía esperar.

—¿Cómo se te ha dado la pesca?

—Bien.

—¡Venga, Isi, díselo! ¿Has visto sus ojos, parece como si tuviera dentro lucecicas?, solo con mirar los tuyos puede saber lo que piensas.

—Estás preciosa —se ruborizó—. Verás..., es que quiero pedirte que salgamos juntos.

—Ya estamos saliendo ¿no?

—Sí, pero, hasta ahora, ha sido de una manera informal, un día sí, otro no, en fin...lo que yo quiero... (y me puse como la grana), es que seas mi novia. ¡Ya está dicho! Dro! si se hunde el mundo, que se hunda.

—¿Has visto, Isi, se ha puesto colorada y aunque trata de aparentar estar tranquila se le ha agitado la respiración, has visto como se le han iluminado los ojos y le aletea la nariz?

—Bueno..., me parece bien. Sí.

—¡Dios, Dro, ha dicho que sí!

Fue como si la gente que había en la cafetería se hubiera puesto de acuerdo para marcharse todos a una. No veía a nadie, solo a ella. Solo aquellas lucecitas en sus ojos, pardos, que me invitaban a entrar en su vida." Pasa y mira como soy y lo que hay dentro de mí. Ven, sígueme..., mira a través de mis ojos y te dejaré entrar en mis sueños, en mi mundo... Solo te pido que, a cambio, te muestres como eres y que, por favor no me hagas daño".

Le cogí la mano con toda la ternura de que era capaz y sentí un temblor que estremeció todo mi cuerpo.

—¿Quieres un café con leche?

—Sí.

—¿Y una tostada?

—Bueno.

3. Sueña conmigo...

Salíamos todas las tardes. Dábamos largos paseos, cogidos de la mano, conversando. Cuando ya estábamos reventados de andar, entrábamos en una cafetería, nos sentábamos en un lugar apartado, pedíamos un café con leche y seguíamos hablando hasta la hora de la cena. Después la acompañaba a su casa. Allí, en la puerta, pasábamos un buen rato hablando. Yo no sé si sería normal, pero la verdad es que no encontrábamos el momento de despedirnos.

—¿Cómo estás?

—Cansada ¿y tú?

—Hecho mistos y no es para menos. Nos hemos pegado tres horas andando, parecemos "el correcaminos".

—¿A ver que dice ahora tu padre?

—No creo que diga nada, es muy prudente.

—También es casualidad, ¿no?. Justo cuando pasábamos por la puerta del Aero-Club, cogidos de la mano, la puerta que se abre y sale tu padre. Yo no sabía si soltarte la mano o seguir así. Al final, lo único que he notado es que me ardía la cara y me he dicho: "pues un día tenía que ser el primero."

—¡Pues anda que yo! Un color se me iba y otro se me venía, pero he pensado lo mismo", de todas maneras se tiene que enterar, así es que. "Me gusta que haya visto que no nos escondemos. Yo creo que se ha puesto colorado hasta él, aunque ha estado a la altura de las circunstancias; se ha limitado a decir: "Buenas tardes" y ha continuado como si nada. No te preocupes, no dirá nada, ya lo verás.

—Si quieres, paso y hablo con él.

—No, no (y se reía). Anda vete que vas a llegar tarde al ensayo y luego tus compañeros me van a echar a mí la culpa.

—Bueno, me voy. No olvides que el domingo estamos invitados a la boda de mi compañero Juan Morcillo; como he sido su testigo en el Juzgado. Es en la Iglesia de los Protestantes, ahí al lado, ¿te importa?

—No. ¿Pero nos han invitado a los dos?

—Sí, claro, si no vienes tú yo tampoco voy. Otra cosa, mañana por la mañana, si quieres te espero en la esquina a las ocho menos cuarto y te acompaño hasta el trabajo y luego, al salir, a las tres, nos venimos juntos para la casa.

—Vale, allí estaré, sueña conmigo.

—Hasta mañana.

No hacía falta que me dijera que soñara con ella, yo ya vivía en un sueño.

—¡Dios, Dro, que deprisa pasa el tiempo!, si apenas hace un momento que he venido a recogerla a la puerta de su casa y ya es la hora de cenar. Estando con ella se me pasa la tarde en un suspiro, me emborracho mirándola a los ojos y cuando sonrío es tan...tan...

—¡Tan qué!

—No sé, tan así... me gusta estar con ella y hablar y pasear y que me cuente cosas de cuando quería ir a Inglaterra a trabajar y aprender inglés y de su viaje a Francia, en el sesenta y ocho... y cogerle la mano y..., no sé, es tan natural.

—¿Quién te lo iba a decir, Isi? y aquí al lado de tu casa que vivía, en el barrio.

—Ná, si yo he jugado muchas veces con sus hermanos, de chiquillo, y he pasado montones de veces por la puerta de su casa cazando pájaros con el tirachinas, en las acacias. ¿Dónde estaría ella entonces?

—Jugando con las muñecas, me imagino.

—¿Y cuándo estudiaba?

—Donde tú, en el Instituto. Dos cursos detrás de ti. Lo que pasa es que a ella, eso de la música no le llama la atención y menos lo de los conjuntos y las fans y lo de las fotos.

—¿Te das cuenta, Dro, ya no bebo?

—Ni sueltas tacos, ni estás continuamente cabreado, ni escribes poesías macabras. ¡Anda, aligera el paso que a las diez y media tienes ensayo y son y cuarto! y aún tienes que pasar por casa a coger el bocadillo.

—¿Estás contento de haberla conocido?

—Te contestaré con otra pregunta. ¿Cuándo me habías visto feliz como ahora?

—Nunca.

4. ... de boda.

La iglesia era pequeña y limpia y estaba adornada con muchas flores.

Me extrañó no ver imágenes de santos ni de Cristo crucificado. Sólo una gran cruz de madera y unos versículos de la Biblia, escritos en las paredes, desnudas, decían que aquel lugar era un templo. Lo que si había era gente, mucha gente y hacía calor, mucho calor.

Estábamos en la puerta, esperando a que salieran los novios para felicitarles, cuando Hortensia se llevó las manos a los ojos y empezó a llorar.

—¿Qué te pasa, Hortensia! —le pregunté asustado.

—¡Que no puedo ver y me duelen mucho los ojos!

—Pero, ¿te ha pasado antes?

—No. Creo que es de las lentillas. No te preocupes, seguro que enseguida se me pasa.

—¿Y si no se te pasa? ¡Venga, vámonos al médico!

—Tenemos que ir primero a casa, a por la cartilla del Seguro.

—Pues vamos. A mí la camisa no me llegaba al cuerpo.

—No te preocupes que no es nada, ya verás como en seguida se me pasa.

A paso ligero, llegamos a su casa y cogimos la dichosa cartilla del Seguro y, en un pis-pas, estábamos en el Ambulatorio de la Seguridad Social delante del médico de guardia, que era Vietnamita, y de su ayudante.

Después de reconocerla se dirigió a nosotros en un perfecto castellano.

—Nada, no se preocupe. Son las lentillas, que no está acostumbrada a llevarlas y le han producido una conjuntivitis. Le vamos a poner un colirio, para que le descansen los ojos y si no le importa, (refiriéndose a mí) salga de la habitación, una inyección... Es un relajante muscular, para que se le pase el dolor.

—No. Yo me quedo —y me hice el tonto.

—Es que vamos a ponerle una inyección.

—Es igual. En todo caso me doy la vuelta. Soy su novio y no me la dejo con estos dos pajarracos, aquí sola, porque no me da la gana. ¡Ea!.

—Buenas noches, aquí traigo a su hija.

—Hola, buenas noches. ¿Qué pasa? Pasad, pasad.

—Nada, mamá, no te preocupes.

—Pues nada —tercié yo—, que de las lentillas, le ha dado una conjuntivitis, hemos ido al médico, le ha mandado unas gotas y le han puesto una inyección. ¡Buenas noches, D. Pedro!. Dice que se le pasará pronto, que no es nada y no he querido que subiera sola a casa, más que nada por si no estaban ustedes. Bueno, ya me marchó. De nada, buenas noches.

—Espera, Isidro, que te acompañe a la puerta.

—Déjalo, no te preocupes, y ponte las gotas. Yo, mañana a las ocho menos cuarto te espero en la esquina. Me has dado un susto de muerte.

—Lo siento, pero es que me dolían mucho los ojos. Gracias. Mañana te espero, no faltes ¿eh? y...sueña conmigo.

—Adiós Hortensia.

—Hasta mañana, Isidro.

No terminaría ahí la conversación. Luego llegaría a casa, que estaba al volver la esquina y como todas las noches, después de despedirnos en su puerta, la llamaría por teléfono y hablaríamos media hora larga entre cuchicheos, hasta que uno de los dos oyera a alguien de la casa decir. ¡Qué se va a hacer rica la Telefónica!

5. Hoy y aquí... somos.

"La Banda" funcionaba. No es que fuera una del otro mundo, pero sonaba bien. Hacíamos música de baile con las canciones que se oían por la radio cada día y a la gente le gustaba. La prueba era que cuando tocábamos por primera vez en un pueblo, volvían a llamarnos.

Al final, el amplificador que me habían prestado, y que llevaba más mili que "Casorro", dio un trueno y tuve que ir a Valencia a comprar un "Tenoxy", que iba pagando con el dinero de las actuaciones.

Me sentía a gusto en el grupo. La trompeta de "El Boti", el clarinete de Juanito y el sonido inconfundible del Hadmon de "Morati", nuestro último fichaje, lo hacía compacto. La premier de Paquito "El Mada" sonaba segura y Luis y yo hacíamos el resto con la guitarra, el bajo y los coros. Para Rodolfo, sus glorias, nunca había cantado tan bien arropado de música y voces, ni yo tampoco.

Algunos sábados, cuando no había actuación, organizábamos una cena con mujeres y novias incluidas. Solíamos ir a las "Mariquillas", un merendero junto al río Júcar, que estaba a diez o doce kilómetros de la ciudad. Hacían un conejo al ajillo, o con tomate que estaba para chuparse los dedos. Allí, entre bromas, chistes y burrerías, pasábamos ratos verdaderamente agradables. Luego, después de la cena, en el seiscientos de Luis, volvíamos a casa.

Cuando empecé a salir con Hortensia la presenté a la gente del grupo. Enseguida hizo amistad con todos, pero especialmente con Mari Carmen, la de Luis, con quienes solíamos vernos, además, algún día entre semana para pasear y charlar.

Aquel verano del setenta y dos estaba siendo para mí el más feliz de mi vida desde que, con mi primo Andrés y El sepia, iba a bañarme a la balsa de la Huerta del Obispo y a coger cangrejos al Palo.

Habían sido muchas cosas buenas en un solo año. Conocer a Luis, volver a la música, hacer las paces con Dro, y sentirme a gusto con la gente de la Banda, pero sobre todo, sobre todas las cosas, conocer a Hortensia, una muchacha alta, delgada y bonita, de pelo castaño, casi rojizo, con los ojos pardos como las plumas de un gorrión, que atravesaban al mirar y que había vivido siempre al lado de mi casa en el Barrio de las Casas Baratas.

Ahora, sentada a mi lado en la cafetería, como todas las tardes, me sonreía desde sus veintidós años. Pasábamos las horas muertas hablando y riendo. Me mostraba su mundo y trataba de conocer el mío y yo estaba enamorado y feliz.

—¿Te gustan los anillos?

Se quitó el suyo del dedo y miró la inscripción. Habíamos pasado una tarde entera dándole vueltas a lo que escribíamos dentro.

—¡Me encanta! Cada día que lo miremos dirá lo mismo —y leyó pausadamente—. "Hoy y aquí...somos". Siempre seremos, ¿verdad, Isidro?. Y me miró con una mirada penetrante, dulce y tierna.

—Siempre. Pase lo que pase y estemos donde estemos, seremos como ahora mismo. Te quiero.

—Y yo, Isidro, más que a nada en el mundo. Y nos besamos.

Volvíamos a casa a paso ligero. Todavía me temblaban las piernas y un hormiguillo me recorría el cuerpo cuando me acordaba y me hacía reír. Era nuestro primer beso. Estábamos rojos

como la grana y reíamos por todo. No sabíamos ni besar, pero era igual, aprenderíamos juntos. No sabía ni la hora que era, aunque debía ser tarde. Estaba raso como "ojo grillo", lo mismo que aquella noche en Riópar, cuando el mochuelo llamaba a la hembra, parado en la rama seca de un chopo y el río cantaba y el lucero, blanco y gordo, como la pechuga de un palomo que durmiera en el pico del tejado de la Venta de Abdón, nos miraba y me guiñaba un ojo mientras me decía." ¡Qué suerte tienes, Isidro, no te verás en otra mejor!

6. *El piso de Luis.*

—Pues está muy bien el piso, Luis.

—Hombre, Isidro, a mi me lo parece. Cuidado con ese tablón. ¡Eh, morenas tened cuidado al subir que en la escalera hay un agujero!. Claro, como está todo a medio.

—Sí, pero tiene muy buena pinta y el precio no es malo. Quinientas treinta y cinco mil. ¿Oye, hay alguno más sin vender?

—Creo que un tercero.

Habíamos subido a la casa dando traspiés. Las mujeres se habían quedado rezagadas y venían curioseando en los otros pisos. Estaban empezando a tabicar y ya se veía lo que pronto sería del piso de Luis y Mari Carmen.

—¿Te hace ilusión, Lobo?

—¡Claro!. Fíjate, tener tu casica, con tu cocinica y tu salón y eso. La verdad es que estamos locos de contentos. Cuesta mucho dinero, pero gracias a que entré en la Caja, con el préstamo de Vivienda y lo que tenemos ahorrado de la música, si no...

Se oía la voz de la Mari Carmen, explicándole a Hortensia." Y esto es la cocina, y aquí hay una puerta que da al salón...

—¿Y cuándo pensáis casaros?—le preguntó Hortensia.

—Pues para Junio del año que viene. A ver si, mientras lo terminan de construir, podemos ahorrar algo más y...

—Están muy bien estos pisos, Coqui, ¿quieres que nos compremos uno?

—Tú estás loco, Isidro. No tenemos una perra y además, aún es pronto ¿no?

—¿Pronto?, ¡qué va! Si quieres lo compramos y para el año que viene, cuando los lobos, nos casamos.

—Venga Horten —terció el Lobo—, ¡ánimate!

—Si estoy animada, pero de dinero...

Cuando oscurecía, tentando más que viendo, llenos de yeso, bajamos dando trompicones, hasta la calle. Nos despedimos de los Lobos - como les decíamos- y paseando, cogimos camino al Barrio.

—¿Te imaginas, Coqui, cuando tengamos nuestra casica?

—Ya lo creo. A veces pienso como será. Seguro que hemos pasado un montón de veces, por la puerta, con los paseos que nos damos. Las paredes serán blancas ¿a ti te gustan las paredes blancas?

—Me chiflan. A ser posible encaladas y con pocos muebles, cuando hay muchos me agobian.

—Aunque sea pequeña. Me gustaría que fuera nueva, pero si es vieja tampoco pasa nada, la tiramos por dentro y la hacemos nueva. Pondremos visillos finos, para que entre bien la luz y que se vea el cielo, la luz me encanta.

—Y a mí; y si tuviera patio, como los chalets, entonces ya...¡la repera! ¿Quieres que vayamos a ver casas?

—Pero Isidro. Si acabamos de conocernos, si apenas llevamos saliendo juntos seis meses.

—¿Y qué?. Nos queremos y todo el tiempo que estemos sin vivir juntos, pues eso que nos perdemos, ¿tú me quieres?

—Más que a nada en el mundo. ¿Y tú?

—¡A morir! —y nos besamos.

—Estás loco —se reía—. Eres un trasto. En fin, todo llegará. ¿Sabes lo que podíamos hacer?, abrir una cartilla en la Caja Postal y empezar a guardar dinero, con lo de la música y algo de la paga.

—Sí. Ahora que ya he terminado de pagar el amplificador, podíamos juntar unas perricas. La paga la doy entera en casa, dice mi madre que hace falta, bueno, algo me da, de vez en cuando, aunque no mucho.

—Y de gastar por las tardes, nada, a pasear. Yo además tengo algún dinero en la cartilla del Banco Bilbao. ¿Te imaginas, Isidro, cuando tengamos nuestra casa y podamos volver a la hora que queramos, aunque sean más de las diez?

—¿Y durmamos juntos y amanezcamos juntos? - le decía yo con una sonrisa picarona.

—¡Ay, sí!

—Y aprendamos, juntos, a amarnos, como hemos aprendido a besar.

—Te quiero mucho, Trasto

—Y yo a ti, Coqui

¡Venga, date prisa, que son las diez y voy a llegar tarde a casa!

—¿Ves?, si estuviéramos casados podríamos llegar a la hora que quisiéramos.

—Prometo que cuando nos casemos vamos a llegar todos los días tarde a casa, claro que a lo mejor lo que no queremos es salir, y se puso como la grana. ¡Anda, venga, date prisa! que nos liamos a soñar y soñar y se me va la cabeza.

Llegaríamos, como siempre, tarde y en la puerta de su casa, a oscuras, nos besaríamos apasionadamente y disfrutaríamos haciendo más planes para el día de mañana, hasta que oyéramos abrirse la puerta del portal y su padre carraspeará antes de dar la luz para no pillarnos de improviso. Entonces, con un último beso y un...¡muchacho estate quieto, que viene mi padre!. Buenas noches, Pedro.

—Hasta mañana, Hortensia, te espero mañana en la esquina.

—Adiós, Isidro, sueña conmigo.

Salía corriendo, daba la vuelta a la esquina y cuando abría la puerta de casa de mis padres, sonaría el teléfono.

—Es para mí, que no lo coja nadie, y pasaría otra media hora hablando y soñando, hasta que se oyera la temida frase. ¡Qué se va a hacer rica la Telefónica!.

—¡Muchacho, cuelga!

—No, cuelga tú primero.

—Pues no cuelgo.

—Que viene mi madre. Adiós, Trasto.

—Adiós, Coqui.

.....????????????????

—¡Muchacho cuelga!

—No, cuelga tú primero

—Bueno, los dos a la vez

—Vale.

—Una, dos.

—¡Y tres!

7. Trabajo.

—Isidro, ha estado aquí Pepe López, el Inspector, mientras estabas desayunando y dice que esto no puede ser, que aquí hay papeles del "año el cólera" y que tenemos que poner esto al día cuanto antes.

—¿Y qué quiere que hagamos?, que vengamos a trabajar los sábados y domingos. ¡Joder, Paco más de lo que hacemos no podemos hacer!

—Ya lo sé. A mí me lo vas a contar. Ya estuvimos hablando con Vitaliano y le dijimos como estaba el material. ¿No quedamos en que iban a mandar un tío?

—Sí, y dos sobrinos. ¡Ná!, lo de siempre, venga inspecciones, venga asustarnos, pero soluciones ninguna. ¡Qué les den morcilla!, nosotros vamos a hacer lo que podamos y ya está.

—Me voy yo ahora a tomar un bocado.

—Vale, Paco.

El negociado de Valores era complicado, porque había que tocar mil palillos; que si paga dividiendo la Telefónica, que si empieza la ampliación de capital de Hidrola, que si el Banco Central anuncia Junta de Accionistas... y todo había que comunicarlo a clientes, y además en su fecha, todo se hacía a mano y se llevaba, como no, en fichas. ¿Te acuerdas, Guillen?

Lo cierto es que trabajábamos como burros y no había manera de poner aquello al día. Antes, cuando no teníamos que tocar un domingo, me metía en el despacho el sábado por la mañana y salía el lunes a las tres. Lo hice en un par de ocasiones pero ahora, desde que salía con Hortensia, no estaba dispuesto a encerrarme sábados y domingos; bastante hacía yendo todas las tardes hasta las siete que quedaba con ella y nos íbamos a dar una vuelta, ¡bonico estuviera!.

8. La Mansión.

—Mirad muchachos, en mi pueblo hay un local que es de un primo mío. Si estáis de acuerdo le podíamos decir que nos lo alquilara y lo arreglábamos y hacíamos baile y así, en vez de estar tocando por los pueblos y haciendo un montón de kilómetros todos los fines de semana, con los trastos auestas, pues los sábados y domingos, a Pozo Cañada, que está a quince minutos de Albacete. Incluso podíamos ensayar y, en vez de venir yo, pues ibais vosotros. Además ganaríamos mas perras, porque en mi pueblo no hay más que un bailongo de mala muerte, el de Sainz, que ya lo conocéis porque hemos ido a tocar allí algunas veces. ¿Cómo lo veis?

Paquito "El Mada", además de ser un tío estupendo y un buen batería era un gran inventor y valía para los negocios. Había dado ideas a un señor de Santander que se dedicaba a eso de fabricar máquinas para cosas de panadería y bollería, que es a lo que se dedicaba su familia, y las había llevado a la práctica con mucho éxito.

Siempre estaba inventando algo y ahora nos proponía, a los del grupo, un negocio que no tenía mala pinta.

Lo de las actuaciones era agotador, sobre todo en verano. Cuando llegaban las fiestas de los pueblos, había épocas en que tocábamos, tarde y noche, durante cuatro o cinco días seguidos en el mismo sitio.

Si era un pueblo que quedaba cerca de casa no era todo lo malo. El problema era cuando íbamos a tocar a la provincia de Murcia o Alicante. Salíamos de trabajar de la Caja y ya nos estaba esperando el furgón en la puerta. Nos comíamos un bocadillo por el camino y ¡carretera y manta!. Al llegar, a montar el equipo y desde las siete de la tarde a las cinco de la mañana a tocar.

Al terminar, a recoger los cacharros, a cargar el furgón y para la casa. Llegábamos con el tiempo justo de ducharnos, aunque algunas veces ni eso, y a trabajar, y al salir de trabajar, vuelta el burro a la cebada y así durante Julio, Agosto y Septiembre, que eran las fiestas de los pueblos. Luego empezaba a flojear la cosa. Acabábamos hechos mistos. La garganta hecha polvo, los dedos como escobas y sin dormir.

A mí, que por entonces no conducía, no había quien me hiciera quedarme dormido en los viajes. Terminábamos de tocar, cargábamos y los compañeros del grupo se quedaban fritos en la parte de atrás del furgón, entre los cacharros, mientras me decían. "Isidro, vigila al conductor que no se duerma".

Me acuerdo una vez, viniendo de Monóvar, que conducía Morati, el del órgano, que clavaba las manos en el volante y me decía. " En esta recta me voy a echar un pestañeo, Isidro, cuando lleguemos a la curva me avisas." y yo, le metía un pellizco en la espalda y le decía. ¡Morati, que ya llegamos! ¡Muchacho, que nos salimos! y me contestaba. "He soñado con pañuelos de colores, a ver si viene otra recta y..." ¡Joder, aquello era jugarse la vida!.

Por eso, la propuesta del Mada, fue bien recibida. Aunque había que contar con las morenas, como decía Luis. A ver qué opinan, a nosotros nos hacía gozo no tener que andar siempre en la carretera.

De todas maneras poco podíamos perder, malo fuera que no sacáramos los gastos de arreglar el local. De paso, aquella noche, acordamos que no iríamos a tocar, entre semana, nada más que a aquellos sitios que fueran más cómodos. Eso supondría algo menos de dinero, pero lo ganaríamos en salud.

—¿A ti que te parece, Coqui?

—Yo lo veo muy bien. A mí eso de que estés siempre tirado en la carretera no me gusta. Además así podremos estar todos los domingos juntos.

—Lo que pasa es que si tocamos menos, la cartilla de ahorros también lo va a notar.

—Sí, pero por lo menos no me quedo con el corazón encogido cada vez que vas a despedirte de mí, que parece que te vas a la guerra y me quedo haciendo punto en mi casa, esperando que me llames y me digas que has llegado. Si te pasa algo, Trasto.

—Ná, no te preocupes, que no me pasará nada.

—Sí, pero no puedo evitar pensarlo, ya sabes que a mí lo de la música. Prefiero que estemos juntos, lo que pasa es que sé que a ti te gusta y..., pero el otro día dijeron en la tele que había habido no sé cuántos muertos, de cantantes y músicos de grupos, en accidentes de tráfico este verano y me pongo mala cada vez que lo pienso.

—Pues entonces está decidido, si a ti te parece bien y a la Mari Carmen también, nos metemos en lo de la sala de fiestas y descansamos de viajar y estamos más tiempo juntos, ¿eh?

—¡Ay, sí! Me hace mucha ilusión que no te vayas a tocar por ahí.

—Son las ocho, ¿quieres que vayamos al cine?

—Bueno, vamos a ver que echan y si nos gusta pasamos y si no, nos vamos a ver escaparates y a tomar un café con leche y a hablar.

Iríamos paseando y si había algo que mereciera la pena y que, por supuesto, no fuera de sangre y violencia, y si era de "faldamento largo y mucho amor", entonces cualquier película era buena.

Le encantaban las películas así y a mí me daba igual. Con tal de estar juntos. Apoyaría su cabeza en mi hombro, me cogería la mano y, de vez en cuando, me preguntaría si me gustaba y yo, en vez de contestarle, le diría lo preciosa que estaba y cuanto me gustaban sus ojos y que la quería, y ella se reiría y nos besaríamos y, luego, si salíamos temprano, despacio y paseando; y si se nos había hecho tarde, a paso ligero, llegaríamos a su casa y, entre arrumacos y promesas, nos despediríamos hasta dentro de diez minutos, que volveríamos a hablar por teléfono y luego hasta el día siguiente a las ocho menos cuarto, en la esquina.

Por mucho tiempo que estuviéramos juntos, nunca nos parecía bastante. ¡Chiquillo!, no nos aburríamos, ni nos cansábamos de hablar y de hacer planes. Siempre era muy pronto para despedirnos.

—¡Qué vitalidad, eh Dro?

—Tiene que ser así, Isi. Os estáis entrenando para vivir juntos algún día.

—Y, pero... ¿tú crees que esto es normal?

—¿Y a ti qué más te da que sea normal o no?, aunque yo creo que sí. Si queréis construir, para vosotros, un mundo que no sea tuyo ni suyo, si no de los dos y compartirlo, entonces sí es normal.

—¡Ah, entonces me apaña!

9. Fernando.

Teníamos que trabajar deprisa si queríamos abrir la sala en Navidades.

Todas las noches, desde hacía dos meses, a las diez, cuando dejaba a Hortensia en su casa, pasaba Luis a recogerme con su seiscientos gris. Cogíamos carretera adelante y a Pozo Cañada. Al llegar, con el Mada y Paco Morati, nos comeríamos un bocadillo en la sala y a trabajar.

Pasaríamos hasta la una o las dos de la mañana forrando con skay los taburetes que habíamos encargado a un carpintero del pueblo. Venga chinchetas, y dale que te pego a clavar, o a poner hieros de "T" colgados con alambre del techo, que tenía lo menos seis metros de altura, hasta dejarlo a dos setenta del suelo, para luego sentar las planchas de "porespan", o a pegar moqueta en las paredes, una lista roja, otra azul.

Hasta los domingos, nos íbamos temprano, con las novias y la comida y nos pasábamos todo el día trabajando. Mientras Mari Carmen, Hortensia y Mari Sol, la novia del Mada, hacían jersey y charlaban de sus cosas.

El escenario ya lo habían terminado los albañiles y había quedado muy hermoso. Tenía, lo menos, ocho por seis y de altura setenta centímetros, con piso de tapisón y escaleras de acceso laterales. Era lo último y, prácticamente la sala, estaba terminada.

El problema, según nos había dicho, era la licencia de apertura. Como nos habían advertido que los trámites eran lentos, habíamos solicitado los permisos al tiempo que comenzábamos las obras. Si después de tanto trabajar y pasar frío no nos los daban.

Pero nos los dieron y cuando llegó el día de la inauguración y aquello se llenó de gente para comerse las uvas y ver a "La Polaca", nos dimos cuenta de que, aunque ni nosotros lo creíamos, habíamos convertido, lo que tres meses antes era un almacén de trigo, en una Sala de Fiestas preciosa." LA MANSION".

—Buenas noches, Pedro, soy Isidro. Que vamos a hacer también sesión de noche, le llamo para que sepa que llegaremos más tarde, sí, sobre las dos o así. Sí, tendremos cuidado, no se preocupe, Gracias Pedro, adiós.

Estaba comprobado, si llamaba ella al cuarto de hora estaba allí su padre a recogerla, pero si llamaba yo, se quedaba. ¡Bueno, pues llamo yo!

Era marzo y desde las Navidades, que habíamos abierto, todos los domingos, a las cuatro y media o así, Luis y Mari Carmen, en su seiscientos gris, pasaban por casa de Hortensia a recogernos y ¡carretera y manta!, a Pozo Cañada. Allí nos juntábamos con el resto del grupo, preparábamos las entradas, cambio para la caja de la barra, hablábamos con los camareros un rato y, a las siete a tocar.

La sala funcionaba bien y casi siempre estaba llena. Los chavales iban a tomarse un cuba libre y a bailar.

Si a última hora de la tarde, cuando iba a terminar el baile, veíamos que había ambiente para hacer sesión de noche, lo anunciábamos y nos íbamos a cenar al Rosendo, un bar que estaba en las afueras del pueblo, donde la gasolinera, y donde conocían al Mada y nos trataban bien; pero antes era obligado llamar a casa de Hortensia.

—¿Qué ha dicho mi padre?

—Que vale, que tengamos cuidado y no lleguemos tarde.

En un ambiente muy cordial, entre bromas y chistes, pasábamos un buen rato en la cena hablando de la marcha de "La Mansión", de que atracciones íbamos a traer y de la boda de los Lobos, que tenían terminado el piso y, para junio, querían casarse.

Cuando hicimos la sala, se habían marchado de "La Banda", el Boti, para dedicarse más a su negocio y Juanito, el del clarinete, que se casaba. Ahora, Rodolfo había dejado el grupo en enero porque se iba a trabajar a Barcelona y eso nos había obligado a Luis y a mí a cantar hasta que encontráramos sustituto.

Rafa, o "Tony Arcos", como se puso de nombre artístico, venía de los "Distorxion", un grupo espectacular formado por chavales jóvenes, con sección de metal y todo, que tocaban canciones de Chicago y que no lo hacían mal. Era curioso ver el "show" que montaban en el escenario, con sus pelucas y su vestuario tan colorido. A casi todos ellos los conocía. Tocaba "Popeye" la batería, "El loco" la guitarra y, entre otros, "El Campero", que tocaba el saxo y que, aunque no lo hiciera bien, soplabla fuerte. Como decía "El Boti", "Ese, cualquier día, endereza el saxo." Todos ellos eran los culpables de que Tony Arcos, que tenía una potente y bonita voz, también tuviera los oídos desafinados.

Con bastante paciencia y muchos ensayos, Luis y yo, habíamos conseguido limarlo bastante. Incluso le había escrito un par de canciones; una de ellas "Emi", veraniega y playera la habíamos montado con "Los Brujos", que ese era el nombre con que habíamos bautizado al nuevo grupo.

Luis y yo, fuimos a Valencia y compramos guitarras y amplificadores nuevos. Para él una Telecaster y un amplificador Fender de 100Wattios; y para mí un bajo Telecaster, color marfil, precioso, y un amplificador "Musicson 2000" de dos bafles. Habíamos cambiado de estilo y de potencia y aquello sonaba bien.

Hacía poco tiempo que Fernando, el novio de una hermana del Mada, un hombre extraño que vivía en Madrid y venía a verla casi todos los domingos, había oído al grupo y le había gustado. Decía que tenía contacto con una casa de discos y se había ofrecido para hacer gestiones para una prueba.

Aquella noche, mientras cenábamos en El Rosendo, el Mada, que andaba loco por la música y por irse a correr mundo tocando la batería, tenía noticias de su futuro cuñado.

—Dice Fernando que ha hablado con "Sintonía" y, si queremos podemos hacer una prueba. ¿Tú qué opinas, Isidro?

—Yo que sé...

A mí, me hacía ilusión volver a intentarlo. Paco y yo, habíamos estado hablando y dándole vueltas a meternos en un grupo y ver mundo. Incluso Fernando le había comentado que, si queríamos, nos buscaba la oportunidad, en Madrid, con grupos que necesitaran un bajo y un batería.

—¿Y tú, Luis, qué dices?

—Pues no sé, si no nos cuesta dinero.

—Yo creo que está bien, puede ser una oportunidad. Tony Arcos sí que lo tenía claro. Grabamos "Emi" y "Locura" y a ver qué pasa, ¿no?

—¡Pues vamos! A Morati, todo lo que fuera zascandilear, le gustaba.

Morati se había salido del seminario cuando le faltaba poco para cantar misa y lo único que sabía tocar era "gregoriano". Nos llevaba veinte años al que menos, y sacaba de quicio a

cualquiera, sobre todo a Luis, cuando en los ensayos, después de tocar veinte veces una canción, tenía que decirle todavía." Morati, cambia a Do, ahora a re,..." No tenía oído, eso era todo. Clavaba un acorde en el Hadmon y mientras nadie le dijera que cambiara, no cambiaba.

Así pasaba, luego a luego, el Lobo se cabreaba, tiraba la púa al suelo. ¡Me cago en la puta, Morati, contigo es imposible! y se descolgaba la guitarra y se iba.

Al rato volvía y a empezar de nuevo. ¡Mira que tenía paciencia Luis!, yo creo que ni Job aguantaría a Morati y su manera de hacer música. Y el caso es que le gustaba con locura, pero no había manera. Eso sí, siempre estaba de bromas y risas. Era un hombre vitalista y simpático que, aunque estaba casado, andaba siempre detrás de las chavalas y, con su mundo y su alegría, luego a luego se las llevaba al huerto. No sé cómo se las gobernaba, pero así era.

—Entonces, ¿le digo a Fernando que sí?. Y nos miró a uno por uno.

Todos asentimos

—Pues vale.

Aquella noche, en la Mansión, hubo menos gente de la que esperábamos y a la una y media cortamos.

Cogimos el seiscientos del Lobo y, carretera y manta, para la casa. Nos dejaron en la puerta de casa de Hortensia. Estuvimos hablando un rato. Estaba nublado y empezaba a chispear.

—¿Qué te parece lo de grabar?

—No sé, si tú quieres, pero ¿cuánto tiempo estarás en Madrid?

—Pues no sé pero, para grabar dos canciones, como mucho un par de días.

—¡Ah! —sonrió—, me creía que te irías para dos semanas, o un mes.

—¡Qué va!, si es solo una maqueta, luego, si a la casa de discos le gusta y deciden hacer un disco.

—¿Y eso que hablabas con el Mada, de irse a Madrid y meterse en un grupo y ver mundo?

—Ná, tontunas nuestras. ¿A dónde vamos a ir?, como si no hubiera músicos en Madrid, cuarenta veces mejores que nosotros.

—Sí, pero Fernando tiene amistades y si os busca, como dice Paco, algo para ir a tocar con Bety Misiego, por Sudamérica.

—Pues entonces ya veríamos, ¿a ti que te parece?

—Que si te vas a tocar por ahí... agachó la cabeza y después me miró a los ojos; nos casamos y me voy contigo, y se le saltaron las lágrimas.

—¿A dar tumbos por ahí y a pasar calamidades?

—A lo que sea, yo contigo, si tú quieres.

—¡Dios que mujer, Dro!, ¡es dinamita!

—Ya te lo decía yo, Isi.

—¿Qué si quiero?. Miré sus ojos transparentes y limpios. ¡Dios que si quiero!, ¿y a dónde iba a ir yo sin ti? Quien soy yo, si no estás conmigo Coqui. Te quiero con toda mi alma, ¿Te acuerdas de lo que grabamos en los anillos?. "Hoy y aquí, o mañana y en Sudamérica, o dentro de cinco años y en el Polo... somos". Te quiero, Coqui.

—Y yo a ti, Trasto. Te quiero demasiado.

La abracé hasta, como decía ella, juntarle las costillas y nos besamos como locos. Teníamos la cara chorreando por la lluvia y las lágrimas y así seguimos, como si se hubiera detenido el tiempo, hasta que se oyó, en la escalera del portal, la voz de Ana, su madre. Horten, ¿eres tú?

—Sí mamá, ya subo. Anda, Trasto, vete que es tarde y mañana es lunes y tenemos que madrugar. Si tuviéramos nuestra casa.

—¿Qué?

—Que no tendríamos que separarnos ahora, subiríamos y...

—Nos acostaríamos y nos amaríamos hasta reventar y luego nos dormiríamos abrazados hasta que mañana, si Dios quiere, fuera otro día.

—¡Ay, sí!

—Mañana mismo empezamos a ver pisos y...

—¡Tira, muchacho, que va a salir mi madre. ¡Y me besó y echó a correr escaleras arriba; ¡Hasta mañana, espérame en la esquina!

—Hasta mañana.

Eché a correr, di vuelta a la esquina y llegué a mi casa. Abrí la puerta y, bien sabe Dios, que estuve a punto a coger el teléfono y llamarla para decirle, una vez más, que la quería, pero y si lo coge su padre ¿qué le digo?

Al llegar a la puerta de la verja de mi casa no vi morciguillos volando, alrededor de la luz de la calle. Aún era pronto, pero no tardarían en aparecer. Era finales de marzo y pronto empezarían a echar borrones las acacias. Entonces, las madres blanquearían los chalés y el barrio se vestiría de primavera y olería a cal, a madreSelva y a jazmines y estaría, como siempre, precioso.

10. "Sintonía".

—Buenas tardes, Ana, ¿está Hortensia?

—Sí, espera un momento Isidro, que ahora mismo se pone, ¡Hortensia, es Isidro!

—Hola, ¿ya has llegado?

—Sí, hace un momentico.

—¿Cómo se ha dado el viaje?

—Bien, muy bien. Te llamo desde la pensión. Está en la calle Goya y se llama "Hostal Internacional". No está mal, ¿y tú, cómo estás?

—Muy bien, deseando que vuelvas. Te echo mucho de menos. Cuando esta mañana he llegado a la esquina y no estabas me he puesto un poco triste. Te quiero mucho, Trasto.

—Y yo a ti, Coqui. Si se dan bien las cosas, igual mañana por la noche.

—Hace un rato me ha llamado la Loba y estaba con un cabreo. Dice que fíjate tú, que faltan diez días para la boda y Luis coge y se va a Madrid. Procurad venir pronto porque está que trina.

—Ná, si todo lo mas dentro de dos o tres días, como mucho el jueves estamos allí. Dile que no se enfade. Bueno nos vamos a cenar algo y a acostar, que mañana a las nueve tenemos que estar en el estudio.

—Trasto...

—¿Qué?

—No te olvides que te quiero mucho.

—Y yo a ti, un beso. Adiós.

Habíamos quedado con Fernando a las nueve de la mañana en la casa de discos y allí estaba.

El tal Fernando era un tipo raro. Alto, delgado y casi calvo, que siempre estaba sonriendo y hablaba más que un sacamuelas.

Daba la sensación, por lo que decía, de que conocía a todos los artistas famosos de España. Según él, era amigo de Manolo Pelayo, que dirigía una casa de discos, de Ramón Arcusa, de María Dolores Pradera y yo que sé de cuanta gente más, y decía que, si queríamos, podía introducirnos en el mundillo de la música, porque el grupo tenía calidad y las canciones eran buenas...y no sé cuantas cosas más.

Lo cierto es que se pasaba la vida hablando con la gente por teléfono. Lo mismo daba que fueran las diez de la mañana que las once de la noche y siempre con personajes que nosotros, ni en sueños, podíamos imaginar.

Trabajaba en el Instituto Nacional de Previsión, en Madrid. No sabíamos si como funcionario o, si como decía él, de ejecutivo. Lo cierto es que, su aplomo y la seguridad con que planteaba las cosas, le daban una gran credibilidad, por lo menos a nuestros ojos, en aquello de ir a Madrid a hacer una prueba para Sintonía, que eran unos estudios de grabación.

—¿Qué pasa Fernando?

—Nada, Paco. Vamos a ver a esta gente que nos estarán esperando. ¿Cómo estáis muchachos? —se dirigió al resto del grupo—, ¿dispuestos para la prueba?. Vosotros dejadme hablar a mí y hacer lo que yo os diga, que todo va a salir bien. Ya le dije el otro día a Jorge Gutiérrez, que es el Jefe de Producción, cuando comí con él, que era vuestro manager y que erais buenísimos, así que tranquilos.

—¡Dro!, mira que si, después de tanto tiempo, hacemos un disco y pega y nos damos un garbeo por España tocando y disfrutando de la música. Pronto me pongo a hacer canciones y, quitando a Morati, el resto del grupo suena bien.

—No sé yo, Isi. Tú tranquilo. Mientras no nos cueste los cuartos, como dice Luis, porque hace falta ahorrar, si es que quieres casarte ¿no?

—Eso desde luego, lo primero es lo primero.

—Además, ¿qué piensas hacer si salen bien las cosas?

—Pues está claro, pedir otra excedencia en la Caja y casarme y luego a trotar por ahí, con Hortensia y lo de la música. Menuda luna de miel. Ya sabes lo que piensa el Mada y a Luis también le haría gocico. En cuando al "Panza"; que así le llamábamos a Tony Arcos, porque era un muchacho con muy buena pinta, con el pelo rubio, largo y rizado, que tenía un poco de barriga. A ese lo que le echen, con tal de grabar y cantar.

—Bueno, Isi, en todo caso sería una buena experiencia.

—Ya lo creo. Por cierto, ahora que estamos en Madrid, ¿por dónde andará Juan Pedro?

—No sé, la última vez que supimos de él, estaba de gira por toda España con una compañía de teatro.

—Podíamos llamarlo para decirle que estamos aquí, ¿no te parece?

—Bueno, pero creo que debíamos esperar a ver en que acaba todo esto.

—También es verdad.

Nos habían enseñado los estudios y no estaban nada mal. No es que tuviéramos mucha experiencia, como para decir que eran el acabose, pero aquello tenía buena pinta.

—No está mal esto, ¿eh Luis?

—No, se ven curiosos. Tienen un piano de cola, ¿has visto que Hadmon?, es como el nuestro; y el equipo de grabación es bueno.

En aquel momento estaba grabando su maqueta un grupo valenciano que se llamaba "Simpatía". Prácticamente había acabado, solo les faltaba meter las voces de una canción.

Mientras esperábamos, Tony Arcos y el Mada andaban curioseando como Luis y yo. Fernando, en la cabina, hablaba y hablaba con Jorge. No oíamos lo que decían, pero Jorge señalaba el reloj y asentía con la cabeza a las explicaciones de Fernando que, un momento después, salió y se dirigió a nosotros como si fuera el entrenador.

—Bueno chicos, dentro de media hora empezamos. Dejad las guitarras por ahí y, si queréis, vamos a tomar un café mientras terminan los de Simpatía y, a continuación, empezáis vosotros.

Estábamos ilusionados. Habíamos decidido grabar tres canciones, "Emi", que había hecho yo para el grupo. "Locura", una canción de Marisa Simón, una chica valenciana y "Pequeñas cosas" una canción que cantaba Juan Bau y que le iba muy bien a Tony.

Cuando volvimos de desayunar, nos metimos en el estudio y empezamos a grabar. Primero la batería, luego el bajo, después la guitarra y luego...

—Desde luego es que no tiene perdón de Dios. Paquito, el Mada, estaba cabreado, como todos. ¡A ver!, ¡dónde coño se ha metido Morati!. ¡Habíamos quedado a las nueve, es la una y no aparece!

—Si es que —decía el Lobo—, el error ha sido quedar aquí. En venir a Madrid a grabar y, de paso, a ver a unos familiares suyos que viven en Alcorcón y, de paso a no sé qué más, en fin ya sabemos todos como es él; siempre lleva mil follones cara adelante.

Fernando miraba el reloj preocupado. No hacía más que dar vueltas.

Durante la grabación, desde la cabina, no hacía más que decir: "Tranquilos, vamos a repetir, que puede salir mejor, venga otra vez" y nosotros nos reíamos. ¿Y qué sabrá el de esto?, si canta como un grillo.

¡A las tres asomó Morati!

—Lo siento, es que no encontraba la casa de mis parientes y ya que estaba aquí me sabía malirme sin verlos y, en fin... ¡Venga, vamos a grabar el órgano!. ¡Échate y rosigan, perdigón! y empezaba a reírse. Así era Morati.

El técnico de grabación y Jorge, lo mismo que nosotros, estábamos ya con más hambre que el perro de un ciego. Es curioso lo deprisa que pasa el tiempo dentro de un estudio. Te metes, empiezas a que si prueba, no prueba y a repetir y, ahora vale y cuando te das cuenta llevas cinco horas allí dentro y si te lo dicen no te lo crees.

—Bueno, muchachos —era Jorge—, si os parece nos vamos a comer y a las cuatro y media nos vemos aquí y metemos lo que falta; el órgano y, si nos da tiempo, empezamos con las voces, ¿vale?.

—¡Pues vale! —dijo el Mada—. ¡Hala!, vamos a comernos dos de chorizo o un bocadillo de calamares, que tengo un hambre que no me tengo en pié.

—¡Vamos, Isidro?

—Vamos Luis.

Comimos cerca de allí, en un bar típico madrileño, a base de bocadillos y cerveza, comentando la experiencia de por la mañana en el estudio.

—Nada, Isidro —decía el Mada—, que nos tenemos que ir a correr mundo con la música.

—El que tiene que correr es Luis, que dentro de diez días se casa y está la Mari Carmen mas quemá que la lumbre de ver que, mientras ella está preparando todo lo de la boda, el Lobo está en Madrid, de músicas.

—Es verdad. A ver si podemos terminar hoy y nos marchamos para la casa que igual cuando llegue dice la morena que no se casa.

—Ná, hombre, ahora llegamos y metemos el Hadmon en un momentico. Morati se equivoca cuatrocientas o quinientas veces y luego Tony que, como habréis observado, está ronco; y era verdad, y no decía ni pío, y yo creo que dentro de un mes, o mes y medio está terminada la grabación.

—¡No jodas, Isidro!. Luis se desesperaba ante las perspectivas. Panza, ¿cómo estás de voz?

—¡Macho, la verdad es que estoy fatal!, no puedo ni hablar.

Enseguida, Fernando, organizó las cosas.

-Eso no es problema. Ahora mismo vamos a una farmacia y te compras eucaliptus. Le pedimos a Jorge un cacharro y haces vahos. ¡Venga, que son y veinte, andando!

Las siete de la tarde y Morati fallaba más que una escopeta de caña.

-¡Venga, otra vez! ¡No, para!, otra vez. No, así no, cuando te diga. Jorge estaba que se subía por las paredes. ¡Pero este tío no sabe tocar!, ¡Nos van a dar aquí las mil!

Y Morati sudaba como un pollo. Estaba en mangas de camisa y lo intentaba con todas sus fuerzas, pero es que, eso de que no sabía tocar ya lo sabíamos nosotros, ¡y él!. Eso sí, lo intentaba una y mil veces, o un millón de veces, si era preciso. Se cruzaba, o se equivocaba, pero no perdía la sonrisa. El mismo decía: ¡Venga, otra vez, que ahora va a salir!.

—Pues por qué te crees, Jorge, que le hemos puesto de mote "MORATI", ¡por la moral que tiene!, ¡ES QUE NO DESUNCE!

—Sí, pero no podemos estar toda la vida para grabar cuatro acordes de órgano. ¿No?

—Claro, claro —decía el Lobo—, que no tiraba la púa porque la había dejado en el estuche de la guitarra. —¡Pues espera que venga el solo!

—¿Y si lo graba el organista de Simpatía, que está aquí y toca muy bien? Jorge ya no sabía que inventar.

—Por nosotros, si él quiere.

¡Bendita palabra! Amén. Eran las siete y media y llevábamos más de dos horas intentando grabar el órgano.

El muchacho, un chaval más seco que el humo, con el pelo por la cintura y que hacía honor al nombre de su grupo, aceptó y en cuando te dijimos como iban las canciones, en una hora las grabó las tres, con solo incluido y muy bien, por cierto.

—Y ahora las voces, ¿cómo estás, Tony?

—¡Macho, hecho una mierda!, ¡así no puedo cantar!

—¡Cojonudo! —dijo el Lobo—. ¡La Mari Carmen me mata!

Tony llevaba razón. Había estado haciendo vahos metido en un rincón y, de vez en cuando, asomaba la cabeza por el estudio. Tenía las narices más rojas que la grana, incluso hinchadas y cuando hablaba apenas si se le entendía.

Jorge, que estaba acostumbrado a tomar decisiones rápidas y que veía que intentarlo era perder el tiempo, cortó por lo sano.

—Bueno, así no podemos grabar. Si queréis hacemos lo siguiente; os vais a la pensión, Tony descansa y mañana se pasa, desde que se levante, hasta las cuatro y media de la tarde que nos veamos aquí, haciendo vahos con el eucaliptus ese. Si para entonces está mejor metemos las voces y los coros y, si no, pues metemos los coros y luego, la semana que viene, vuelve él a Madrid, que está a un paso de Albacete, y graba su voz; luego nosotros hacemos las mezclas y listo. ¿Qué os parece?

—Sí, sí, nada, lo que tú digas Jorge. A todos nos pareció razonable, sobre todo a Luis por lo de la boda y a mí porque estaba deseando ver a Hortensia.

—Pues andando, que no podemos hacer otra cosa. A descansar.

Cenamos y nos metimos en la pensión. Todo el mundo detrás de Tony.

—¡Muchacho haz vahos, que la Mari Carmen me mata! ¡Menuda tiene que estar!. ¡Si hubiéramos metido los coros, nos íbamos a casa y él se quedaba aquí!.

—Sí, pero ya no tiene solución. En fin, a ver mañana como está y podemos dejarlo todo terminado.

Por la mañana, todos menos el Panza, nos fuimos a dar una vuelta por Madrid. Comimos y a las cuatro y media, que habíamos quedado con él, en Sintonía.

—¿Cómo estás, Tony?

—¡Mucho mejor!

—Pues hala, a grabar.

Algo mejor si estaba, por lo menos se le entendía al hablar, y vuelta a disfrutar y sufrir al mismo tiempo.

—Venga, una vez más. Descansa un poco. Ahora ha salido bien. No vamos mal de hora, son las siete y media, ahora los coros y después las palmas. Y Luis, el Mada y yo, a hacer coros.

—Bueno, muchachos, hemos terminado. Pasad que oigáis lo que hemos hecho.

Jorge, si no satisfecho, por lo menos estaba contento de haber acabado y nos hacia una señal, desde el otro lado de la cristalera, para que fuéramos a la cabina.

Hasta entonces, solo habíamos tocado y cantado, pero no sabíamos cómo había salido. En la cabina, que era bastante espaciosa, estábamos todos expectantes. ¿Cómo sonaría aquello?

¡Joder! y sonó. A nosotros nos pareció música celestial. ¡Cómo suena, que limpio! Oye, pero ¿somos nosotros?. ¡Y la batería!, que bien, ¡y si no el bajo!. ¡Coño, esto suena de maravilla, eh, Luis!

—No suena mal, lo que pasa es que hay fallos.

—Sí, pero —intervino Jorge—, tened en cuenta que esto es una maqueta, de todas formas suena muy bien.

Eran las nueve y pico. Entre bromas, conseguimos Fernando cantara una canción. Le pasaron el play-back de la música y grabó la de Juan Bau. Nunca nos habíamos reído tanto; no es que se fuera de tono, ¡es que no entraba!. Por Dios que panzá de reír.

A las diez y media, más o menos, salíamos del estudio. Cada uno con un "casete" de la grabación, más contentos que unas pascuas.

Jorge propuso ir a tomar una cerveza al Manila, en la Gran Vía. Fuimos y estuvimos hablando de la grabación y de lo difícil que estaba el mundo de la música.

Nos despedimos de él y quedamos con Fernando en que el domingo siguiente, cuando fuera a Pozo Cañada a ver a su novia, llevaría las fotos que había hecho, por encargo suyo, un fotógrafo profesional al que vimos zascandileando con la cámara por el estudio mientras grabábamos. Entonces hablaríamos y nos contaría los proyectos que tenía para el grupo.

En el viaje de regreso, todo fueron comentarios sobre la experiencia. Que había fallos no cabía duda, pero no estaba mal, por lo menos los de la casa de discos. Según Fernando, se harían una idea de lo que el grupo podía dar de sí. Habían sido dos días de nervios y de sufrimiento aunque habíamos disfrutado. Ahora no cabía más que esperar a que Fernando nos dijera que pensaba Jorge.

Bueno, pues esperaríamos.

11. Sí, queremos.

Dicen que no hay novia fea, pero la Mari Carmen es que era guapa sin vestirse de novia. Luis, que había sido siempre la atracción de las chicas en los escenarios donde tocábamos estaba hecho un dandi.

Cuando llegamos, Hortensia y yo, a la Iglesia del Pilar había bastante gente en la puerta, familiares, invitados y, por supuesto, la gente del grupo. Saludamos a los novios y pasamos a la iglesia, que estaba arreglada con flores en el altar y eso. ¡Vamos, para boda!

Empezó la ceremonia y cuando el cura le preguntó a Luis que si quería a Maria del Carmen Alegre por esposa, al tiempo que él, dije yo: "Si quiero" y lo mismo hizo Hortensia cuando el sacerdote le preguntó a Mari Carmen.

Después de haberse puesto los anillos, les dijo que se tomaran de la mano. Hortensia y yo hicimos lo mismo y nos miramos. ¡Yo os declaro marido y mujer!. Seguro que aquella bendición servía también para nosotros. Ahora, ya estábamos casados.

12. Buscando...

Estábamos en el vestíbulo del Cine Carretas, esperando que terminara el pase, para buscar asiento.

Habíamos ido, como hacíamos de vez en cuando, a ver una película que sería, fijo, de "faldamento largo y mucho amor", o de risa, porque las de miedo y violencia no nos gustaban.

Todas las tardes, desde hacía dos meses, íbamos a ver pisos. Pisos en construcción, en planos, de segunda mano... Si no habíamos visto más de cuarenta no habíamos visto ninguno. No sé si es que éramos muy delicados o que no entendíamos, pero a todos les sacábamos pegas. Este no tiene luz, aquél tiene demasiado pasillo, un cuarto a mí no me gusta...

—Si encontráramos un ático... Al menos tendría mucha luz y además terraza.

—O un chalet, Coqui. ¿A ti te gustaría un chalet?

—Ya lo creo, pero... ¿Dónde?

—¿Y si fuéramos a ver si alguien vende alguno por el barrio de mi tía?, en los del Instituto Nacional de Previsión.

—Allí si estaría bien.

—¡Pues vámonos!, total la película la podemos ver otro día, ¿quieres?

—Vale. Y nos salimos del cine. La verdad es que decisión no nos faltaba.

Fuimos a ver a mi tía Maria Eugenia, la madre de mi primo Andrés. Su casa la conocía como si fuera la mía.

Eran chalets adosados, que tenían un jardín pequeño delante y en la parte de atrás un patio bastante hermoso.

—Hola, Isidro, pasad, pasad. ¡Cuánto bueno por aquí!, ¿qué decís?

—Nada, tía, que estamos buscando casa y queríamos saber si por aquí venden alguna.

—No sé, hijo mío. Que yo sepa no venden ninguno. Si yo me entero de algo... Hace tiempo, Ajofrín, el de aquí al lado, dijo que estaban pensando en venderlo, pero de eso ya hace tres o cuatro años.

—Bueno tía, pues nada, gracias.

—¿Es que estáis pensando en casaros?

—Pues sí, luego a luego.

—Bueno, pues nada, si yo me entero de algo.

—Vale tía, adiós.

Nuestro gozo en un pozo. Salimos a la calle y dimos un paseo por el barrio. Eran casas que se habían construido cuando las Casas Baratas, más o menos y había de todo. Se veían algunas muy arregladas y otras, bien por la escasez de dinero de sus dueños, o por falta de ilusión, se veían descuidadas.

—Fíjate en esa, Trasto. Nos dan a nosotros una casa de estas y cogemos y la tiramos por dentro y le hacemos la tabiquería nueva y la distribución a nuestro gusto y...

—¿Y si vamos a ver a Ajofrín?, Coqui.

—¡Pero Trasto!, no vamos a llamar a la puerta de alguien que no conocemos y le vamos a decir: oiga usted, que venimos a comprarle su casa. ¿Por qué no nos la venden?

—¿Cómo que no?. ¿A ti te gustan estas casas para vivir?

—¡Ay, sí!

—Pues con probar no perdemos nada. ¿Vamos?

—¡Vamos!

La puerta de la verja y la fachada estaba como el día que la terminaron. No le habían echado ni un duro. Mal pintada, con desconchones, la verdad es que daba pena.

Llamamos a la puerta y abrió Josefina la mujer de Ajofrín.

—Buenas tardes, ¿podemos pasar?

—Adelante, adelante.

—Mire usted, soy Isidro, el sobrino de Esteban y María Eugenia, de aquí al lado.

—Ya, si te conozco. A ti no —se dirigió a Hortensia.

—Es Hortensia, mi novia.

—Pasad, pasad al salón que está Paco, mi marido.

—Muchas gracias, Josefina. Buenas tardes, Paco, perdonen las molestias.

—¡Hola, Isidro!, pasa, pasa. ¡Ya hacía tiempo que no te veía!. Antes iba por casa de mi hermano Jesús, que era vecino de tus padres, pero desde que murió, la verdad es que no he vuelto, ¿qué decís?, sentaros.

—Esta es mi novia, Paco

—Encantada, Hortensia.

La casa estaba por dentro como por fuera. No habían pintado en los diecisiete o dieciocho años que vivían allí. No habían hecho ninguna mejora, ni modificaciones ni nada, las mismas puertas, las mismas ventanas de madera, que la lluvia había deteriorado, nada de nada.

—Pues perdonad el atrevimiento. Veníamos a... ¿vosotros habéis pensado en vender vuestra casa?. Mi tía me ha dicho que hace unos años...

—Sí, pero...

—Hombre Paco, yo lo digo porque. Verá usted, es que nosotros pensamos casarnos el año que viene y andamos buscando casa y como siempre he vivido en chalet, en las Casas Baratas, pues nos gustaría... en fin, que si piensan en vender pues... vamos que nos tuvieras en cuenta.

Se miraron los dos como si les hubiéramos atracado. Josefina no sabía si iba con ellos o qué y nos contestó, más o menos, lo que esperábamos.

—Hombre, así de pronto, la verdad es que nos pilláis por sorpresa, en fin, si Paco quiere, pues lo pensamos y os decimos algo. Pasad, si queréis, y veis la casa.

—Vale, si no le importa. —Hortensia contestó enseguida, al tiempo que se le abrían unos ojos como platos.

Estuvimos recorriendo todas las habitaciones y al terminar, con la promesa de que se lo pensarían y nos llamarían, salimos a la calle.

—¡Ay, Trasto!, si nos la vendieran y costara poco. La podíamos dejar como un palacio, aunque no tenemos un duro y...

—Bueno, tú no te preocupes, ¿a ti te gusta?

—¡Ay, sí!

—Pues entonces, ya verás cómo nos hacemos con ella.

Fuimos hasta la puerta de su casa, paseando y haciendo planes. Soñando, igual que los chiquillos que le han pedido a los Reyes Magos un tren eléctrico y cuentan los días que faltan para que llegue el cinco de enero por la noche.

—Anda, dame otro beso.

—No que se me gastan.

—Anda, si tienes muchos.

—Sí, pero se me gastan...¡Ea!

Y nos besábamos, en la oscuridad de la escalera, hasta oír la puerta del portal.

—Buenas noches, Pedro. Hasta mañana, Hortensia.

—Sueña conmigo, adiós. ¡Mañana, a las ocho menos cuarto!

—En la esquina. Adiós.

13. La casa de Collado Piña.

—Delegación de Hacienda, ¿dígame?

—Me pone con Hortensia, por favor.

—Le paso.

—Coqui, ¿estás sentada?. Pues siéntate. Me ha llamado Paco, que nos esperan esta tarde a las cuatro y media a tomar café para hablar de la casa.

Risas, y risas y risas...

—¡Sí!, ¡de verdad!, ¿y no te han dicho nada del precio?

—No. Paso a recogerte a las cuatro y cuarto y nos vamos para allá, ¿quieres?

—¡Ná, que si quiero!. Te estaré esperando. Te quiero.

—Y yo a ti. Adiós.

—Adiós, un beso.

Íbamos corriendo por la calle con el corazón encogido.

—Mira que si nos piden un millón. Eso pedían por el chalet que vendieron en la calle de atrás de la nuestra, bueno, de Paco.

—¡Venga, muchacha, corre, que son y veinte!

—¿Y de dónde vamos a sacar el dinero, Isidro?

—Del préstamo de vivienda de la Caja. ¡Muchacha, corre! —y se reía.

—Sí, pero, ¿y cuánto nos dan?

—No sé, setecientas y pico, o por ahí.

—¿Y si nos piden un millón?

—Muchacha, calla y corre.

A las cuatro y media llamábamos a la puerta y Josefina salía a abrir.

—Buenas tardes, que puntuales.

—Nada, hemos venido paseando tranquilamente, como hace buena tarde.

—Pasad, pasad. He preparado un poco de café. ¡Paco!, ¡Paco!. Este hombre..., es que está echándole de comer a los canarios, ahora baja.

Efectivamente, en la casa, para alguien como yo, acostumbrado a andar con jaulas y pájaros, olía a canario, a alpiste y a... seguro que estaba limpiando las jaulas.

—Ya estoy aquí, buenas tardes Isidro, buenas tardes Hortensia. Vamos a sentarnos en el salón.

—La verdad —empezó a hablar pausadamente—, es que, con vuestra propuesta, nos habéis hecho reconsiderar el proyecto que teníamos de irnos a vivir a un piso. Nosotros ya vamos siendo mayores y eso de las dos plantas..., siempre arriba y abajo, ya se nos hace cuesta arriba y con un piso nos apañábamos.

—Bueno, pues si a ustedes les parece bien. ¿En cuánto estarían dispuesto a vender el chalet?

—Hombre, os lo decimos abiertamente, nosotros hemos hecho averiguaciones de cuánto podría valer la casa así; ya sabemos que no está muy arreglada, pero es grande y con patio y todo.

—¿Si?. ¡Por Dios, Dro, que no nos pida un millón, que no llegamos!

—Pues...

No queríamos ni oír lo que iba a decir; seguro que no podíamos comprarlo.

—Hombre, Paco, la casa está bien, lo que pasa es que nosotros tampoco andamos sobrados de dinero, yo tendría que pedir un préstamo en la Caja, si llegamos a un acuerdo en el precio, a nosotros nos gustaría, pero...

—Pues OCHOCIENTAS MIL, creo que es un precio razonable.

—¡Podemos, Coqui, podemos!, ya tenemos nuestra casa.

—Ya, nosotros, estirando mucho podríamos llegar a setecientos cincuenta mil.

—Es que, un piso mediano, que hemos estado preguntando, por lo menos de setecientos a ochocientos.

—Pues... ¿y si lo dejamos en setecientos sesenta mil —dijo Hortensia, disimulando sus ganas de tener aquella casa—, le brillaban los ojos como cuando la besaba.

—Es que... —Josefina atacaba—, un piso ya vale eso.

—Bueno, —dijo Paco—. Setecientos sesenta, venga, me parece justo —y sonrió.

El, que rondaría los cincuenta, sabía que no éramos negociantes y seguro que le recordábamos el día que, con toda la ilusión del mundo, compró aquella casa para casarse y vivir allí con su mujer.

No habían tenido hijos, como nos había dicho el día que fuimos a "asaltarlos", pero su ilusión había sido la misma que ahora veían en nosotros.

Les dimos las gracias y, después de ofrecerles una cantidad de dinero en señal, que no aceptaron, y de quedar que les avisaríamos cuando tuviéramos el dinero del préstamo, para firmar la escritura, salimos a la calle que no cabíamos los dos en la acera.

Yo pesaba igual que los tres últimos años, rondando los ochenta y cinco y ella, estaba igual que siempre, delgada y preciosa. ¿De qué podía ser, entonces?

—Mañana, (se reía sin poder parar) en cuanto llegues a trabajar a la Caja, te vas a préstamos y hablas con el Jefe y le dices que hemos comprado nuestra casa y que, como es vieja y tenemos que hacer reformas. Que cuanto nos van a dar de préstamo y cuanto tiempo van a tardar en darnos el dinero. Para llamar a Paco, no vaya a ser que se arrepienta y... estaba nerviosa como un flan y reía. ¡Qué cuanto tenemos que pagar al mes! y luego que cuanto...te quiero, Trasto.

—Y yo a ti, Coqui.

14. Otra vez será...

Fernando había estado hablando con el Mada y conmigo, de forma casi misteriosa.

Decía que había hablado con Jorge y que estaban interesados en Paco y en mí. Que "Emi" era una canción muy buena y pegadiza, pero que Morati no servía para tocar el órgano y que los demás más o menos. Que para hacer un disco había que esperar y que lo mejor era que nos fuéramos Paco y yo a tocar con algún cantante famoso para ir introduciéndonos en el mundo de la música, que él tenía buenos contactos y que, cuanto quisiéramos nos íbamos a Madrid unos días y...

Como no podíamos hablar delante de Fernando, Paco y yo quedamos en que nos veríamos en Albacete y hablaríamos para ver que decidíamos.

Lo que sí sabía es que, de momento, habíamos tenido que soltar ocho mil y pico pesetas, cada uno de los del grupo, que nos habían salido del alma, para pagar la grabación y las fotos.

—Mira, Isidro, a mí, aunque vaya a ser mi cuñado, esto no me convence. El otro día, cuando vino de Madrid, durmió en mi casa, como siempre. Nosotros, como era sábado por la noche, no cocíamos pan en mi casa, como siempre, porque los domingos no se vende pan y nos fuimos por ahí. Total, que se quedó solo y dice, que entró alguien en la casa y que le dio un golpe y robó un dinero que teníamos guardado y que él sabía dónde estaba. El golpe lo llevaba en la cabeza, pero lo que no sé es si se lo dio el mismo con algo, para disimular y..., en fin que no me fío de este tío. Mi hermanica, aunque lo defiende, yo sé que también está mosca.

Paco estaba, más que enfadado, entristecido. Se sentía engañado igual que yo.

—Yo que sé, Paco. Al final, lo que parecía que iba a ser una prueba para una casa de discos y no nos iba a costar un duro, nos ha costado un dinero. Me da la impresión de que lo único que hemos hecho ha sido ir a "Sintonía" y grabar una maqueta como cualquier grupo que llegue y pague. Jorge está allí para eso, se gana la vida grabando a la gente. Vamos que creo que no tiene ningún interés especial en nosotros; y lo de irnos con Bety Misiego a Sudamérica son inventos suyos. Entiéndeme, Mada, no digo que no pueda ser, pero tú sabes, como yo, que en Madrid tiene que haber músicos mejores que nosotros a espuestas.

No quería ser duro con el Mada. Tenía las mismas ilusiones que yo con la música, pero también estaba con la mosca detrás de la oreja de que, con Fernando, no íbamos a ninguna parte y la gente del grupo estaba con él, como nosotros, que trinaba.

—En fin, don Martínez (como a veces me llamaba) yo creo que lo mejor es hacer lo que acordamos el otro día. Salimos otra vez a tocar a los pueblos, para no repetirnos tanto en la Mansión y dejar que la gente descansa de tantos domingos oyendo a Tony Arcos y Los Brujos y, con el dinero que saquemos le pagamos al Panza y a Palmiro, que son los únicos que no tienen parte en la sala y con el resto cubrimos lo que nos cuesta traer un conjunto diferente cada domingo a la sala. Tú sigues haciendo canciones y las montamos con el grupo y ya veremos qué pasa.

—Yo creo que es lo mejor. Lo de Fernando, la verdad... Es que, lo de la música es muy difícil, hay mucha gente y muy buena y, aunque luego al final los que pegan son gente que no vale más que los demás, pero tienen mano, o suerte. Fíjate en Palmiro, el guitarrista que hemos metido, yo no he visto a otro tío tocar la guitarra y hacerle hablar, no creo que haya diez como él en toda España, y aquí está, tocando con nosotros por los pueblos. En fin, Paco. ¡Una mata que no ha echado!

—Nada, no pasa nada. Oye, Isidro, me ha dicho la Marisol que la Hortensia y tú os habéis comprado una casa.

—Sí, un chalet en Albacete, está hecho mistos, pero lo queremos tirar por dentro y hacerlo nuevo, de momento lo hemos comprado y queremos empezar a arreglarlo.

—¿Cuándo pensáis casaros?

—El año que viene, para la primera. ¿Y tú y la Marisol?

—También para el año que viene. Estamos ahí dándole vueltas para hacernos una casa en el pueblo, ya veremos.

—Bueno, Paco, hasta el domingo.

—Hasta el domingo, don Martínez, y se reía con el palillo puesto entre los dientes.

15. "Maestra de obras".

—¿Qué vas a tomar?

—Un café con leche.

—¿Y de mojar?

—De mojar nada, que hay que ahorrar. Mira los planos que he hecho para la casa, a ver si te gustan, Trasto..

—Dos cafés con leche, por favor.

—Ahora mismo se los traigo.

Llevaba un bloc, de esos de muelle, con las tapas azules, que tenía cien hojas y lo saco del bolso y lo puso encima de la mesa.

—Fíjate, Trasto. Si tiramos la pared que hay entre el salón y la habitación de estar, hacemos un salón-comedor enorme, con luz al patio de atrás y a la calle. Luego abrimos puerta por la cocina y la comunicamos con el salón comedor y...

Yo la veía repasar, con el bolígrafo verde "Parker", que le había quitado a su padre, las rayas que había hecho en su casa viendo la tele, o en el trabajo, en un hueco, y disfrutaba. Siempre estaba preciosa, pero cuando se entusiasmaba...¡es que reventaba de hermosa!

... y la ventana del salón, que da al patio, la hacemos más grande y ponemos una ventana de hierro, con un cristal fijo en el centro y dos ventanas a los lados.

—Y arriba ponemos los dormitorios, ¿eh?

—No me interrumpas que estoy embalada. Claro, los dormitorios y un cuarto de baño también, que arriba no hay y luego, a la entrada le quitamos un trozo y se lo damos a la cocina y hacemos una despensa, un poco pequeña, pero...y, después...

—Oye Coqui, ¿y si...?

Levantaba la vista del papel y me miraba.

—¿Qué?

—Y si...¿te digo que te quiero?

—Y yo a ti, más que a nada en el mundo, Trasto. ¿Te hace ilusión hacernos nuestra casica?

—¡Qué si me hace!, ¡Me gusta más que comer con los dedos!, pero lo que más ilusión me hace es verte ilusionada a ti, verte disfrutar.

—Es que es nuestra casa. Allí vamos a vivir, si Dios quiere y allí nacerán nuestros hijos y, aunque sé que no tenemos un duro y nos vamos a entrapar hasta las orejas (ya empezaba a hablar como yo) bueno, del todo..., ¡pero merece la pena!, ¿no?. Oye, Trasto, si no tenemos hijos, como Paco y Josefina, ¿me vas a querer igual que ahora? Y me miraba con unos ojos limpios y transparentes, como las aguas del río Mundo en "El Laminador".

—No, entonces no te querré tanto.

—No me digas eso.

—Es verdad, entonces no te querré tanto, ¡porque te querré más!, y la besé. Tenía los labios ardiendo, y no era del café con leche, porque aún no nos lo habían traído.

—Un día de estos nos van a echar de la cafetería como nos echaron del Hotel Los Llanos.

—Aquel camarero era un chalao. Mira que decirnos que, por favor, no nos besáramos en público que la gente se había quejado del espectáculo. ¡Pero si solo era un beso!, bueno, varios... Me recordó el letrero que había en la Piscina de Educación y Descanso de las Casas Baratas, cuando en verano íbamos a bañarnos."Prohibido sentirse efusivos", ¿te acuerdas? La gente es que, con tal de prohibir. Pero como le vas a prohibir a nadie esas cosas y menos si tiene una novia como tú, tan, tan, tan...¡Hombre por Dios!. Y se encendía como la grana y se tronchaba a reír.

—Anda, préstame atención que son los últimos, de los mil quinientos planos que hemos hecho. ¿Qué te parece?

—A mí me gustan mucho.

—Ya, y los de ayer y los del otro día.

—No, de verdad, me parecen los mejores, pero podías esperarte a que nos dieran las llaves y entonces medíamos y los hacíamos a escala y todo.

—Bueno, pero si ya llevo una idea. Luego, hago más, aún me quedan cincuenta hojas, por lo menos.

—Lo del préstamo.

—Ah, sí, ¿qué te han dicho?

—Que por fin ha entrado al Consejo y...

—¡Y no me has dicho nada!, ¿cuánto nos han dado?

—¡Ta-ta-chan...! ¡Adivínalo!

—¡Ay, madre mía! ¿ochocientos cincuenta mil?

—No

—¿Más?

—Sí.

—¿Novecientas mil?

—No.

—¿Más?. Trasto, ¡dímelo ya, no ves que me va a dar algo!

—¡Ta-ta-chan! ¡UN MILLON CIENTO DIEZ MIL!

Se quedó callada. Se le iluminaron los ojos, como si llevara lucecicas dentro. Esa lucecicas que tantas veces había visto y que me volvían loco. Se puso seria y se le saltaron las lágrimas.

—¡Ay, Trasto! Como nos echa Dios una mano. ¿Te das cuenta?, con eso ya podemos hacer, de verdad, todas las rayas que hemos puesto en el papel. ¿Cuándo podíamos pensar que íbamos a tener una casa nuestra?. Ya sé que es un préstamo y que tenemos que devolver el dinero, pero aún así, tenemos mucha suerte, si no fuera por la Caja...

—Ya lo sé, Coqui. De todas formas tenemos que pagar casi seis mil pesetas al mes y no nos queda ni un duro para muebles y todavía estamos pagando la guitarra y el amplificador.

—Porque han traído los cafés con leche, que si no nos íbamos —y se reía.

—Me han dicho que hay unos albañiles, de Pozo Cañada, que son baratos y trabajan bien. Me han dado su número de teléfono; si quieres, mañana los llamamos y le decimos que en cuanto tengamos las llaves, pueden ir a casa y ver lo que queremos hacer para que nos den un presupuesto.

—¿Cuándo nos dan el dinero?

—Pues la semana que viene. Tengo que llamar a Paco y decirle que para el lunes que viene vamos al notario y hacemos la escritura y le pagamos.

—Y así ya podemos ir a la casa todas las tardes a medir y a hacer planos.

—Sí, y a besarnos sin que venga el camarero a decirnos nada. Como estamos en nuestra casa y además nos casamos cuando los Lobos.

—¡Ay, sí!

16. *La curva de Valdeganga.*

—Venga, muchachos, que son las dos y aún tenemos que llegar. Estoy soñando con la cama.

Luis, como todos, estaba hecho polvo. Habíamos salido de casa a las tres de la tarde y, aunque Valdeganga estaba a solo treinta kilómetros y, al día siguiente era domingo, volver a coger el tole-tole de los viajes se hacía cuesta arriba. Nos faltaba entrenamiento.

—Ya está, Luis, ¿te han pagado?

—Sí.

—Pues atacando, que son fideos. ¿Cómo nos vamos?

Los "pipas" habían cargado los cacharos y se habían ido hacía ya una hora. Yo me había subido en la 4F del Mada, alante, como siempre.

Habíamos ido todos con Paco, menos Palmiro que había venido con el Pana, en su coche.

—¡Venga, Palmiro!, ¿nos vamos o qué?

—No sé, no veo a Tony. Me ha dicho que iba a despedirse de unas chavalas y que enseguida venía.

Palmiro era un muchacho más largo que un día sin pan y más seco que el humo. Llevaba el pelo por los hombros y era, digamos, no muy agraciado, pero tocaba la guitarra como yo no había visto a nadie en mi vida tocar. Cogía un disco, se encerraba en una habitación y a las dos horas había sacado todas las canciones. Le hacía sonar a la Gibson-les Paul y al Fender, de maravilla y además tocaba sin púa. Era un personaje un tanto extraño, tímido y educado. Uno de los mejores músicos que yo he conocido.

—¡Bueno, nos vamos o no!. Paco Morati insistía.

—¿Y qué hacemos con Palmiro?, ¿no lo vamos a dejar aquí, tirado como una colilla!. Dice que le ha dicho el Panza que iba a despedirse de unas chavalas y enseguida venía.

—¿Qué enseguida venía?, pero Isidro, ¿no lo conoces?. Ese está por ahí metiéndole mano a alguna y asomará a las cinco de la mañana. Además, como ha venido en su coche.

Me bajé de la 4F y hablé con Palmiro, que parecía asustado ante la idea de que nos fuéramos y le dejáramos solo en el pueblo.

—¿Quieres irte en mi puesto?. A mí me da igual quedarme esperando a Tony.

—Gracias hombre, puso cara de contento. Es que tengo que llegar pronto a Albacete, muchas gracias.

—De nada. —Y subió en mi sitio. ¡Venga, tirar ya, que voy a ver si encuentro al pendón este!

Subieron, Morati y el Lobo, por la puerta de atrás de la 4F y el Mada puso el coche en marcha y los vi alejarse, calle adelante, buscando la salida a la carretera.

Iba, camino del baile, a buscar al Panza, cuando un seiscientos azul, de los de cuatro puertas, paro a mi lado. Era gente de Albacete que había venido a las fiestas del pueblo y me conocían.

—¿Qué pasa, Isidro?

—Ná, buscando a Tony Arcos, a ver si lo encuentro y nos vamos para la casa, ¿lo habéis visto?

—No. Nosotros nos vamos para Albacete, si quieres te llevamos.

—Pues sí. ¡Que le den morcilla al Panza!. Y subí al coche.

—Ha estado bien el baile, ¿eh?

—Sí, las chavalas son simpáticas y nos hemos hinchado a bailar.

El seiscientos cogió la salida del pueblo y después la carretera. Estaba oscuro como la boca de un lobo y raso como ojo grillo.

Dentro del coche, los muchachos contaban animadamente y con picardía como había sido la noche y hablaban de tal o cual muchacha, a las que yo no conocía, por supuesto, diciendo si se arribaban más o menos.

Yo, junto al conductor, callaba y pensaba en mis cosas. Había oído muchas veces las mismas conversaciones y no me llamaban la atención. Sabía que siempre terminaban igual" pues mañana venimos y, a esa, yo..."

No habíamos andado más de diez minutos cuando, en medio de la carretera, a lo lejos, se vieron unas luces enfocadas al cielo.

—Mirad, mirad. El que conducía señalaba carretera adelante. Allí ha pasado algo.

En dos minutos estábamos allí. El espectáculo era dantesco, por lo menos para mí, que nunca había visto un accidente.

La 4F se había salido de la carretera y estaba en la cuneta, tumbada sobre un costado, con las luces encendidas y mirando hacia el pueblo.

Paco Morati, tirado en medio de la carretera, echaba sangre como un gorrino por una raja enorme que tenía en medio de la cabeza. El Lobo sentado en un mojón de piedra, de esos que marcan los hectómetros, tenía un golpe en la frente y también sangraba; Palmiro, con el pelo ensangrentado, se tocaba la cabeza sin encontrar por donde salía tanta sangre y el Mada, que no se había hecho nada, lloraba y le pegaba patadas y puñetazos a la furgoneta, chillando como un loco.

—¡Si le pasa algo a alguno, me tiro a un pozo! —decía—. ¡Me cago en la puta!, Isidro.

—Venga, que no ha sido nada. ¡Joder, Paco!

—¡Que no ha sido nada...! ¡La mierda de la carretera esa!

En mitad de la curva, a la derecha, alguien de carreteras había tenido la "feliz " feliz idea de asfaltar veinte o treinta metros de un camino que salía a la izquierda y lo habían dejado casi mejor terminado que la propia carretera. Paco había entrado fuerte en la curva y cogió el desvío; cuando se dio cuenta de que se había equivocado, dio un volantazo, tratando de corregir la dirección y las ruedas derraparon en la gravilla del arcén y la 4F se fue derecha contra el pedrusco que señalaba el kilómetro, una mole tremenda. El leñazo fue de órdago a la grande.

Por allí no pasaba ni un alma. Con más mala leche que los morciguillos y más miedo que once viejas, cargamos a los heridos en el seiscientos y, a voces, le dije al conductor, que no se había movido del coche y seguía agarrado al volante, presa del pánico, que saliera echando virutas para la Residencia de Albacete.

El Mada, antes de irse con ellos, había apagado las luces de la 4F y allí me quedé, en medio de la carretera, con los muchachos que venían conmigo en el seiscientos.

La noche se había vuelto más negra todavía y yo estaba cagado de miedo. ¡Dios, que no les pase nada a ninguno!.

Al rato, asomó un catorce-treinta que venía del pueblo. Le echamos el alto y le dijimos lo que había pasado. El hombre que conducía iba con su mujer y una hija para Albacete. Me dijo que subiera y, después de despedirme de los otros chavales salimos echando humo, carretera adelante.

Fuimos primero a la Casa de Socorro y allí nos dijeron que, como uno de ellos; debía ser Morati, sangraba mucho, los habían mandado a la Residencia y para allí salimos cortando y cuando llegamos, los habían hospitalizado.

Subí a las habitaciones con el corazón encogido. El Lobo estaba bien, en observación, y a Palmiro le habían rapado media cabeza y tenía puesta una gasa grande con dos esparadrapos. El que peor estaba Morati. Le habían puesto unas gasas, de drenaje, en la raja y las había empapado. No hacía más que decir que llamáramos a su "chispi" (una medio novia que tenía). A su lado, sentado en la cama, estaba el Mada.

Eran las cinco de la mañana y Mari Carmen tenía que estar preocupada. Andando me fui hasta su casa.

Después de la tarde que fui con Hortensia, cuando estaba en obras, habíamos vuelto en varias ocasiones a cenar y charlar con ellos. ¿A ver qué le digo yo ahora a la Loba?

Llegué a la puerta de la casa y llamé por el portero automático y al minuto sonó la voz de Mari Carmen.

—¿Si?

—¡Hola Mari Carmen, soy Isidro!

—¿Y Luis, qué pasa?

—Pues ná, que Morati se ha caído del escenario, cuando estábamos tocando y se ha hecho un corte en la cabeza, Luis lo ha llevado a la Residencia y me ha dicho que viniera yo a decirte, que luego vendrá.

Rogaba a Dios que se lo creyera, pero al mismo tiempo me daba cargo de conciencia. La Loba, más lista que el hambre, dudó un momento y...

Bueno, vale, pero no le ha pasado nada a mi Luis, ¿verdad?

—No, no, que va. Bueno, adiós.

—Adiós. Y me fui a mi casa.

Cuando llegué, abrí la puerta procurando hacer ruido para que mis padres me oyeran llegar.

Cuando salía a tocar, mi madre no se dormía hasta que llegaba, así fueran las ocho de la mañana. Yo no lo entendía ¿qué me iba a pasar?. Un tío con veintitrés años, y cuando me oía subir por las escaleras, en voz muy baja, casi en susurro, siempre me preguntaba lo mismo.

—Isidro, ¿eres tú?

—Sí, mamá.

—¿Se os ha dado bien?

—Sí, muy bien.

—Bueno, a dormir.

Estuve diez minutos en la cama. Después me levanté y fui al dormitorio de mis padres y encendí la luz para que me vieran.

—¿Qué pasa, hijo?

—Pues nada. Los del grupo que han tenido una miaja golpe.

Mi madre y mi padre dieron un "repullo" y se incorporaron en la cama para mirarme.

—¿Y tú?

—No, yo iba en otro coche.

—Pero, ¿les ha pasado algo?

—No, escalabrados, pero están bien, únicamente Morati algo más. Se han quedado en la Residencia, ingresados, solo quería que me vierais para que no os asustarais, me voy a ver cómo están.

—Vale, ten cuidado.

—Sí.

Cuando llegué a la Residencia ya estaba allí la Mari Carmen, más cabreada que una mona, llorando junto a la cama de Luis.

—¿Con que no pasaba nada, eh Isidro!

—Mujer, Luis estaba bien, tampoco era cuestión de que te asustaras sin necesidad y el Lobo me dijo que te dijera lo que te dije.

—¿Sin necesidad?. ¡Menudo susto me ha metido el Panza!, que, después de irte tú, ha llegado descompuesto y me dice que se había encontrado el coche del Mada hecho polo, estampado en la carretera y que había sangre por todos lados. ¡Sabía yo que algo pasaba!

—Bueno, lo importante es que está bien, ¿y Morati?

—Ahí está, hecho un Cristo. Si es que la mierda de la música, para cuatro perras, siempre tirados en la carretera, ¿lo sabe Hortensia?

—No, no he querido asustarla.

—Menos mal que no ibas tú, que si no... otro más.

A Morati, que al parecer había dejado de sangrar, porque ya no manchaba las gasas, cuando las enfermeras lo incorporaron en la cama, se dieron cuenta de que la sangre se le iba para atrás por entre el pelo y tenía la almohada y media espalda empapada. Volvieron a limpiarle la herida y a cambiarle el drenaje. Ahora, aunque estaba más tranquilo, no dejaba de llamar a su "chispi", como decía él.

Paco, el Mada, en el pasillo, no hacía más que fumar y dar vueltas. Estaba sonado y repetía sin parar lo mismo : "Si le pasa algo a alguno me tiro a un pozo."

—Venga ya, Paco, déjalo ya. No sirve de nada decir eso. Luis y Palmiro están bien y ha dicho el médico que estarán en observación hasta mañana y luego a casa; y Morati está mejor, han detenido la hemorragia, le darán unos puntos y ya está. Gracias a Dios no ha sido más que un susto.

—Sí, pero la culpa ha sido mía.

—La culpa, si es que es de alguien, la tiene el imbécil que mandó asfaltar el camino y de la gravilla. Son cosas que pasan y esta vez ha habido suerte; así es que tira para tu pueblo, que aquí no haces nada y en tu casa estarán preocupados. Vámonos a dormir un rato que esta tarde hay que abrir La Mansión.

A regañadientes, lo saqué de la Residencia, lo metí en un taxi y se fue a Pozo Cañada.

Yo cogí la calle de Capitán Cirugeda alante y en dos minutos en el barrio.

Desde las cuatro esquinas, donde vivía Víctor, se veía la casa de Hortensia. Miré la ventana de su habitación. Allí estaría, en su cama, durmiendo, ajena a lo que había pasado. Buenos días Coqui, Dios no ha querido que fuera en ese coche, si no a estas horas quien sabe. Hasta dentro de un rato, te quiero.

En la noche del domingo, "Hebra", otro grupo que venía de tocar de la misma sala, en la misma curva, se habían despistado lo mismo que el Mada y se habían salido de la carretera. Dicen que había niebla, el guitarra y el batería muertos; al cantante se lo habían llevado a Valencia muy grave. ¡Maldita carretera! y ¿maldita música?.

17 ¡Ahora, sí!

—¡Ahora ya es nuestra, Coqui!

—¡Ay, sí!

En la Notaría, le habíamos pagado a Paco con un cheque y nos habían dicho que a la semana siguiente pasáramos a recoger una copia simple de la Escritura.

Ahora, en la puerta, después de despedirnos del matrimonio, comentábamos que Josefina no había puesto muy buena cara.

—Yo creo que no le ha gustado mucho que su marido nos rebajara las cuarenta mil pesetas.

—No sé, Coqui, la verdad es que se han portado muy bien. Creo que ha sido una buena compra. A lo mejor es que le da lástima deshacerse de su casa.

—Han dicho que el lunes se mudarán al piso. El martes, y se reía, apretando con fuerza la mano donde llevaba las llaves, que Paco le había dado el martes. Si Dios quiere, después de comer, estamos allí.

Eran las nueve de la noche. Cogimos la calle Mayor alante, viendo escaparates. Luego torcimos por Dionisio Guardiola y, paseando y discutiendo de albañiles y tabiques, llegamos a las Casas Baratas. Había chiquillos jugando en la calle y el barrio, nuestro barrio, se había vestido de otoño.

Atrás quedaba un verano que había sido ajetreado. "Sintonía" y Fernando, la boda de los Lobos, "perdonen ustedes el atrevimiento, pero veníamos a ver si nos venden su casa". Sábados y domingos con olor a carretera, a sudor de bailes, a sueño. En esta recta me echo un pestañeo, despiértame cuando lleguemos a la curva. ¡Cuidado Mada, el mojón!. ¡Si les pasa algo me tiro a un pozo!, la Residencia, el corte de pelo de Palmiro, "ya le han dado el alta a Morati". Mil quinientas para cada uno, tarde y noche en el Hondón de las Nieves, ¿y eso dónde está?. Y luego a Monóvar, la Mansión y ahora la casa, nuestra casa de Collado Piña. Allí viviremos y nacerán nuestros hijos. ¿Y si no tenemos hijos, me querrás también?. Si te pasa algo, Trasto, por cuatro perras, siempre tirados en la carretera. Toma, Coqui, mil quinientas más para la cartilla, ya tenemos casi la tele pequeña en blanco y negro. Anda, dame un beso, no que se me gastan. ¡Muchacho que viene mi padre!. Buenas noches, Pedro. Adiós, Hortensia. Mañana, a las ocho menos cuarto en la esquina. Sueña conmigo.

18. La misma letra...

Pedro, el padre de Hortensia, era un hombre afable y cariñoso. Un falangista que, por sus ideas, había estado en la cárcel cuando chiquillo, y al que el comienzo de la guerra le cogió en zona roja.

Después de pasarse la contienda saboteando lo que podía en el bando republicano, se apuntó a la División Azul para pasarle factura, según él, a los comunistas por su atrevimiento de querer convertir España en un satélite de la URSS.

Acabada su aventura por Europa, donde pasó más frío que "el tostao", ingresó en, los entonces recién creados, Sindicatos, donde, cuando yo conocí a Hortensia, dirigía el negociado de Previsión Social.

Era un hombre inteligente y sencillo. Su carácter amable y caballeroso y su saber escuchar, hacían de cualquier conversación con él, por intrascendente que fuera, un buen rato entre amigos.

La gustaba volar más que a los pájaros y compartir un chato de vino, que bebía a pequeños sorbos y le duraba una hora, y un cigarro negro con quien estuviera dispuesto a hablar y discutir de cualquier asunto, divino o humano, sin exaltarse y escuchando las razones del otro.

Ana su mujer, de carácter vivo y agradable, vivía para él y para sus otros tres hijos, además de Hortensia: Abraham, el mayor; Carlos, con el que de chiquillo había jugado yo en el barrio y Pepita, la hija menor.

Se habían ido a vivir al Barrio de las Casas Baratas un poco tiempo después que mis padres, pero en vez de a un chalet a un piso. Un piso grande con patio en el que no faltaron ni la higuera ni el parral, para asegurar, si el año venía bueno, la fruta de la casa y donde se criaban, a base de amasado de tercerilla y granzas, el gorrino que luego colgaría hecho embutido en la cocinilla y las gallinas que serían del gran banquete en los días de santo y fiesta grande.

Era una familia, como la mía, de gente trabajadora que al terminar la guerra se habían "atado los machos" y con toda la ilusión del mundo habían comprado, a pagar en no sé cuantos años, una casa donde soñar y criar a sus hijos.

Aunque con distinta música era la misma letra. Ellos, nuestros padres, a ritmo de pasodoble y bolero, de horas extraordinarias y de uñetear con el sueldo, de domingos de misa de doce, radio punto azul y baile de verbena en fiestas.

Nosotros, con el Sonido del Silencio y Chicago, con tanto para la hipoteca, tanto para comer y no queda más, con sábados de carretera y mil quinientas más para la tele, pequeña y en blanco y negro, con los domingos cine o nos juntamos con los Lobos en su huerta, nos llevamos los bocadillos y hacemos una ensalada y con una botella de vino cenamos y hablamos y pare usted de contar.

Ahora vivimos mejor, pero es que los tiempos cambian. ¡Bonico estuviera que fuéramos para atrás!. ¡Qué esto ya no es una dictadura y hay libertad! Ahora había más cosas, pero tampoco daba para muchos lujos. La música, aunque más moderna, era la misma; la letra, que era lo que importaba, era la misma, los sentimientos.

Ana, Amalia, ¡estás preciosa!. Te quiero y quiero que te cases conmigo, que vivamos juntos, que seas la madre de mis hijos. Ya sé que no andamos bien de dinero, me han dicho que van a hacer unas Casas Baratas. Podíamos dar la entrada y luego, en treinta años, apretándonos el cinturón, como yo sé que eres muy ahorradora y trabajando en tres o cuatro sitios, nos

podíamos meter. Son doscientas veinticinco al mes, tienen patio y todo y si ponemos un par de parras y una higuera y criamos gallinas y un gorrino. ¿Quieres?. ¡Ay, sí!, Pedro Ramón, Laureano...¡Te quiero tanto!

—Coqui, eres preciosa y esas lucecicas que se encienden en tus ojos, pardos como las plumas de un gorrión, cuando me miras. Te quiero y quiero que no nos separemos nunca, que vivíamos juntos y compartamos cada minuto del día, cada pensamiento, que hagamos proyectos juntos y luchemos por hacerlos realidad, en nuestra casica, con nuestros hijos... No tenemos más que el sueldo, pero hay unos vecinos de mi tía que a lo mejor venden una casa, si quieres vamos a verlos y con el préstamo de vivienda de la Caja, a veinte años, tocando los sábados y domingos con " Los Brujos", podíamos comprar hasta una tele pequeña, en blanco y negro y, a plazos, una lavadora y un frigo. ¿Quieres, Coqui?

—Sí, Trasto, te quiero tanto. Y si es vieja, tiramos los tabiques y la hacemos nueva por dentro, yo, lo único que quiero es que tenga mucha luz y que estemos juntos siempre. ¿Y si no tenemos hijos, me querrás también?

—Sí, Coqui, siempre te querré y estaremos juntos, pase lo que pase y seremos...¿te acuerdas de los anillos?

Se quitó el suyo y leyó la inscripción. " Hoy y aquí...somos" Me miró con sus ojos casi transparentes y marrones, que tenían una lucecica dentro.

—Te quiero, Trasto.

—Y yo a ti, Coqui, más que a nada en el mundo.

Y nos besamos hasta perder la noción del tiempo. Sus labios ardían y a mí se me ponía la carne de gallina de pensarlo.

—¿Qué será el día que vivamos juntos, en nuestra casica y podamos amarnos hasta reventar de gusto y, después, dormir juntos abrazados has que se nos abran, solos, los ojicos?

—¡Ay sí, Trasto!

19. Los remates.

—¿Te gusta como está quedando?

—Sí, arquitecta —me reí.

—Anda, de verdad.

—Que sí y lo de arquitecta no lo digo en broma. hubieras sido muy buena.

—¡Ea!. Me gusta proyectar y luego decorar. Porque no tenemos dinero, que si no...

—Parece que fue ayer. ¿Te acuerdas cuando vinimos la primera vez, después de que se hubieran ido Paco y Josefina de la casa?. Cuando abrimos la puerta y estuvimos viendo todas las habitaciones una por una, midiendo y haciendo los planos a escala y nos sentamos en la escalera y nos fumamos un cigarro, haciendo cuentas.

—Ya lo creo que me acuerdo —y me reí.

—No seas picarón, que de aquello también me acuerdo yo.

—¿Y de cuándo vinimos con los albañiles a explicarles lo que queríamos hacer?.

—Sí, parecías la encargada de la obra, te faltaba el casco. "Este tabique fuera, y las ventanas fuera... Aquí viene, ¿ve usted los planos? Y les mostrabas un doble folio, primorosamente dibujado y hecho a escala, con las medidas de las dos plantas, habitación por habitación. Un tabique hasta aquí, venga usted conmigo. Escaleras arriba, y aquí un cuarto de baño, aquí va el bidet, aquí el lavabo y aquí la taza del váter y aquí la bañera y en este tabique se abre una puerta por aquí para comunicarlo con el dormitorio y luego, escaleras abajo, aquí le quitamos un trozo al patio y ponemos el cuarto de la caldera de la calefacción y a continuación un cuartico de aseo y una cocinilla y después, venga usted conmigo al patio, un almacenillo para el carbón.

—Sí, señora..., sí señora.

—Y luego, el salón hay que subirlo veinte centímetros con el escombros de tirar los tabiques y una capa de hormigón encima y así se hacen dos niveles entre el comedor y el salón, ¿me entiende?

—Sí señora, sí señora.

Los albañiles tienen que haber terminado de nosotros hasta el gorro. Todas las tardes, lloviera o tronara, a las cuatro, en la casa.

—Madre mía, Joaquín, esto no cunde.

—Señora es que hemos estado poniendo las tuberías y hoy el chiquillo no ha podido venir, como está en la mili...

—Lo que yo te digo, Coqui, ¡menuda jefa de obra habrías sido!.

—Pero, ¿de verdad te gusta como queda?

—Me encanta. ¿Te acuerdas de cuando íbamos a escoger los ladrillos para el piso o para el cuarto de baño? ¡y todo a "patita"! "Estos no nos gustan, este si, pero vamos a verlo a Monsalve que es más barato. Ves, Trasto, en el otro sitio a ochocientos el metro y aquí a setecientos treinta, setenta pesetas por veintitantos metros... mil y pico más barato, pues eso que nos ahorramos. El del cuarto de baño es de segunda pero no se nota y es doscientas

pesetas más barato que el de primera. Y así todas las santas tardes, durante casi siete meses. ¡La leche, Coqui!

—¡Ea!, pero es nuestra casa. Con que buscando y buscando nos vamos a gastar una fortuna, si no hubiéramos "andorraeo" (ya hablaba como yo) por ahí, pues fíjate. Además, con lo que nos va a quedar del préstamo, tenemos que pagarle a Angelete la cama y el armario del dormitorio y a Cebrián los muebles de la cocina.

—Y no nos queda ni para pipas.

—¡Xastamente!

—¿Lo de la pintura y el escayolista está dentro del presupuesto?

—No, ni, ni, ni, ni... (trataba de acordarse) los cristales de las ventanas.

—¡Vale!

Y nos íbamos a un bar que había camino de las Casas Baratas.

—Buenas tardes, dos vinos y dos cascós de patata asada.

Ya nos conocían y la verdad es que no creo que se pusieran muy contentos cuando nos veían entrar, porque la cuenta ya sabía lo que era y no iban a hacerse ricos con nosotros.

Nos sentábamos en una mesa y lápiz y bloc. Después de dos horas, llegábamos siempre a la misma conclusión. "Si no fuera porque ya hemos pedido..."

—Pero, Trasto, tenemos nuestra casica, y eso, gracias a Dios, es mucho.

—Gracias a Dios y a la Caja de Ahorros.

—¡Ay, sí!, si no fuera por ella... ¿Cómo va el trabajo?

—Bien, liados como siempre. Allí tenemos un follón que... Ha dicho Vitaliano que nos va a mandar a Pepe López, el inspector. ¡Pues que lo mande!, más de lo que hacemos no podemos hacer. ¡Coño, que todo son broncas!

—Ea, Trasto, tu haz lo que puedas, ¿y Paco, como va?

—Bien, cabreado como yo. El otro día, fue Vitaliano y nos montó un follón porque un cliente no había recibido la carta de la ampliación de capital de la Telefónica y le habíamos vendido los cupones y se había quejado al Director... ¡menudo torrao!, Paco estaba que se subía por las paredes.

—Bueno, tú no te enfades, ya sabes cómo es Vitaliano, a ver si os pueden poner a alguien que os eche una mano.

—Eso dice, que van a mandar a uno nuevo, que viene de Banesto, un tal Paco Callejas, que sabe mucho de organización y eso.

—Ea, pues a lo mejor el os ayuda y lo arregláis.

—No sé yo, no sé yo.

20. *La pedida.*

Mi padre se puso muy guapo y mi madre sus siete alfileres y, a eso de las siete, llegamos a casa de Hortensia.

—Buenas tardes Pedro.

—Buenas tardes Laureano. ¡Hola Amalia!, ¿cómo estamos?

—Bien Pedro. ¡Hola Anita!, dame un beso.

—Pasad para adentro que estamos en el salón. Ana, como ama de la casa dirigía el cotarro.

Habíamos ido, mis padres y yo, a que formalmente, después de dos años de noviazgo, pidieran la mano de Hortensia para mí. La "pidimenta", que decíamos nosotros de guasa.

A mí, los actos formales nunca me han gustado. Le quitan espontaneidad a la cosa y lo que debía ser un: "Oye que, como todos sabemos ya, los chiquillos quieren casarse, que llevan dos años de novios y se han comprado una casa, se han entrampado hasta las orejas y han estado la tira de tiempo bregando para terminarla, así que si a vosotros os parece bien, a nosotros también. Pues hala, vamos a tomarnos unas cervezas para celebrarlo y ya está", pues se convierte en: Bueno pues nada, que estos críos, que no saben nada de la vida, ¡con lo jóvenes que son! tú fíjate que podían esperarse y en vez de poner la casa pelada, juntaban un dinero y llevaban vestida toda la casa, con muebles y todo, pero en fin. Total que venimos, de manera oficial, a pedir la mano de Hortensia para nuestro hijo Isidro, que es el mayor, si nos la concedéis nos haréis muy dichosos. A lo que los padres de Hortensia dirían: Sí, claro, ellos se quieren y todo eso y bueno... pues claro ¡concedida!.

Y después de un rato de conversación y de fijar la fecha de la boda para el día tres de agosto, y de tomar un aperitivo, pues todos muy felices y contentos, cada uno a su casa.

—Adiós Anita, adiós Pedro.

—Adiós Amalia, adiós Laureano.

—¡Total, que sí, que os podéis casar, nenes!

—Me cago en la leche, Coqui, ¡como que si ellos no quieren no nos vamos a casar!

—A mí tampoco me gustan las formalidades, yo lo único que quiero es que nos casemos y nos vayamos a vivir a nuestra casica.

21. *Un paseo por los mojones.*

Habíamos planeado con Paco "el Mada" y la Marisol, su novia, que nos iríamos de viaje de novios los cuatro juntos.

Nosotros nos casaríamos el tres de agosto, que era sábado y ellos al día siguiente, domingo; y que el lunes, después de comer, en el catorce-treinta del hermano de Paco, saldríamos atacando para dormir en Madrid. Allí estaríamos uno o dos días y luego a Galicia.

Hortensia y yo teníamos treinta días de vacaciones y, además, diez más por la boda, lo que significaba que podíamos pasar hasta cuarenta días por ahí de pajareo. Pero había dos problemas, uno, que Paco tenía que venir a presentarse cada quince días al juzgado por un accidente que había tenido con el coche y otro, el de siempre, el dinero.

En el presupuesto habíamos dejado diez mil pesetas para el viaje. No era mucho, desde luego, pero era todo lo que podíamos gastar.

A mediados de Julio la casa ya estaba terminada. Los albañiles se habían marchado y los de los oficios remataban los pequeños detalles.

Entre mi suegro y yo, con un berbiquí de esos de mano, habíamos puesto los apliques del cuarto de baño, el aseo y la cocina y Angelete, el carpintero, había llevado la cama y colocado el armario ropero y la coqueta. Los muebles de la cocina, tres en total, los acababan de instalar y solo faltaba afinar la limpieza de la casa, labor en la que Hortensia y su hermana Pepita andaban ahora.

El frigorífico, nuevo y reluciente, brillaba en la cocina, frente a la ventana que daba al patio y se reflejaba en la plaqueta azul del piso. Una lámpara, colgando sobre la pequeña mesa, donde comeríamos y cenaríamos y los muebles de cocina, color crema, con una lista del mismo color que el piso, pura casualidad, era todo el mobiliario de la casa. Las paredes de color crema, con una florecica, estaban más limpias que el jaspe.

—Vamos a darnos una vuelta por nuestros mojones. Y me cogió de la mano.

"Es que verá usted, mi novio, uno alto, moreno y muy guapo y yo, vamos a casarnos dentro de quince días... si quiere le enseño la casa, aunque ya le digo que no está en venta..."

—¿Ah sí? y... ¿ya la tienen amueblada?

—¡Xastamente!, venga, venga que le voy a enseñar.

En la planta de arriba, y subimos la escalera, aquí, a la izquierda, una habitación que en principio, como no tenemos decidido que vamos a poner la vamos a dejar sin decorar, lo mismo que esta de la derecha, para más adelante, y aquí, a continuación, un hermoso cuarto de baño, que además era verdad, tenía quince metros cuadrados, con plaqueta hasta el techo, en color azul, con un punto grande blanco en el centro, del mismo azul que el piso, por supuesto con todos sus elementos sanitarios y la grifería que, aunque no lo parezca, es de plata, si, si, de la que caga la gata, y por esta puerta se pasa directamente al dormitorio, donde un hermoso armario ropero empotrado y una coqueta en madera de árbol, lo mismo que las mesitas de noche, van muy bien con la moqueta del suelo, y una hermosa cama, ¡qué tentación!, completan el mobiliario.

—Pues, desde luego, recargada de muebles no queda la planta de arriba, señora.

—Es que a mi novio no le gusta tropezar con nada y, como es tan grande.

—¡Ya!

—Y por esta preciosa escalera —que lo era—, con quitamiedos y pasamanos en madera del mismo árbol y escalones de mármol de color crema —verdad—, en el que, como verá no hemos escatimado dinero, porque es para siempre, bajamos al recibidor, donde por una puerta de madera, preciosa, con una ventanica en el centro, con cristal de color miel, se va a la calle. No, usted no, por favor. Sígame que aún queda la planta baja, donde normalmente haremos vida. A nuestra izquierda, una puerta grande, de doble hoja, da paso al lujoso salón, donde, no hemos querido poner cualquier clase de muebles y estamos esperando que, dentro de cuatro o cinco años, nos los envíen de Francia, todo en estilo Luis...—y se reía. Si, Luis no sé cuantos... que están fabricando, en modelo exclusivo, en el taller de la Casa Real Francesa y, como usted comprenderá, eso lleva su tiempo y, a continuación de comedor, donde de momento y de manera provisional, hemos puesto una mesa y cuatro sillas de la Real Fábrica Española de Muebles de " La Gineta", ¿ha oído hablar de ella?

—No, como yo no soy rico, pues...

Sobre un taburete de enea estaba la tele-portátil, pequeña y en blanco y negro.

—Claro, claro, le entiendo, pero sígame que aún hay más y por esta puerta del comedor se va directamente a la cocina, lo hacemos por el servicio, para que les sea más cómodo y aquí, por último, las cocinas de palacio —otra mesa que nos había hecho el de los muebles de cocina — con su mesa de ébano y cuatro sillas de la Real Fábrica, a juego y muchos, muchos armarios de cocina (tres), aquí, a la derecha la gran despensa donde guardar las provisiones; era pequeña, pero muy bien arreglada, llena de cacerolas y platos que habíamos comprado de rebajas en el Corte Inglés en Madrid, tenía unas lejas blancas de formica sobre rastreles de hierro que, a mi suegro y a mí, nos había costado Dios y ayuda poner haciendo agujeros con el berbiquí de mano. ¡Dios lo que sudamos!, como era tan chica no había donde revolverse. Pero, por favor, no se quede atrás que se perderá. ¡Esto es tan grande! y, eso sí, la cámara frigorífica (el frigo más bien pequeño) y abrió la puerta, como verá lleno de ricas viandas. ¡Cierto!, latas, batidos, embutido y dos botellas de vino tinto de "El tío de la Bota" y varias botellas de champán, que guardábamos para después de la boda. Y sígame, por favor, y no se dé en la puerta de hierro, a continuación el cuarto de la calefacción con una preciosa caldera, marca Roca, de carbón y un gran ventanal al patio ¡cierto! y un cuarto de aseo donde, de momento, hemos puesto la lavadora.

—La verdad es que es una maravilla, demasiados muebles ¿no le parece?... y caros.

—Pues espere a ver los jardines, ¡ni en Versalles!— y abrió la puerta del patio—. Aquí, a la derecha una pequeña reserva de carbón y grandes jardines (más pelado que una zambomba). Lo que pasa —y continuó con su vena imaginativa—, es que hemos dado vacaciones al jardinero, ya sabe cómo está el servicio, pero dentro de un mes ni lo conocerá. En fin, estas son nuestras propiedades. ¿Verdad que le dan un poquito de envidia?

—De lo que tengo envidia es de su novio, señorita. Creo que es el hombre más afortunado de la tierra. Con esta casa tan hermosa y una novia como usted, con ese cuerpo, ese talle y ese poquito meneo y con esos ojos marrones, que tienen esa lucecica dentro y brillan de felicidad. Y esa boca (aquí ya no pude aguantar más) y la besé.

—¡Pero que hace!, como se lo diga a mi novio se va a enterar usted de lo que vale un peine.

—Mujer, yo..., perdone, pero es que por un momento he creído que el novio era yo.

—Trasto, te quiero más que a nada en el mundo y soy muy feliz en nuestra casica. Algún día nuestros hijos correrán por este patio y les compraremos una piscina de plástico y se bañarán en verano.

Lloraba y yo recogía sus lágrimas con mis labios y eran saladas y calientes.

—Te quiero, Coqui y dedicaré mi vida a tratar de hacerte la mujer más feliz del mundo. Te prometo que a mi lado no te aburrirás. Y la abrazaba y la apretaba contra mí hasta notar sus pequeños pechos en el mío. ¡Dios como te quiero, Coqui!

—Y yo a ti, Trasto y... ¡llaman a la puerta!

—¡Joder, quien será ahora!

22. Chinchilla y por lo civil...

—Este es mi pueblo, ¿verdad que es precioso, Isidro?

—Ya lo creo, Pedro. Era evidente que estaba orgulloso de su pueblo.

Chinchilla, a once kilómetros de Albacete, más o menos, estaba sobre un cerro enorme desde el que se veía la ciudad.

El aire era limpio y el cielo daba la sensación de poderse tocar con la mano. En sus callejuelas, empinadas, estrechas y empedradas, obra de los moros, había pasado Pedro parte de su infancia jugando y, después, cuando la guerra, saboteando los camiones de los rojos. Les quitaban la gasolina para que no pudieran moverse de allí y algún pescozón que otro se llevó por eso.

—Aquí, en la Corredera, en esa casa tan hermosa, nací yo.

Era una casa antigua, de esas solariegas, que los ricos tenían en el pueblo, con escudo de familia y todo.

—No era nuestra la casa pero como si lo fuera, porque vivíamos aquí. ¡Pues no tengo yo nada corridas estas calles, de cuando chiquillo! y la plaza y la Iglesia.

Hortensia y yo habíamos decidido casarnos en la Iglesia de Chinchilla. Sabíamos que a su padre le haría mucha ilusión. Menuda cara puso el día que se lo dijimos, hasta se emocionó y todo.

Habíamos estado en el Juzgado, una casa antigua con piso de madera, preciosa, pero el secretario no estaba.

—Seguramente habrá ido a una casica que tiene allá abajo, en la labor —nos había dicho un escribiente—. Si habían quedado con él a las once, no tardará, debe estar al caer, si quieren esperarle.

A las once y media fuimos, con el seiscientos blanco de Pedro a buscarle en la casica de labor, pero no dimos con ella y volvimos al pueblo. Ahora paseábamos por la plaza empedrada haciendo tiempo.

—Vamos otra vez al Juzgado a ver si lo pillamos.

Subimos la amplia escalera de madera, que crujía, y Pedro abrió la puerta.

—Aquí está. ¡Hola Antonio!

—Hola Pedro, es que había bajado un momento a una casica que tengo allá abajo y se me ha hecho un poco tarde, perdonad.

—Nada, hombre, he estado enseñándole el pueblo a mi hija y su novio -y nos presentó- Hortensia, mi hija y mi futuro yerno, Isidro. Antonio, el Secretario del Juzgado y amigo de la infancia.

—Encantado.

—Encantada.

—Mucho gusto. Así que os queréis casar ¿eh?

—Pues sí señor.

—Bueno, pues nada. Aquí tengo preparados los papeles, solo tenéis que firmar y ya está, Tú Pedro y yo, seremos los testigos.

—Vale, Antonio, lo que tú digas.

—Tú Isidro firma aquí y tú Hortensia, aquí y nosotros, como testigos, aquí, y aquí, ahora la fecha —escribió; dos de agosto de mil novecientos setenta y cuatro. ¡Felicidades, Hortensia!, hoy es tu cumpleaños.

—Gracias.

—Bueno, chicos, pues ya estáis casados, el libro de familia os lo entregará el cura el día de la boda, como es costumbre, que seáis muy felices.

—Muchas gracias, Antonio me alegro de verte.

—Y yo Pedro. Adiós muchachos.

Desde allí nos fuimos a tomar una cerveza al Casino. Yo había visto muchos, porque era donde, antes de que aparecieran las discotecas, se solían organizar, en fiestas, los bailes de los pueblos.

Era bonito, con sus techos altos y su gran barra, con los espejos típicos y sus veladores de madera con piedra de mármol y sillas torneadas y con mucha luz, que provenía de los grandes ventanales que daban a la Plaza y con el sabor que tienen este tipo de sitios, regios y señoriales.

Nos sentamos frente al ventanal que daba a la plaza, junto a un piano vertical que, en otro tiempo, habría servido, unas veces para deleitar a las parejas que oyendo viejas melodías, habrían hecho proyectos como el que ahora Hortensia y yo teníamos entre manos y otras para celebraciones y juergas.

No sé si era que el ambiente lo llevaba consigo, pero todavía, afinando el oído, se podían escuchar, flotando en el ambiente valeses y pasodobles y alguna que otra melodía sincopada.

—Yo una "mahou". ¿Y tú Hortensia?

—Una caña pequeña.

Pedo hizo una señal al camarero, vestido con chaquetilla blanca, que se acercó.

—Los señores dirán.

—Una mahou, una caña y yo... un chato de vino tinto.

—¿Y de comer?

—Pues... un poco de sepia a la plancha, ¿os parece bien?

—¡Caiga!

Hablamos del pueblo, de la boda y del Secretario del Juzgado, de que ya estábamos casados y del viaje de novios a Galicia. El ambiente era amable y bonito. Pedro sabía hacer de una conversación un rato íntimo y agradable.

-Pues el otro día estuve hablando con mi amigo García y le dije: Oye, que para allá te mando un par de mochuelos, —y se reía; después de darle una chupada al cigarro. Que son mi hija y mi yerno, que irán a verte. Cuida de ellos como si fueran tus hijos y enséñales tu tierra y, si tienen algún problema de alojamiento y eso, échales una mano que son novatos."Y García, que es un tío estupendo, amigo mío, con el que estuve en la División Azul y, que al final se

casó con una alemana y se la trajo a vivir a Pontevedra, me dijo que no me preocupara y dejara todo en sus manos. Así es que ya sabéis donde tenéis un amigo de verdad. Cualquier cosa que necesitéis... El trabaja en Sindicatos, vais y preguntáis por él y ya está.

—Muchas gracias, Pedro. Iremos a verle y le daremos recuerdos de su parte.

—Y decidle que, después que estéis con él que me llame.

—Sí, Pedro.

—¡Vámonos ya, papá que es tarde y tenemos muchas cosas que hacer, que mañana es la boda!

—Vale, hijita, ya nos vamos, ¿estás nerviosa?

—Un poco, con todos los preparativos.

—Pues hala. ¡Batallones a mi mando y de mi hermano Manuel!

Siempre que se ponía en marcha para iniciar alguna faena, fuera un viaje o tratar de arreglar algo en casa, terminaba la conversación, para pasar a la acción de la misma manera; era como un... ¡manos a la obra!

Y el seiscientos blanco de Pedro rodo por las cuestas de Chinchilla, para coger la general a Albacete. Iba "echando virutas"—oyes ese iiiiiiiiiiiiiiiiiii del motor, Isidro, pues con ese ruidico tan bueno... ¡a la luna!

Iba sentado delante, con él. De vez en cuando, bajaba el parasol y por el espejo chiquitín veía a Hortensia. Estaba preciosa, con su vestido de colores y unas bonitas rosetas en las mejillas, ¿de la cerveza?. No sé, el caso es que le sentaba muy bien estar casada. Ella se dio cuenta y se rió y me sacó la lengua.

—Si te molesta el sol, baja el parasol, Isidro

—No es nada, Pedro, gracias.

23. De verde manzana.

El catorce-treinta, marrón, de Paco Alemañy, más limpio que una patena, enfiló la cuesta de Chinchilla que llevaba al pueblo. Dentro, mi padre sentado delante y mi madre, que era la madrina y yo, atrás.

—Todavía estás a tiempo, Isidro. ¿Si quieres doy la vuelta?

—¡No, muchacho! —decía mi madre.

Antes de salir de casa, mi padre muy emocionado me había dado su bendición. Aquello debía ser un rito muy antiguo que yo no conocía y me había impresionado.

—Isidro, ¿si quieres doy la vuelta? —y se reía.

-No, déjalo, si ya estoy casado por lo civil, así es que ahora solo me falta ¡por lo militar!

Paco, con el que había ido tantas veces a cazar, a pescar y a beber cerveza iba elegante con su traje de verano, gris claro.

Aún llevaba en la mano el arañazo que se había hecho cuando, una semana antes de la boda, con algunos compañeros de la Caja, los del grupo y mi cuñado Rafa, el novio de Pepita, habíamos estado cenando en el Refugio de Aguasol, un merendero en las afueras de la ciudad.

Nos bebimos todo lo que era líquido y comimos hasta reventar. Luego, "como lo que no hace el vino no lo hacen los picatostes." —que diría mi suegro Pedro.

Paco y yo nos echamos un pulso. No sé quien ganó, lo que sí recuerdo es que, al final, peleando en broma, terminamos revolcándonos en el suelo y Paco se hizo, con el aligustre de un seto un arañazo en la mano.

Al final, como toda despedida de soltero que se preciara, terminamos en la sala de fiestas "La Herradura" viendo un strip-tis. Después, borrachos como una cuba, mi cuñado Rafa y yo, a las siete de la mañana nos fuimos a dormir a casa de mis padres, que se habían ido unos días a la playa.

—¿Qué dices, Paco?

—Que vamos bien de tiempo, son menos cuarto, dentro de cinco minutos en la puerta de la iglesia.

—Ya...

—¿Entonces no va ha haber música?

—No señor, dice el cura que de conjuntos dentro de la iglesia nada, únicamente Morati que tocará el órgano, y como no sabe la cagará. Y de cámaras de vídeo tampoco. De todas maneras el Mada dijo que se traería la suya y a ver si el cura se descuida y graba algo.

A las cinco menos cinco en la puerta. Besos, abrazos y a las cinco y cuarto la novia.

Iba vestida de color verde manzana. Eso del blanco no le gustaba." Así, luego me lo arreglo y me vale para vestir de fiesta" .Estaba que revenaba de guapa. Cuando la vi me quedé atontado.

—¡Ay, ratita, como te has puesto!

—¡Ea!, hago muy requetebién, porque como tú no me lo das.

Y nervios y más nervios... y besos y abrazos de todos para todos.

En la ceremonia, leímos un pasaje de la Biblia que antes nos había señalado el cura. Nada de cámaras, nada de músicas y... "¿Aceptas, como tu legítima esposa, a Hortensia Pérez Martínez (alemana de nacimiento, por los apellidos) para quererla, amarla y respetarla, en la salud y en la enfermedad, hasta que la muerte os separe? ¡Dios que si quiero!. ¡Sí quiero! y tú Hortensia Pérez Martínez, ¿aceptas a Isidro Martínez Palazón (también alemán) como tu legítimo esposo, para quererlo, amarlo y obedecerlo, en la salud y en la enfermedad hasta que la muerte os separe?. ¿Quieres, Coqui, que vivamos juntos siempre y compartamos nuestra casica y nuestros sueños y luchemos por hacerlos realidad y que...? yo si quiero, ¿Y tú?. ¡Sí quiero!

—Yo os declaro marido y mujer. Puede besar a la novia.

Sus labios estaban calientes y a mí cada vez que nos besábamos un frío me recorría la espalda y se me ponían los pelos como escarpas.

—Te quiero, Coqui.

—Y yo a ti, Trasto.

Llantos y enhorabuenas, firmas en la sacristía y besos y abrazos de todos para todos.

Como el día anterior en el seiscientos blanco de Pedro; ahora, el coche de Rafa, un ciento treinta y uno-mil seiscientos-marrón claro, bajaba las cuestas de Chinchilla "echando virutas", pero esta vez juntos los dos y cogidos de la mano. No a la casa de nuestros padres, sino a Collado Piña, a nuestra casica, la que habíamos hecho con todo el amor del mundo. Y me vino a la memoria aquella tarde, en el Cine Carretas, en que dejamos perder la entrada para ver una película de "faldamento largo y mucho amor", o de risa y... perdonen el atrevimiento, venimos a...¿vosotros habéis pensado en vender vuestra casa?... y aquella noche en Riópar, cuando las diez truchas del Laminador. Aún me parece escuchar a Dro, riéndose en medio de la carretera. "Me parece que estamos perdiendo el tiempo, Isi, ¡AHÍ ESTÁ LA TUYA, MUCHACHO, ESA ES LA TUYA!. Esa era Hortensia, la misma que ahora, a mi lado, con su traje de novia, color verde manzana, me miraba con sus ojos marrones, como plumas de gorrión, profundos y transparentes, en los que brillaban esas lucecicas, y yo era el hombre más feliz del mundo. ¡A que sí, Dro!

—¡Mire...!

24. ...a casa.

Abrimos la puerta de la casa y, entre bromas, como había visto en tantas películas americanas, la cogí en brazos y crucé con ella el umbral de la puerta.

—Señora, ¡bienvenida a su hogar!

Rafa y Pepita se mondaban de risa.

—¡Por Dios que nervios!, si me preguntan qué ha pasado en las últimas tres horas no sabría qué contestar.

—Igual que yo, Coqui. No veo más que gente por todos lados y al cura y besos... Bueno, la primera parte ha terminado, ahora viene la segunda, el banquete.

—Pues no vamos. Nos quedamos aquí y que ellos coman y beban. Nosotros nos hacemos un bocadillo de atún y una cerveza fresca y ya está.

—Porque no querrás...

Rafa, atento como siempre, había abierto una botella de champán, de las que guardábamos en el frigo para esta ocasión y había sacado cuatro copas.

—Vamos a brindar por los novios, por los señores de Martínez —y se reía—. Que seáis muy felices y comáis muchas perdices. ¡Por vosotros!. Chin.chin. y apuramos todas las copas.

—Voy a hacer un pis, con estos nervios.

—Y yo,

—Y yo,

—Y yo, pero de uno en uno, o de dos en dos como mucho.

Estuvimos charlando y echando un cigarro, haciendo tiempo hasta la hora de la cena. A las nueve menos cuarto, los cuatro, en el ciento treinta y uno de Rafa, cogimos carretera del Salobral alante, al Refugio de Aguasol, donde sería el ágape.

Al llegar, vuelta a los besos y abrazos de todos para todos, llanos y parabienes.

No sé ni lo que cenamos. Yo veía por allí langostinos y lomo de orza y patatas a lo pobre con no se qué canapés. Lo que si recuerdo es que no probamos bocado. Nos mirábamos, reíamos y fumábamos. Nunca nos han gustado las aglomeraciones de gente. Cuando hemos ido a alguna cosa multitudinaria, un día a los toros (invitados) o a una boda; siempre hemos llegado a la conclusión de que allí había mucha gente y que sobraban por lo menos dos, ella y yo.

Después de la cena, la tarta y ¡vivan los novios!, ¡vivan los padrinos! y el no menos obligado ¡Qué se besen!, ¡qué se besen! y aunque a mí esas cosas me gusta hacerlas en privado, o en público pero cuando me lo pide el cuerpo, pues bueno, ¡si hay que hacerlas, pues se hacen y en paz!

Al terminar, algo de baile y, desde luego..." nosotros nos vamos a marchar ya, que estamos cansados".

Alguien había propuesto que nos fuéramos a casa a cambiarnos de ropa y luego a bailar a una discoteca. La idea, con tal de quitarnos "los guapos" no era del todo descabellada y aceptamos. ¿Qué os ha parecido la cena?, ¿lo habéis pasado bien?. ¡Muy bien, muy bien!, todo ha estado estupendamente. ¡Que seáis muy felices! y que os divirtáis mucho en el viaje de

novios. Los amigos, picarones como siempre. Qué, ahora a la casa, ¿eh?..." Sí porque estamos cansados, con los nervios y eso, ¡Claro, claro...! a descansar a la cama y de paso...¡venga burrerías! y sonrisas y guiños.

—Bueno amigos —y le hice una señal a Rafa—. ¡Esto se acaba!. Lo mismo que en los bailes de los pueblos en la penúltima canción. Si queréis tomar alguna cosa más, pues nada, duro con ello, nosotros nos marchamos. Hasta siempre, adiós, au revoir, que dijo Voltaire, y salimos a la calle.

Hacía una noche preciosa, llena de estrellas, como en Riópar aquella noche. Allí estaba el lucero, nuestro lucero blanco y gordo como la pechuga de un palomo que durmiera en el pico del tejado. Nos cogimos de la mano y andamos unos pasos hasta el ciento treinta y uno.

—Menos mal que el folklore ha terminado, ya tenía ganas de que acabara, ¿y tú?

—Yo también, Trasto, estoy atacá de los nervios. Vámonos a nuestra casica.

—Sube Pepita. Venga Rafa, arranca.

El coche sonaba bien. Íbamos espacio, carretera alante, en medio de una noche de agosto, oscura como la boca de un lobo, disfrutando del paseo. Al pasar por la Base Aérea de los Llanos, la sombra de un enorme pájaro con un solo ojo cruzó la carretera. Al fondo se veían las luces de la ciudad y yo, cogido de la mano de Hortensia, era el hombre más feliz del mundo, porque tenía a mi lado a la mujer que amaba y por delante todo el tiempo que Dios me concediera para hacerla feliz.

25. Serenata...

Rafa y Pepi nos dejaron en la puerta. Pasamos y nos cambiamos de ropa. Habíamos quedado en vernos en una discoteca con la gente del convite, pero a ellos les confesamos que no teníamos ganas de salir, que si íbamos bien y si no..., pues nada.

Al final optamos por acostarnos. Hortensia se pasó al cuarto de baño y salió con un camisón precioso.

—¿Quieres algo fresco, ¿un batido o algo así?

—¡Ay, sí!, tengo la boca más seca que el esparto.

Bajé al frigorífico y cuando subía con dos copas de batido de vainilla, se me callo un poco en la escalera. Subí, dejé las copas en la mesita de noche y bajé a limpiarlo con la fregona. Iba descalzo y como los escalones eran de color vainilla también, no vi la mancha. El esportazo fue de anea y el susto de Hortensia también.

—¡Trasto, qué pasa! —y se tiró de la cama escaleras abajo.

—No pasa nada, no te asustes, solo que... ¡por poco me parto la cabeza!

Se me hizo una roncha en el culo y la espalda, como si me hubieran pegado un latigazo y la muy canalla, al ver que no era grave, se reía y se reía, y yo me reía...

—¡Si seré gilipollas!...¡Ay!

Eran las dos y pico de la mañana y cuando nos íbamos a beber el batido, se oyeron guitarras en la calle, delante de la puerta de la casa, debajo de la ventana del dormitorio.

*"Estas son las mañanitas
que cantaba el Rey David,
a las muchachas bonitas
se las cantaba así..."*

Esa guitarra y... esas voces, Paco Alemañy y su mujer, Yébenes, Rafa y Pepi, los Lobos, Paco el Mada, Morati,... en fin la tribu. ¡Qué bonito sonaba en el silencio de la noche!, y nos asomamos a la ventana.

—¡Pero si son las tres de la mañana, so bordes!

Y seguían cantando...

—¡Abridnos la puerta!

—¡No será verdad —me dijo Hortensia al oído.

—Mañana, mañana...

Cantaron un par de canciones más y se fueron.

Nosotros, nerviosos como colegiales en su primera cita, nos acostamos. Y nos amamos hasta quedar extenuados y abrazados, como siempre habíamos deseado, nos dormimos.

Los dos éramos novatos, pero no nos importaba, teníamos todo el amor y todo el tiempo del mundo para aprender, como aprendimos a besar,... juntos.

26. *La boda del Mada.*

No recordaba haber sentido, en mi vida, una sensación más agradable que despertar a su lado.

Estaba preciosa. Con su pelo castaño, casi rojizo y su boca tan jugosa y tierna. Su pecho subía y bajaba rítmicamente y su nariz aleteaba pausadamente.

—Buenos días, Coqui, ¿cómo has dormido?

—Divinamente, Trasto. Te quiero.

—Y yo a ti, Coqui.

—Que bien ha sabido Dios hacer las cosas. No puede haber una manera mejor de que un hombre y una mujer puedan estar tan juntos. Te quiero.

—Y yo a ti con toda mi alma —¡Venga muchacha, arriba! ¡qué son las dos!.

—¿Las dos?, y no tengo nada para comer.

—Pues ya está, huevos fritos y patatas.

Nos levantamos y después de ducharnos, bajamos a nuestra cocinica, tan arregladica. Encima de la mesa estaba la botella de champán vacía y las cuatro copas de la tarde anterior.

Era sábado y hasta el domingo por la tarde que se casaba el Mada en Pozo Cañada, no salimos de casa. Comíamos y cenábamos en la mesa de la cocina, paseábamos por nuestro patio y recorríamos nuestra casa una y mil veces haciendo proyectos." Aquí vamos a poner, cuando podamos, un mueble bajo para separar el salón, del comedor, y aquí un tresillo". Y nos amábamos, fuera la hora que fuera y dormíamos abrazados. Teníamos tantas cosas que aprender juntos.

.....

Era el seiscientos gris del Lobo el que pitaba.

—Coqui, los lobos —y abrí la puerta —. ¡Ya vamos, Luis!

Eran las cuatro de la tarde y hacía un calor de justicia.

—Pasad, pasad y no preocuparos —se reía el lobo—, que ahora mismo pongo el aire acondicionado y...

—¿Que tal estáis?

—Muy bien, Maricarmen.

—¿Y tú, Hortensia?

—Divinamente.

—Claro, es de suponer —y se reía—.¿A qué se está bien junticos?

—Sí que es verdad.

—Venga que nos vamos, a ver si con las ventanillas bajadas y andando corre una miaja de aire.

Y el seiscientos, con las morenas atrás hablando de sus cosas, y Luis y yo delante, como siempre, cascando de las nuestras, cogió la carretera de Pozo Cañada. Cuantos viajes echaría

el animalico aquel al pueblo. Como decía Luis, lo dejamos solo y ya sabe a dónde tiene que ir, a la puerta de la Mansión.

Al llegar al pueblo, derechos a casa de Paco, a la panadería, que como es natural estaba llena de familiares, todos con los guapos puestos. Saludamos al Mada, que iba todo elegante con su pajarita y su pelo largo, media melena, que tanto le gustaba llevar. Después, siguiendo las costumbres de los pueblos, en comitiva, detrás del novio y la madrina, con los familiares ¡A la puerta de la Marisol!, a recoger a la novia y por fin, desde allí a la Iglesia.

Y después de la ceremonia, otra vez en comitiva, a la Mansión, donde nos dieron un refrigerio a base de medias lunas con algo dentro y vino, cerveza y luego pasteles y champán con la tarta.

—¿Que tal don Martínez?

—¡Hola Paco!, pues nada, aquí luchando con esta media luna de jamón de nueva york y esta cerveza.

—Eso está bien. ¿Cómo quedamos para mañana?

—Pues como vosotros queráis. Depende de lo tarde que os acostéis hoy.

—Na, dentro de un rato —y miró el reloj—, allá a las nueve nos perdemos y para la casa. Dormir no sé lo que dormiremos—se reía—, pero ¿a las cinco es buena hora?

—Yo creo que sí, llegando a Madrid para buscar hotel...

—Pues a las cinco o por ahí pasamos a recogeros y salimos pitando.

—Pues nada, en eso quedamos. Nosotros —dije refiriéndome a Luis, que estaba a mi lado—, cuando las morenas digan nos marchamos.

—Yo creo que casi ya, ¿eh morenas?

—Por nosotras cuando queráis —contestó Hortensia.

—¡Pues hala!, que para luego es tarde. ¿Vamos Lobo?

—Vámonos, pues. Bueno Paco, hasta que nos volvamos a ver y que paséis "muchísimo bien" los cuatro en el viaje de novios. ¡Ah! y no comáis mucho marisco que da colesterol —y se reía.

—Hombre, alguna gamba nos comeremos, aunque pierde cuidado que con el dinero que llevamos no nos vamos a hartar.

—Hasta mañana Paco, a las cinco y ¡enhorabuena!

—Gracias muchachos, adiós.

—¿Y las morenas, Luis?

Y—o que sé —y miro alrededor buscándolas—. Allí están despidiéndose de la novia, ¿vamos nosotros también?

—Pues vamos y de paso nos las traemos, porque si se ponen a cascar nos dan aquí las mil.

Salimos a la puerta de la calle los cuatro.

—¡Joder que calor hace ahí dentro y que bien se está aquí fuera!

—Y que lo digas, Luis.

—Pues tampoco es para tanto —le decía la Loba en voz alta a Hortensia—. Seguro que en los dos días que llevas casado, allí en el chalet, —y me miraba a mí la Maricarmen—, has pasado más calor y no te quejabas —sonreía picarona— ¿a que sí, Hortensia?

—¿Calor?, yo no he pasado calor ¿y tú, Isidro? con que dormimos abrazucados —se dio cuenta después.

—Sí, Maricarmen, si hace calor, pero de otra clase ¡que hay que explicarlo todo!

Riéndonos los cuatro, subimos al seiscientos de Luis y carretera y manta, para Albacete.

27. Cuatro en la carretera.

Todo el viaje de novios fue una auténtica locura. No me había reído tanto en toda mi vida, ni yo ni ellos.

Salimos de Albacete a las cinco y pegaba un palomo de muerte. A la altura del campo de aviación para planeadores de Mota del Cuervo paramos para merendar a la orilla de la carretera, en un secarral donde no habría más que lagartos y alacranes y ya empezó la cosa.

—¡Señoras y señores! bien venidos al Hotel "EL ANCHURON!". Tomen asiento en nuestras cómodas sillas y degusten nuestros exquisitos platos a base de mariscos de la tierra. El metre les tomará nota y pronto serán servidos. Si no encuentran sitio, por favor pasen al fondo.

Paco y Marisol, y Hortensia se reían a mandíbula batiente y en cuanto más se reían más tonterías se me ocurrían.

—Por favor, Isidro —decía Marisol—, que se atragantaba de tanto reír —para ya, que nos morimos.

—Les gusta nuestro marisco —seguía yo.

—Fíjense que carabinero , y cogía la tripa de salchichón que había traído ella del pueblo y que, por cierto, estaba riquísimo —verán que está un poco marrón, pero es que es de bancal. —y venga a reír.

Después de merendar, sin prisa, a Madrid. Nos hospedamos en el Hostal Lisboa que está por detrás de Sol, en Ventura de la Vega. Allí hacía un calor mortal y nos dieron unas habitaciones malísimas. Decían que estaba todo ocupado. Para que luego digan que Madrid en agosto se queda sin gente.

Por la mañana, después de desayunar, salimos para el Norte.

—¿A dónde vamos primero?

—¡Joder, Mada, pues para el Norte! ¿A dónde está el Norte?, arriba, ¿no?, pues tú tira para arriba y verás cómo lo encontramos.

—No empecemos como ayer, don Martínez, que acabo de mear y además todavía me duele la boca de tanto reír.

Paramos a comer por Astorga y llegamos a Pontevedra a las cuatro de la mañana. No habíamos encontrado donde dormir en toda la ruta. Una o dos veces lo intentamos en hostales de carretera y, después de ver las habitaciones, las mujeres decían que ellas allí no dormían, que tiráramos para adelante y ¡carretera y manta otra vez!

A las doce de la noche vimos un hotel de cuatro estrellas, de lujo y decidimos pasar.

—¡Madre mía, esto sí es un hotel! —decía Hortensia—. ¿Veis como nosotras teníamos razón en querer seguir adelante?

—Sí, pero mira los precios...¡Dos mil pesetas por habitación! Si nos metemos aquí, mañana tenemos que dar la vuelta para la casa.

—Es igual, Paco, con tal de dormir en una buena cama.

—Pues nada, don Martínez, ¡palante!

El recepcionista nos miró de arriba abajo, como si fuéramos delincuentes.

—¿Díganme los señores?

—¡Joder!, para mí que eso de señores lo ha dicho con cierto re-tin-tin.

—Pues queríamos dos habitaciones

—¿Tienen reserva?

—Pues no.

—Entonces lo siento, están ocupadas todas las habitaciones.

Éramos de lo que no había. ¡Nos vamos a Galicia, de viaje de novios y no reservamos habitaciones en ningún hotel! ¡Para qué!, si eso, donde nos pille cenamos y donde nos pille dormimos. ¡Y ya está! ¡Eso es!

Nos salimos a la calle los cuatro y nos pusimos a reír mientras, desde donde no podía oírme el de recepción, le chillaba.

—¡Sabe usted lo que le digo! ¡Que se meta su hotel en el culo! ¡No dormiría aquí ni aunque me lo pidiera de rodillas el dueño!

—¡Muchacho —decía Hortensia—, que te va a oír.

—Pues para eso lo digo —y bajaba la voz—.¿Pero os habéis dado cuenta?, si es una mierda de hotel, no tiene más que luces, seguro que hay piojos como gambas de gordos en las habitaciones.

—¡Nada, nada, señor Director! y levántese usted del suelo, hombre—hablaba Paco con un personaje imaginario—, no le da vergüenza, si sus hijos le vieran arrodillado delante de unos extraños, rogándoles que, por favor, entren a hospedarse en su hotel, en las suites nupciales esas...

Y venga a reír los cuatro.

—Por favor, callaros ya —decía la Marisol—, que nos vamos a mear encima.

Y carretera y manta, ¡a Pontevedra!

Al llegar a la ciudad, paramos delante de la puerta de un bar que estaba abierto, a esperar que se hiciera de día para ir a ver a García, el amigo de Pedro, mi suegro. Bueno, para eso y para que las mujeres pudieran ir al servicio cada cinco minutos, porque estaban las dos con la regla y con diarrea.

—¡Ay, como me duele, Hortensia!

—Pues anda que a mí, y además tengo que ir al servicio.

—Y yo, vamos las dos.

Así estuvieron toda la santa noche. Al principio, como no había clientes en la barra, pasábamos Paco o yo y pedíamos un café, para despistar, mientras ellas iban al aseo; pero a la cuarta vez ya pasaban ellas solas.

—¡Ay, como me duele Marisol!

—¡Pues anda que a mí! —y entre llanto, dolor y risas, mientras se secaban las lágrimas—. ¡Mira, Marisol, que pañuelo tan bonito!, en el Corte Inglés a dos duros. —¡Ay, como me duele! y se echaban a reír. ¡Qué me lo hago encima!

—Pues ahora pasáis vosotras solas, porque yo llevo ya cuatro cafés esta noche y cuando entro, y me encuentro delante del de la barra, es que no se ya que pedirle; me va a decir que si es que soy cafeinómano.

Y venga a reír. Al final, como siempre, se hizo de día y a las ocho de la mañana, después de preguntar mil veces a aquella gente, que hablaba de aquella manera tan rara, entre preguntando y cantando, los cuatro, con los pies hinchados como botas de tanto tiempo en el auto y con el pelo como si nos hubiéramos peinado con "la llave las portás", estábamos delante de la puerta de Sindicatos en Pontevedra.

Estaba lloviendo como, según decían ellos, siempre lo hacía, un "sirimiri". ¡Qué pijo sirimiri!, ¡fino y sin parar!

—Buenos días, por favor, ¿el señor García?

—Sí, un momento. No sé si habrá llegado todavía ¿de parte de quién?

De cuatro desarrapados que vienen de Albacete y no han dormido en toda la noche, que son hija, yerno y amigos de Pedro Ramón. ¿No ve usted la pinta que traemos? Además, dígale que ellas tienen la regla y diarrea.

—De la hija de Pedro Ramón y su marido ¿su marido?, que raro suena eso, ¿no Coqui?

El conserje, que nos había atendido amablemente, se alejó pasillo alante y se metió en un despacho. Al momento salió, acompañado de un señor de aproximadamente cincuenta años, con el pelo blanco, bien vestido y con una sonrisa en los labios. —Ese tiene que ser García, con esa pinta tan buena y sonriente —pensé.

—Buenos días pareja de cuatro. Soy García, el amigo de Pedro Ramón, y tú—refiriéndose a Hortensia—, su hija.

—Sí señor, buenos días, perdone que le molestemos pero es que quedamos con mi padre que vendríamos a saludarle y él nos dijo que si teníamos algún problema que usted...

—Nada, nada ¿y estos son?

—Isidro, mi marido (que raro sonaba eso de mi marido, ahora que en su boca, a mi me gustaba y además me entraba una risilla que no podía contener) y Paco y Marisol, amigos nuestros recién casados, estamos de viaje de novios los cuatro.

—Encantado.

—Mucho gusto.

—Encantada.

—Pues nada, nada, pasar a mi despacho —y echamos a andar detrás de él, que se volvía y seguía hablándonos—. Este tío es estupendo y educado y correcto, como mi suegro.

El despacho era espantoso. Había lo justo, una mesa, cuatro sillas, el retrato de Franco y por supuesto la bandera nacional.

—¿Ya tenéis dónde hospedaros?

—Pues verá —hable yo—.No pensábamos que estuviera tan difícil la cosa. Como no sabíamos cuando y donde íbamos a dormir, decidimos ir a lo que saliera.

—O sea que vais a la buena de Dios.

—Eso.

—Hombre, como se os ocurre. Eso se me avisa de que no tenéis donde dormir y yo os hubiera buscado algo, pero bueno no preocuparos. ¿Qué vais a hacer ahora?

Nos miramos los cuatro.

—No sé —ahora hablaba Paco—, lo que usted diga.

—Me refiero si pensáis conocer la ciudad y eso...

—Sí, por supuesto.

—Bien, ¿habéis desayunado?

—Sí, hemos tomado café con leche —respondimos los cuatro, casi a la vez.

—Si os parece hacemos una cosa. Mientras que vosotros dais una vuelta por ahí yo llamo a Hilda, mi mujer, y le digo que prepare comida para todos.

—No por Dios, no queremos molestar.

—Pero si no es molestia. Pedro Ramón y yo somos como hermanos, o si no —se quedó pensando—. Sí, ya sé lo que vamos a hacer, yo me encargaré de buscaros un lugar tranquilo donde podáis dormir el tiempo que os quedéis en Pontevedra y lo de la comida yo lo arreglaré.

Siempre sonreía, era una persona encantadora.

Nos despedimos de él y quedamos que sobre la una volveríamos. Como parecía que las mujeres estaban más tranquilas y ya no tenían que ir al servicio cada cinco minutos, ni se quejaban de la regla, decidimos dar una vuelta para conocer la ciudad.

Salimos a la calle y llovía. Hacía hasta frío. ¡Pues menudas vacaciones nos esperaban! Ya nos habían advertido que Galicia era húmeda y hacía fresquito, pero, ¡coño! es que nos habíamos puesto el jersey y no teníamos motivos para quitárnoslo y la cosa no sería grave si no fuera porque estábamos a nueve de agosto. Con razón la gente nos parecía como si estuviera triste o que tenían la tensión baja. Vamos que estaban aplatanaos.

Cogidos de la mano, dos a dos, paseamos y vimos. Nos metimos una panzá de andar de órdago, pero mereció la pena. La ciudad era muy bonita, con su barrio viejo y sus tiendas tan especiales; la verdad es que nos gustó.

A la una en Sindicatos, y allí estaba García. Fuimos a su casa, siguiéndolo con nuestro coche, conocimos a Hilda y desde allí nos llevó a un restaurante.

—¡La madre que me parió, que cosa más bonita!

Los cuatro nos quedamos asombrados. ¡Qué mirador! Estaba en la ría de Arosa, frente al mar.

Tenía unas cristaleras preciosas y estaba decorado con motivos marineros, pero no de esos que ponen en Albacete, en las marisquerías, sino ¡marineros, marineros!

Nos mirábamos como si nos hubieran preguntado por la teoría de la relatividad de Einstein. Asombrados, o agradablemente asombrados. Si, quizás fuera esa la palabra justa.

—Pasad, pasad —decía García, al que por la manera de saludarle los camareros, ya conocían—, este es un restaurante gallego típico. ¿Os gusta?

—¿Qué si nos gusta? Es precioso. ¡Coqui, mira el mar!

—Es estupendo, Isidro.

Paco y Marisol se asomaron a la cristalera y comentaban, como nosotros, la maravillosa vista que tenía el restaurante.

Fue una comida inolvidable. Yo no sabía, ni creo que Paco, Marisol, y Hortensia lo supieran tampoco que en el mar había tantos bichos. Probamos por primera vez el centollo y, al principio, nos daba cosa comer aquel batiburrillo marrón que eran los sesos del animal, pero cuando lo probamos nos supo a gloria bendita. Nos pusimos a reventar comiendo marisco y bebiendo Alvariño y Ribeiro.

Durante la comida, García, que era un anfitrión estupendo, nos estuvo contando la gran amistad que tenía con Pedro Ramón y las calamidades y buenos ratos que pasaron juntos en Rusia.

Después de comer fuimos con García y su mujer, (que era grande y rubia, como buena alemana, digo yo, porque tampoco conocía a ninguna alemana) a ver una casa de pescadores donde nos alquilaron dos habitaciones, en las que estuvimos los diez días que anduvimos por allí. García nos dijo que era lo mejor que había encontrado; que había pensado en un monasterio de monjes pero que no le pareció el lugar idóneo para unos recién casados y que había rechazado la idea.

Cuando nos despedimos de él, le agradecemos de veras lo mucho que había hecho por nosotros. No sólo la comida (que había pagado él), sino el cariño con que nos había tratado sin siquiera conocernos, con solo decirle de parte de quien veníamos. Cada vez que me acuerdo de él y siempre que hablamos del viaje de novios, veo su eterna sonrisa y su porte elegante y caballeroso. Gracias García, estés donde estés por aquellos inolvidables días en Pontevedra.

En el tiempo que estuvimos allí fuimos incapaces de levantarnos, ni un solo día, a tiempo de ir al mercado y comprar marisco. Siempre nos daban las doce en la cama y cuando llegábamos estaba cerrado. Entonces nos íbamos a tomar café con leche y churros. El camarero nos servía sin rechistar pero, por el gesto que hacía, estoy seguro que pensaba: "Si toman café con churros a las doce de la mañana, comerán a las seis de la tarde" y no andaba descaminado.

Con Paco y Marisol visitamos Santiago de Compostela, que nos encantó. Paseamos, comimos, tomamos vinos y nos reímos hasta dolernos las mandíbulas y darnos flato y, como estábamos aprendiendo juntos, Hortensia y yo nos amábamos.

28. *Fin de trayecto.*

Desde Pontevedra, pasando por Bilbao, del que solo guardo el recuerdo de una ciudad negra y sucia, a Santander.

¡Qué maravilla de ciudad! Blanca, con mucha luz, señorial y con un mar limpio y frío. Allí nos recibió Sotres, el amigo de Paco.

Era de profesión inventor y había puesto en práctica con mucho éxito las ideas que el Mada le había dado para solucionar, industrialmente, la dosificación y envasado de magdalenas.

Daba gusto verlos enzarzados en discusiones de lo que a mí me parecía "ingeniería chapucera", para resolver tal o cual problema que la máquina daba a la hora de llevar a la práctica la teoría.

Sotres, para mi sorpresa, era el García de Santander. Se desvivió con nosotros el tiempo que estuvimos allí. Amén de invitarnos a comer nos enseñó la ciudad y sus playas, el Sardinero y una que nunca olvidaré, que me encantó: La Lanzada ¡qué maravilla de playa y de mar!

Cuando nos despedimos de aquél hombre menudo, de vestir descuidado y ojos de lince, como su cerebro y de su agradable mujer, pensé que habíamos encontrado en aquel viaje dos agujas en un pajar, y además, de oro.

Salimos de Santander en dirección a Zaragoza. Yo no sé los kilómetros que hicimos con el catorce-treinta blanco del hermano de Paco, ni los litros de aceite que gastamos, porque — como decía el Mada—, se los chupaba como si fuera agua.

En Zaragoza solo estuvimos un par de días. Los suficientes para ir al cine y que en un descuido, durante la película, le robaran al Mada, de la "maricona", lo que quedaba del "pozo".

Yo no sé si fue aquel asunto o que Paco tenía que venir a presentarse en el juzgado de Albacete, o que echábamos de menos nuestra tierra lo que nos animó. El caso es que, de común acuerdo los cuatro, decidimos coger carretera y manta y salir cortando para Albacete.

Se nos alegró el corazón al ver de nuevo nuestra casica. Hacía un calor de mil demonios pero se agradecía después de quince días con jersey y viendo llover a todas horas. No sé cómo la gente podía vivir así, sin sol. Me gustaba Galicia. Todo tan verde y montañas, pero en verano. ¡Dónde esté un buen rastrojo, junto a un panizo!, aunque haga calor, pero llegan las nueve de la noche y, menos cuatro días en todo el verano, que se asan hasta las lagartijas; refresca. Las noches son agradables, casi de jersete y, además, a las tres de la tarde, con toda la chicharrera, te bañas y te quedas nuevo. Con ese gusto que da el agua fresca en la pechuga.

Solo estuvimos una noche. Paco y Marisol durmieron en un colchón en el suelo que pusimos en una de las múltiples habitaciones que teníamos vacías. A las diez de la mañana del día siguiente, después de presentarse Paco ante el juez, salimos para Alicante.

Fueron cuatro o cinco días de auténtico gozo. Estuvimos hospedados en una casa particular que encontramos, después de toda una tarde buscando habitación en hoteles, sin éxito.

Por la mañana, Paco y yo, nos íbamos a pescar al puerto. A las once, sin haber pescado nada, por supuesto, volvíamos a casa a por las mujeres y nos íbamos a desayunar y después a la playa hasta la hora de comer. Tomábamos un bocado y a echarnos la siesta. Al levantarnos, otra vez a la playa y al atardecer a pasear hasta la hora de cenar. A las dos o las tres de la

madrugada, después de haber estado caminando y de tomar un helado en un refrescante, a la piltra.

Cuando cogimos la carretera para Albacete, después de aquellos días, nos dio un poco de pena. Lo habíamos pasado bien en Alicante, pero nos esperaba nuestra casica y estábamos deseando volver para descansar de tanto ajetreo y disfrutar durante los días que aún nos quedaban de vacaciones, de un poco de intimidad.

29. *Mira que si no...*

—Me ha llamado la Marisol, loca de contenta y me ha dicho que ya está embarazada —y se le pusieron los ojillos tristes—. ¿Es que nosotros no valdremos para tener hijos, Trasto?

—¿Y tú que le has dicho?

—Que me alegraba por ella, pero me da una rabia que nosotros no...

—Coqui, pero si hace un mes que estamos casados.

—Bueno, no te preocupes que, el mes que viene tú también estarás embarazada.

—¿De verdad? —y se le reían los huesos.

—Pues claro, mujer.

—Es que me hace tanta ilusión tener un Isidrín.

—Pues nada, despídete de la regla hasta dentro de nueve meses.

En septiembre, una noche que paseábamos por el Parque, había tenido nauseas y ganas de vomitar. Estaba tan convencida de su embarazo que cuando unos días después tuvo la regla, sufrió una decepción.

¡Y dicho y pintado! "Ya llevo tres días de atraso, Trasto". "Ya llevo diez días...", "me siento muy rara". "Esta mañana me he tomado el café con leche y lo he echado..."

—Pasen ustedes.

—Muchas gracias.

—Ustedes dirán...

—Pues verá usted, que somos recién casados y he tenido una falta y...

—¿Cuándo tuvo usted la última regla?

—Hace cincuenta días.

Cogimos la carta y salimos a la calle. Ella feliz y yo, feliz y asustado. A mí los médicos me daban pavor. Me daban y me lo siguen dando. He sido siempre hipocondríaco y el hecho de ir a consulta me ponía nervioso.

Me acuerdo cuando antes de casarnos fui a que me hicieran pruebas de tiroides para saber porqué en cuanto dejaba el régimen y la gimnasia ganaba peso. Fue el doctor Siquier.

Cuando llegué a la consulta me hizo desnudar y empezó a mirar mi constitución física. Yo estaba asustado.

—A usted lo que le pasa es que come como una fiera, parece mentira, no es necesario comer tanto para vivir.

—Oiga, que yo no como mucho, de verdad y además hago mucho ejercicio.

—Nada, nada, lo que yo le diga. Si sigue usted así, cuando tenga cuarenta años estará usted para dar un trueno y estará expuesto a un infarto y a una angina de pecho..., incluso se quedará impotente.

Salí de allí asustado. "Nada, mañana me muero..."

Me mandó volver a la semana siguiente, después de estar dos días sin comer otra cosa que melón y agua, para hacerme unas pruebas y establecer mi metabolismo.

Cuando volví a la consulta me puso un tubo en la boca, como si fuera la pipa de unas gafas de bucear, conectado a un aparato y cuando tuvo los resultados cambió su concepto de mí.

—¿Sus antepasados eran gordos? —bueno, el dijo obesos.

—Sí, mi abuelo por parte de padre y mi madre, por lo menos ahora.

—Bueno es que verá, tiene usted un metabolismo muy bajo. Le pido disculpas por mi trato del otro día. Yo pensaba que era usted una mula comiendo.

No dije nada, aunque lo pensé —¡Si ya te lo dije yo, coño!, a ver si no voy a saber yo lo que como. No lo hago mal, pero tampoco me paso.

—Ya.

—La única manera de mantener el peso es con una dieta. Le voy a dar una tabla de calorías por alimentos y de compatibilidades. De todas formas sepa usted que un vaso de agua que se beba le engorda. También existe la posibilidad de ayudar al tiroides a funcionar a base de pastillas. Estas que le mando "Leo II" son para eso; lo que pasa es que existe la posibilidad de que generen algunas hormonas femeninas y...

—¡Pues eso me faltaba! Cogí la receta de las pastillas, pero él y yo sabíamos que no las iba a tomar. Además tampoco estaba tan gordo, medía uno ochenta y cuatro y pesaba noventa y pocos kilos.

.....

Habíamos cenado temprano y ahora en la cama, veíamos la tele. Como era pequeña pues para arriba y para abajo con ella.

Estábamos charlando y comentando los resultados de los análisis.

—Ay que contenta estoy Trasto, que si que estoy embarazada. Que vamos a tener un Isidrín.

—O una Hortensieta.

—No, un Isidrín, que a los hombres os gusta más tener primero un nene.

—Pues no será a mí.

Estábamos locos de contentos y nos reíamos sin parar y llorábamos. No sé por qué se llora cuando se está alegre...

—¿Te hace ilusión, Trasto? Te quiero mucho, mucho, mucho, mucho. Más que a nada en el mundo.

—Y yo a ti, Coqui. Es lo más maravilloso que nos podía pasar, un hijo nuestro —y se me saltaban las lágrimas—. Ahora seremos tres.

—¿Te imaginas cuando corra por la casa y lo bañemos y diga papá y mamá? —Sus ojicos pardos, como plumas de gorrión, tenían un brillo especial.

—¿Y...?

—¿Qué?

—No sé, ¿tú crees que sabremos criarlo?

—Pues claro que sí. Todos los padres saben criar, solo hace falta mucho amor.

—Sí y buenos biberones y cocidos machacados.

—Además, si mi madre crió a cuatro y la tuya a otros cuatro, ¡yo criaré a los míos! —y se puso en jarras, como Agustina de Aragón ante los franceses, y se reía —.¡Menuda soy yo! ¡menuda es la Hortensia! ¡Oye, Trasto.!

—¿Qué?

Todavía estábamos abrazados.

—Dios nos ha dado tanto. Estamos juntos, tenemos una casica, sin arreglar ni nada, pero nuestra y nos queremos. Ahora, además vamos a tener un hijo. ¡Cuántas gracias le doy cada día, nos ha dado tanto!

—Ya lo sé. Soy muy feliz, aunque tengo que confesarte que tengo un poco de miedo.

—¿Por qué? —me miró extrañada.

—No lo sé, pero es que nunca he tenido tanto. Me parece un sueño. Te tengo a ti, a nuestro hijo... No puedo evitar pensar que es mucha felicidad para un ser humano. Hay tanta gente desgraciada, sin casa, sin nadie que les quiera, tanta guerra en el mundo, tanta miseria que me considero un ser privilegiado. ¿Qué hemos hecho para merecer tanto, Coqui?

—Solamente una cosa, Trasto, amarnos. Amarnos y confiar en Él. Dios sabe que te quiero con toda mi alma, que eres mi vida entera. Solo le pido que nuestro hijo venga bien, que nos ayude a criarlo y que no nos falte para comer; lo demás no importa. No pido lujos ni nada de eso, solo que me quieras siempre y que estemos juntos los tres o los cuatro —se rió y se apretó más contra mí—, yo también sé que tenemos mucho y que hay gente que no tiene nada. No sé porqué pasan esas cosas en el mundo, Trasto, y cuando lo pienso me pongo triste, pero que puedo, que podemos hacer sino disfrutar de la felicidad que Dios nos da cada día y vivirlo como si fuera el último que vamos a vivir y tratar de hacer feliz a la gente que tenemos a nuestro alrededor. Muchos de los problemas que hay en el mundo son por falta de amor, de solidaridad y de comprensión. Solo podemos pedirle a Dios que no seamos egoístas y sepamos compartir.

—Coqui, no sé si te he dicho alguna vez que te quiero.

—Y yo a ti, Trasto.

—... y a ti, pequeña Hortesieta o Isidrán —dije tocando casi con miedo su vientre— Quiero que sepas hijo mío —y me puse colorado—, que eres bien venido porque te hemos buscado y deseado.

Nos besamos, reímos, lloramos, nos amamos y dormimos abrazados como siempre habíamos soñado, los tres juntos.

Albacete, Febrero de 1996.

INDICE 2ª PARTE

- 1- *Riópar*
- 2- *¡Dios, Dro!*
- 3- *Sueña conmigo*
- 4- *De boda*
- 5- *Hoy y aquí...somos*
- 6- *El piso de Luis*
- 7- *Trabajo*
- 8- *La Mansión*
- 9- *Fernando*
- 10- *"Sintonía"*
- 11- *Si, queremos*
- 12- *Buscando*
- 13- *La casa de Collado Piña*
- 14- *Otra vez será*
- 15- *Maestra de obras*
- 16- *La curva de Valdeganga*
- 17- *¡Ahora sí!*
- 18- *La misma letra.*
- 19- *Los remates*
- 20- *La pedida*
- 21- *Un paseo por los mojones*
- 22- *Chinchilla y por lo civil.*
- 23- *De verde manzana*
- 24- *A casa*
- 25- *Serenata*
- 26- *La boda del Mada*
- 27- *Cuatro en la carretera*
- 28- *Fin de trayecto*
- 29- *Mira que si no*

Al-Basit, Febrero de 1996.



Hortensia, 1955